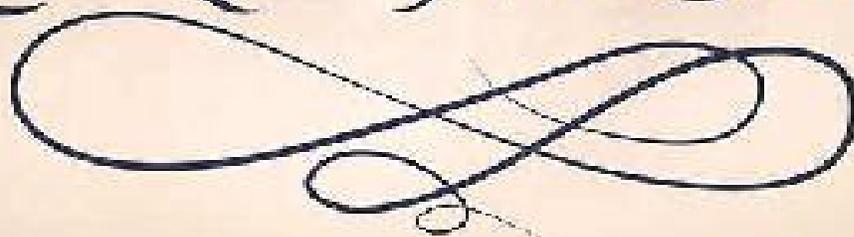


Selecta



CONQUISTANDO
A LORD WESLEY



ELIZABETH URIAN



MINSTREL VALLEY

Conquistando a lord Wesley

Minstrel Valley 9

Elizabeth Urian

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



Si quieres saber más sobre «Minstrel Valley» visítanos en
minstrelvalley.com
y descubre todas las novedades de la serie.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Minstrel Valley es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde **Selecta** os invitamos a adentraros en **Minstrel Valley** y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

Una dama nunca debe quedarse a solas con un caballero, ni mucho menos viajar con él, sin la debida supervisión de una carabina.

Reglas de decoro de la señorita Sherman.

Escuela de Señoritas de lady Acton.

Prólogo

Minstrel Valley, Hertfordshire, 1832

Las colinas verdes y ondulantes, con ovejas pastando plácidamente, comenzaron a mezclarse con numerosos campos de labranza y caminos sinuosos. Era la señal inequívoca de que el pueblo que buscaba se hallaba cerca.

Wesley tiró de las riendas hasta casi detenerse. Al instante, y justo después del recodo, el campanario de la iglesia sobresalió por encima del conjunto de casas que, suponía, conformaban el pueblo de Minstrel Valley.

Debería ser una suposición sólida, pensó, de ser ciertas las indicaciones recibidas.

Entonces su estómago gruñó con fuerza.

¡Qué poco poético resultaba!

Reemprendió la marcha y deseó haber ingerido algo más contundente cuando se detuvo en una posada del camino para abreviar a Libélula. Entonces solo había comido un trozo de pan recién hecho con queso, poco dispuesto a dilatar la parada.

Cuando partió, casi al amanecer, el desayuno todavía no estaba preparado en el hogar de su familia. Apenas pegó ojo y, cuando las sábanas empezaron a ser una molestia, tomó una decisión que no se preocupó en meditar. Necesitaba abandonar la mansión, no pensar en su padre por unas horas y, por qué no, desahogarse. Fue entonces cuando el coronel Grenfell surgió en su cabeza. Había sido su mentor en el ejército y se había retirado pocos años antes. Esperaba que no le molestara la repentina aparición en su casa.

Las granjas se dispersaban a derecha e izquierda como abejas bailando en un prado, una estampa típica de buena parte de la campiña inglesa. Resolvió pedir indicaciones lo más pronto posible para asegurarse de una vez.

Vio la oportunidad al percatarse de la presencia de un campesino que araba justo al lado del camino.

—Buenos días, buen hombre —saludó, deteniéndose por completo y levantando el sombrero a modo de respeto—. Me pregunto si sabrá indicarme cómo puedo llegar al hogar del coronel Grenfell.

Aguardó en silencio mientras el hombre meditaba sobre la respuesta.

—El coronel. —Asintió—. Sí, por supuesto; no es complicado para alguien que sabe qué

buscar. Le aconsejo que siga recto por North Road hasta llegar a Legend Square, la plaza y el mismo corazón de Minstrel Valley. No tiene pérdida. Allí pregunte de nuevo y no tardará en llegar.

—Gracias, señor, muy amable.

Wesley siguió por el camino hasta que este terminó abruptamente en una cuidada plaza empedrada cuyo recibimiento estaba a cargo de una estatua tan atípica como sorprendente: en un gris vetado, una pareja de enamorados de cuerpo entero y de evidente aspecto medieval se mantenía abrazada en una posición no permitida en público. Parecía que ambos iban a darse un beso que solo los amantes se dan a escondidas. Ella, por el vestido, se descubría como una dama, mientras que él, con flauta y laúd a sus espaldas, podía pasar por un trovador o poeta.

—Realmente curioso.

Resultaba asombroso que un monumento así, rodeado de jardines y bancos, presidiera el centro del pueblo. Sabía por experiencia el puritanismo por el que se regía buena parte de la sociedad inglesa, ya fueran nobles o plebeyos. Que se hubiera permitido erigirla, no ahora, sino tiempo atrás, le parecía un hecho extraordinario.

Se acercó para observarla más de cerca. Había una inscripción:

—La Dama y el juglar —leyó—. El amor eterno —decía, justo debajo.

Estaba dedicada al amor imposible, seguro. Esa clase de relaciones nunca eran posibles. Aun así, alguien con suficiente poder e influencia había decidido que ese sentimiento debía immortalizarse. Tenía curiosidad por conocer la historia de Minstrel Valley.

Giró la cabeza cuando vio que se le acercaban por la derecha.

—¿Podemos ayudarle?

Quien había hecho la pregunta iba acompañado de un sacerdote y ambos lo miraban con curiosidad mal disimulada. Entendió que él era la autoridad en el pueblo por la ropa que lucía y una mirada que decía: «no me des problemas». Sin embargo, a Wesley no le resultó descortés, ni arrogante ni severa. Por lo tanto, consideró que no era necesario presentarse como lord Wesley Catesby o como capitán, en caso de querer incomodarlo.

—Buenos días. De hecho, agradezco el ofrecimiento. El hombre que me ha indicado cómo llegar hasta aquí me ha recomendado que pregunte en la plaza por la localización de la casa del coronel Grenfell.

Eso los sorprendió, no cabía duda.

El que ya había catalogado como condestable del lugar lo miró más de cerca.

—El coronel es un apreciado vecino de la comunidad.

Wesley asintió. No quería resultar maleducado y entendía el aviso, pero tampoco le apetecía verse sometido a preguntas por unos desconocidos.

—Estoy seguro de ello. De hecho, tiene toda mi admiración. Si fueran tan amables de indicarme hacia dónde he de dirigirme, les estaría muy agradecido.

Formulado de ese modo, Wesley no le dejaba demasiada opción y supo que el condestable era consciente de ello. Con cierta reticencia, le explicó cómo llegar.

Se despidió y cruzó la plaza, dejando atrás un pozo y lavadero central al tiempo que saludaba con el sombrero a una señora morena y espigada que barría en la puerta de un colmado que rezaba: «Gibbs».

Pasó junto a una escuela infantil, de donde en esos momentos salía un grupo de niños comiéndose manzanas y emparedados y charlando entre ellos.

Todos callaron y lo miraron.

«Curiosidad infantil», se dijo con media sonrisa.

Cuando llegó a la altura de un cruce, se desvió a la izquierda, desde donde se veía una casa de dos plantas rodeada por un muro de piedra, cubierto en su mayoría por musgo.

—Ahí es.

Bajó del caballo y lo ató.

La pequeña puerta blanca de acceso al jardín daba la bienvenida al hogar de los Grenfell y, unos instantes después, una sirvienta acudió a la llamada de la puerta.

—Buenos días. ¿El coronel Grenfell está en casa?

—¿A quién debo anunciar?

—Diga solamente Wesley Catesby. —Su mentor le reconocería al instante.

—Espere un momento. Veré si puede recibirlo.

Se quedó solo y recordó sus años en el ejército junto a ese hombre, entonces su capitán en el Primer Regimiento de los Dragones. Wesley acababa de ascender del cargo de alférez —pagado con cada penique de su bolsillo—, un cargo que su padre nunca aprobó, en la Guardia Coldstream, antes de pedir el cambio.

Visualizó los duros entrenamientos, el ambiente, pero también la fidelidad entre los compañeros y la complicidad que surgió entre Grenfell y él. No recordaba el primer momento en el que Wesley le contó cómo se sentía, pero en el capitán encontró a alguien que le escuchó y le comprendió, atenciones que Wesley siempre valoró. Incluso cuando fue ascendido a teniente, y poco después a capitán, ese lazo se mantuvo hasta la retirada de Grenfell.

El sonido de la puerta que daba al jardín se abrió a sus espaldas y Wesley salió de sus cavilaciones. Se dio la vuelta de inmediato para encontrarse con una bonita joven de rostro franco, redondeado y de preciosos ojos verdes que lo miraba con curiosidad.

—Buenos días.

—Señorita. —Wesley inclinó la cabeza ante la desconocida.

—¿Puedo ayudar...?

—¡Válgame Dios, chico!

La exclamación —esta vez proveniente del interior— los sobresaltó a ambos.

El hombre había envejecido más de lo que esperaba, pero aún conservaba esa robustez que le había caracterizado siempre.

—Coronel.

—¡Edith, mira quién ha venido a verme!

Miró a la joven morena, que esperaba en el jardín, y entonces supo que se trataba de su hija. Creía que tenía dos, pero no estaba muy seguro de ello. La memoria no recordaba ciertos detalles.

—Wesley Catesby, a su servicio —saludó esta vez, dándose cuenta después que se había presentado como simple señor.

—Señor Catesby, es un placer.

—Es mi hija Edith, la mayor.

Ah, ahora sí la recordaba. La sensata.

—Es un honor conocerla.

—Pero vamos, no nos quedemos todos parados aquí fuera. Entremos —señaló el coronel—. Aggie —ordenó con cierta brusquedad a la sirvienta, que permanecía inmóvil, mirando toda la escena—, trae un poco de té para nuestro invitado.

Accedieron al vestíbulo precedido por unas escaleras y siguieron hasta una salita donde tomaron asiento.

—¿Viene de muy lejos, señor Catesby?

—De cerca de Bedford, señorita Grenfell.

—Oh, entonces debe de estar hambriento.

—Añadiremos un refrigerio junto al té —intervino el coronel.

—No es necesario que se tomen tantas molestias.

—¡Tonterías! Serás nuestro invitado. Encárgate, Edith.

La joven asintió y salió, dejándolos solos.

—Gracias.

—No hay que darlas, chico. La tuya ha sido una grata sorpresa. ¿Qué te trae tan lejos? ¿Todavía estás en el regimiento? ¿Sigues siendo capitán? Desde que me retiré, ya no estoy tan al tanto de las noticias como antes.

—Lo estoy. Y sí, sigo siéndolo, aunque he recibido la proposición de ascenso a coronel.

—¡Válgame Dios, muchacho! ¡Coronel! Estoy convencido de que te lo mereces.

—Y no estoy seguro de aceptar —intervino, lo que cortó la sonrisa del coronel.

—Vaya, ahora me sorprendes. ¿Hay una razón para ello?

—Sí. Supongo. —Se encogió de hombros—. No lo sé.

—Mucha indecisión en un hombre que no parecía saber siquiera que esa palabra existía. ¿Puedo saber la razón?

Wesley tragó saliva al recordar. Dolía.

—El fallecimiento de mi padre, señor —dijo con pesadumbre.

El rostro del hombre se ensombreció.

—Oh, lo siento. Acepta mis más sinceras condolencias. ¿Es reciente?

—Lo enterraron hace dos meses. La noticia no llegó a mí hasta hace un par de semanas, por lo que no estuve en su funeral.

Y eso lo lastimaba como nada. Su padre había muerto y él no solo había estado ausente, sino

que ni siquiera había podido asistir a su sepelio. Como no se encontraba en Inglaterra en el momento del fallecimiento las noticias de su hermano llegaron con demasiado retraso.

—Un duro golpe, por lo que veo.

Asintió con lentitud, dolido con la situación.

—Me ha hecho replantearme muchas cosas. Me alisté en el ejército en contra de su voluntad. Él prefería para mí otras cosas. Usted ya lo sabe.

Como hijo del duque de Manford, sus expectativas estaban más limitadas de lo que deseaba. Era un noble y cuarto hijo, además. Sus hermanos mayores copaban la posición de heredero, Ejército e Iglesia, así que su padre lo obligó a estudiar en el East India Company College, quizá imaginando su futuro como funcionario en la Compañía de las Indias Orientales.

Wesley nunca estuvo de acuerdo, por lo que a los dieciocho años, incluso sabiendo que recibiría la ira paterna, se compró el cargo de alférez, bien lejos de la sombra de su hermano Percy.

—Entonces, entiendo que has venido hasta mi casa con la esperanza de que te ofrezca un buen consejo.

Wesley medio sonrió. Lo había hecho sonar como si fuera la respuesta a sus plegarias, pero era más o menos así.

Unos golpes en la puerta y la entrada de la hija del coronel detuvieron lo que iba a decir.

—Disculpen.

Traía una bandeja llena de deliciosas viandas: jamón frío, queso, una sopera humeante, emparedados salados y un buen pedazo de tarta. Tras ella, la sirvienta la seguía con el servicio del té y una jarra de vino.

Wesley se levantó.

—Deje que la ayude.

—No se preocupe. —La bonita muchacha le sonrió y dejó la cargada bandeja encima de la mesita central—. Espero que todo esté a su gusto.

—Es más de lo que merezco. Muchas gracias. Tome asiento.

—Oh, no. Parece que hace años que no se ven y seguro que tienen muchas cosas que contarse. Les dejaré a solas, si le parece bien, padre. —Esta vez miraba al coronel.

—Excelente idea. Es un detalle por tu parte.

Hizo un saludo, que Wesley correspondió, y salió junto a la doncella, que no se había movido de su lado.

—Tiene una hija encantadora.

El coronel, durante unos segundos, lo observó como si no supiera de lo que hablaba.

—Mi hija; ah, sí, encantadora. Pero sirvámonos un poco de ese delicioso vino y come, come.

Una hora más tarde, con el estómago lleno, y después de escuchar las pasadas glorias de su anfitrión, Wesley se recostó en la silla.

—Estaba todo delicioso. Deberé agradecerle a su hija las atenciones.

—Bah, bobadas, es su deber. Ahora, hablemos de ti.

—Estoy confuso. En estos últimos días he estado pensando si mi lugar está verdaderamente en el ejército. No es lo que mi padre querría.

—Lo importante no es lo que él deseaba para ti, chico, sino lo que tú ansiabas hacer. Aun habiéndote integrado completamente, siempre supiste que entraste como un desafío a sus órdenes más que porque fuera lo que de verdad deseabas. Si te hubiera dejado elegir, quizá lo hubieras hecho, pero también sospecho que hubieras abandonado mucho antes.

—Tal vez sí, tal vez no. Eso ya nunca lo sabré, ¿no cree?

—¿Y volver a casa? Quizá tu hermano pueda encontrar...

—No, no es posible. No quiero estar a la sombra de nadie de mi familia, ya sean mis hermanos mayores o menores. Necesito que me aconseje.

El coronel se apoyó en el respaldo del sillón y se rascó la barbilla.

—No tengo las palabras milagrosas que te digan qué debes hacer. Cada persona ha de seguir su camino. Si el tuyo no es el ejército ni volver al hogar de los Catesby, deberás emprender un recorrido distinto. Todavía tengo contactos, si quieres. Les escribiré y seguro que algo encontramos para ti. Lo importante es ¿qué necesitas ahora mismo? Piénsalo bien.

Wesley hizo eso mismo y respondió al cabo de unos minutos.

—Espacio. Tiempo para mí mismo.

—Bien. ¿Y cómo lo conseguirás?

—Estando solo. Encontrando un lugar donde pueda ser solamente yo, Wesley Catesby; ni lord ni capitán ni hermano. —La idea, una vez plantada, se deslizó por su mente con suma facilidad, inundándolo todo.

—¿Y dónde puede estar ese lugar?

—En cualquier parte, supongo. Solo necesito un punto del mapa, una casita en un lugar tranquilo y un objetivo.

—Bien, eso está muy bien. Una localización aleatoria de este país en donde puedas instalarte. Da igual dónde, ¿no es cierto?

—Eso es.

—Me pregunto, muchacho, qué te parece Minstrel Valley.

Wesley recordó la estatua, las calles limpias y su curiosidad por la historia de ese lugar.

—¿Qué tiene en mente?

—Relájate, muchacho, y deja que te cuente mi idea.

Capítulo 1

Hertfordshire, 1 de diciembre de 1837.

Si la gente conociera su historia solo de forma sesgada podría llegar a creer que la hija de Julian Montague, conde de Beaufort, había perdido la razón; o al menos parte de ella. Posiblemente lo achacarían a su herencia paterna, ya que el juicio de su padre fue puesto en entredicho antes de su nacimiento. Tal vez incluso conociendo los más minuciosos detalles seguirían pensando que no estaba cuerda. Desde la perspectiva de lady Noelle Montague eso significaría que esas personas no poseían un alma romántica, que no creían en corazones afines y mucho menos en un destino marcado a fuego. Ella sí, porque, así como hiciese el conde en el pasado, tenía un plan: uno trazado con maestría —fruto de largas horas de meditación— y que terminaría en la culminación de sus sueños: una boda. Por eso requería astucia, mucha astucia. Por supuesto, también de audacia y determinación, así como de una buena suma económica. Para ello tuvo que vender una joya de valor que nunca usaba, ser lo más discreta posible y endulzar la mezcla con una gran cucharada de paciencia.

Paciencia. Sí, esa cualidad —más bien virtud— no estaba tan bien considerada como debería. Noelle había esperado largo tiempo sin desfallecer para poder comenzar la conquista. Sin embargo, el problema de su elaborado plan residía en la ejecución, pensó con una pizca de amargura mientras avanzaba con presteza por el camino del bosque para alejarse de la escuela sin ser vista. Si ver a Wesley Catesby significaba meterse en problemas, el Señor era testigo de que prefería pagar penitencia. Aunque era lo suficientemente lista como para tratar de no hacerlo.

Pensar en el hombre que amaba hizo que Noelle lanzara un largo suspiro de preocupación, porque no estaba obteniendo ninguna victoria significativa a su favor. Aquella verdad era tan cierta como que sus pies pisaban Minstrel Valley. Así que, con el paso de los días, semanas y meses, la euforia se había rebajado debido a grandes dosis de realidad.

A pesar de todo ello, Noelle seguía muy comprometida con su causa.

«Voy a conseguirlo», se dijo, mientras una sonrisa fugaz cruzaba por su rostro.

No estaba loca; por supuesto que no. Que la gente pensara lo que quisiera. Noelle siempre había creído en sí misma. Ahora solo debía seguir haciéndolo.

¿Por qué debía conformarse? Wesley jamás la había despreciado, y ella poseía un sinfín de virtudes que llegarían a enamorarlo. En primer lugar, siempre estaba de buen humor —menos

cuando estaba enojada—; era una dama de lo más respetable, con buenos modales y una excelente educación; no era fea —ella opinaba que todo lo contrario— y, además, se consideraba sagaz, fiel y tenaz. Odiaba la idea de languidecer como una hermosa flor en la ventana que ve la vida pasar. Por eso se encontraba en Minstrel Valley, ¿no?

Sí, sus virtudes pronto serían apreciadas; o al menos aquella era su esperanza.

Sin sentirse intimidada a causa del frío invernal, Noelle alzó el mentón y prosiguió su camino, pero esta vez sus pasos se tornaron vacilantes, mirando a un lado y a otro, buscando entre la maleza. A ella no se le había perdido nada, pero fingir se le daba bien bajo ciertas circunstancias. Y, por supuesto, Wesley Catesby era su circunstancia favorita.

—Perrita, perrita —murmuró con dulzura—. Ven, bonita.

Se sintió un tanto ridícula por actuar de ese modo; no tenía sentido negarlo. Aproximarse al hombre de sus sueños era cada vez más difícil. Su mente debía buscar nuevas e inverosímiles situaciones que les permitiera estar juntos sin saltarse demasiadas normas de la escuela.

Rio un poco para sí, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos. ¿A quién quería engañar? Esas normas habían sido quebrantadas en más de una y dos ocasiones. Como por ejemplo, aquella mañana. No es que Noelle se negara a acatarlas, pero cuando estas chocaban con sus oportunidades, no había más remedio que desobedecer, siempre que aquello no conllevara una expulsión. Así que ella sabía a ciencia cierta que seguiría actuando del mismo modo, puesto que ciertas artimañas estaban permitidas en nombre del amor.

—Kilia... —Esta vez su voz sonó más fuerte, interesada como estaba en ser escuchada. Al fin y al cabo, los paseos diarios de Wesley debían llevarle directamente hacia ella.

Tuvo que esperar un buen rato en aquella zona elegida estratégicamente. Temía que si avanzaba o se movía, no terminaría cruzándose con el caballero que le había robado el corazón.

Sabía que, después de días de ausencia —en los cuales no tenía ni idea de dónde había estado—, Wesley había regresado la tarde anterior. Cada cierto tiempo se marchaba de Minstrel Valley y, al volver, solía dar un largo paseo por el bosque cercano a su casa. Por eso estaba allí.

«Señor, deja que pueda verle hoy», oró en silencio.

No tuvo tiempo de pedir otro favor. Justo entonces escuchó unas ramas crujir, por lo que se preparó para el encuentro «fortuito».

—Perrita, perri... —No hubo terminado de decirlo cuando se topó con el hombre que esperaba.

Sus ojos se entornaron y la miraron con fijeza mientras en el ceño se le formaban unas arruguitas que ella encontró adorables. Por no mencionar su aspecto, tan pulcro como siempre.

Solo una mujer de hielo no terminaría rendida a sus pies, pensó contemplándole. Tuvo que hacer un esfuerzo para no suspirar de placer.

—Lady Noelle.

Él pareció verdaderamente sorprendido. Ella, por supuesto, lo fingió muy bien.

—Dios bendito, señor Catesby. Me ha sobresaltado. —Teatralmente se puso una mano sobre el pecho, en el lugar donde se encontraba el corazón.

Hizo una inclinación de cabeza.

—Discúlpeme. No esperaba encontrarme a nadie por el bosque; y mucho menos una dama tan encantadora.

¡Encantadora! Las piernas de Noelle temblaron de emoción, aunque se apresuró a disimularlo.

—Está disculpado —se afanó en responder—. No es su culpa, por supuesto.

—Me ha parecido escuchar una voz. Por eso me he acercado. Aunque no sabía que se trataba de usted. Últimamente nos encontramos con frecuencia.

Ella le dedicó una radiante sonrisa.

—Qué casualidad.

—Qué sinfín de casualidades, más bien —insistió él.

Su expresión era relajada, así que Noelle no lo tomó como una crítica y sí una oportunidad para conocerlo mejor.

—Si nuestros caminos se cruzan con tanta asiduidad será por alguna buena razón.

—Porque Minstrel Valley es un pueblo muy pequeño —respondió él, asintiendo.

A Noelle no le complació la respuesta. Movi6 la cabeza tratando de asimilar la falta de romanticismo. ¿Acaso ella no se lo había puesto fácil?

—Sin lugar a dudas —dijo de inmediato—. Si bien algunas coincidencias resultan más satisfactorias que otras. ¿No cree?

Con un ligero pesta6eo esper6 una respuesta más halagadora para su persona.

—No acostumbro a hablar mal de los demás. Aunque debo confesarle que he suspirado de alivio cuando he advertido que se trataba de usted y no de la señora Cotton.

Mmm. Noelle no supo cómo sentirse ante tal comentario. Salir victoriosa ante una mujer tan odiosa como Mildred Cotton no era un asunto que nadie celebrara. A continuación, lo pens6 mejor. ¿Y si era un modo de decir que Noelle era una de sus personas favoritas? Tal vez no se atreviera a expresarlo de forma abierta.

Un tanto rebuscado, pens6, aunque se trataba de una posibilidad, al fin y al cabo.

Sacudi6 la cabeza con suavidad hasta dejar a un lado tales pensamientos y centrarse solo en él.

—¿Qué le trae por el bosque, señor Catesby?

«Como si no lo supieras, embaucadora». A Wesley le divertían los esfuerzos constantes que esa dama en concreto hacía para que sus caminos se cruzasen.

—Ejercitando mis piernas —respondió.

«En tu paseo diario. Lo sé», se dijo Noelle. Tuvo que esconder una sonrisa cargada de vanidad.

—Qué agradable actividad. ¿Sabe? A mí también me gustan los paseos. Las clases son tan tediosas que una espera con ansia cualquier salida. Tengo unas piernas fuertes —le explicó—. No soy para nada de naturaleza enfermiza. Por eso me ofrecí a buscar a Kilia. Llevo más de media hora haciéndolo y no pienso darme por vencida.

A Wesley le desconcert6 el giro de la conversación y recorri6 su rostro con la mirada tratando de averiguar a qué se refería ella.

—¿Quién es Kilia?

—La perrita de color canela de los Mersett —le explicó ella con calma—. ¿Cómo puede no saber quién es?

Él se encogió de hombros.

—No reparo demasiado en los animales. Dígame, lady Noelle, ¿por qué la busca en el bosque?

—Se ha escapado. Todos están intranquilos, así que les estoy ayudando. ¿Por casualidad no la habrá visto? —Él negó con la cabeza y Noelle aprovechó la oportunidad que había preparado—. ¿Sería usted tan caballeroso para ayudarme a buscarla?

En su imaginación, Wesley aceptaba gustoso tal ofrecimiento y aprovechaba la ocasión que ella le brindaba para declararle los más tiernos sentimientos. Estando a solas sería más fácil ofrecerle tan ansiada declaración. No obstante, Noelle no contaba con que cuestionara su modo de proceder, como sucedió en realidad.

¡El muy granuja ni siquiera aceptó!

—¿Ha salido usted sola, milady? —le preguntó. Sin embargo, no esperó la respuesta—. No lo considero una decisión acertada. Podría caerse y, ¿quién lo advertiría?

La reacción de lady Noelle fue todo un poema. Wesley casi estuvo a punto de reír. Le gustaba turbarla un poco; casi desafiándola a que redoblara sus esfuerzos.

«Pero ¿con qué objetivo?», se preguntó. Se esforzó por ignorar la insidiosa pregunta.

—No ha sido un error de juicio. Estaba preocupada. Además, ya le he dicho que estoy acostumbrada a dar paseos. No se preocupe por mí.

—Aun así... ¿No ha pensado que alguien podría lastimarla?

Ella abrió bien los ojos.

—Estamos es Minstrel Valley. ¿Qué podría sucederme?

—Cualquier cosa. No dé por hecho que la gente es inofensiva. Es una dama y está sola. Por eso siempre la cautela debería prevalecer sobre la preocupación.

Noelle sintió que la estaba juzgando con dureza y no pudo evitar hacer un mohín con los labios.

—No soy tan incauta. Sé que la maldad existe. Iba con mis amigas del colegio y con nuestra profesora de francés—añadió al último momento para justificarse. Él no tenía por qué saber que nada de aquello era cierto—. En algún momento de la búsqueda nos separamos, aunque estoy convencida de que pronto volveremos a reunirnos.

—Su escapada puede acarrearle algún que otro problema —le advirtió—. ¿Por qué no piensa en su reputación? —Nunca había sido un amante acérrimo de lo «socialmente correcto», pero era una brillante idea atacarla por ahí. Tenía interés en ver qué le respondía. Lady Noelle no carecía de ingenio.

—No es ninguna escapada y la señora Hunt puede atestiguarlo. No se trata más que de un descuido fortuito que pronto se solucionará. Nada tiene que ver con mi reputación. Nadie se escandalizará porque me entretenga en buscar un perrito desaparecido. Salvo usted, al parecer —añadió al final.

Nada de lo que salía por su boca era cierto. Primero, porque se trataba de una situación artificiosa: no había ningún perro perdido. Y segundo, porque en la escuela nadie se alegraría si se enterara de su escapada. Y su profesora, menos. Johanna Hunt tenía un carácter demasiado gruñón.

—No sabía que era usted tan obstinada.

—Y yo no sabía que se amedrentaba con tanta facilidad —replicó sin poder refrenar su lengua—. Siga usted con su paseo, por favor. —Con la palma de la mano abierta lo invitó a continuar—. No necesita ponerme a mí como excusa.

La intensa mirada de Wesley consiguió ponerla nerviosa. Supo entonces que se había sonrojado. Sin embargo, con los brazos en jarras trató de ofrecer una imagen controlada.

En cambio, Wesley sonrió. Se trató de una sonrisa sesgada, casi perezosa, pero que a Noelle le encantó.

—Le gusta salirse con la suya. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

—¿Y a quién no?

—Si me marcho y la dejo aquí sola buscando a la perrita pensará que soy un villano.

—Un insensible, más bien. Pero es su decisión.

La repentina carcajada de Wesley la hizo sonrojar con más intensidad.

«Cálmate, Noelle», se dijo.

—Ante tanta franqueza no me deja mucha alternativa.

Sí la tenía. Wesley podría haberla dejado allí mismo para no seguir alentándola, pero disfrutaba de su compañía.

—Ahora que pienso detenidamente en ello... Tal vez sea mejor que no me acompañe. No quisiera manchar su reputación. —Le lanzó la pulla sin ni siquiera inmutarse.

Él le siguió el juego.

—¿Que es...?

—De hombre serio y solitario que se refugia en un pueblo pequeño. Todo ese halo de misterio que lo envuelve levanta especulaciones. ¿Lo sabía?

Wesley era plenamente consciente de ello, pero prefería no dejarlo traslucir, por lo que abrió los brazos y de inmediato los dejó caer.

—Me temo que soy un simple mortal sin ningún tipo de encanto.

Noelle opinaba todo lo contrario, aunque tampoco iba a señalarlo.

—Dígame, ¿qué clase de libros escribe? —preguntó curiosa.

Hacía mucho tiempo que deseaba saberlo y, teniendo en cuenta que sabía su paso por el ejército y el rango, le sorprendía esa afición por la escritura.

—¿No lo adivina usted?

—Veamos. —Noelle se rascó el mentón—. Insiste mucho en el comportamiento y la reputación, así que debe tratarse de un hombre de moral recta.

—¿Lo dice como si fuera un crimen! —exclamó él sonriente.

La joven no se dignó a contestar.

—Creo que hoy es la primera vez que le he visto reír. Con todo lo que sé de usted, imagino que será algún prolífico autor de ensayos; de esos largos y tediosos sobre temas filosóficos.

—Vaya, qué imagen tan poco halagüeña tiene de mí, milady. ¿Y si le contara que prefiero libros sobre raptos de jovencitas imprudentes que se aventuran en la espesura de los bosques? —Quería ver si la dama iba más allá del ligero coqueteo.

Ella, en cambio, le lanzó una mirada un tanto desdeñosa.

—Si pretende asustarme no lo conseguirá.

—Solo trato de asegurar su regreso al colegio. Sin demora.

—¿Por qué pone tanto empeño en ello?

Wesley respondió con otra pregunta.

—¿Y por qué tanta obstinación de su parte? Estoy convencido de que ya habrán encontrado a Kilman.

—Kilia —le rectificó ella.

—Hagamos un pacto: la acompaño hasta el colegio y durante el recorrido buscaremos a la perrita. Si la encontramos, yo se la llevaré a lord Mersett, pero diré que ha sido gracias a usted.

Noelle asintió en silencio puesto que no tenía otra opción. Podía olvidarse de un romántico paseo con Wesley, tal y como le hubiera gustado. Y eso menoscababa su moral, aunque bien sabía que pronto se recuperaría. Tal vez cuando ideara otro modo de volver a verle.

No se daba por vencida, por supuesto que no.

Ya era mediodía cuando Wesley regresó a su propiedad.

Seguía haciendo el mismo frío de la mañana, que se pegaba sobre la piel de su rostro. Curiosamente, ese detalle lo dotaba de más energía.

El día anterior llegó a casa después de unas agotadoras horas de carruaje. Una noche de sueño reparador en su cama y un desayuno compuesto de pan, mantequilla, mermelada y leche, además de un tranquilo paseo por el bosque, era lo que necesitaba. Sin embargo, el encuentro con la osada lady Noelle había alterado sus planes iniciales.

Al pensar en ella, perdió el ritmo. Se frotó la nuca y oteó el horizonte, medio escondido entre las copas de los árboles.

Le gustaba Minstrel Valley por su tranquilidad. Allí podía descansar de sus viajes y poner en orden sus ideas. Durante la mayor parte de los casi cinco años en los que residía en el pueblo se había involucrado poco en la pequeña comunidad —salvo algún baile o reunión en la taberna—. De ese modo casi nadie lo había molestado. Por supuesto, era impensable pasar desapercibido —y los últimos meses eran prueba de ello—, pero siempre había sabido salir airoso de las preguntas indiscretas. Sin embargo, lady Noelle Montague era un asunto distinto.

Conocía a la joven —no, más bien mujer, rectificó para sí— de uno de sus largos viajes, dos años atrás. Entonces ya pensó que era hermosa como pocas, pues hasta un ciego se daría cuenta.

En el pasado se mostró afable, curiosa y encantadora. En Minstrel Valley seguía siéndolo, pero con lo que no contaba era con su lengua vivaz ni con su arrojo. A pesar de ello, se asemejaba a todas las damas casaderas de Inglaterra, pensó con un poco de desilusión. Por eso intentaba no alentarla demasiado.

Lo curioso del caso era que ella debería estar buscando un buen partido. En apariencia, Wesley no pertenecía a una familia noble y además vivía en una casa bastante pequeña, sin apenas lujos. Entonces, ¿por qué lo miraba con ojos ansiosos? ¿Por qué lo perseguía? Era la hija del conde de Beaufort, por Dios. Debería aspirar a un caballero de noble cuna bañado en oro. ¿Acaso se trataba de un encaprichamiento? Lo había pensado miles de veces. Seguro que con sus amigas fantaseaba sobre un amor onírico e irreal.

Para Wesley resultaban evidentes sus miradas y sus encuentros. No creía que fueran fruto de su imaginación y estaba convencido de no haberle dado alas —o, al menos, trataba de no hacerlo.

«Vamos, no seas tan malo. Te divierten sus esfuerzos por acercarse a ti. Además, contemplarla no hace ningún daño. Simplemente no deseas darle falsas esperanzas».

Se trataba de una creencia legítima. Por eso rehuía quedarse a solas con ella.

Sacudió la cabeza para dejar atrás todo lo que tuviera que ver con la dama y prosiguió con su camino.

La llamada, seguida de un característico movimiento del pomo, hizo que Noelle se diera la vuelta. Ataviada con su camisón de dormir, su bata y una larga trenza que recogía la totalidad de su cabellera miró fijamente hacia la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó Constance, asomando la cabeza por la abertura de la puerta.

Lucía una tímida sonrisa.

Noelle asintió y dejó reposar la pluma sobre el papel todavía en blanco.

—Adelante.

—¿Interrumpo? —La joven señaló el escritorio.

—No —contestó—. Solo iba a escribir una carta a mis padres. Pero puedo hacerlo en cualquier otro momento —le aseguró—. Toma asiento, por favor.

Constance escogió los pies de la cama, sentándose sobre la mullida colcha de lana.

—Esta noche te has retirado muy temprano a tu habitación. ¿Te encuentras bien?

Noelle asintió despacio.

—Por supuesto —aseguró.

—No sé... —dudó su amiga—. Hoy no pareces la misma de siempre.

Aquel comentario hizo que las pestañas de la joven se abrieran de forma desmedida.

—¿Ah, no? Serán imaginaciones tuyas.

Y por supuesto, no lo eran. Ella había sabido interpretar su estado de ánimo. No obstante, Noelle prefería no decirle que el hombre que amaba era el causante.

Wesley era un ser hermoso, gallardo e inteligente, de eso no había duda. Pero al parecer, era

incapaz de ver y apreciar lo que tenía delante. Era como enseñarle una zanahoria a un asno y que este prefiriera comer pasto.

«¡Santo Cielo, no puedes comparar a Wesley con un asno ni a ti con una zanahoria!», le dijo una insidiosa voz en su interior. Sin embargo, debía averiguar la causa por la que Wesley no había dado ningún paso adelante mientras sus compañeras de colegio habían ido encontrando a su verdadero amor.

¿Porque el suyo tardaba tanto?, se lamentaba algunas veces. Tal vez él la considerara una dama inalcanzable o quizá esperara a que terminara sus estudios. Eran argumentos muy válidos, aunque insatisfactorios. Porque no podía ni pensar en la posibilidad de que no quisiera casarse. ¡Esa era la finalidad de todo caballero! Fuera como fuese, debía resolverlo pronto. De lo contrario, temía que el hombre con el que soñaba a diario terminaría escurriéndosele de las manos.

Constance negó con la cabeza.

—Has estado muy callada —le hizo ver—. Las demás también se han dado cuenta.

«Tenía mucho sobre lo que pensar».

—¿Ahora chismorreáis a mis espaldas? —Su tono jocosó dejó claro que no se lo tomaba a mal.

—Nos preocupas —dijo simplemente.

Noelle se levantó de la silla y comenzó a pasear por la habitación, medio pensativa.

—Nada de esto está siendo fácil.

Aquella confesión debía resultar aclaratoria. Sin embargo, consiguió confundirla todavía más.

—¿A qué te refieres? Creí que te encontrabas a gusto con nosotras, aquí, en la Escuela de Señoritas de lady Acton.

—Sabes de sobra que así es —se apresuró a contestar.

—¿Entonces? ¿Acaso extrañas tu hogar? —murmuró la joven—. Es natural sentir añoranza de tanto en tanto. Todas estamos lejos de nuestras familias.

—Si fuera eso...

Por un momento ambas se sumieron en silencio.

—¿Debo preguntar cuál es el verdadero problema o son ciertas mis sospechas? —Noelle fijó la mirada en su amiga—. El señor Catesby, imagino. La explicación más lógica a tu comportamiento. Algo ha ocurrido con él —señaló.

Al principio, Noelle pareció un tanto sorprendida. Las alumnas sabían de su amor por él, así como de su determinación, pero entre ellas dos existía un secreto que ninguna se había atrevido a confesar.

—¿Él te lo ha contado?

Ahora fue el turno de Constance de sorprenderse.

—¿A mí? ¿Por qué debería?

Noelle finalmente alzó la barbilla, dispuesta a confrontar la verdad.

—¡Oh, no sé por qué te empeñas en llamarle señor Catesby en vez de lord Wesley, tal como debería ser! —No tenía sentido seguir ocultando el asunto—. O, mejor dicho —prosiguió—:

hermano.

Sus palabras aturdieron a Constance, que de repente se había puesto lívida. Noelle, un tanto arrepentida por su imprudencia, se acercó a ella, se arrodilló a sus pies y tomó sus manos entre las suyas.

—Yo...

—Disculpa mi exabrupto, querida Constance. Debería haber refrenado mi lengua o, por lo menos, suavizado el modo de decirlo. Una imprudencia por mi parte, por supuesto.

La joven pestañeó un par de veces.

—Tú, tú... ¿Desde cuándo...?

Noelle se encogió de hombros.

—Podría decirse que siempre lo supe. —Noelle se levantó para, a continuación, recostarse sobre la cama con la mirada perdida—. Sé todo acerca de tu hermano. Aunque hay cosas que no llego a comprender. ¿Por qué rehúsa sus orígenes? ¿Por qué tanto empeño en que no lo relacionen con los Catesby? Es ciertamente extraño, absurdo e inaudito. No conozco a nadie que prefiera prescindir de los tratamientos que le han sido otorgados por nacimiento.

—Mi hermano tiene sus propias ideas.

Aquello no le esclareció nada.

—¿Se trata de alguna excentricidad de escritor?

Constance chasqueó la lengua.

—Me temo que no.

—Doy fe: los Catesby sois una distinguida familia de rango y abolengo. ¿Acaso existe algún conflicto en el seno familiar? ¿Alguna riña por una herencia? ¿Algún acto impúdico?

Constance abrió los ojos como platos al escuchar la elección de vocabulario.

—¿Echaría por tierra tus expectativas si dijera que no?

—Solo trato de unir los puntos —se defendió ella.

—Creí haberte escuchado decir que sabías todo acerca de Wesley. —Noelle hizo un mohín con los labios, pero no tuvo tiempo de contestar antes de que su amiga retomara la palabra—. ¡Espera! —exclamó—. ¿Le has dicho a mi hermano que lo sabes?

Ella pareció sentirse insultada.

—¡Por supuesto que no! Delante de él para mí no es más que un Catesby cualquiera.

—Mejor. No deseo que se enoje conmigo.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Pensaré que fui yo quien te lo dije.

—¡Tamaña sandez! Eres la dama más discreta que he tenido el honor de conocer. ¿Cuántas veces me has escuchado suspirar por tu hermano? ¡Millones! —exclamó contestándose ella misma—. Y nunca has traicionado su secreto. Yo lo respeto, por supuesto, pero han transcurrido tantos meses desde que fuimos presentadas que ya no puedo continuar con esta farsa. Por lo menos, mientras estemos a solas —aclaró.

Constance asintió mientras contemplaba detenidamente a su amiga.

—Está bien —aceptó.

—Me alegra que hayamos aclarado el asunto. Detestaría que nuestra amistad se viera dañada por un malentendido.

—No obstante —apuntó la joven—, siguen existiendo algunos secretos entre nosotras. ¿Cómo averiguaste que Wesley y yo éramos hermanos?

Noelle lanzó un resoplido.

—Te lo diré, si bien deberías conocer la historia desde el principio.

—Tengo tiempo —contestó Constance mientras tomaba uno de los cojines de la cama y se acomodaba mejor—. Adelante.

A Noelle no le quedó más remedio que remontarse al pasado.

—Todo comenzó en India...

Capítulo 2

Madrás, India. Dos años antes.

El Queen's Hope estaba llegando a su destino.

¡Por fin!

El viaje en barco había resultado tan monótono como interesante. Solo las paradas hechas en puerto habían valido algo la pena, aunque no demasiado. En algunas de ellas no se les había permitido descender del navío y Noelle lo había encontrado muy injusto.

Hacía días que bordeaban la costa. Su última parada decente ya casi ni la recordaba. En Ceilán solo habían permanecido unas horas para poner rumbo a Madrás de inmediato.

Cuatro horas antes, el capitán había sugerido a su padre que prepararan los baúles personales, mas su madre ya tenía a los sirvientes recogiendo todo.

Se le había prohibido subir hasta que llegara el momento de desembarcar, pero Noelle no había aceptado realizar ese viaje para mantenerse oculta en el camarote.

Como el capitán se hallaba en proa dando órdenes y el Queen's Hope iba en diagonal, ella se había medio escondido en un lugar estratégico de babor para no molestar a nadie.

Tenía muchas ganas de llegar. De hecho, ese viaje con la familia era algo así como un sueño hecho realidad, por lo que había intentado disfrutar de cada instante. Era la primera vez para todos excepto para su padre, Julian Montague, conde de Beaufort.

Se reconocía como culpable. Sus ansias por viajar eran tan grandes que había insistido sin piedad a sus padres. Después de un largo año sufriendo su asedio, sus queridos progenitores habían claudicado.

India había sido escogida por razones prácticas, pero a Noelle poco le importaba el destino mientras no fuera Francia —estaba demasiado cerca como para considerarlo un viaje que se preciara de serlo—. Su padre estaba envuelto en el negocio de las exportaciones con la Compañía Unificada de Mercaderes Ingleses que comerciaban con las Indias Orientales, por lo que elegir uno de sus barcos y rutas establecidas resultaba lo más conveniente.

Todos tenían lo que deseaban, así que todo era perfecto.

—Lo imaginaba.

Tan absorta estaba, que Noelle no lo había visto llegar.

—No se lo digas a mamá.

—Lo siento, pero ella ya lo sabe. De hecho, hace unos días comentó que, dado que parece que tanto te gusta, hubiera sido preferible instalarte en la cubierta desde el inicio.

Noelle no ocultó la mueca. Resultaba un tanto frustrante que ambos la conocieran tan bien.

—Quería ser testigo de nuestra llegada. —Sintió la necesidad de justificarse.

Su padre suspiró y no supo qué pensar.

Permanecieron en silencio hasta que se atrevió a preguntar:

—¿Necesitáis que baje?

La caricia y el beso en la cabeza le entibieron el corazón.

—No. Nos las arreglaremos. —Fue a marcharse, mas se dio la vuelta—. Pero no te atrevas a moverte de aquí.

El tono era muy claro y Noelle no tenía intención de desobedecer. Reconocía que eran muy permisivos cuando podrían no serlo.

Unas horas después, los ilustres pasajeros del navío viajaban en grandes botes que los llevaban a la orilla, dejando el Queen's Hope atrás.

No lo echaría de menos. El viaje no había resultado difícil de soportar —salvo dos días bajo una fuerte tormenta que los había mareado a todos—, pero prefería estar en tierra firme.

Pisó por primera vez Madrás bajo el incomparable marco de una inminente puesta de sol pintada en tonos rojizos y anaranjados. La mano fuerte de un marinero la ayudó a tocar la arena muy fina.

Noelle no sabía hacia dónde mirar primero. Le atraían los nativos que estiraban y sujetaban los botes. De piel oscura, algunos lucían un torso desnudo que la fascinaba y repelía a partes iguales. No sabría calcular su edad. Unos llevaban un fino y negro bigote, mientras que otros, una espesa barba. La vestimenta era más o menos común en todos ellos: unos bombachos en tono tierra —dejando ver unas piernas sin medias— y turbante en amarillo o rojo.

—Mamá dice que dejes de mirarlos fijamente o vas a quedar en evidencia.

Su hermano menor se lo dijo con una amplia y burlona sonrisa en la cara.

De inmediato observó hacia donde estaba ella. Su elegante, sobria y comedida madre no parecía muy complacida.

Se acercó a ella.

—Lo siento. Todo es tan... —No sabía muy bien cómo expresarlo.

—Entiendo que te asombre, Noelle, pero debes mantener las formas. Aquí hay otras costumbres, lo sabes.

—Haré todo lo que esté en mi mano, lo prometo. —Señaló hacia su derecha, no muy lejos—. ¿Qué es eso de ahí?

—Tu padre nos lo ha explicado antes. Es el fuerte St. George.

Noelle asintió. Se había informado un poco antes de venir, por lo que sabía que Madrás, junto como Calcuta y Bombay, eran las bases de operaciones de la Compañía.

Mientras los llevaban al hotel procuró seguir el consejo, pero resultaba difícil no sacar la

cabeza del carruaje abierto para contemplar un paisaje un tanto decepcionante. Había imaginado algo muy distinto, pero los edificios —aunque menos grandes— se asemejaban a los de su país. En las calles también pululaban ingleses vestidos como tales y solo unos pocos oriundos del país, que se distinguían por la vestimenta y el color de la piel.

El hotel tampoco la impresionó demasiado. Constaba de tres plantas rectangulares con arcadas y pilares y contenía todas las comodidades; eso sí, con un estilo inglés más colorido y refrescante.

Se abanicó mientras esperaban que los alojaran.

—No me gusta este calor —declaró, fastidiada—. Parece mentira que estemos en enero. Cuando dejamos Cornualles ya hacía mucho más frío que aquí.

—Eso también lo sabías. —Su madre la observó de reojo—. Recuerdo que nos lo comentaste cuando te informabas para el viaje.

—Una cosa es saberlo, y otra, vivirlo en carne propia. No entiendo cómo se acostumbran los ingleses que viven aquí.

—Se adaptan. Después de refrescarte y cambiarte te sentirás mucho mejor.

Pues no, no se sentía mejor.

Casi tres horas más tarde, ya de noche, volvía a estar de nuevo en el vestíbulo del hotel esperando para que los acompañaran al comedor. Se había bañado, descansado y puesto un vestido de verano que, con todas sus capas y metros de tela no ayudaba en nada a reducir ese calor.

Su padre se acercó.

—Esta noche compartiremos mesa con los vizcondes de Stonecold y los condes de Raven —informó.

Julian Montague mantenía tratos comerciales con ambos lores desde hacía unos años. Cuando los vizcondes decidieron trasladarse a Madrás, alojándose en una casa alquilada en la ciudad, comenzaron a comunicarse por carta. Los Montague y los condes eran los que habían emprendido ese viaje; ambos con sus respectivas familias. Esa noche, cenarían todos juntos.

Noelle se aburrió un poco entre tanta conversación sobre negocios. El ambiente fue más distendido que entre las paredes de la rígida Inglaterra, pero no mucho más. Los hijos de los restantes nobles eran todos menores que ella —y en gran parte chicos—, por lo que mantuvo una tertulia ligera con su hermana y la hija menor de los condes. Sin embargo, a ambas les apasionaba el tema de los vestidos y los sombreros, lo cual era un tema recurrente que ya había terminado aborreciendo durante el viaje. No quería pensar en la vuelta.

—Oh, ahí está el teniente Somersby —proclamó el vizconde en cierto momento—. Quiero presentarles a un gran hombre. Está en el fuerte St. George.

Hasta la mesa se acercaron dos hombres. Uno de ellos, vestido como un militar, saludó con efusividad al vizconde de Stonecold.

Noelle apenas les prestaba atención y echó una mirada de reojo que ni siquiera podía calificarse como tal. Al instante, cuando una voz modulada llegó hasta ella, su espalda se

enderezó y dirigió su total atención hacia los recién llegados.

Era el hombre más espectacular que sus ojos habían contemplado nunca. Magnífico.

Era alto y no demasiado delgado, efecto que se veía reforzado por la chaqueta verde oscuro que marcaba sus brazos. Desde esa distancia apenas veía el color de las botas, pero supuso que serían del mismo tono que estas o negras. Los pantalones eran del color exacto que lucían horas antes los nativos, pero a diferencia de estos, eran largos. No lucía patillas, bigote, ni un pelo donde sus ondas acariciaran sus orejas. De hecho, llevaba el cabello muy corto, lo que redondeaba un rostro cuadrado con unos ojos que se moría por ver. ¿Serían oscuros? ¿Azules? ¿Marrones como los de ella?

Supo el instante en que sus dos compañeras de tertulia se fijaron en él. Ambas hicieron lo mismo que Noelle e incluso se retocaron el peinado con la mano en un gesto inconsciente, lo que la hizo sentirse insulsa con su sencillo vestido crema y un recogido bajo.

«¿Quién será?»

Se maldijo por no haber prestado atención desde el principio, pues apenas había sido consciente de los saludos.

«¡Que mire hacia aquí!», deseó. Pero parecía concentrado en los adultos de la mesa.

«Bien, yo lo soy. Ya he sido presentada en sociedad».

Se alegró cuando los invitaron a unirse a ellos, que ya habían terminado los postres.

—Si a las damas no les parece mal —indicó el vizconde—, tomaremos los licores aquí.

Para su eterna mortificación, se sentaron cerca de la cabecera, junto a los hombres; y no giró la cabeza ni una sola vez, puesto que las mujeres no participaban en la conversación, solo escuchaban.

Noelle tuvo que sacar a relucir todo su ingenio para fingir que no prestaba atención cuando sí lo hacía.

—¿Usted también está en el negocio del comercio, señor Catesby? —preguntó Julian Montague.

Noelle casi dio un brinco y palmadas por la intervención de su padre.

Como esperaba, este movió el rostro en su dirección, aunque no pudo apreciar nada desde esa distancia.

«No importa. De momento me basta con verle y saber su apellido: Catesby», paladeó.

—No, milord. —Y no dio más explicaciones.

Su voz sonó grave, segura y muy masculina. A Noelle le pareció que su hermana suspiraba. O tal vez había sido ella.

—Catesby, Catesby —soltó el conde de Raven, atrayendo la atención—. Me suena ese apellido. ¿A ti no, querida? —preguntó, incluyendo a su mujer, sentada casi junto a Noelle.

Todos voltearon hacia la condesa, el señor Catesby incluido.

«Oh, señor», oró.

Tembló cuando sus ojos se deslizaron —ahora sí—, entre los comensales y se cruzaron con los suyos. Fue una milésima de segundo, pero se detuvieron en ella, estaba convencida. Casi no pudo

ni respirar por ello.

—Sí, querido. Ahora que lo mencionas, a mí también. Quizá, quizá —pareció cavilar—... pero no, no sé si es posible. Al único que conozco con ese apellido es al duque de Manford y a su familia.

—No es la primera vez que me relacionan con ellos, mas nos une ningún lazo, me temo —aseveró con una sonrisa compungida.

—Por supuesto, por supuesto —cloqueó lady Raven.

—Y bien... —Lord Stonecold interrumpió y derivó la conversación hacia otros derroteros.

Un poco más tarde, le dolía la cabeza de tanto intentar prestar atención para tratar de descubrir su nombre, en vano. Además, las mujeres y los más jóvenes empezaron a mostrar signos de cansancio debido al viaje.

Su madre fue la primera en decidir retirarse y Noelle supo que todo estaba perdido.

Todos se levantaron de la mesa mientras las mujeres daban las buenas noches y se despedían para llevarse a los hijos a dormir.

Desencantada, no supo cómo acercarse al grupo sin una torpe excusa que no la favorecería.

Todos hablaban a la vez y ella no sabía qué hacer. Fue su padre quien la llamó a su lado.

Casi brincó por ello y tuvo que hacer un esfuerzo enorme por no correr hasta él.

—Noelle, hija, deja que te presente al teniente Somersby y al señor Catesby. —Estiró un brazo hacia ella y Noelle ofreció la mejor de sus sonrisas—. Es mi primogénita y mi orgullo. Y el motivo por el que hicimos el viaje. No cedió hasta que convenció a todo el mundo de venir hasta aquí.

—¿De verdad? —se interesó el hombre.

—Yo solo quería viajar. —Se encogió de hombros intentando parecer humilde.

—Está llena de recursos cuando desea algo con mucho ahínco —la alabó su padre.

—¿Qué te parecen las mujeres de hoy en día, Wesley? —le preguntó el teniente Somersby—. Luchan por lograr sus sueños.

—Una virtud encomiable, sin duda —respondió él.

«Wesley, Wesley. Ya sé su nombre».

Y también sabía ya el color de sus ojos. No podía dejar de verlos, verdes como el extenso territorio de Coth Castle, su hogar, y que ella recorría a caballo a diario; aunque con unas chispas de gris parecidos a los acantilados que besaban su tierra más querida.

En respuesta, Noelle se limitó a esbozar una fina sonrisa. Intentaba que nadie notara su interés.

—¿Y tiene intención de explorar Madrás y sus alrededores, supongo? —volvió a preguntar el teniente.

—Ha acertado. —Su madre, que se había acercado, respondió por ella—. Cuando hemos llegado estaba demasiado cansada y tenía demasiado calor como para hacer planes, pero mañana pretenderá que todos la acompañemos en sus excursiones.

—Cuesta acostumbrarse —dijo el señor Catesby en respuesta—. Al calor, digo.

—Nunca había utilizado tanto el abanico —le respondió Noelle—. Ustedes no parecen verse afectados por ello.

—Oh, pero lo estamos. Tal vez es que somos más capaces de disimularlo; solo es eso.

Noelle solo quería desmayarse a sus pies por ser capaz de tener unas palabras con él. ¡Qué emocionante!

—Mi amada esposa adora pasear por Madrás —explicó el teniente—. Nadie conoce sus rincones mejor que ella. Si gustaran, estaría encantada de hacer de guía.

—No querríamos molestarla... —intervino su madre.

—Al contrario; le harán un favor. A veces se aburre mucho en el fuerte y sale sola a pasear. Adorará tener gente nueva con la que conversar.

Y en un momento dispusieron un encuentro con la señora Somersby mientras hablaban a dos voces, unos sobre la salida y otros sobre el fuerte.

—Eso me hace recordar que dentro de unos días celebramos una fiesta en el fuerte St. George. —El teniente alzó la voz para hacerse oír—. Incluso asistirá el gobernador de Madrás, sir Frederick Adam. Les invito a todos a asistir. Consistirá en cena y baile. Los soldados pocas veces gozan de ese privilegio y están encantados.

Las mujeres se alegraron y accedieron de inmediato.

—Wesley, si todavía estás aquí, cuento con tu asistencia. Se marcha en cuanto llegue el amigo que espera —soltó en una falsa confidencia.

Noelle tenía curiosidad por cómo sería el fuerte y se alegró en un primer momento, pero cuando el señor Catesby mostró su conformidad, se entusiasmó.

Estaba a punto de vencerla el sueño, ya en su cama. Entonces se juró que iba a conseguir un baile con él, aunque fuera lo último que realizara sobre la tierra.

Una semana después de su llegada, Noelle estaba cansada de la ciudad —o, de al menos, su parte más recomendable—. La esposa del teniente Somersby enfermó al día siguiente del ofrecimiento del marido y no pudo acompañarlos tal como Noelle esperaba. Sus salidas se habían limitado a paseos cortos por la zona más fina y visitando los hogares de más familias inglesas afincadas en Madrás.

Había vuelto a ver a Wesley Catesby en diferentes ocasiones, pero nunca era suficiente. Eso sí, había soñado con él. Todas las noches.

Al final, por los negocios de su padre, recién habían visitado el fuerte St. George. El vizconde de Stonecold les había mostrado el precioso edificio blanco con decenas de oficinas y lugares menos hermosos, donde los soldados entrenaban. Los nativos en infantería y artillería lucían pantalones largos blancos con casacas rojas o azules dependiendo del cuerpo al que pertenecieran. Los oficiales de más alto rango eran ingleses de mayor o menor edad que la habían admirado o regalado cumplidos. No obstante, Noelle hubiera deseado que solo un hombre se los diera. Tal vez ya no residiera en Madrás.

Eso la entristeció.

Su alegría aumentó un poco cuando, a la mañana siguiente, les llegó una nota de la señora Somersby anunciándoles su total recuperación y su pronta visita.

La mujer del teniente era una mujer vivaracha como ninguna y fuente inagotable de conversación. Trajo consigo unas preciosas sombrillas de colores para que se protegieran del sol mientras paseaban por Madrás.

—Aquí, un sombrero de ala ancha no es suficiente —dijo a modo de explicación.

Le sorprendió que pareciera conocer a todo el mundo, tanto a los extranjeros como a los pocos indios que recorrían las calles. También tenía multitud de anécdotas que contar de cada uno de ellos o de los edificios más emblemáticos.

En una mañana aprendió a saludar correctamente, diciendo *namaskâra* y juntando las dos manos a la altura del corazón con la cabeza levemente agachada. También la palabra *bahina*, que significaba «hermana», y que era utilizada por los nativos con frecuencia.

Sobre las once de la mañana, sus hermanos protestaban porque querían marcharse. Su madre dio por concluida su salida.

—Oh, mamá, por favor. Hoy está la señora Somersby con nosotros. Podríamos ir un poco más allá.

Por «allá» se refería a la parte donde vivían los oriundos de la ciudad; ese lugar donde las casas eran más bajas y tenían dimensiones mucho más reducidas.

—No es recomendable, Noelle. No sabemos qué podemos encontrar.

Catherine Montague casi nunca perdía la calma, y mucho menos con la terquedad de su hija mayor.

—Pero...

—Estamos cansados de andar. A tus hermanos y a mí nos apetece un refrigerio. Seguro que a la señora Somersby también —terció con una sonrisa.

—No se preocupe por mí, lady Beaufort, estoy acostumbrada a dar frecuentes paseos por Madrás. Si se fía, puedo llevar a lady Noelle al mercado. No le pasará nada. Yo compro allí dos veces por semana. Anjali vendría con nosotros —se refería a la sirvienta india que la acompañaba — y traerá los paquetes.

Su madre dudó, por lo que Noelle quiso decidirla.

—Por favor, mamá; me portaré bien. Regresaremos tan pronto la señora Somersby lo diga.

—No es por ti, hija...

—Lady Beaufort, le prometo que no tiene nada que temer. Es completamente seguro.

Noelle comprendía su miedo a lo desconocido. También era capaz de entender a qué se refería cuando decía que no era por ella. Su madre casi perdió a su padre ante un viaje. Regresó, era cierto, pero el sufrimiento que conllevó su ausencia y su posterior regreso le produjo un dolor imborrable. La historia de su familia tenía todos los ingredientes para una novela de esas que tanto gustaba leer entre los nobles.

Por fin, su madre cedió.

Noelle le dio un beso. y se marchó feliz.

Conforme iban abandonando la parte de la ciudad más acomodada, la intensidad de ingleses disminuía y la de indios aumentaba.

Empezaron a ver gente mayor sentada en el suelo, junto a las puertas de sus casas. Algunas mujeres estaban arrodilladas, limpiando. Aparecieron fuentes donde la gente se metía en ellas. Noelle le preguntó a su acompañante, la cual confirmó que se aseaban allí.

En ese punto, coincidieron con un conocido. ¡Sí! La fortuna estaba de su lado.

—¡Señor Catesby! ¡Señor Catesby! —llamó la señora Somersby.

El aludido volteó para ver quién lo llamaba y se acercó a ellas.

Señor, qué apuesto era.

Esa vez, el dorado apagado de su pelo brilló a plena luz del día y Noelle deseó que lo tuviera más largo para pasar su mano por él.

Las saludó y, como esperaba, se ofreció a acompañarlas en su trayecto, ofreciéndoles un brazo a cada una.

Noelle estaba en la gloria y siguió mirando a su alrededor, donde todo resultaba mucho más interesante.

La mayoría iban descalzos, pero mientras que los hombres exhibían colores tierra y blancos en sus ropas, las mujeres incluían todo un abanico de color. Vio ocres, amarillos, verdes, naranjas. Ellos llevaban calzones, camisa y turbante en la cabeza; ellas, una especie de túnica larga que las envolvía como un vestido.

—Es el *sârî* —dijo él, respondiendo a su pregunta—. Es el traje tradicional de las mujeres indias.

—¿Y el punto bermellón que llevan algunas en la frente?

—Se llama *bindû*. —Esta vez fue la mujer del teniente quien respondió—. Indica la fuente de energía y solo la lucen las mujeres casadas.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. Solo sé que es así.

El mercado se dejó ver un poco más adelante. Allí, los olores se intensificaron. Algunos eran buenos; otros, no tanto —como en Londres, pero distinto— debido a esa suciedad que no se percibía en la otra parte de Madrás.

—¿Y eso? —preguntó refiriéndose a un sonido rítmico que se escuchaba y cuya procedencia no podía definir.

—Son cánticos, querida.

—Algunos de índole religiosa —añadió al punto el señor Catesby.

En el mercado miró cada parada de productos comestibles —algunos totalmente desconocidos— y baratijas y utensilios decorados de un modo fascinante. También la asombraba, aunque ya lo había visto, cómo ambos sexos cargaban cestas llenas en sus hombros o cabezas, sin ninguna

exclusión al género.

Eso era lo que Noelle buscaba al viajar: la esencia de cada pueblo, ciudad o país. Saber de sus gentes, conocer sus costumbres y cómo vivían.

De regreso al hotel no dejó de parlotear sobre cada cosa que había visto. Se moría de ganas de explicárselo al resto de su familia, pero se detuvo cuando un alboroto atrajo su atención. Unos soldados uniformados intentaban echar de malos modos a un anciano que estaba sentado en la puerta del hotel.

Había cosas que no podía consentir.

—Lady Noelle, ¿a dónde va? —se preocupó la mujer del teniente—. ¡Lady Noelle, vuelva y no se involucre!

Pero ella ya no escuchaba. Iba a intervenir.

—Señores, ¿qué ocurre? ¡Quítenle las manos de encima a este anciano! —Se introdujo entre dos soldados y los apartó del hombre a manotazos.

Su presencia no aquietó a los uniformados.

—Milady —dijo uno de ellos—, no intervenga. Solo le estamos diciendo que escoja otro sitio para sentarse y recitar sus mantras.

—Pues sean más diplomáticos, señores. No se trata así a los mayores. —Se giró hacia el anciano—. ¿Se encuentra bien?

Este no respondió, por lo que Noelle supuso que no entendía el inglés.

Encaró de nuevo a los soldados.

—El señor se marchará sin necesidad de que lo traten así; yo me encargaré de ello. ¿Les supone algún contratiempo?

Como sabía que sí, pero que no lo dirían en voz alta, apartó al anciano de los soldados al tiempo que el señor Catesby se acercaba para hablar con ellos.

Mientras se alejaba con él, le susurraba:

—Por favor, no vuelva a sentarse allí. Seguro que hay mejores lugares que un hotel inglés.

El hombre le sonrió sin abrir la boca y le palmeó la mano enguantada. Acto seguido, le quitó el guante tan rápido que no tuvo tiempo de escandalizarse y recorrió su palma con su dedo calloso, arrugado y casi sin uña.

—Tú buena mujer blanca —señaló—. Valiente. Futuro bueno. Conoces hombre blanco. Amor sincero.

Eso alertó a Noelle.

—¿Hombre? ¿Qué hombre?

—Ya, ya —siguió diciendo el anciano—. No dejes escapar. Ojos verdes. Futuro incierto.

—¡Lady Noelle, lady Noelle!

La señora Somersby se acercó corriendo y abrió los ojos como platos al ver a ese indio recorrer la blanca palma de Noelle, pero el hombre ya había terminado de hablar y se alejaba a paso decidido.

Noelle estaba aturdida.

¿Qué había querido decir ese hombre? ¿Qué era todo eso sobre un hombre de ojos verdes que no podía dejar escapar?

Abrió la boca en el mismo instante en que el señor Wesley Catesby se acercó.

—¿Están bien? —preguntó—. ¿Qué hacía? ¿Qué les ha dicho?

Noelle no sabía muy bien qué debía responder.

—Nada —dijo al fin. No pensaba confesarlo.

—He sospechado de inmediato que era un gurú —aseveró la mujer, cuando también llegó a su lado.

—¿Un gurú?

—Sí. Son ancianos que practican sanaciones y parece que visualizan el futuro. Los ingleses aseguran que son patrañas. Yo nunca he tenido la oportunidad de comprobarlo. ¿Seguro que estáis bien?

—Perfectamente —aseguró mientras se volvía a poner el guante e ignoraba la mirada inquisitiva de ese hombre—. Ha sido una anécdota entretenida que no es necesario mencionar a nadie. Supongo que en un futuro comprobaré si estaba en lo cierto. ¿Entramos?

La señora Somersby no contó nada y el señor Catesby tampoco. Y aunque fingió que nada fuera de lo corriente había sucedido, todo era mentira.

Ese hombre era una especie de vidente que había pronosticado que tendría un amor sincero con un hombre de ojos verdes que ya había conocido. No era necesario ser muy sagaz para darse cuenta de que se refería al señor Catesby.

Y aunque hasta ese día no había creído en esas cosas, había tantas coincidencias que no pensaba pasarlo por alto.

Por eso, ya en el baile que se celebraba en el fuerte St. George, Noelle estaba decidida a comprobarlo.

Él también asistía, así que Noelle dio las gracias a los dioses hindúes.

Se había esmerado en su apariencia. El brillo de su cabello dorado era tan fuerte como su determinación. También había optado por un vestido rosado en lugar del anodino blanco que tan mal le sentaba. Seguía siendo debutante, pero aquí, la rigidez no era tanta.

Ahora, lo primero era conseguir un baile. Parecía tarea fácil y podía serlo. Sin embargo, la poca abundancia de mujeres casaderas y bonitas había llevado a un sinfín de presentaciones y, con ello, a llenar el carné de baile a una velocidad que no tenía contemplado. En otras circunstancias se sentiría pletórica, porque no había nada, excepto cabalgar, que le gustara más que bailar. No obstante, mintió sin remordimientos en varias ocasiones asegurando que ya estaba todo lleno cuando guardaba un hueco para él.

—Lady Beaufort —saludó cuando llegó a su altura—, lady Noelle. Esta noche, nadie puede superarlas en hermosura.

Noelle no hubiera creído un halago tan banal y manido si no fuera porque le dedicó una larga mirada que fingió no ver. Él no podía estar más apuesto con traje oscuro y camisa blanca.

Aun así, respondió:

—Que no le oigan decir eso en voz alta. Las otras damas podrían ofenderse.

—Pues que sea nuestro secreto, entonces.

Casi no sonrió al decirlo, pero Noelle sintió que su pecho se hinchaba de emoción.

Al mismo tiempo, los primeros acordes de una nueva pieza conocida empezaron a sonar.

—Tu preferida, hija —apuntó su madre—. ¿La tienes comprometida?

Noelle miró a su progenitora con cierta sospecha. Ella pensaba que lo había disimulado bien, pero no era así, al parecer.

—No. —Mentira. El dueño de esa pieza no tardaría en aparecer.

—Señor Catesby... —Fue ella a sugerir.

—Para mí será un placer ser el acompañante de su hija —terminó por ella—. ¿Me permite?

No tuvo ni que pensarlo dos veces. Sabía que su madre se disculparía por ella y que después resarciría al ofendido con el sitio en su carné que permanecía vacío.

El vals hubiera sido preferible, pero su madre ya no lo hubiera consentido, así que la polonesa debería bastar.

Cuando sintió el toque de su guante en su brazo, algo la recorrió entera. El sanador había estado en lo cierto; él era su futuro.

—Está muy callada —le señaló en uno de los giros.

—No imaginaba que era de los que preferían hablar.

—Solo cuando me apetece. —Su frase se vio interrumpida por otro giro que los separó—. Fue muy audaz de su parte ayudar a ese anciano —dijo, cuando volvió junto a ella.

—¿Es una reprimenda? Porque hice lo que debía hacer.

—Más bien un halago.

—Ah, pues no le dé más importancia. —Porque de verdad no la tenía.

—Joven, hermosa, decidida y humilde. Una combinación perfecta.

Noelle se preguntó si estaba coqueteando con ella.

—Apuesto, educado, inteligente y misterioso —replicó a su vez.

—No soy misterioso.

—Ni yo perfecta. Soy de lo más corriente.

—Como sería grosero llevarle la contraria, le daré la razón.

Noelle rio.

—En cambio, yo no creo necesario dársela. Mi teoría es que es un hijo ilegítimo en busca de buena fortuna.

Su acompañante medio sonrió y sus ojos brillaron.

Noelle siempre lo consideraba un buen augurio.

—Ha acertado... en lo del hijo.

—Bah. ¿Lo ve? Eso incrementa el misterio.

—No era mi intención.

—Lo ha hecho de nuevo. —Esa vez rio con más ganas y le satisfizo que los labios masculinos dibujaran una plena sonrisa.

Bailaron hasta que el último acorde se deslizó entre la sala repleta envueltos en un cálido manto de felicidad.

Cuando él se inclinó para besarle la mano y despedirse, Noelle lo supo con certeza: estaba enamorada.

—¿Nos veremos pronto? —le preguntó con cierto anhelo.

Wesley Catesby la miró un instante, frunció el ceño y volvió a adoptar una pose distendida.

—Nos veremos.

Quizá fue su expresión discordante o el tono de su voz, pero Noelle no le creyó.

Mientras lo veía alejarse y desaparecer entre la miríada de casacas militares, Noelle hizo una promesa al aire.

—Volveremos a vernos, señor Catesby. Y tanto que sí. Y será entonces cuando te conquistaré.

Capítulo 3

Minstrel Valley. Escuela de Señoritas de Lady Acton.

—Y, ante todo, señoritas, no deben olvidar que jamás deben quedarse a solas con un caballero sin la debida supervisión de una carabina —recitó lady Valery Sherman.

Noelle miró a derecha e izquierda y vio a la mayor parte de alumnas anotar con suma concentración cada palabra dicha por la profesora de etiqueta.

Esas reglas no escritas podían tener mucha lógica para algunas, pero a ella le suscitaban más preguntas que otra cosa.

—¿Y si es necesario compartir un carruaje porque, no sé, deben marcharse de viaje? —preguntó en voz alta y clara.

Con una paciencia infinita, lady Valery le prestó toda su atención.

—En ese caso, lady Noelle, llevará consigo la debida carabina en forma de familiar o sirvienta.

—¿Y cómo descubriremos si ese caballero, con el que no podemos estar a solas, es el elegido si siempre vamos rodeados de metomentodos?

De reojo, Noelle vio a Lorianne sonreír por lo bajo al tiempo que Rosemary se tapaba los ojos con la mano.

¿Quizá se había excedido?

—Ah, no —respondió la profesora—; no voy a entrar en su juego, lady Noelle. No vamos a probar todo lo inadecuado solo para saber si lo es o no; como tampoco me voy a tirar de un puente porque ya sé mi destino final.

Las risas estallaron en la clase, pero Noelle sabía que sus compañeras lo hacían porque habían establecido el paralelismo entre ellas, la propia Noelle y Wesley Catesby. Eso la hizo pensar en hacer algo un poco más drástico, por mucho que fuera en contra de las reglas de decoro de la señorita Sherman. Eso, o no auguraba un futuro tan esperanzador como había anticipado.

—Lo encuentro injusto, pero supongo que deberé conformarme.

—¿Con... formarte tú? —añadió Amanda con un apenas ligero tartamudeo.

—Jovencitas, jovencitas, modérense. Recojan sus utensilios y pueden retirarse. El té no tardará en servirse.

Todas obedecieron en el acto.

—Usted no, lady Noelle. Quisiera intercambiar unas palabras.

Resignada, lanzó un suspiro y terminó de recoger, esperando que las demás se marcharan sin ella.

Constance y Amanda le preguntaron si la esperaban fuera, pero Noelle negó con la cabeza.

Se acercó cuando se quedaron a solas.

—¿Piensa regañarme?

La profesora inclinó un tanto la cabeza y la observó con lo que pareció cierta simpatía.

—No, no voy a hacerlo; pero solo porque no has hecho otra cosa que ser impertinente. Más de lo habitual —matizó—. ¿Te ocurre algo? ¿Puedo ayudarte? Los demás profesores también han notado en ti cierta dispersión frecuente esta última semana. Yo incluso alargaría el tiempo en unos meses. —Se hizo el silencio—. Sabes que puedes confiar en mí.

Noelle sabía qué le ocurría. Su problema tenía nombre y apellido, mas no podía confesar una cosa así. No lo entendería.

—No me pasa nada; o al menos, nada en especial. Quizá es que perciba que mi tiempo en Minstrel House se termina, o tal vez sienta cierta desazón porque todas, poco a poco, están encontrando su lugar en el mundo.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Buscas tu lugar en el mundo? Por mucho que sientas que ya te lo han enseñado todo, solo es una falsa impresión.

—Sí, lo sé. —Suspiró—. He aprendido mucho de mis compañeras y profesores; cosas que jamás imaginé cuando llegué. A pesar de las edades dispares, todas son muy inteligentes y están llenas de recursos.

—Y son buenas amigas —acotó lady Valery.

—Sí, eso también. Las mejores. Sin embargo...

—Sientes que ellas están encontrando su propio camino —terminó por ella.

—Algo así.

—Y con eso debes referirte también al amor, supongo —tanteó—. Debo decir que nunca lo hubiera dicho. Siempre pareces tan resuelta y capaz que da la sensación de que no hay nada en tu vida que se escape a tu control.

—Ojalá fuera cierto.

—¿Y puedo saber quién es el afortunado que ha captado tu interés? —Ante esa descarada pregunta, Noelle se retrajo, pero también se echó a reír—. ¿Qué te provoca tanta hilaridad? Si me permites la pregunta.

Se la veía desconcertada.

—Nada en especial. Solo pensaba en lo mucho que me gusta usted, lady Valery.

—Oh, bien, me alegra oírlo, aunque imagino que eso se lo dirás a todos tus profesores.

—Más o menos —respondió, risueña. Se levantó con soltura y se acercó a su profesora, dándole un inesperado beso en la mejilla—. Sin embargo, solo usted es mi profesora favorita.

Y se dirigió hacia la puerta, donde, antes de cerrar oyó:

—¡Zalamera incorregible!

Ahora de buen humor, salió al pasillo, donde Constance y Amanda la esperaban.

—Os dije que os fuerais. Vais a llegar tarde al té por mi culpa.

—No importa —dijo Constance, que desde que le contó la historia de cómo conoció a su hermano en India se había vuelto mucho más afectuosa de lo que ya era con ella.

—¿Cómo ha ido?

—Bien, Amanda. No hay nada de lo que preocuparse. —Le dio un rápido abrazo—. Ahora, vayamos rápido o lady Eleanor nos llamará la atención.

Mientras apresuraban el paso para llegar a la salita lavanda, se cruzaron con la señorita Chatham. Sus amigas la saludaron, pero Noelle, rayando la mala educación, enderezó la espalda, evitó todo contacto ocular y saludó entre dientes.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Amanda cuando ya alcanzaban el vestíbulo—. Has sido grosera.

Noelle no quería hablar de eso, mas comentó:

—Estoy segura de que no ha sido para tanto.

—Amanda tiene razón, Noelle. Creo que es la primera vez que veo eso en ti. ¿Qué te ha hecho la señorita Chatham para casi negarle el saludo?

—No quiero hablar de ello, ¿de acuerdo? Venga, entremos y tomemos el té.

Una hora después, Noelle parecía ser la única que no lo había olvidado.

Estaba sola en invernadero, su lugar favorito de Minstrel House. En ese edificio, construido en su mayor parte de cristal, y junto a todo tipo de flores y plantas, podía pasarse horas reflexionando sobre sus amigas, Wesley Catesby, la indiferencia de él o sobre la señorita Chatham.

—Bah, no quiero pensar más en ella. No le dedicaré ni uno solo de mis pensamientos.

Por ello, se sacó las cartas que había recibido de sus padres y leyó la de su madre, puesto que la de Julian Montague había sido la primera.

Le encantaba que sus progenitores no se limitaran a una misiva cada pocas semanas, escrita de puño y letra de Catherine Montague. Le confería mucho valor al hecho de que ambos se esforzaran en mantener ese lazo. Cada uno de ellos le explicaba el día a día desde su punto de vista, por lo que Noelle recibía una imagen completa de lo que era su vida en Coth Castle, el hogar de los Montague en el lejano Cornualles.

—Los echo de menos —musitó en voz baja.

—¿A quién? —preguntó su queridísima Constance, apareciendo entre el follaje.

Se sentó en uno los sillones de flores que había en el rincón más oriental de la estructura. Noelle ocupaba el otro de los cinco que había, junto a una mesita de caoba y cristal.

—A mi familia.

—Me gustaría conocerlos. Y también Coth Castle.

Noelle observó esa esa cálida jovencita de ojos enormes y corazón de oro. Nunca imaginó que profesara tanto cariño a la hermana de Wesley. A ella también le gustaría tenerla por hermana, tal

y como Constance le confesó.

—Lo harás, estoy segura. De un modo u otro.

Quedó en el aire que, de no conseguir el afecto de su hermano, no llegarían nunca a ser familia, pero ninguna de las dos quiso expresarlo en voz alta.

—Claro que sí. Eres una mujer de palabra. Y también somos amigas, ¿verdad?

Noelle se estiró para cogerle la mano.

—Sin duda, lo somos.

—¡Chicas!

La voz de Jane desde la entrada las hizo levantarse.

—¡Aquí! —llamó.

—Por fin. Oh, hola, Constance; no sabía que le hacías compañía. Margaret te estaba buscando. Vaya, aquí se está calentito. Vengo tan poco que no lo recordaba. En fin, a lo que iba. Os he estado buscando por los jardines y el cenador. El señor Barry te vio salir, pero no sabía seguro dónde estabas. Fue el señor Randall quien me dijo que estarías en el invernadero.

Noelle sonrió. El guardés y ella solían mantener variopintas conversaciones cuando él estaba cuidando la flora del edificio acristalado y ella llegaba para tratar de pensar. De tanto en tanto lo ayudaba y sentía una paz que ni los libros conseguían transmitirle.

—Pues heme aquí. ¿Qué necesitas?

—Edith ha estado toda la tarde en Minstrel House, en los dominios de la señora Witt. Ha terminado de hornear un delicioso pastel de zanahorias que apenas esté decorado desaparecerá en nuestras codiciosas barrigas. Solo pensaba que querrías, «querríais» —rectificó— estar presente.

—¡Eso no se pone en duda!

La golosa Constance se puso la capa y los guantes con una rapidez impresionante, pero Noelle le fue a la zaga.

—Gracias —le dijo a Jane.

Las tres corrieron por los jardines, dejando atrás el cenador y entrando por la parte de atrás de la mansión. Bajaron con rapidez a la cocina justo en el mismo instante en que Edith cortaba el pastel en porciones bajo la atenta mirada de sus voraces compañeras. La señora Witt las miraba con cierta indulgencia al tiempo que permanecía atenta a la cena que preparaba.

—¡No empecéis sin nosotras! —ordenó Constance al verlas.

—Íbamos a guardaros un trozo, tranquila —soltó Amanda.

—Veo que Jane os ha encontrado a ambas. —Edith solo les echó un mero vistazo y siguió cortando mientras Rosemary repartía.

—Margaret se ha dado por vencida muy pronto en la búsqueda de Constance —añadió Hester, socarrona.

—Solo porque sabía que estaría con Noelle —replicó Margaret. Y le sacó la lengua.

—Ay, si no fuera por Jane —canturreó Noelle mientras hincaba el tenedor en la esponjosa masa anaranjada—. Mmm.

—Eso, si no fuera por mí... Qué cosa más buena, Señor.

—Divina —confirmó Emily—. Lori es la única que no habla.

—¿Cómo va a hacerlo si tiene la boca llena? —aclaró Hester.

Todas la miraron y la aludida se sonrojó ante tanta atención, pero siguió comiendo con la cabeza alta.

—Vaya, el amor te sienta bien, Lori —declaró Noelle.

—¿Y a quién no le sentaría bien un hombre como el condestable? —señaló Margaret—. Si no fuera porque te quiero, te envidiaría.

—Soy una mujer con suerte. —Lori dejó el plato vacío.

—Miladies, señoritas, ¿qué están haciendo?

La señora Burton rompió el encanto en un santiamén. Noelle se tragó el último trozo casi sin masticar. Cuando el ama de llaves las reconvenía, más valía estar preparada.

—Comiendo pastel —comunicó Noelle, como si no fuera obvio.

—Eso puedo verlo por mí misma, jovencita. Solo intento discernir por qué no han esperado a después de la cena. Cuando llegue, ninguna de ustedes tendrá hambre y los platos quedarán medio llenos.

Eso no era del todo cierto. Quizá comerían un poco menos de lo habitual, pero tampoco suponía un crimen.

—Ha sido culpa mía, señora Burton. —Edith intervino con todo el tacto del mundo—. No debí instarlas a probarlo. Solo querían complacerme.

El sonido que salió de su boca fue casi un resoplido, lo que indicaba que no creía ni una palabra, pero tuvieron suerte y esta prefirió no insistir.

—¿No tiene otras cosas más importantes de las que ocuparse? —dijo al cabo de unos segundos de silencio en el que les había hecho un repaso visual a todas.

Todas entendieron que debían marcharse de inmediato y supieron, sin ningún género de dudas, que por mucho que no las hubiera regañado, lady Eleanor Harper acabaría sabiéndolo.

—Dios, me duele la barriga.

El lamento de Emily no sorprendió a nadie. En mayor o menor medida, todas habían comido demasiado en la cena.

—Lady Eleanor puede ser cruel —se quejó Hester.

Como habían supuesto, la directora se había enterado, mas en lugar de castigarlas, en la cena había hecho llenar sus platos. Y tal como había predicho la señora Burton, no había la suficiente hambre para tanto. Sin embargo, y si tan siquiera tener que ponerse de acuerdo, todas se habían esforzado para terminar lo que les habían servido. En consecuencia, su digestión se había vuelto pesada. ¡Si incluso habían rechazado tomar postre!

En ese momento, todas estaban en la habitación de Amanda. Por cercanía, Noelle y Constance habían ido a conversar antes de acostarse. Poco a poco se habían ido sumando las demás.

Ocupaban las dos sillas, el sillón, el hueco acolchado de la ventana para las menos frioleras, y el resto, compartiendo sitio en la cama.

Noelle se levantó de su privilegiado sitio al lado de la ventana y dio unas palmadas tal cual fuera una de las maestras.

—Bien chicas, dejad de pensar en vuestras miserias y centraos en mí.

Como esperaba, todas rieron con cierta burla, pero ya contaba con toda su atención.

—¿Qué desea vuestra merced de tan humildes servidoras?

Margaret hizo una loable reverencia, tal cual estuviera ante una reina, pero Noelle sabía que la chanza terminaría en cuanto expusiera lo que quería decir.

—Pues hablar de mi cumpleaños, qué si no.

El grito unánime se elevó unas octavas más de lo deseable a esas horas de la noche. No era todavía la hora de acostarse, si bien había ciertas normas que acatar.

—Chist, chicas —amonestó Amanda, preocupada.

—¿Cuándo es?

—No nos habías dicho nada.

—¿Vas a querer pastel?

—¡Tenemos que celebrar una fiesta!

Todas hablaban a la vez.

—Calmaos, calmaos. No puedo explicaros nada si no me escucháis. —Una a una fueron callando y la miraron expectantes—. Es a finales de este mes y voy a cumplir veintiún años. También será el primero que celebre fuera de casa y sin mi familia.

—Nosotras seremos tu familia —aseguró Lori.

—O podemos escribirles para que ven...gan —terció Amanda, siempre práctica.

—Sois adorables, pero...

—Ya tienes un plan —terminó Constance.

Noelle sonrió.

—Qué bien me conoces. Pues bien, he pensado en celebrar una fiesta. —La mayoría se emocionó ante la idea—. Pero no una cualquiera.

—Te ayudaremos —se ofreció Rosemary—. Solo dinos lo que deseas.

—Ah, qué suerte tengo de este ofrecimiento desinteresado, porque había pensado en algo muy particular, por lo que cuento con vosotras para convencer a Lady Eleanor.

—Uy, uy, uy. —Jane la miraba con las cejas levantadas—. No sé por qué, pero sospecho que no deseas una fiesta convencional.

Noelle sonrió, tratando de parecer alentadora.

—Eh, más o menos. Había pensado en una fiesta un poco grande.

—¿Cómo de grande? —preguntó Hester.

—Algo así como para extender una invitación a todo el pueblo.

El coro de «ohs» no se hizo esperar, pero eso no la desanimó.

—Esperad, esperad, que no he terminado de explicarme. Sé que parezco presuntuosa, pero había imaginado una fiesta de disfraces con una temática única: ¡la dama y el juglar! —Comenzó a ver expresiones de interés y eso la animó—. Imaginad a todo el mundo con ropas del medievo. Se podría contratar a un cuarteto que supiera tocar el laúd, por ejemplo. Incluso se podría recrear el salón de baile con ciertos elementos que se han ido descubriendo. Estoy segura de que muchos ciudadanos de Minstrel Valley querrían participar en un baile así. Nunca se ha hecho.

—¿Y quién sería el juglar? —preguntó Constance.

—Cualquiera. No he pensado en todos los detalles.

—Seguro que tú querrías ser la dama. —Lori estaba estirada en la cama boca abajo, aguantando su mentón con las manos.

—Pues no, tontaina, el blanco no me favorece; más bien esperaba que cada uno se disfrazase de lo que quisiese, ya fuera de alguno de los amantes o de cualquier personaje caracterizado de esa época. ¿Qué opináis? ¿Lo veis factible? ¿Creéis que lady Eleanor accedería?

—¿Y para qué tanta parafernalia? —preguntó Jane, sagaz—. Y con eso no digo que me parezca mal, sino todo lo contrario. Pero ¿por qué eso en lugar de una pequeña fiesta con nosotras y algunos profesores?

Noelle calló un instante, sabiéndose pillada. No podía ni quería mentirles, pero había esperado que aceptaran la idea sin cuestionarlo.

—Ah, el señor Catesby, supongo. —Rosemary acertó de pleno.

—¿Todo eso es por él? —Amanda levantó las cejas—. Vaya.

No pudo evitar ponerse un tanto a la defensiva.

—Está bien, sí, es por él; aunque solo en parte. Lo de la fiesta es una buena idea se mire por donde se mire. La historia de esa pareja combina amor y drama, por lo que sería un éxito. En lo referente al señor Wesley Catesby... ¿podéis culparme? —Cruzó los brazos—. He de aprovechar cada minúscula oportunidad que se me presenta; y crearla, si es necesario. Opino con firmeza que en el amor todo vale. ¿No estáis de acuerdo? Pensad, si no, en vuestras propias historias.

La habitación enmudeció por un largo minuto.

Evidentemente, Noelle sabía que no todas estarían de acuerdo con su máxima —no en vano había pasado más de siete meses con cada una de aquellas jóvenes, algunas ya mujeres—. No pretendía que la apoyaran en todo, puesto que tenía las ideas demasiado claras como para dejarse influenciar con facilidad. Solo quería evitar ser juzgada con demasiada dureza.

—Está bien —empezó Rosemary—, creo que comparto tu punto de vista. Sé bien que, antes de conocer a Richard, hubiera dicho que no todo vale si se hace daño a un tercero, mas ahora soy de las que creen con firmeza eso de seguir a su corazón.

—No, no todo vale. —El mohín de Emily indicaba que todavía trataba de superar la decepción que había sufrido.

Lori y Hester eran unas románticas. Enamoradas o no, opinaban que podían hacerse concesiones en nombre del amor.

Margaret nadaba entre dos aguas.

—¿Qué opinas tú, Jane? —preguntó Constance—. Sé que soy una indecisa, pero sé hacia qué lado debo inclinarme; veo pros y contras.

—Como Rosemary —respondió la aludida—, yo antes también hubiera dicho que no todo vale, que hay que mantener las apariencias, portarse bien... ¡para pillar un buen partido!

Las risas estallaron tras el alegato de Jane.

Por suerte, el ambiente se había vuelto menos serio gracias a Jane. Ella era otra compañera y amiga con las ideas muy lúcidas. En su fuera interno, Noelle deseó para ella ese amor verdadero que se negaba a admitir en su vida.

Y fue entonces cuando vio que Amanda era la única que no se había sumado a la hilaridad colectiva.

Dudó sobre si ponerlo de manifiesto; algo le decía que no quedaría complacida con aquello que ella tuviera que decirle. No era un misterio para nadie —al menos, no para ella—, que Amanda no estaba demasiado de acuerdo con lo que hacía respecto a Wesley. Si ella supiera...

—¿No vas a decir nada, Amanda?

La joven pareció encogerse, como si tuviera miedo, pero Noelle sabía que solo era una falsa ilusión y que se trataba más se haberse visto sorprendida por la pregunta.

—No iba a hacerlo —confesó—. ¿Puedo hablar con libertad?

—¿Alguna vez te he impedido hacerlo?

—¿Y si no te gusta nada lo que tengo que decir?

—Somos amigas, ¿verdad? —Esperó el asentimiento que lo confirmaba—. En ese caso (y aunque fuera el contrario, también), puedes decir lo que quieras. Me puede gustar más o menos, aunque creo que nunca he coartado a ninguna de vosotras para que acabe diciendo lo que quiero oír.

—No pre... ten... dí... a... —El tartamudeo que no solía aparecer mientras hablaba con ella o las demás hizo acto de presencia. Eso sucedía cuando se sentía incómoda.

—Lo sé, pero me molesta menos que me sueltes un monólogo sobre que no estás de acuerdo y por qué, a que me preguntes si puedes ser sincera. En fin, que divago; habla, adelante.

Amanda era, también, una mujer muy segura de sí misma, por lo que su tartamudeo podía confundir. Se le daba peor que a otros hablar cuando era el centro de atención, si no sabía qué esperaba del otro interlocutor, si no sabía a ciencia cierta de lo que estaba hablando o si conversaba con un hombre que no conocía. Sin embargo, pretendía que tuviera la suficiente confianza con ella como para hablar sin un solo balbuceo.

—No tengo nada en contra de la fiesta. Como bien has dicho, es una estupenda idea con la que todos podríamos disfrutar. Incluso no me parece mal que, de haberla, intentaras que el señor Catesby te invitara a un baile. Todo lo demás me parece... e... exce... sivo.

Noelle ya lo imaginaba. Aun así, se obligó a morderse la lengua. Parecía que Amanda no lo había dicho todo.

—Por eso, no; opino que no todo vale. Todo tiene un límite. Hay normas que debemos cumplir. Algunas fueron a protestar, pero Noelle las detuvo con la mano.

—Dejadla terminar. Después hablareis. —Quería oírlo todo.

—Si solo se trata de alcanzar el matrimonio como institución —continuó Amanda— es absurdo tratar de idear métodos para lograr ese fin. Ahora bien, si es por el amor verdadero, ese que sale en las novelas pero que yo no percibo porque no conozco a nadie de mi círculo que...

—¿Cómo que no? —Lorianne se había sentido aludida, al igual que Rosemary, que había tensado la espalda—. ¿Acaso no has sido testigo de mi amor por Nerian o viceversa?

—O el de Richard y yo. Nos amamos con locura.

—No me re... fiero tanto a eso. Para mí, el amor es más que enamorarse; el día a día también hace al amor. De lo que hablo es del más allá, de continuar enamorado después, a lo largo de los años. Eso es a lo me refiero y por lo que quizá valdría la pena el «todo por amor».

»Y si tú, Noelle, lo haces, perfecto, pero no has pensado en las consecuencias. No puedes ser tan ingenua como para creer que caerá rendido a tus pies, lo cual no ha sucedido (lo siento) y que te cortejará, pedirá tu mano en matrimonio y viviréis felices comiendo perdices. Lo más probable es que alguien inadecuado descubra alguna de las indiscreciones que planeas por ese amor (en mayúsculas), y que digan que eres una descocada, o que tu reputación desaparezca antes de que tengas tiempo de estornudar; incluso que logres casarte, pero vuestro matrimonio no esté bien visto. Te lo habrás buscado. No servirá que esgrimas como excusa «lo hice por amor». Escudándote en él no puedes hacer todo lo que te apetezca. —Hizo una pausa para respirar—. Bueno, ya está. Siento haber sonado demasiado moralista; no era mi intención.

Noelle no dijo nada. Solo sospesaba cada palabra dicha. No podía negar que tenía razón en muchas cosas.

«Casi todas», le dijo la conciencia.

Tal vez, pero ella no podía permitirse seguir ciertas normas y esperar sentada a que alguien a quien no había escogido decidiera llamar a la puerta de su casa para pedirle que fuera su esposa. Y quizá llegarían a amarse, eso quién podía saberlo, mas no iba a correr ese riesgo.

Solo entonces se percató de cómo la miraban todas. La franqueza brutal de Amanda podía haber desestabilizado las bases de la amistad del grupo. De quererlo, esta podría ser la primera grieta.

«Bah, todas somos más fuertes que eso».

—Es bueno saberlo —repuso al fin—. Solo avísame cuando te enamores.

—Te gustará restregarme ciertas partes de este discurso, ¿verdad?

Noelle amplió su sonrisa, por lo que todas supieron que no estaba enfadada. Respiraron tranquilas.

—No te quepa la menor duda.

Capítulo 4

Wesley entró en el salón del ayuntamiento justo cuando se iniciaba una tonada ligera que hizo mover a los bailarines.

El festival de invierno estaba en todo su esplendor.

Se quedó varado en la puerta mientras se aclimataba al agradable calor del interior, y se quitó el sombrero humedecido por los cuatro copos de nieve que habían estado cayendo en el trayecto desde su casa.

Lo observó todo con detenimiento.

Dentro, como era de suponer, estaba casi todo el pueblo, entre ellos esas personas con las que poco a poco había ido estableciendo algo similar a una relación, con mayor o menor grado.

Lo cual le hizo preguntarse hasta cuándo podría mantener esas distancias que se había autoimpuesto.

No era mucho de bailes y nunca lo había sido. Durante su juventud apenas había reparado en ello, y después, cuando abandonó el East India Company College y se metió en la Guardia Coldstream, ya no hubo demasiadas oportunidades.

En Minstrel Valley había sucedido lo mismo, pero por alguna extraña razón, en esos últimos meses había socializado más de lo que era habitual en él. En ese pueblo, cualquier excusa parecía ser buena para celebrar ferias, festivales, bailes o recolectas que terminaban en fiestas. Y quien dijera, además, que solo en Londres se podía disfrutar de veladas interesantes, no conocía ese pueblo ni lo había visitado nunca.

Por poco que él hubiera querido, esas personas con quien se había relacionado lo habían empujado hasta esa situación.

«Socializar es un elemento más de la naturaleza», decía su madre. «Una vez te ves envuelto por ello, te arrastra quieras o no».

Y estaba en lo cierto.

A él, todo eso le resultaba más o menos indiferente —o eso había creído hasta entonces—. De otro modo, ¿por qué permitiría que la condesa de Mersett lo convenciera para asistir? Él no estaba allí para hacer amigos, sino más bien para encontrar su propio lugar alejado del ejército y, también, mantener así cierto anonimato sobre quién era en realidad mientras se ausentaba para realizar las misiones que el primer ministro William Lamb le encomendaba.

No obstante, la realidad era bien distinta. No había podido pasar tan desapercibido como le hubiera gustado. Suponía que era el problema de vivir en una comunidad pequeña donde todos se conocían. Además, sobre él pesaba un aura de misterio que parecía atraer la atención de muchos. Y sí, se había aprovechado de la confusión que generó su asidua visita al colmado de la señora Gibbs en busca de tinta y papel. En su momento sumaron dos más dos y el resultado fue: escritor.

—Ah, aquí estás. —Derek se acercó a él sin mostrar ni una sonrisa, pero Wesley podía ver en esos ojos rasgados cierta complacencia por tenerle allí—. Mi esposa se felicitará por haber logrado que cambiaras de opinión. Por supuesto, jamás lo dirá en voz alta, pero conozco a mi mujer. —Pareció acariciar esa palabra, y Wesley supuso que, después de todo, debía producirle alegría conseguir lo que más había ansiado.

—Pues entonces no le digas que he estado a punto de no hacerlo. Resulta muy agradable esperar la llegada de la noche disfrutando del calor de un buen hogar.

—Estamos en esa esquina, por si quieres unirme a nosotros.

Como siempre, Derek respetaba su evidente deseo de estar solo. Aun así, resultaba absurdo estarlo cuando uno acudía a una fiesta.

—En fin, no me matará ir —soltó entre dientes mientras echaba un vistazo al local.

—Te he oído, pero supongo que no te importa.

Derek estaba en lo cierto, por lo que Wesley no creyó necesario responder. El chino parecía de buen humor y no iba a ser él quien lo molestara.

Avanzaron hacia el fondo, donde esperaba Hugh Turner, todo vestido de negro mirando con el ceño fruncido hacia... Volteó la cabeza con curiosidad. Ah, sí, lady Jane Walpole, si no recordaba mal; otra alumna del colegio de Lady Acton.

—Señor Turner —saludó.

—Señor Catesby.

Turner era el mejor amigo de Derek. Solía frecuentar la casa de los Mersett y, antes de eso, la del oriental, por lo que mientras este le daba lecciones de chino a Wesley no habían tenido más remedio que coincidir.

Solía mostrarse serio, reservado y poco dado a la chachara fácil —en eso coincidían—. La suya no era una relación propiamente dicha y estaba basada más en silencios y secretos no dichos que en otra cosa. Les unía, por decirlo de algún modo, un pasado efímero. Si no estaba equivocado —y por mucho tiempo que hubiera pasado, lo dudaba. Es más, cada día estaba más convencido de ello—, su primer y único encuentro con el hombre se produjo cuando ambos eran unos mozalbetes de corta edad y el primero ejercía de deshollinador. Y ahí sí sentía curiosidad por conocer la historia de un hombre con un pasado semejante y que ahora gozaba de un buen patrimonio. Solo cabía decir que se había producido un incidente con el muchacho dentro de la chimenea y que el hombre para el que trabajaba lo había abandonado. La casa pertenecía a la familia de Wesley. Los Catesby estaban en la ciudad y Wesley lo descubrió por casualidad cuando pretendía esconderse de su profesor de baile. Por ello, reaccionó como solo un niño ajeno al

peligro podría hacerlo. Intentando salvarlo, subió él mismo. Fueron los minutos más largos y angustiosos de su vida, pero pudo sacarlo con vida. Todavía recordaba ese rostro negro manchado por el hollín, la respiración fatigosa y los ojos oscuros brillando por el pánico. Como le sangraba uno de los costados de la cara, Wesley le dijo que permaneciera sentado mientras iba a por ayuda para que lo curaran. Cuando volvió con su madre, el chico ya no estaba.

Ambos habían cambiado mucho, era cierto, pero no lo suficiente. Y tampoco le pasó desapercibido el brillo de reconocimiento en los ojos de Turner cuando fueron presentados.

Supo también que había establecido la relación con su familia, mas a día de hoy no había dicho nada, lo cual agradecía. No era un secreto, pero cuanto menos se supiera de él, mejor.

Eso también debía agradecerse al coronel Grenfell, que lo saludó con la cabeza desde la otra punta del salón. Que él supiera, no había trascendido que había estado en el ejército, al igual que también ignoraban que era un miembro de los Catesby, sujetos al ducado de Manford —que ahora ostentaba su hermano Trenton—. La gente trataba de emparentarlos, si bien Wesley siempre procuraba distanciarse de la familia, alegando ser una mera coincidencia.

—Parece que está todo el mundo —comentó como de pasada.

—Lo está, no lo dudes —respondió Derek.

—¿Qué bebéis?

Turner levantó la taza.

—Ponche caliente.

—Bien para empezar a entrar en calor. ¿Dónde lo sirven?

No le gustaron las sonrisillas de ambos, que en Turner fue tan fugaz como una estrella. Este último señaló cerca de donde el coronel Grenfell hablaba con otro parroquiano. Los cuerpos de los bailarines no le dejaban ver. Tuvo que estirar bien el cuerpo y la cabeza.

Tardó apenas un segundo en volver a encogerse.

—Vaya. —No hizo intento alguno de moverse.

—No creo que te haya visto todavía. —El comentario de Derek no lo tranquilizó—. Pero lo hará.

Ahí estaba, justo lo que él pensaba.

Lady Noelle estaba preciosa. Todo en ella lo era. Había que estar ciego o muerto para no reaccionar a ese cabello dorado que dejaba escapar una cascada de tirabuzones, las pestañas largas que acariciaban sus ojos, el pálido escote adornado con una sencilla gargantilla, la estrecha cintura y las manos enguantadas. Sin embargo, una cosa era admirar, y otra bien distinta dejarse arrastrar por sus artimañas. Debía detenerlo, pero no sabía cómo.

—Creo que no me apetece beber tanto como creía.

La palmada que Derek le dio no le reconfortó en absoluto.

—Ve y sé amable; eso es todo.

—Con ella no es posible. Se agarra a cualquier cosa con tal de acercarse a mí. Va a tratar de que le pida un baile y, de hacerlo, se hará ilusiones. No quiero herir sus sentimientos más de lo

necesario.

—Un baile no hace daño a nadie. Y lo estás deseando.

—Lo sé, Mersett, lo sé. —Costaba admitirlo—. Pero no puedo ofrecerle lo que ella desea. Todo lo demás resulta impensable. Lady Noelle no es para mí. Tal vez debiera haberlo pensado mejor y no haber venido, después de todo.

—Actuando así le da demasiado poder.

Turner no lo miraba mientras lo decía. A Wesley no le cabía duda alguna sobre a quién se refería también.

—Haciéndolo de otro modo le doy falsas esperanzas.

—Lo que ocurre con vosotros es que no estáis enamorados; por eso habláis así —replicó Derek, observándolos con seriedad.

—¿De quién no estáis enamorados?

La aparición de lady Mersett los hizo carraspear.

—De nadie, Daphne. —La acercó hasta él y le dio un beso en la mano que hablaba de amor, del verdadero—. Has interrumpido un momento importante entre hombres. Ya sabes cómo somos.

—Por desgracia, lo sé muy bien. —Con esa misma mano acarició la mejilla de su esposo y al instante se volvió hacia Wesley y Turner—. Caballeros, no veo que estén bailando.

—Estábamos debatiendo sobre la conveniencia de hacerlo.

No era exactamente una mentira.

—Pues me alegra oírlo, porque esta sala está llena de damas encantadoras listas para aceptar las proposiciones de hombres gallardos. Para bailar, me refiero.

La matización sobraba, pero debía pensar que no estaba de más ante la orden indirecta que les había dado.

Resignado, y porque de verdad le apetecía una bebida caliente, se dispuso a separarse del grupo y avanzar hacia las filas del enemigo que, dicho fuera de paso, era mucho más peligroso que dos ejércitos juntos.

—Me muero por bailar —rezongó Noelle cuando el señor Gambier se alejó con su taza de ponche.

—Pues baila —replicó Margaret entre dientes mientras servía una taza de la ponchera que tenía delante.

—¿Sola?

—¿Por qué no? Al menos servirá para que disminuya tu mal humor.

—¡No estoy de mal humor!

—Oh, claro que no; ese ceño perpetuo y la ausencia de sonrisa en tu rostro indican que eres la viva imagen de la alegría contenida.

—Petulante.

—Aguafiestas.

Ambas se sonrieron.

—¿Ves? Ya lo has conseguido. —Señaló su rostro—. Esa sonrisa es testimonio firme de mi felicidad.

—No, no lo es; tú lo sabes, y el resto, también. Cada una de la que ha estado sirviendo a tu lado esta tarde ha tenido que aguantar tu irritación porque cierto señor no ha tenido, como has dicho antes: «la decencia de presentarse». ¡Y no trates de negarlo! De verdad, cuánto me alegro de no estar enamorada.

—No lo dices en serio.

—Quizá no del todo —confesó—, pero sí en parte. Solo hay que verte a ti, pendiente de un hombre que casi no sabe que existes y haciendo planes por él. O Hester, que se enamora de casi todos; encaprichamientos, más bien.

Noelle se sintió un tanto herida por la franqueza de su amiga. Lo malo era que no estaba exenta de razón.

—Yo le amo, Margaret.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Por qué? Apenas lo conoces.

Noelle no supo qué decir sin tener que revelar cómo se habían conocido y el hilo invisible que había captado entre ambos. Prefería no dar demasiadas explicaciones que quizá no la favorecían.

—No sé si sabría escoger las palabras adecuadas para convencerte. Lo único seguro es que tendrías que estar enamorada para entenderme. Y sí, antes de que te adelantes, soy consciente de que no todas las relaciones son iguales y, por ende, los motivos que los han unido. Hay romances que se gestan a fuego lento, dando tiempo a la pareja para conocerse y tener claro que es al otro a quien quieren; otros, es una simple mirada y la chispa que le sigue; está la pasión que evoluciona poco a poco en un sentimiento mucho más intenso; la fina línea que separa la amistad del amor se torna difusa; el odio que se diluye y se transforma...

»En mi caso, no niego que su aspecto físico fuera lo que me llamara la atención en un primer momento. Reconoce que es un muy buen mozo —acotó—. Tampoco es que haya pasado el suficiente tiempo con él para saber sus gustos o cómo piensa, si es que te referías a eso, pero reconoce que eso tampoco me garantiza nada. Solo sé que me gusta oírlo hablar, cómo me mira, sentirlo cerca. Es más que pasión, lo cual, para mi desgracia, desconozco.

»Y sí, es posible que esté equivocada y solo sea un encaprichamiento similar al de Hester...

—Oh, no, no; no me atrevería a afirmar eso. No sé si conozco a alguien, ni siquiera Hester, que sea tan metódica y tenaz a la hora de conseguir que un hombre se enamore de ella.

—Como decía, puede parecer lo que uno quiera, pero solo yo sé cómo me siento; y es amor —sentenció, cabezona.

—Vaya. —Margaret suspiró—. Después de este alegato, supongo que no me queda más remedio que estar de acuerdo contigo. Espero que no te hayas sentido ofendida por nada de lo que he dicho.

Noelle sabía que Margaret solo era sincera, así que no podía enfadarse con ella por nada.

—Sobreviviré.

—Pues no sabes cuánto me alegro. Y espero, ahora sí, que la sonrisa que está a punto de pintarse en tu rostro sea de verdadera felicidad y no una simple apariencia.

—¿Qué quier...?

—Miladies.

¡Oh, señor!

Noelle dejó de prestar atención a Margaret y se enderezó por completo. Frente a ella, el hombre que ya debería ser su esposo la contemplaba con esa intensidad que la fascinaba. No podía ser que ese hombre no estuviera interesado en ella. ¡No podía!

¿Acaso las había oído?

Quiso preguntárselo a Margaret con la mirada, pero al darse la vuelta, esta se había alejado y ya charlaba con Lori.

—Traidora —murmuró entre dientes, sin acritud.

«Que Dios te bendiga».

—¿Perdón? —preguntó Wesley Catesby.

—Oh, nada, nada. ¿Le apetece un ponche caliente?

—Justo por eso me he acercado.

«Espero que no».

—¿Acaba de llegar? —le preguntó mientras lo servía.

—Algo así. Gracias. —Tomó la taza, dio un sorbo y se giró para marcharse.

El pánico la inundó. ¿Ya se iba? ¿No le parecía interesante? ¿No iba ni a invitarla a bailar?

—¡Espere!

—¿Sí, lady Noelle?

—Eh, esto... —«No te quedes sin palabras ahora»—. ¿Le apetece un trozo de tarta? —«Tonta, tonta, tonta». Se hubiera dado de bofetadas. ¿Solo eso se le ocurría? La señaló—. La ha hecho la señorita Edith Grenfell, seguro que la conoce. Las alumnas del colegio hemos colaborado con el ponche y ella se ofreció con los pasteles ¿No los ha probado? Es una excelente repostera. No debería desaprovechar la oportunidad.

«Oh, Jesús, parezco una cotorra».

—Pastel. Hum, supongo que puedo permitirme un pedazo.

Noelle se agarró a eso como a un clavo ardiendo.

—Yo se lo serviré.

Casi corrió hacia el lugar donde estaba la muestra de tartas que, en efecto, Edith Grenfell había hecho para la ocasión. Su amiga Jane custodiaba los dulces, pero no tardó en percatarse de quién se acercaba y cedió su puesto a Noelle.

—Lady Jane Walpole, ¿correcto? —preguntó, educado, cuando estuvo a su altura.

—Sí, en efecto.

Y ambos inclinaron sendas cabezas.

Noelle aprovechó para cortar un buen trozo y lo sirvió en un plato, que le entregó.

—¿Se está divirtiendo?

—Acabo de llegar, así que no sabría decirle. —Hizo una pausa—. Bien, yo... Me preguntaba...

A Noelle casi se le paró el corazón de la emoción. ¿Iba a pedirle una pieza?

—¿Podéis ponerme un pedazo? Este pastel parece delicioso.

La interrupción de lady Northcott fue de lo más inoportuna. Noelle quiso chillar de pura frustración.

—Le va a encantar —aseguró Jane, todo sonrisas.

La marquesa y su marido estaban de visita en Minstrel House, acompañando a lady Acton. Habían coincidido en el pasillo del colegio y también les había dedicado unas palabras amables al salir del oficio religioso de esa mañana.

Noelle hizo de tripas corazón y trató de esbozar una sonrisa a la marquesa.

—Acabo también de convencer al señor Catesby. —Le señaló con la mano, incluyéndole a propósito en la conversación—. Esperamos que les guste a ambos.

—Estoy convencida de que así será. ¿No opina igual, señor Catesby?

—Indudablemente, lady Northcott. Si lady Noelle me lo ha ofrecido, sé que no quedaré decepcionado.

—¿Lo ven, señoritas? No deben preocuparse. Creo que me llevaré otro trozo y se lo ofreceré a mi marido. —Esperó a que Jane le diera el otro platito al tiempo que golpeaba con un dedo en su barbilla—. ¿Han salido a bailar?

—Todavía no —respondió Noelle con total rapidez.

—Pues deben hacerlo. No dudo que su labor sea encomiable, pero son jóvenes y deben divertirse. Prométanme que no se marcharán sin hacerlo. —Ambas asintieron—. Y ahora, si me disculpan, trataré de encontrar a lord Northcott entre esta multitud.

Noelle, entonces, sin ningún remilgo por su parte, miró al hombre de sus sueños para que no cupiera duda de lo que deseaba.

—Catesby, te están buscando.

«Maldición», gritó para sus adentros. Otra interrupción de ese tipo y no respondía.

El señor Turner las miró con seriedad e hizo una parca, pero educada inclinación de cabeza. Incluso así, no dejó de notar las miradas entre este y Jane, que de repente dejó de sonreír y escondió las manos mientras apretaban con fuerza el vestido.

—Miladies, espero sabrán disculparnos, pero reclaman la presencia del señor Catesby.

Sin saber qué más hacer, Noelle, junto con Jane, lo aceptó con toda la elegancia de la que fue capaz. Con una honda impotencia, los vio dirigirse hacia un punto donde los condes de Mersett conversaban con el señor Bissop, lord Clifford y el herrero.

En ese momento necesitaba consuelo desesperadamente, por lo que se giró para que su compañera se lo ofreciera, lo cual no dudaba que haría. Sin embargo, esta no despegabla la vista tampoco del lugar donde los dos hombres conversaban.

Suspiró. Quizá no solo ella se veía necesitada de consuelo.

—Vaya par estamos hechas.

La vio parpadear, como si acabara de salir de un sueño.

—¿Disculpa?

—Que vaya par...

—Sí, sí, eso lo he oído, pero no comprendo qué quieres decir.

—Pues creo que está claro, Jane: yo, enamorada del señor Catesby; tú, del señor Turner.

—Te equivocas. Voy a casarme con el duque de Fairfax.

—Vamos, Jane, somos amigas. No espero una confesión, pero recuerda todas las veces que hemos visitado el hogar de los Mersett con Deirdre.

—Porque somos amigas.

Ante la negativa, Noelle probó otro camino.

—No soy tonta. Veo cómo os observáis. Y no solo hoy; siempre.

—Imaginaciones tuyas. El señor Turner no me interesa para nada; y yo a él, mucho menos. Solo estás proyectando tu enamoramiento sobre nosotros y confundes las cosas.

¿De verdad creía eso? Si incluso alguna vez había deseado que Wesley la mirase con la misma intensidad que el señor Turner ponía en fingir que Jane no le interesaba en lo más mínimo. De ahí al amor solo había un paso.

—Sabes que no es cierto. Tú y yo somos bastante iguales en ese sentido.

—Lo sé; nos comprendemos. Sabes que admiro tu tenacidad. Te has marcado un objetivo y no te desvías de él por nada del mundo. Como yo.

Noelle estaba de acuerdo en parte. Ninguna dejaba que el azar interviniese en sus vidas, mas ella se guiaba por el amor, y Jane, por el materialismo.

Dos caras de la misma moneda. Ninguna mejor que la otra.

—Aun así, Jane, podemos cambiar de opinión en el caso de que nos topemos con algo mejor.

—Te aseguro que estoy muy conforme con mis elecciones, Noelle. No insistas.

Ante la cabezonería de su amiga, Noelle movió la cabeza y alzó las manos en señal de rendición.

—Bien, haremos una cosa, entonces: fingiremos; yo haré ver que te creo, y tú, que realmente estás interesada en Fairfax. ¿Te sentirás más cómoda de ese modo?

Su amiga no respondió y ella tampoco lo esperaba. La tensión corporal que Jane desprendía lo decía todo.

Un poco más tarde se aproximó a Lori, que acababa de bailar con el condestable. Sonrosada y sonriente era una preciosidad. Poco después, lady Mersett y Deirdre se acercaron charlando animadamente.

—¿Alguien me ofrece a una de sus parejas para bailar? Necesito mover los pies o haré algo drástico —aseveró con auténtico dramatismo.

Las tres la miraron con diferentes grados de pena y comprensión.

—¿No te lo ha pedido todavía? —Lori la miró con simpatía.

No era un secreto de quién hablaban.

—Ha estado a punto, pero parece que necesita un incentivo. Ahora mismo hubiera aceptado gustosa el ofrecimiento que Johnny me hizo un día.

—¿Nuestro Johnny? ¿Y qué fue, si puede saberse? —preguntó lady Mersett.

—Darle, y cito textualmente, unos cuantos mamporros para que espabile.

Lady Mersett y Lori rieron, pero no Deirdre, que soltó con burla:

—¿Eso hizo? Qué valiente.

—Y también un brabucón —señaló la condesa de Mersett.

—Por cierto, ¿cómo está? —intervino Lori—. ¿Han ido a verle?

—Eso mismo estaba comentando a Deirdre, precisamente. Mañana, Derek y yo nos vamos a Londres a visitarlo. Lo echamos de menos.

—Todos lo hacemos —aseguró Noelle—. No olvide decirle que le mandamos recuerdos.

—Lo haré, no se preocupen. Respecto a su problema —giró la cabeza en dirección a Wesley—, ¿prefiere que se lo pida directamente?

—¡Jamás! Antes muerta que exponerme a tal humillación.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Lori.

—Bailar con el primero que me lo proponga, supongo.

Dos piezas de baile después, Noelle giraba por la sala. ¿Su pareja? El pobre condestable. El prometido de Lori había aparecido de repente para proponérselo y, aunque la buscó con la mirada sin dar con ella, Noelle supo que se lo había pedido.

«Bien, esto no puede seguir así», se aseguró a si misma mientras ejecutaba un paso con soltura.

Las cosas habían llegado demasiado lejos. No iba a desperdiciar ni un minuto más esperando a que él se diera por enterado y reaccionara como quería. Necesitaba presionarle de un modo u otro y eso significaba que debía ir un paso más allá.

Si lo supiera, Amanda no estaría nada de acuerdo e intentaría hacerla cambiar de opinión, pero ya estaba bastante harta de hacer el papel de tonta.

Noelle se permitió seguir disfrutando de la danza mientras esbozaba las directrices de un nuevo plan que pondría en marcha al día siguiente.

Este, se aseguró, funcionaría.

Capítulo 5

La puerta se cerró tras Noelle sin emitir un solo sonido. Elevó así una plegaria al responsable de mantener los goznes en tan buen estado y lubricados, lo cual le facilitaba el trabajo.

—Primera parte, un éxito —musitó para sí.

Un soplo de vaho salió de su boca.

Se acomodó la capa de lana con la destreza fruto de la experiencia, y la cesta que llevaba colgado del brazo derecho se balanceó.

—Espero que, esta vez, el esfuerzo merezca la pena —declaró, no tan convencida como le había hecho creer a Constance.

Además, esquivar al señor Barry, portero de la escuela, había sido casi un acto heroico.

Mientras se separaba del muro de Minstrel House, y sin tan siquiera echar un vistazo al río Oldruin —que se encontraba en su línea de visión—, Noelle emprendió la marcha del mismo modo en que lo había calculado de antemano. Se mantuvo paralela al muro del colegio con paso firme. Sabía que, una vez llegara a la primera esquina, debía torcer a su derecha y continuar por ahí —aunque solo durante un trecho—. De seguir recta acabaría en el Puente del Pasatiempo y, desde ese punto de Forest Road, Rosewall House estaba demasiado visible. Era preferible adentrarse en la espesura del bosque y atravesarlo hasta encontrar un punto del camino fácil y rápido de cruzar.

Como había previsto, a pesar de la hora y del frío, pasó sin contratiempos y volvió a ser invisible entre la vegetación. El siguiente camino era menos problemático, pero no se confió. Aunque sabía con certeza que Richard, el prometido de Rosemary, solía acceder a Conway House desde Lake Road, podía ser que ese día cambiaran de opinión. A pesar del lazo con su compañera, dudaba que el conde McEwan fuera tan permisivo. Esa salida era la más arriesgada que emprendía. Por eso tampoco la había explicado a ninguna de las chicas salvo a Constance.

Ay, dulce Constance, cómo la conocía y qué reconfortante le parecía.

—Bien —dijo de pronto.

En el punto desde donde estaba, y si espiaba entre los árboles, podía ver partes del hogar de Wesley Catesby, un edificio nada impresionante si se comparaba con alguno de los hogares de ese pueblo. De planta rectangular, solo comprendía dos pisos. Lo vestía una fachada de piedra a la vista decorada con ventanas partidas. Contaba, como bien sabía, con una puerta principal en la

parte delantera y otra lateral que vislumbraba desde allí y por la cual no podía acceder; sería totalmente indecoroso.

«Oh, ¿de verdad? ¿Solo *eso* sería indecoroso?»

—Cállate, maldita e inoportuna conciencia.

En los últimos tiempos, esta la asediaba con frecuencia, recordándole que había hecho demasiado para estar justo en aquel lugar y conseguir así el objetivo que se había marcado dos años atrás.

—Pues eso. Sería un desperdicio de tiempo y esfuerzo si me rindiera, ¿verdad?

Además, su principal intención era acceder por delante, como las personas civilizadas. El problema residía en que no podía hacerlo dado que hubiera debido llegar por King's Road, el transitado camino que iba del centro de Minstrel Valley a la escuela; por eso ese rebuscado trayecto desde la puerta lateral del muro de Minstrel House.

Su intención era presentarse con la merienda que llevaba en la cesta como agradecimiento, no por a ayudarla a encontrar a Kilia —lo cual no hizo—, sino por preocuparse por su reputación —qué tamaña tontería, ahí, en Minstrel Valley— y por acompañarla de vuelta. No resultaba demasiado obvio —o tal vez sí—, pero si la excusa del perro no había funcionado, y tampoco la había invitado a bailar en el festival de dos días antes —lo cual todavía le escocía—, necesitaba un golpe de buena suerte.

Como su madre decía:

«Cada uno debe procurarse su suerte».

—Pues bien, no he hecho otra cosa desde hace dos años, por lo menos. Nadie podrá reprochármelo.

Continuó su trayecto y rodeó la casa siguiendo oculta entre la vegetación. Resultaría nefasto que el dueño la viera por alguna ventana antes de hacer su correcta presentación ante la puerta principal. Una vez frente ella, se permitió sonreír y comprobó que la corona de trenzas que le había hecho Amanda se mantenía en su sitio. Se sentía muy favorecida. Era una suerte contar con talentos tan útiles entre sus compañeras y amigas. Ella no era ni capaz de hacerse un recogido sencillo en condiciones.

«Por suerte, tengo muchas otras aptitudes».

El golpe en la puerta pareció resonar en el silencioso claro.

Volvió a llamar.

El pie empezó a repiquetear en la gravilla.

No podía estar ausente. Imposible. Era la última hora de la tarde y sabía sus horarios a la perfección. Parecía improbable que estuviera aprendiendo chino en casa de lord Mersett porque solo iba las tardes de los martes y jueves; tampoco en la taberna —donde no era tan asiduo como otros habitantes del pueblo—, que solía visitar una o dos veces por semana, y nunca de noche; dudaba, incluso, que estuviera de visita en casa del coronel Grenfell, la cual frecuentaba a menudo.

¿Dónde se había metido?

Volvió a llamar y esa vez no pudo quedar callada.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Y la misma respuesta: silencio.

Inquieta, miró hacia atrás. No se apreciaba King's Road, pero cualquier cosa era posible. Ojalá a nadie se le ocurriera venir también de visita o se vería en problemas. No era frecuente que el dueño de la casa las recibiera, aunque sí aparecía Lauren, sirvienta de la condesa viuda de Conway, que, tenía entendido, la había cedido a Wesley para que la joven del pueblo lo ayudara con las tareas de la casa.

Ante la falta de respuesta, Noelle se irritó. ¿De verdad se había decidido a visitarlo justo cuando él no se hallaba en casa? ¿Era posible tanta mala suerte?

En el interior de la vivienda, las inesperadas llamadas de Noelle habían revolucionado al grupo de hombres reunidos en la parte trasera de la casa, justo en la cocina.

Cuando sonaron los primeros golpes, incluso él se sorprendió, incapaz de aprovechar el momento para gritar —gracias al cielo que no lo había hecho—. Al acto, uno de sus visitantes reaccionó y lo amordazó.

Cuando la voz femenina llegó hasta él sintió un nudo en el pecho más apretado. La reconoció a la perfección. Incluso desde la parte trasera de la casa sonó alta, clara y firme, justo como siempre que solía abordarlo. Resultaba perturbador que, en ese preciso y peliagudo momento de su vida, se diera cuenta de que le gustaba su timbre —ni demasiado agudo ni demasiado grave—.

—Tú —el cabecilla señaló a un compañero con una barba poblada—, espía con discreción a través de las ventanas de delante. Pero no se te ocurra mover las cortinas. —Volvió de nuevo su atención a Wesley—. No creas que esta interrupción te salvará. Solo es un respiro. Espero que lo hayas disfrutado. Te lo pregunto de nuevo y recuerda que mi paciencia no es infinita: ¿dónde está ella? ¿Dónde está la baronesa de Marcioux?

Evidentemente, con la mordaza, Wesley no podía dar la respuesta que el otro exigía, mas eso no sería impedimento si de verdad hubiera querido responder a ello. Llevaban horas tratando de sonsacarle esa información y no estaban más cerca de conseguir su objetivo que entonces.

Lo único que deseaba en esos momentos era que esa insensata aceptara su «supuesta» ausencia y se marchara de allí bien deprisa. Cuando la imaginara a salvo tras las puertas de Minstrel House, respiraría tranquilo.

El de la barba volvió a la cocina.

—Se ha marchado.

La noticia le produjo un gran alivio.

—¿Estás seguro?

—Completamente. No la he visto con claridad por las cortinas, pero sé que era una mujer rubia con algo en el brazo. Se ha marchado por el camino.

Sí, definitivamente, era lady Noelle, su delicioso tormento eterno en Minstrel Valley.

—Vigíle y obligale a hablar. Vosotros, venid conmigo —se dirigió a los tres silenciosos individuos que habían permanecido de espectadores todo ese tiempo y salieron de la cocina.

Wesley se había estado preguntando si tenían un propósito definido, puesto que solo el que parecía mandar y el de la barba hacían algo de provecho. Este último era el que lo había sorprendido y después reducido. Tenía unos puños formidables.

—Bueno, bueno, bueno, ¿vas a decirme dónde está o tendré que sacártelo por la fuerza?

La intención de Noelle al alejarse de la casa por el camino principal era la de visualizar la procedencia de una luz. Cuando ya estaba a cierta distancia, justo en el recodo, se escondió entre la vegetación de un lado. No era tan espeso como el bosquecillo que había cruzado para llegar hasta allí, pero le servía para ver sin ser vista desde la casa en caso de que Wesley Catesby sí estuviera y no quisiera abrirle por algún motivo concreto que se le escapaba.

Durante unos minutos permaneció quieta intentando dar con señales de vida y poco después se sintió un poco tonta por estar haciendo eso.

«Date por vencida, Noelle».

A regañadientes, admitió que su plan no había sido tan infalible, después de todo. Imaginaba la expresión de Constance cuando le contara que todos los preparativos y sus reparos habían sido en balde. Estaba segura de que su suspiro de alivio sería audible incluso en Cornualles.

Sí, quizá era hora de aceptar su fracaso, aunque solo lo consideraba una batalla perdida, no la guerra.

—Aun así...

Como debía regresar por el mismo camino, y él no parecía estar, no le haría daño a nadie si se aproximaba y echaba un vistazo en la parte trasera, ¿verdad?

—Suerte que no he contado esto a nadie, salvo a mi amiga.

Noelle no tenía dudas de lo que dirían las demás, no solo a su arriesgado plan, sino al resultado del mismo de haberlas hecho partícipes. De hecho, se alegraba mucho de haberle hecho caso a Margaret. Mientras elaboraba ese plan, le había ido a pedir ayuda por enésima vez. Su amiga siempre estaba dispuesta a echarle una mano para que pudiera hacerse la encontradiza —bueno, en realidad, todas lo estaban—, pero en esa ocasión, cuando vio que se trataba de algo grande, prefirió que no le dijera lo que tenía pensado y le aconsejó, acertadamente, que solo escogiera a una para que lo supiera. Si algo salía mal no se podía confesar lo que se ignoraba.

Y nada había salido mal en términos objetivos, pero sí respecto a resultados sobre éxito o fracaso.

Se detuvo casi en el mismo punto que había estado antes. Tenía las manos heladas incluso con los guantes.

Noelle dudó sobre la conveniencia de salir del abrigo de los árboles para verse expuesta en el patio de la casa. Allí solo había un tronco en el centro con un hacha clavada. Había sido testigo

varias veces de la imagen que ese magnífico hombre representaba, sin camisa, y partiendo trozos cual primitivo leñador. Era un espectáculo magnífico que exudaba pura masculinidad. Incluso sus amigas se habían quedado con la boca abierta al verlo.

—Venga, Noelle, decídetelo. No tenemos todo el día. —Se recriminó por haber perdido el tiempo soñando. No disponía de todo el que quisiera. El sol desaparecería en cualquier momento, las temperaturas bajarían aún más y debía llegar a tiempo para la cena. ¡Dios, qué pesadilla! Si a esas horas ya debería estar cruzando el jardín y entrando por la puerta—. Solo una miradita y me voy.

Sin darse tiempo a pensarlo más, se lanzó al claro y se acercó a una de las ventanas. No esperaba ver nada interesante dentro, la verdad. Quizá una cocina o una salita; las dos vacías.

«Madredelamorhermoso».

La cesta cayó al suelo y Noelle se apoyó contra la fachada. Se llevó la mano al corazón.

«He visto mal. He visto mal», tarareó su cabeza.

Poco a poco, volvió a mirar, pero esa vez con mucho más cuidado.

En efecto, tal y como había supuesto, al otro lado se encontraba la cocina. Por desgracia, no estaba vacía y el cuadro que presentaba era aterrador: Wesley Catesby estaba sentado en una silla, amordazado, y era abofeteado por un barbudo enorme.

Se apartó de nuevo de la ventana tratando de pensar, si bien la situación era tan extraña y ajena a su cotidianidad que le costaba hilar dos pensamientos seguidos.

Desde allí había divisado el rostro magullado del hombre que amaba. No podía saber si solo se trataba de un robo con cierto grado de innecesaria violencia o si el hombretón pensaba ir más allá.

Con cuidado, volvió a asomarse. Algo le estaba diciendo, pero no podía oírlo. De repente, este se incorporó cuando un nuevo hombre entró en la estancia.

Noelle dejó de espiar y se acuclilló.

«Bien, son dos. ¿Qué me dice eso?»

«Nada de nada o mil cosas. Necesito ayuda».

Despacio, muy despacio, volvió a asomarse, pero para su completo asombro, los dos hombres ya no estaban; solo Wesley Catesby.

Sin pensar demasiado, se alejó y se dirigió deprisa hasta la puerta lateral de la casa con acceso a la cocina. Era ahora o nunca.

«Que esté abierta, señor».

Lo estaba.

El ojo le dolía horrores. El último golpe propinado casi parecía haber sido dado por un tablón de madera. Ese malnacido sabía pegar.

Giró el ojo bueno cuando la puerta lateral se abrió y casi le da un pasmo cuando vio entrar a lady Noelle Montague.

La mujer miraba en todas direcciones como si esperara que alguien saliera de la alacena de repente.

Quiso gritarle y dedicarle unas cuantas lindezas que una mujer de su categoría jamás debería oír, pero tenía miedo de que eso alertara a los demás.

—Cierre los ojos.

«¿Qué?»

—Venga, ciérrelos. Voy a liberarlo.

Como pudo, Wesley lo hizo, pero solo a medias. Solo así vio cómo esa dama, elegante y fina como ninguna, se levantaba la falda del vestido y sacaba un puñal de sus botas.

«¿Qué demonios...?»

Noelle le descubrió con los ojos abiertos e hizo un mohín de disgusto que se dejó de ver en cuanto salió de su línea de visión.

—Le había dicho que cerrara los ojos. Obedecer no es tan difícil.

La regañina estaba tan fuera de toda lógica para él, que casi ni notó cómo cortaba sus cuerdas.

Cuando estas se aflojaron, se levantó de un salto y se quitó la mordaza mientras devolvía el puñal a su lugar de origen.

—¿Y eso?

—Las explicaciones después.

—Pues vámonos.

Sin miramientos, la tomó del brazo y la arrastró con él hacia la puerta abierta. Esos cinco minutos de los que habían gozado iban a acabarse muy rápido, así que se detuvo a coger el cuchillo que esa mañana había dejado debajo de un paño y del que nadie había percatado.

Por suerte, ella no dijo nada y le siguió. Dudó unos segundos sobre la dirección que tomar, pero creyó más conveniente la parte de atrás.

Error.

Cuando llegaron al claro, uno de los hombres estaba de pie, mirando la cesta que Noelle había dejado caer.

Wesley la soltó y, sin dar al otro tiempo de reaccionar, se lanzó contra él. En la refriega, el cuchillo salió disparado. Ambos daban golpes contundentes y no pensaban soltar la presa.

—¡Aquí!

La exclamación lo distrajo lo suficiente para ver que ella le había tirado el cuchillo, pero tanto él como el otro distendieron el agarre y se lanzaron a por el objeto afilado.

Wesley sabía que contaba con escasos segundos para que los otros acudieran, así que utilizó todas sus fuerzas para conseguir el dominio del cuchillo y, mientras rodaban, se lo clavó.

Se levantó como pudo y trastabilló, pero ella lo sujetó.

—Ya vienen. Larguémonos.

—¿Hacia dónde?

A su favor tuvo que decir que no parecía ni demasiado alterada ni tampoco descompuesta por la situación.

—Debemos escondernos. La casa del conde McEwan servirá —dijo, pensando con rapidez—.

Además, fue médico.

—No podemos. Si nos descubren, esos hombres pueden hacerle daño a él o al servicio.

—Pues a casa de los Mersett. Él sabe luchar.

—No están —soltó ella con la respiración agitada—. Se encuentran en Londres visitando a Johnny.

—No lo mire —le advirtió Wesley cuando vio que echaba una ojeada al hombre tumbado.

—¿Está muerto? —Ahora su voz temblaba un tanto.

Wesley prefirió no contestar. Era lo más probable. Pero no era necesario que ella lo supiera.

—Venga, pues, nos vamos al pueblo ya.

—Pero ¿y la gente?

—¿Prefiere que nos quedemos y nos dejemos atrapar para mantener así a salvo al resto de los habitantes de Minstrel Valley?

No esperó a ver su reacción y volvió a cogerla del brazo, tirando de ella.

Corrió hasta el bosque, en dirección oeste, tratando de llegar al centro del pueblo. Podían estar de suerte y encontrar al condestable en la Casa de la Vieja Guardia. El colegio, justo en sentido contrario, no era un lugar seguro y había demasiadas vidas inocentes concentradas en un mismo sitio.

La vegetación los engulló justo cuando oyeron un grito de rabia que hizo tensar todos los músculos de la mujer.

—Venga; apenas disponemos de unos minutos.

—Espere.

—Ahora no.

Pero ella no le hizo caso y lo hizo detenerse. Se recogió la falda con una mano y lo miró con cara ansiosa.

—Me hubiera estorbado.

Siguieron corriendo. Wesley, a pesar del ejercicio, tenía frío, pues había salido solo en mangas de camisa. Deseó que el condestable todavía estuviera en su lugar de trabajo y no recorriendo las calles del pueblo. Tampoco deseaba encontrarse con nadie que los viera de ese modo. Cuando llegaran hasta ellos prefería que nadie saliera lastimado, ni siquiera esa insoportable de la señora Gibbs.

Por suerte, estaba oscureciendo. Eso les ayudaría a pasar más desapercibidos.

—Venga, un poco más.

—¿A dónde vamos?

—A Legend Square.

—¿Buscamos a Nerian Worth?

—Es la opción más viable.

Salieron justo en el cruce entre King's y Lake Road. Solo vieron un carro mucho más adelante, por el camino que bajaba. A ellos les quedaba poco para llegar.

Aun así, Wesley no podía dejar de mirar hacia atrás. Se preguntaba cuántos minutos de ventaja les llevaban y cuánto tardarían en darles alcance. Si podían esconderse, era probable que los despistaran.

Poco después, llamaron con fuerza a la puerta de la Casa de la Vieja Guardia y el condestable les abrió, sorprendido; todavía más al verlos juntos. Los moratones del ojo y del rostro no debían de contar una buena historia.

—¿Puedo ayudarlos, lady Noelle, señor Catesby?

Wesley no contestó e introdujo a Noelle casi a la fuerza, siguiéndola.

—Cierre la puerta, señor Worth.

—Por favor —suplicó Noelle.

Entonces, el condestable obedeció sin replicar.

—Eche el seguro —ordenó Wesley, de nuevo.

Nerian Worth así lo hizo, pero se preparó para pedir explicaciones:

—¿Me contarán qué sucede? —Su semblante lucía serio.

—Digamos que nos persiguen.

—¿Digamos?

—Tómelo como un hecho —intervino Noelle.

—¿Y qué motivo tiene ese alguien para perseguirlos?

Noelle también lo miró en busca de respuestas, pero cuanto menos supieran, mejor.

—Conseguir información.

—¿Y la han conseguido? —Ahora, el condestable solo le preguntaba a él. Wesley movió la cabeza, negando—. Por lo que...

—Mucho me temo, me perseguirán hasta que la consigan.

—¿Y la dama?

—Momento y lugar equivocado.

—¿Estoy aquí, saben? Puedo responder por mí misma —replicó, airada.

—Soy muy consciente de ello, lady Noelle. ¿Cuánto peligro debo esperar?

—El máximo.

—Ya veo. —Se rascó el mentón mientras parecía calibrar la situación—. Supongo que saben que no hay nadie más que yo.

Wesley asintió. Llevaba viviendo en Minstrel Valley cinco años, por lo que era un detalle que no podía pasarse por alto.

—Bien, haremos cuanto...

Los golpes en la puerta impidieron que terminara la frase. Los tres se quedaron muy quietos y en silencio. Se miraron entre sí, calibrando el grado de casualidad que llevaría a otro habitante del pueblo a buscar los «servicios» del condestable.

—¿Quién va? —preguntó el morador de ese pequeño habitáculo.

Fuera no respondieron, lo que les puso más en tensión.

Wesley se preguntó cómo les habían encontrado tan pronto. No les llevaban mucha ventaja, aunque sí la suficiente como para que no pudieran averiguar en qué hogar habían decidido refugiarse.

—Escóndanse en la habitación de atrás —les ordenó el condestable.

Wesley fue a protestar. Por lo que sabía, atrás solo había un diminuto rectángulo que no podía tener el privilegio de ser llamado habitación. Además, no contaba con puerta trasera; solo una ventana. Sin embargo, lady Noelle se apresuró a obedecer y no le quedó más remedio que imitarla.

Antes de entrar, sin embargo, tomó la llave colgada a un lado.

Volvían a llamar justo cuando cerraba la puerta tras de sí y pasaba la llave. El espacio, como suponía, era reducido. Wesley miró la ventana y se apresuró a tratar de abrirla.

—Identifíquese —oyeron reclamar al señor Worth.

La mujer no decía nada mientras prestaba atención a lo que sucedía al otro lado, y él lo agradeció. La notaba tensa muy cerca, pero eso era bueno. En situaciones críticas, nada como mantener el temple sin relajarse.

Abrió la pequeña ventana y miró despacio al exterior. Nadie. Todavía.

Calculó si sus cuerpos pasarían por ahí; él, con más volumen y masa corporal, y ella, con su abultado vestido. También necesitaba un poco de tiempo para pensar, y no le era concedido.

—Buscamos a un hombre y una mujer —se escuchó.

El condestable había abierto la puerta.

—Aquí no hay nadie.

—Miente.

Se oyó un ruido amortiguado y una exclamación.

Wesley notó que lady Noelle se apartaba de la puerta y lo miraba.

—Nos vamos —le dijo—. Ya.

Ella pareció no entenderle.

—Nerian... —señaló la puerta.

—A-ho-ra.

Fuera, la refriega era evidente. Se oyó el crujido de una mesa que sobresaltó a su compañera. Después, un grito apagado y pasos.

—Búscalos tras las puertas.

—¿Y el tipo? Está muerto.

—Ya no nos sirve para nada. Déjalo.

Tras la conversación, la mujer se tapó la boca para ahogar un grito.

Wesley la obligó a salir por la ventana mientras la veía llorar.

—Oh, Nerian, Nerian...

—Venga, rápido.

La puerta cerrada vibró, señal de que trataban de abrirla. Wesley le dio un pequeño empujón

para que terminara de salir y la siguió mientras alguien intentaba derribarla desde el otro lado. Una vez fuera, ya oscuro, el muro bajo no debía suponer un problema. Él podía subirse, por lo que la ayudó con las manos para izarla.

—Lady Noelle, por favor —suplicó. Si no se daban prisa, los tendrían allí apenas en unos segundos.

Ella obedecía, aunque su pena era evidente. Él tampoco tenía tiempo para consolarla por la muerte del prometido de una compañera del colegio. Ya habría tiempo, una vez se encontraran a salvo.

Cuando saltaron a la calle, lady Noelle se detuvo en seco.

—¿¡Qué!?

—No debemos dejarlo así.

—Ahora ya no podemos ayudarle, lady Noelle. ¿Lo comprende? A mí me duele tanto como a usted la inútil pérdida de un buen hombre, pero si nos atrapan, todo habrá sido en balde. Corramos.

—Lo siento tanto, Lori, tanto. ¿Cómo podrás perdonarme? —la oyó musitar.

Se lanzaron a la carrera en dirección a las cuadras Bissop pero, en Town Hall Street, uno de los hombres los vio, dio un grito y se puso a perseguirlos.

Viraron y dejaron el camino, lanzándose como locos hacia los árboles de la bifurcación que dividía King's Road y Rosebush Street. Si no los alcanzaban antes, llegarían campo a través.

Dio gracias al cielo porque ella mantenía ese ritmo frenético, con la falda de nuevo recogida. Sus piernas enfundadas en medias y calzada con botas cómodas eran completamente visibles más arriba de las rodillas. A pesar del peso que debía suponer correr con eso, ella conseguía mantenerse a su lado; y sin una queja.

Demonios, estaba impresionado.

—¿A dón... de... nos diri... gimos?

Hablar cuando necesitaba todo el aliento posible era complicado.

—A las caballerías de Dunhcan Bissop. Cogemos mi caballo y pondremos distancia.

—Pero la gente...

—Es nuestra única opción. La única —dejó claro—. A estas horas no habrá nadie. —Aunque no podía asegurarlo, decía su rostro.

No, no podía. Si bien no tenían alternativa.

Si fuera de día, verían a su derecha el protector muro de Minstrel House —por muy tentador que fuese, solo debía recordar al condestable y se le olvidaba todo intento de meter a nadie más en sus problemas—. Corrían paralelos a él para alcanzar los establos, que no estaban cercados.

Cuando llegaron, abandonaron el bosque y salieron al claro que los dejaba expuestos. Aun así, también verían si alguien se acercaba.

Wesley comprobó las puertas, pero estaban cerradas, como suponía.

Lady Noelle respiraba con fatiga.

—¿CÓ... mo... entra... re... mos?

Pero Wesley no contestó. Se acercó a la estructura de madera para observar las ventanas apaisadas que había justo bajo el techo, con esperanza. De tanto en tanto, miraba hacia atrás. No veía gran cosa, si bien eso le parecía buena señal.

Iban a rodear el edificio cuando Noelle exclamó:

—¡Allí!

Señalaba la última ventana antes de girar a la parte trasera, donde el linde del bosque casi besaba sus paredes. Estaba abierta.

—Buena vista.

«Y alabado sea el despistado que se ha olvidado de cerrarla».

Ahora solo debía encontrar con qué llegar hasta ellas.

—Los tocones.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la mujer señalaba un grupo de tocones —de los que usaban las damas para subirse a las monturas— que servirían a la perfección. Era lo suficientemente alto como para alcanzar, con ellos, las ventanas sin problemas.

—Perfecto.

Volvió a mirar a su alrededor. Todo estaba demasiado silencioso. El hombre que los seguía estaba a escasa distancia y ahora parecía que se había detenido y renunciado a la persecución por alguna razón. De otro modo, ya lo tendrían allí.

No queriendo considerar las implicaciones, subió al tocón y tanteó la ventana. Comprobó que, con un pequeño salto, podía introducirse en el establo.

—No habrá problemas para entrar —informó—. Lo haré yo. Cuando esté dentro abriré la puerta y cogeremos mi caballo.

Silencio.

—¿Lady Noelle?

Un gemido le hizo girarse, mas, al instante, sintió un fuerte golpe en la nuca y al segundo, nada, solo oscuridad.

Constance no dejaba de mirar la ventana y echar vistazos desesperados al reloj de la repisa.

Estaba vestida para la cena y esperando a Noelle en la habitación de esta con un vestido apropiado.

Le había prometido que no tardaría más de hora y media, por lo que llegaría a tiempo para refrescarse y cambiarse para la cena sin que nadie lo notara.

Debió imaginar que no iría tan bien como su amiga le había asegurado. No obstante, Constance solo deseaba la felicidad de Noelle, y esta pasaba por conseguir el afecto de su hermano. Su identidad era un secreto que, aparte de Noelle, solo la directora conocía. Ella incluso se había ilusionado todos esos meses con la idea de que ambas llegaran a ser hermanas.

Se acercó a la puerta y la abrió. Espió al pasillo, pero solo oía a Margaret y a Tiberia al fondo.

Cerró de nuevo.

Si la hubieran descubierto en flagrante delito, lo sabría. El revuelo que habría en la planta baja sería considerable; y todo seguía inamovible.

Consideró, incluso, que la misión hubiera gozado de tal éxito que Noelle, por fin, tenía lo que deseaba con tanta desesperación. Aun así, dudaba que su hermano se comprometiera hasta el punto de transgredir las normas sociales más básicas. A buen seguro la habría enviado de vuelta.

Por lo tanto, quedaban pocas opciones, a cada cual menos halagüeña que la anterior.

Ahora ya no la preocupaba tanto el castigo al que se verían sometidas, sino la inquietud real de que algo malo le había pasado a su amiga.

Cuando el reloj dio la hora exacta en la que todas las alumnas, sin excepción, debían presentarse para la cena, y la campanita de llamada sonó, Constance inspiró hondo y se preparó para informar de la desaparición de lady Noelle Montague.

Capítulo 6

El dolor de cabeza era tan intenso que resultaba difícil pensar. Además, la confusión era mayor si tenía en cuenta que incluso con los ojos abiertos era incapaz de ver nada. Así que simplemente volvió a perder la consciencia. Unas horas más tarde, fue percatándose de algunos hechos. En primer lugar, estaba viajando. El traqueteo de una carreta en movimiento no podía pasarse por alto, dándole fuertes sacudidas en los baches. En segundo lugar, era de día, porque la luz se filtraba a través de la lona que lo cubría por completo. Wesley tenía las manos y las piernas inmovilizadas por cuerdas, pero sus ojos no habían sido cubiertos. ¿Por qué? Se sentía desorientado: no sabía dónde estaba, hacia dónde se dirigía, ni cuánto tiempo había transcurrido desde la fallida huida.

Además de todos esos hechos había otro irrefutable: junto a él viajaba lady Noelle; no por motivo de placer, sino que la joven se encontraba en la misma precaria situación que él: era prisionera. Así que no solo debía preocuparse de escapar y salvar su pellejo; debía hacerlo cargando con ella.

Se quedó contemplándola durante largo rato. Tampoco podía evitarlo, ya que estaban maniatados y colocados uno frente al otro. Se movió y se dobló como un gusano con la esperanza de que las ligaduras se aflojaran y poder así liberarse. Tal vez si pudiera deshacer alguno de los nudos tendría una oportunidad. Cuando no resultó y se dio cuenta de que no lo lograría, lo intentó con ella. Sin embargo, los dedos de sus manos estaban prácticamente inmovilizados, por lo que la tarea fue del todo infructuosa para ambos. Por supuesto, lady Noelle también se revolvió sobre las duras tablas, teniendo la misma suerte que Wesley: ninguna. Cada vez que la carreta se sacudía a causa del maltrecho camino ambos contenían los quejidos de dolor, quizá por sus bocas amordazadas.

Durante un momento, se tumbó de espaldas y se dejó llevar. Aunque consiguiera liberarse nada podría hacer. Había diversos hombres viajando con ellos. Lo sabía con certeza porque los había escuchado hablar de tanto en tanto e incluso lanzarse gritos. Por lo que advirtió, se trataba de por lo menos seis. Y dos de ellos, aunque hablaban en inglés, eran franceses. Su acento los delataba. No recordaba sus voces de cuando lo atacaron en su casa, así que supuso que aguardaban en algún lugar no muy lejano montando guardia. Si conseguía desatarse y saltar de la carreta —sin morir en el intento— no llegaría muy lejos; lo atraparían. La única solución factible era permanecer a la

espera de una oportunidad mejor para escapar.

Por lo menos le quedaba una esperanza: lo querían vivo. De lo contrario, ni siquiera habría podido salir de Minstrel Valley.

No obstante, aquel pensamiento quedó huérfano cuando, horas después, llegaron a Dover con Wesley sintiéndose desorientado, hambriento y helado. En cambio, lady Noelle había dormido durante buena parte del camino; tanto, que en algún momento él llegó a pensar que la joven había muerto.

Oscurecía ya cuando el olor salino comenzó a mezclarse con el sonido de las gaviotas. El carro se detuvo, los caballos relincharon, quitaron la lona que los cubría y dejó a los prisioneros expuestos; aunque no por mucho tiempo. Todo ocurrió muy rápido tras ello.

No tuvo tiempo de analizar la situación ni de buscar una salida. Entre dos tipos lo agarraron — uno por los brazos y otro por las piernas—, abrieron un baúl y lo encerraron en él. Ni siquiera tuvo oportunidad de pelear.

Trató de controlar el pánico acuciante. Todo estaba oscuro, el ambiente resultaba asfixiante y su respiración se mantenía acelerada. Pero tras los primeros segundos pensó que no habían viajado durante largas horas para que al final lo tiraran al mar. Si iban a deshacerse de él no era el mejor plan que pudiera ocurrírseles. No, no lo harían. Aquellos hombres querían respuestas y muerto no se las podía ofrecer.

Noelle no reaccionó del mismo modo, porque la escuchó chillar de terror, si bien sus gritos quedaron amortiguados cuando la tapa del baúl se cerró sobre ella.

Ninguno se percató de que se encontraban en los muelles de Dover y que eran transportados a un viejo bergantín de dos mástiles —de noventa y seis pies de longitud y dieciséis cañones— que se utilizaba como buque mercante.

Los bajaron hasta la cubierta inferior. Una vez allí, sacaron a Wesley a rastras sin ningún tipo de oposición y lo ataron de las muñecas a una viga, quedando ligado de pie.

Uno de ellos se lo quedó mirando.

—Hoy no luces tus mejores galas —dijo con socarronería.

Tenía razón. La ropa de Wesley se veía arrugada, manchada de sangre y rota por la manga. Su rostro seguía magullado y más hinchado que unas horas antes. Al menos en aquel lugar no hacía frío, sino un agradable calorcito que resultaba un tanto reconfortante.

Escupió a los pies del tipo.

—Si me sueltas te demostraré que no necesito vestir mejor para tumbarte.

Se escucharon unas risitas y un gruñido.

—Voy a encargarme de ti personalmente, no te quepa duda —le advirtió—. Y no podrás hacer nada para evitarlo. Los gritos de la chica, en comparación, van a parecer un simple zumbido.

Aquella amenaza no lo amedrentó.

—No te tengo miedo.

Sus labios dibujaron una sonrisa perversa.

—Oh, créeme: lo tendrás.

En ese momento entró otro hombre, de aspecto más viejo y corpulento. Llevaba dos cuencos, uno con agua y otro con pan, que dejó sobre uno de los barriles de madera que estaban acumulados en aquella bodega.

—Eh, vosotros, dejaos de cháchara. Vamos a zarpar. —Se dio la vuelta para marcharse, aunque antes les dijo—: Sacad a la chica.

Ante aquellas órdenes abrieron el baúl donde se encontraba Noelle, tan pálida como un muerto. Se deshicieron de las ataduras que esta llevaba durante el viaje —tal como habían hecho con Wesley— y la dejaron suelta.

Ella dio varios traspiés hasta que consiguió sostenerse en una columna. Finalmente, con la espalda apoyada en la madera, fue escurriéndose hacia abajo hasta quedar sentada en el suelo.

La puerta se cerró dejándolos solos, iluminados solo por la poca claridad que entraba por los dos únicos ojos de buey.

Wesley sintió una inmensa pena al verla de ese modo. La imagen general de abatimiento, un rostro que denotaba cansancio y un cabello revuelto a causa de las horquillas desprendidas hicieron innecesarias las palabras. Le resultaba más penoso aún que él siguiera encontrándola bonita.

Trató de quitarse esa idea de la cabeza y centrarse en su situación actual. Dadas las circunstancias, podían dar gracias por seguir con vida.

—Hay comida y agua ahí.

Con la cabeza señaló el lugar donde se encontraba. Ella lo miró un instante y después el sitio que le había indicado.

No pareció muy segura de poder moverse, porque vaciló un instante. Aunque el hambre debió prevalecer sobre el cansancio, pensó Wesley cuando la vio avanzar a gatas. Ella cortó el pan en dos trozos de medida similar y devoró uno con auténtico frenesí. Sin embargo, con el agua fue más cautelosa y bebió solo unos sorbitos. Tras ello se masajeó las sienes y estiró las piernas. Solo entonces pudo reunir el valor para levantarse.

—Debe de estar hambriento. —A Wesley le conmovió que pensara en él en momentos como aquellos—. Deje que le dé un poco.

Se acercó a él con el pan en la mano y lo levantó hasta la altura de sus labios, esperando que Wesley mordiera un trozo.

Cuando sintió la comida deslizándose por su garganta comprendió que tenía mucha más hambre de la que había imaginado.

—Gracias —murmuró cuando engulló el primer trozo y fue a por el segundo. Aunque, a decir verdad, no duraría mucho. Un pedazo como aquel resultaba demasiado escaso incluso para un tentempié.

—Señor Catesby, ¿quiere agua? —preguntó—. Le advierto que va a resultar más difícil dársela. Trataré de que no se derrame ni una sola gota.

Él asintió con la cabeza, si bien dijo:

—Dadas las circunstancias, con Wesley bastará.

Ella lo contempló durante un instante y fue a buscar el cuenco. Con sumo cuidado fue levantándolo y tratando de mantenerlo en equilibrio mientras él bebía. Fue una maniobra delicada, pero eficaz.

—Estaba deliciosa, ¿verdad? —preguntó ella con una tenue sonrisa pintada en los labios—. ¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que dejamos Minstrel Valley?

—Sospecho que un día.

—Tengo hambre. —Más que una queja resultó una obviedad—. Ahora mismo me comería una cena de diez platos.

—Ha bebido demasiado poco —le hizo ver, si bien él tampoco se había excedido.

—Creo que deberíamos guardar el resto para más tarde. A lo mejor así puedo sofocar la sensación de hambre. Pero si usted desea un poco más...

Wesley negó con la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Y no me trate de usted. En estas condiciones me siento ridículo.

—Debo decir que me sorprende. ¿Eso significa que podemos tutearnos como si fuéramos amigos?

Él frunció las cejas.

—¿En qué sentido resulta una sorpresa?

—En dejar a un lado las formalidades. ¡Habrás visto! El otro día en el bosque insistió tanto en que debía vigilar mi reputación que no me parece propio de usted. De ti —rectificó.

—No es lo mismo —expuso—. ¿Debo recordarte que nos han secuestrado y que nos han encerrado en un barco cuyo destino nos es desconocido? —preguntó—. No estamos en Minstrel Valley.

Ella se encogió de hombros, mucho más repuesta.

—Gracias por recordármelo —contestó de inmediato, cargada de ironía—. Es un detalle que ni siquiera había advertido. Pero creí que estarías más interesado en buscar un modo de escapar que en modificar el modo de tratarnos. Pero está bien, lo acepto.

—Si crees que no deseo largarme de este barco estás muy equivocada. Además, no debes preocuparte, ya tengo la solución.

Noelle abrió bien los ojos, un tanto desconfiada. Wesley lo supuso por el tono usado para preguntar:

—¿Y es...?

—Si tuviera las manos desatadas señalaría la puerta.

—La puerta. —Pareció masticar las palabras—. ¿Cómo lo vas a hacer? ¿Pedirás amablemente que te la abran?

—Vaya, milady, qué poca fe. —Se hizo el ofendido—. Estamos en un barco. De momento no hay muchos lugares a donde podamos ir. Pero cuando sea el momento oportuno te lo demostraré.

Fue entonces cuando comenzó a pasearse por la cubierta usada como bodega. Mientras tanto, las pisadas de sus botas resonaban en el suelo de madera.

—¡Maldita sea! ¿Quiénes son estos hombres? ¿Qué querrán de nosotros? —Noelle se dio la vuelta y lo miró con una expresión acusatoria. Por lo menos su rostro había recuperado el color—. Tú lo sabes, ¿a que sí? Por eso estás tan calmado.

—Esto no es un paseo por High Park —le hizo ver—. Podrían venir de un momento a otro y matarnos. Por supuesto que estoy preocupado.

Noelle trató de contener una expresión de horror.

—¿Qué está ocurriendo? Tengo derecho a saberlo.

—Quizá sí —aceptó—. Si bien por tu seguridad, prefiero no entrar en detalles. Cuanto menos sepas, menos te podrán sonsacar.

Ella lanzó un resoplido.

—¿Detalles? No me has contado absolutamente nada.

—Estoy velando por ti.

—¿Estás seguro de que solo se trata de eso? ¿O más bien me consideras un estorbo? Para estos tipos no soy peligrosa. A ti te han atado y a mí no —se quejó.

Wesley no se lo podía creer. Esa mujer no debía estar en su juicio.

—¿Preferirías estar en mi posición?

—Por supuesto que no —replicó de inmediato—. Aunque nadie debería infravalorarme. Al fin y al cabo, si una vez conseguí soltarte, puedo volver a hacerlo. Sigo conservando mi puñal —dijo con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Si ambos no estuvieran en una situación tan precaria, Wesley hubiera sonreído.

—¿No te han registrado? ¿Sigues conservándolo?

Ella se encogió de hombros.

—En el fondo serán caballerosos.

—¿Entonces? —No recordaba qué había hecho la joven con él—. ¿Por qué estamos parlotando? ¿Acaso esperas una invitación para soltarme?

No pretendía ser duro, pero le dolían los brazos por tenerlos en alto.

—El sarcasmo no es el mejor modo de pedir «por favor».

—Noelle, no seas terca.

Era la primera vez que Wesley la llamaba por su nombre, pero este pareció salir de sus labios con facilidad.

Ella movió repetidamente el dedo índice.

—No, no, no. En ningún momento me has dado las gracias por salvarte. ¿Debo recordarte cómo te encontré atado a la silla?

—Ahora no estoy mucho mejor —murmuró por lo bajo.

—Y ni siquiera eres capaz de pedirme las cosas con educación.

—Siento haberte metido en este lío —comenzó diciendo. A continuación, se detuvo un momento

—. Aunque en realidad es culpa tuya.

Noelle se dio la vuelta de inmediato y lo miró sorprendida.

—¿Cómo dices? —preguntó con voz estrangulada—. ¿Mía?

—En efecto. Tuya —matizó.

Pudo ver cómo su rostro se fue transformando hasta llenarse de indignación.

—¿Cómo te atreves? Estás olvidando que tengo un puñal. ¿Acaso prefieres quedarte como estás?

—Viniste de visita por tu propia cuenta.

—¿Y en qué retorcido mundo vives? Yo no envié a esos hombres. El asalto no es obra mía.

—Por supuesto que no —estuvo de acuerdo Wesley—. Pero solo me las hubiera apañado. En cambio, ahora debo cuidar de ti.

La repentina carcajada femenina consiguió tocar su dignidad.

—¿Antes o después de recibir una paliza? Deja de hacerte el orgulloso. Te encontrabas en una situación peligrosa y mi intervención resultó clave.

—No si tenemos en cuenta dónde nos hallamos ahora.

Al final, ninguno de los dos estaba a salvo.

—¡Estaban a punto de matarte! Desde mi humilde punto de vista, tu situación es mucho mejor ahora.

—Necesitan información —reveló—. Para que se la pueda ofrecer deben mantenerme con vida; así que en realidad no estaba en peligro.

—¡Eres un majadero! Por supuesto que lo estabas. Un hombre murió. Dos —rectificó al momento, dejándose llevar por la tristeza. Incluso se tapó los ojos con las manos para contener las lágrimas—. Nerian Worth no merecía eso. ¿Cómo podremos vivir con ese sentimiento de culpa?

La tristeza que transmitía su voz afectó también a Wesley. Por su trabajo se había visto mezclado en asuntos serios y peligrosos. Además, el ejército fue duro e impasible. Uno perdía compañeros y amigos a manos de enemigos, pero también a causa de enfermedades. Sin embargo, aquella vez la vida de un inocente había sido arrebatada. Un hombre de bien que solo pretendió ayudarles. Y todo a causa de su pasado.

Wesley lo lamentaba tanto como Noelle, solo que no lo demostraba.

—Al primero no lo matamos. Por eso nos encontraron tan rápido. En cuanto al condestable, no es tu culpa. —Si ahí había un culpable era él por haber traído a esos hombres a su vida. Aunque el autor principal de la muerte del condestable fuera otro—. Estábamos huyendo y el asunto se torció. Pero te juro que esos tipos lo pagarán.

Tensó la mandíbula, pensando en ello. No se saldrían con la suya y la muerte de Nerian no quedaría impune. Era una promesa que pensaba cumplir.

—Ni siquiera podremos aclararles qué ha ocurrido. Llegarán a la Casa de la Vieja Guardia y encontrarán... —La voz se le cortó cuando comenzó a sollozar, consiguiendo que Wesley se sintiera inútil, ahí atado sin poder hacer nada. Habría querido consolarla, aunque fueran con unos

suaves golpecitos en el hombro.

—Vamos a lograr escapar —prometió—. Te pondré a salvo, avisaremos a las autoridades y solucionaré este asunto.

Todavía no sabía cómo lo haría, aunque ya pensaría en algo. Lo prioritario era salir de aquel barco y dejar a Noelle a buen recaudo.

Noelle quiso saberlo.

—¿Qué pretendes?

—¿Sería demasiado pedir que primero me soltaras? La luz es cada vez más escasa. Cuando llegue la noche no veremos nada.

—Espera.

Llevada por el recato —porque esa vez no dejaría que Wesley viera cómo se subía la falda—, Noelle se escondió tras uno de los barriles que había almacenados. Eran tan grandes que servía a la perfección para su propósito.

—Oh, Dios. ¿Qué estás haciendo? —preguntó al alejarse ella de su campo de visión—. ¿No vas a ayudarme?

—No seas impaciente —gritó desde donde se encontraba—. Ya voy.

—Me entenderías mejor si estuvieras colgada como una longaniza.

La joven regresó de inmediato con el puñal en las manos. Se acercó a él y se pegó a su cuerpo, poniéndose de puntillas para llegar a su muñeca derecha, donde comenzó a cortar la cuerda que las asía.

«¿A qué huele?»

Con disimulo, aspiró en silencio tratando de identificar un aroma que le estaba asaltando los sentidos. Un inesperado cosquilleo se extendió por todo su cuerpo al sentir cómo sus cuerpos se frotaban, alcanzando su ingle y subiendo un poco más arriba, en el mismo centro de su estómago.

Sintió cierto mareo cuando Noelle detuvo el movimiento, apartó un tanto la cabeza y lo observó. Sus labios se separaron un poco y Wesley estuvo a punto de ceder al loco impulso de estirar la cabeza y aplastar sus labios contra los de ella.

Carraspeó para tratar de disimular y la vio parpadear, como si saliera de un embrujo parecido al suyo. Al instante volvió a estirarse para seguir cortando la cuerda.

«Estás loco», se dijo. En un día habían peleado, huido, vuelto a capturar y los habían transportado en un carro. ¿Cómo podía encontrar excitante el olor de Noelle y cómo su cuerpo podía estar reaccionando del modo en que lo hacía? La única explicación era que se había vuelto majareta.

Quiso cerrar los ojos para tratar de desterrar aquellos pensamientos. Sin embargo, el puñal de Noelle se movía más rápido y haciendo más presión que antes, por lo que se puso nervioso y la excitación del momento desapareció.

—Corta con cuidado —le advirtió—. Detente un momento si lo necesitas.

Wesley era mucho más alto, por lo que la joven estaba haciendo un considerable esfuerzo al

seccionar. Además, las cuerdas eran gruesas, por lo que su tarea se dificultaba. Ella movía la hoja del puñal con cuidado para no lastimar la carne, sin embargo, Wesley estaba impresionado, puesto que parecía estar sabiendo lo que hacía.

—Empiezan a dolerme los brazos —admitió.

—Es a causa de la tensión —comentó comprensivo.

—Estas ligaduras están muy fuertes.

Noelle dejó el puñal en el suelo y, en un intento por quitar cualquier atisbo de rigidez, empezó a mover los brazos como si estuvieran caídos. Pasado unos segundos, volvió a su cometido.

—Si me liberas la muñeca derecha, yo me ocuparé de las ataduras de la otra —le indicó Wesley—. Tal vez no tenga el mejor ángulo para hacerlo, aunque creo que seré capaz.

—Pude soltarte en Minstrel Valley y lo lograré ahora. No soy una inútil.

Wesley asintió, dándole la razón.

—Nadie está diciendo que lo seas. Solo pretendía aligerarte la tarea. Dime, ¿quién te ha enseñado a manejarlo? ¿Y por qué? —En aquel momento, la cuerda cayó al suelo y la muñeca de Wesley fue liberada. Él dio un pequeño grito de satisfacción—. Buena chica.

Ella le sonrió.

—¿Ves como podía?

Tomó su mano y, con una delicadeza infinita, masajeó la zona enrojecida y marcada. Sus dedos hacían maravillas sobre la carne adolorida. Como a un niño al que curaban las heridas, se dejó hacer.

—Gracias —murmuró.

Noelle soltó su mano y comenzó a liberar la otra.

—Todavía no me las des. Queda una; y después hay que salir de aquí y regresar a casa.

Él sonrió ampliamente.

—Naturalmente. Lo que la dama pida.

—Estoy esperando a escuchar ese plan tan magnífico en el que ambos saldremos victoriosos por esa puerta.

Las cejas de Wesley se arquearon.

—Yo no he dicho victoriosos. Con salir con vida me conformo. ¿Todavía estás preocupada por eso? —No la dejó responder porque de inmediato le lanzó otra pregunta—. ¿De quién es el puñal?

—Mío. Fue un regalo.

A Wesley le sorprendió. Nunca imaginó que lady Noelle Montague se pasearía por Minstrel Valley con un puñal escondido en la bota.

—No es un detalle muy convencional.

La expresión de la joven se tornó seria.

—¿Porque soy mujer?

—Porque a priori no deberías necesitarlo —matizó él. ¿Qué dama precisaba de un puñal en un colegio de señoritas? Las lecciones de baile no podían ser tan peligrosas, pensó con ironía.

—Pues nos ha sido de suma utilidad. Espero poder darle las gracias a mi padre por eso. Wesley le lanzó una mirada cargada de sorpresa.

—¿Tu padre?

—En efecto. Él fue quien me lo regaló y me hizo prometer que lo llevaría siempre conmigo. Pero no solo a mí, también a mis hermanos. Quiso asegurarse de que todos sus hijos supieran defenderse.

—¿A qué se debe tanta precaución?

Noelle suspiró.

—Es una historia muy larga, así que trataré de resumirla: hace muchos años quisieron matarle —comenzó diciendo—. Estuvo cautivo en Argel y al regresar a casa tenía sospechas de que volverían a hacerlo. Al final todo se solucionó favorablemente para él, pero desde entonces siempre ha sentido la necesidad de proteger a los suyos. No soportaba la idea de que alguno de sus hijos pudiera pasar por algo como aquello, así que nos dotó de cierta preparación.

La sorpresa de Wesley iba en aumento a cada palabra que salía de los labios de Noelle.

—¿Qué hizo?

Ella se encogió de hombros.

—Todos hemos tenido la educación que se espera de nosotros, solo que además nos enseñó a defendernos con diferentes armas y, por supuesto, a utilizar el puñal. Así que, por lo menos, aprendimos a reaccionar en caso de necesidad.

Noelle dijo aquello justo cuando el filo del puñal cortó el último trozo de cuerda. Wesley se balanceó un instante sobre sí mismo, y para recuperar el equilibrio terminó apoyándose en la cintura de Noelle.

La tensión entre ellos regresó. Imaginaba lo que sentía ella, pero no contaba con esas ansias de apretarla contra él. No se apartó e hizo durar la experiencia.

El concepto que tenía de ella estaba dando paso a una imagen mucho más peligrosa: la de una mujer interesante.

—Vaya, milady, has mantenido ocultos algunos talentos —murmuró mientras su cálido aliento bañaba su rostro. Ella seguía sin moverse lo más mínimo y le gustó—. Por eso te mantuviste tan serena en mi casa y durante la persecución —señaló él.

Ella negó con un movimiento lento de cabeza que lo sedujo más que una cortesana moviendo con sensualidad su espesa cabellera.

«Dios, eres peligrosa. Mi instinto tenía razón cuando se negaba a que estuviéramos a solas».

—No mentiré: estaba aterrada —confesó—. Era la primera vez que presenciaba cómo alguien moría y prefiero no volver a verlo jamás. En este momento lo único que deseo es poder cobijarme en mi cama, enterrar la cabeza bajo la almohada y esperar a que todo vuelva a la normalidad.

—Lo siento —se disculpó con sinceridad sin percatarse de que todavía la mantenía sujeta, como si Noelle pudiera caer en cualquier instante—. Entiendo que esto es demasiado para ti. Bebe un poco de agua y descansenos. Necesitamos recuperar fuerzas. Sospecho que nuestra

resistencia pronto será puesta a prueba.

Y aun en contra de su voluntad —¡menuda sorpresa!— la soltó.

Durante el amanecer, cuando las primeras luces del alba comenzaban a abrirse paso entre la oscuridad, ya podían distinguirse las siluetas y uno podía moverse sin tropezar.

La puerta de la bodega se abrió. El hombre encontró a Noelle sentada sobre el frío suelo, con las piernas encogidas y el rostro enterrado en el regazo. Miró la viga con las cuerdas y compuso una expresión de aturdimiento, seguida de una de estupefacción, pues estaba comprendiendo que el prisionero había escapado.

—¿Dónde está? ¿A dónde ha ido? —gritó nervioso.

Tal vez temiera que le echaran la culpa de aquello.

Noelle levantó la cabeza y, con parsimonia, señaló el ojo de buey abierto. En apariencia era demasiado pequeño para que un hombre como Wesley pasara a través de él, pero logró sembrar la duda.

—Me ha abandonado —explicó en tono lastimero—. Se fue y me dejó aquí. Yo no sé nadar.

Por un momento no supo qué hacer. Lo más inteligente era pedir ayuda, pero el hombre se dejó llevar por el instinto y la curiosidad. Se acercó al ojo de buey y se asomó por él. No tuvo tiempo de advertir la sombra que salió tras la oscuridad, mucho menos de protegerse del golpe que recibió en el codo con un cubo de madera que habían encontrado encima de uno de los barriles.

Cayó desplomado en el suelo. Wesley, solo por si acaso, volvió a darle.

—Ojo por ojo —musitó.

Esperó un segundo. Tras comprobar que no se movía fue a por Noelle.

—El muy tonto ha dejado la puerta abierta.

—Justo como queríamos. —Tomó la mano de ella y le dio un suave apretón—. ¿Estás preparada? Recuerda lo que hablamos. Ahora viene la parte difícil.

Ella asintió.

—Debemos darnos prisa.

Con la ayuda de Wesley quitaron los pantalones, la camisa, los tirantes y el chaleco de aquel hombre. Después, Noelle se dio la vuelta y él desabrochó cada uno de los botones traseros que cerraban su vestido. No había tiempo para remilgos. Sabían que se encontraban atracados en un puerto, aunque desconocían cuál. El vestido de Noelle era un pesado estorbo para la huida, así que no había más remedio que usar las malolientes ropas de aquel tipejo.

Era cuestión de supervivencia.

Cuando el vestido cayó al suelo optó por no ruborizarse y de inmediato volvió a vestirse mientras él le daba la espalda para ofrecerle cierta sensación de privacidad.

—¿Estás lista?

—Lo estoy —dijo decidida, aunque interiormente se encontraba hecha un manojo de nervios—. Solo espero que el Señor esté de nuestra parte.

Tras ello, abandonaron la bodega para enfrentarse a lo desconocido.

Capítulo 7

Wesley puso un pie al otro lado de la puerta, en el estrecho descansillo, con Noelle pegada a sus talones. Se detuvo un instante y barajó las dos opciones existentes: ir hacia arriba o abrir la puerta que se encontraba al otro lado. Sin mucho tiempo para reflexionar se decidió por la segunda.

Tratando de ser lo más cauteloso posible y no hacer ruido, asomó la cabeza por la ranura abierta e inspeccionó el interior. Cuando comprobó que estaba vacía, sin darse la vuelta, hizo una seña a Noelle para que entrara.

—Es el camarote del capitán —le informó—. Vamos a buscar cualquier cosa que podamos usar.

Primero se fijó en la pequeña y maciza mesa redonda donde permanecían los restos de la cena de la noche anterior. Husmeó en el aire y tomando un cuchillo removi6 el plato, pero no había nada que pudiera llevarse al est6mago; solo huesos.

—¿Y esto? —Ella se6al6 la botella de licor en la que todavía quedaba líquido.

—Con el ron no saciaremos el hambre. Solo enturbiar6 nuestra mente. Necesitamos estar lúcidos.

Aunque tenía una ligera idea de d6nde estaban, Wesley se acerc6 a la ventana y mir6 por ella en un intento de reconocer el lugar, si bien Noelle llam6 su atenci6n cuando abri6 un baúl del rinc6n y sac6 de 6l una caja de madera.

—Wesley.

No tuvo que abrirla para saber de qu6 se trataba.

Solo precis6 de dos zancadas para acercarse.

—Es un arma —dijo convencido.

—¿Estás seguro?

Ni bien hubo terminado de decirlo, abri6 el cierre y levant6 la tapa.

—Una pistola de tres cañones del siglo pasado.

—¿C6mo lo sabes?

6l la mir6 con aire de suficiencia.

—Solamente lo s6. —No pensaba decirle que había estado en el ej6rcito.

Confundi6 el destello en los ojos de Noelle con esperanza y no se detuvo a pensar por qu6 ella no había indagado m6s.

—Entonces, ¿la sabes disparar? Es una suerte que la haya encontrado.

—No nos sirve. Es demasiado antigua. No me voy a arriesgar. —Se percató del abatimiento que causaron sus palabras en la joven, pues ambos sabían que necesitaban un arma para defenderse. Con un puñal no bastaba—. Sigamos buscando, aunque sin entretenernos. En cualquier momento podemos tener visita. —Ignoraba cuánto tiempo tardaría en bajar otro hombre—. ¿Qué más hay en el baúl?

Ambos miraron dentro a la vez y comprobaron que había dos cajas más. Y esta vez sí tuvieron más suerte. La primera guardaba una pistola de la marina francesa; la otra, un revólver pimentero.

Wesley eligió la segunda arma y comprobó que tenía balas en cada recámara.

—Me siento mejor sabiendo que contamos con ella de nuestro bando —declaró Noelle—. Tal vez deberíamos esperar a que bajen y dispararles.

—No sé cuántos hombres son, pero estoy convencido de que cuentan con más munición. Nuestra única oportunidad es salir y confundirnos con los habitantes de la ciudad. —Lo más difícil sería escapar del barco con vida; después ya se las apañarían—. Recuerda: si me atrapan, sigue corriendo.

—Pero... —protestó ella.

Wesley la silenció poniendo un dedo sobre sus labios.

—No tenemos tiempo para discutir. Trato de mantenerte con vida, así que obedece.

Subieron lentamente la escalera que conducía a la cubierta superior. Las voces de los marineros y sus conversaciones se hacían cada vez más audible, así como los graznidos de las gaviotas.

Le costó dar un paso hacia adelante, ya que le preocupaba tener que proteger a Noelle. Luchar por su propia vida no le daba miedo. Tener que hacerlo y al mismo tiempo tratar de mantenerla a salvo era otra historia. Por suerte contaban a su favor con la sorpresa.

«Es la hora de la verdad», rezó para sí.

Lo primero que advirtió una vez subió fue que se encontraban en proa. Después, que no debería haber más de ocho hombres en cubierta y que al principio nadie pareció verlos. Aprovechando la buena suerte tomó a Noelle de la mano y tiró de ella con fuerza para correr hasta la barca de abastecimiento que colgaba de babor, junto al muro del muelle. No pretendía descolgarla, sino pasar a través de ella.

Fue entonces cuando sonaron las primeras voces de alerta.

Wesley agarró a Noelle de la cintura y la introdujo en el bote.

—¡Salta! —gritó.

Durante unos segundos ambos cruzaron sus miradas, pero ella le obedeció. Con los pantalones que vestía era mucho más ágil y apenas le costó cruzar entre las tablas de la barca para saltar al muelle, ya que el bergantín se encontraba atracado en puerto.

Mientras tanto, él comenzó a verse en dificultades.

Un tipo se le echó encima con intención de detenerle. O por lo menos eso le pareció, aunque en realidad no tuvo tiempo ni ganas de preguntárselo. Por supuesto, tenía la mente ocupada en asuntos

mayores, como por ejemplo, escapar. De aspecto corpulento y corriente, su puño se acercó a su mentón con relativa precisión, si bien en el último suspiro Wesley se movió hacia la derecha y consiguió esquivarle. Solo el golpe, porque lo asió de la camisa y terminó derribándolo en el suelo.

Wesley notó dolor en la espalda al caer, aunque se recuperó de inmediato. Con una mano hizo el intento de apartar aquel cuerpo de encima suyo, mientras que con la otra sujetaba el revolver a la espera de lograr una posición que le permitiera disparar. Usó también las piernas, dando golpes imprecisos. Solo así consiguió desembarazarse del tipo el tiempo suficiente para levantarse y por fin disparar.

Cuando el segundo hombre alcanzó por detrás a Wesley, este le dio con todas sus fuerzas con el codo en las costillas; se dio la vuelta, lo agarró del cuello y lo sacudió hasta hacerle chocar con uno de los pesados cañones que se encontraban en cubierta.

Lo escuchó gemir, no obstante, el aturdimiento sería pasajero.

Wesley saltó a la barca y con el arma apuntó hacia proa. Disparó. No pensaba esperar a que otros invitados se unieran a la fiesta.

Comenzó a correr por el largo muelle interior tras la estela de Noelle, esquivando carros, mercancías y gente que se encontraba a su paso. En un determinado momento miró hacia atrás para comprobar que en efecto lo perseguían. Casi le costó una caída, ya que tropezó con unas cajas. Sobreponiéndose lo más rápido que pudo logró alcanzar a Noelle justo cuando ella cruzaba el puente hacia la ciudad.

—¡Vamos, por aquí! —le gritó sin importarle que los transeúntes se quedaran mirándolos embobados.

—¿Nos persiguen? —preguntó ella con una evidente falta de aliento.

—Si no quieres regresar al barco será mejor que corras —le contestó.

A decir verdad, se la veía exhausta. El rostro de Noelle estaba rojo como la grana y unas gotas de sudor recorrían su frente. Sin embargo, no se quejó. Solo trataba de mantenerse lo más cerca posible de Wesley.

Entrando a la ciudad él creyó que iba a perderla, puesto que su ritmo se había visto reducido a causa del cansancio. Wesley tuvo que regresar sobre sus talones y tomarla de las manos para correr juntos a través de las callejuelas.

—Estamos cerca de la Place D'Armes. Un poco más y podrás descansar.

—¿Es que sabes dónde estamos?

—En Calais.

No le dio ninguna otra explicación. Solo siguió guiándola a través de la ciudad, cambiando constantemente de calles para despistar a sus perseguidores. No sabía con certeza si había conseguido su propósito, pero prefería no detenerse todavía, ni siquiera para tomar una bocanada de aire.

En cuanto a Noelle, procuró darle ánimos. Ella resultó ser más fuerte de lo que parecía en un

principio, mas era evidente que no solía practicar ejercicios como aquel. Ni él mismo estaba acostumbrado, tras dejar su vida en el ejército. ¿Cómo le podía pedir a una dama de alcurnia que corriera con la agilidad y la resistencia de una yegua durante millas?

Cuando doblaron una esquina cualquiera de una calle cualquiera, Wesley decidió detenerse. Con un gesto le pidió a Noelle que esperara. Pegado a la pared asomó la cabeza para comprobar si todavía les perseguían. Vio comerciantes, labradores y vecinos conversando o yendo y viniendo. Nada que despertara sus sospechas, aunque todavía debía ser precavido.

Vieron a un niño pequeño, flacucho, sucio y descalzo, de unos cuatro o cinco años. Se encontraba sentado en la esquina más al este y los miraba casi sin parpadear. Noelle arrugó la frente y le ofreció una sonrisa. Wesley apenas le prestó atención.

—*L'église Notre-Dame, s'il vous plaît?* —preguntó en francés a una señora mayor que hacía cestas junto a una puerta. Wesley la había elegido porque pensó que su memoria sería más propensa al olvido que la de una persona joven, si se daba el caso de que anduvieran haciendo preguntas sobre ellos. Por lo menos esperaba que no fuera muy precisa en cuanto a detalles.

La mujer los observó con cautela, le dio las indicaciones con bastante amabilidad y siguió con sus labores.

—¿Una iglesia? —le preguntó Noelle en voz baja—. ¿No pretenderás ir a rezar?

Wesley le lanzó una sonrisa burlona, a la par que fugaz.

—Si eso sirviera para sacarnos de este condenado lío... —contestó—. ¿Por qué hablas susurrando?

—Dices que estamos en Calais. Eso es Francia.

La lógica de Noelle divirtió a Wesley.

—En efecto. —Asintió, corroborando sus propias palabras—. La Escuela de Señoritas de lady Acton está haciendo una gran labor contigo.

Ella le lanzó una mirada fulminante cuando captó el sarcasmo mientras, sospechaba Wesley, lo estaba maldiciendo interiormente.

—No seas necio. Somos ingleses, ellos franceses. No creo que vayan a lincharnos solo por escucharnos hablar, sin embargo, tampoco deben de sentir mucha simpatía hacia nosotros.

—A mí me preocupa más que llegue a los oídos de nuestros perseguidores que unos ingleses andan haciendo preguntas por Calais.

—Por suerte hablas muy bien el francés —lo halagó ella—. Yo también. Mis tutores, allá en Cornualles, y la educación que he recibido en Minstrel House, se han encargado de ello. Y ahora, explícame por qué vamos a una iglesia.

—Solo necesito un lugar tranquilo donde pensar y no me acordaba por dónde ir —le aclaró—. Ahora camina con naturalidad —le aconsejó—. Que nada levante sospechas. Cuanto más desapercibidos pasemos, mejor.

—¿Te das cuenta de que estamos en diciembre y que apenas llevamos ropa de abrigo? Sobre todo, tú. Eso sin contar con ese aspecto tan lastimero que luces.

Wesley levantó una ceja.

—¿Lastimero? ¿A qué te refieres?

Noelle se encogió de hombros.

—Es evidente que has estado peleando. Tu rostro es una mezcla de colores, entre el blanco, el rojo y el azul.

—Por suerte eso no llamará demasiado la atención. Pueden confundirme con cualquier borracho bocazas salido de una taberna. En cuanto a la ropa, de momento nos es imposible hacer nada.

Iban hablando por la calle a paso tranquilo, siguiendo las indicaciones que les había dado la mujer. No obstante, era imposible olvidar que los buscaban, por lo que Wesley permanecía atento. Al llegar a las puertas de la iglesia de Notre-Dame, Noelle volvió a ver al mismo niño, pero no pudo hacer nada porque Wesley tiró de ella.

—Entremos —le dijo de inmediato, pues encontraron la puerta abierta, tal como imaginó.

El interior estaba vacío y poco iluminado, solo por la luz que entraba por las ventanas elevadas y las velas encendidas.

—¿No deberíamos buscar un sacerdote y pedirle ayuda? —preguntó ella cuando Wesley la hizo sentarse—. Además, aquí hace frío.

—No menos que afuera.

—Sí me siento lo notaré más —replicó ella.

—Por lo menos estamos resguardados. En cuanto a la ayuda... No confío demasiado en la protección que puedan ofrecernos los hombres de la iglesia. —Si en Minstrel Valley Nerian Worth no había podido socorrerles, poco podría hacer un sacerdote cuya misión en la vida era cuidar de su rebaño de fieles—. Necesitamos gente más curtida.

—¿A qué clase de peligros nos enfrentamos? Tal vez ahora que hemos escapado dejen de buscarnos.

La mueca de Wesley dijo lo contrario.

—Lo siento, Noelle, eso no sucederá. —No veía ninguna posibilidad de que semejante conjetura se cumpliera—. Hace un tiempo ayudé a alguien y ahora quieren encontrarlo —le explicó con parquedad—. Me temo que no cejarán en su empeño hasta que les diga dónde está... o acabe muerto.

El jadeo de Noelle le hizo sentir calidez en su interior.

—¡Eso no!

Parecía más que contrariada ante tal eventualidad.

—Me temo que te he medido en mis asuntos de un modo inevitable.

Noelle le lanzó una mirada de reojo.

—En el barco me echaste la culpa —se acordó ella.

—No debí decirlo. Solo intentabas salvarme. Por eso, ante todo, debo ponerte a buen resguardo.

Noelle lanzó un suspiro mientras se miraba las manos distraídamente.

—¿Qué haremos, entonces? ¿Refugiarnos para siempre en esta iglesia? Tengo sed, hambre y frío.

—Dejaremos Calais lo más pronto posible para dirigirnos a París.

—¿Qué hay de especial en París? —quiso saber ella.

—Tengo un amigo que es de confianza. —Pascal era la mejor opción que tenían en Francia. Sabía que podía recurrir a él en cualquier momento, que no le fallaría—. En su casa no te ocurrirá nada. —Y también le ayudaría a resolver aquel asunto.

Ella asintió.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Cómo iremos a París? No resistiremos el camino con esta ropa y sin ingerir nada. Siento que desfalleceré en cualquier momento si no como.

Wesley sentía lo mismo.

—Repondremos fuerzas —contestó serio y concentrado. Estaba pensando en diversos modos de obtener comida, solo que ninguno era lícito.

—¿Cómo?

Esa pregunta también se la hacía él. Lo más sencillo era robar alguna fruta del mercado o una cesta de algún ciudadano en la calle. Sin embargo, pretendía pasar desapercibido y aquello solo llamaría más la atención. Además, ya tenían suficientes problemas como para añadir ser buscado por las autoridades de Calais.

Entonces se le ocurrió una idea.

—Déjame tu puñal —le dijo con el brazo extendido y la palma de la mano abierta.

Noelle rebuscó en el interior de su bota y se lo entregó. La empuñadura era bonita y muy trabajada. Se notaba que algún artesano le había dedicado tiempo.

—¿Para qué lo necesitas?

—Sacaremos un buen pellizco por él y así llenaremos nuestros estómagos.

Para su sorpresa, la joven se alteró de forma visible.

—¡Ah, no! —se negó en rotundo—. No pienso venderlo. Me lo regaló mi padre.

Wesley entendía sus razones, mas era necesario hacerlo. No tenían otra cosa con la que mercadear.

—Te compraré otro cuando regresemos a Inglaterra —declaró comprensivo. Tal vez así consiguiera aplacarla.

—Pero no será el mismo. Nadie vende un regalo de un padre.

Eso le hizo pensar en el suyo. Lo echó de menos.

«Diablos, eso es malo. Le tiene afecto al maldito puñal». Sin embargo, de algún modo debía convencerla.

—Está bien. No lo venderemos, solo vamos a empeñarlo. Cuando lleguemos a París pediré a mi amigo Pascal que envíe a uno de sus hombres a por él.

Ella hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¡He dicho que no!

Wesley empezó a perder la paciencia.

—No seas obtusa. ¿Acaso crees que yo no haría lo mismo? Pero salí de Minstrel Valley sin nada de valor.

La lógica era aplastante. Ahora solo debía esperar a que ella la aceptara. Si insistía un poco más lo lograría. Al fin y al cabo, el hambre resultaría un factor decisivo.

—Vende la pistola que tomamos prestada del barco.

—No podemos. —Ella alzó una ceja cargada de escepticismo—. Deja que te explique: no sé cuántos prestamistas puede haber en Calais, aunque yo apostaría a que no demasiados. Si esos tipos preguntan a cualquiera de ellos darán con nosotros.

—Pero ya nos habremos ido de esta ciudad —explicó con calma—. Además, ¿por qué deberían visitar a los prestamistas?

—Yo lo haría, si buscara a alguien.

Los labios de Noelle se juntaron hasta formar un adorable mohín que Wesley fingió no admirar porque en aquel momento tenían problemas mayores.

—¿Eso lo aprendiste de cuando estuviste en el ejército?

Wesley frunció el entrecejo.

—¿Qué sabes tú de mi vida en el ejército? —Que él recordara no habló de ello con nadie de Minstrel Valley, salvo Grenfell, por supuesto. ¿Cómo diantres lo sabía? Wesley se había esforzado en mantener todos sus asuntos apartados de los ojos de los demás.

El rostro de Noelle se tornó pálido.

—Yo... eh... —balbuceó. Tardó un momento en hablar con coherencia—. Simplemente lo sé. ¿Qué importa? Tú tienes tus secretos, yo los míos.

—¿Eso no tiene valor si tus secretos me involucran! —exclamó. Al darse cuenta de que había elevado la voz, se calló de inmediato.

—También los tuyos lo hacen conmigo. Fíjate en dónde estamos: escondidos en una iglesia de Calais, desamparados y sin recursos. En estos momentos en Minstrel Valley sentirán gran desasosiego a causa de mi desaparición. Y mucho me temo que avisarán a mis padres. —La sola posibilidad la perturbó—. Oh, Dios.

—Estás cambiando la conversación —señaló—. No creas que no me doy cuenta, mas «de momento» —recalcó— lo pasaré por alto. Tú y yo tendremos mucho de lo que hablar cuando estemos a salvo. —Noelle no dijo nada—. No obstante, tienes razón. Debemos enviar unas misivas a Inglaterra. Ahora levanta, vamos a buscar un prestamista. No. —Silenció su protesta con un dedo sobre sus labios—. Te prometo que lo recuperaré.

—Termínate el caldo y deja de parlotear —le dijo Wesley con hosquedad mientras comía deprisa con la cabeza gacha.

Noelle le lanzó una mirada ofendida.

—No estoy parlotando, solo pretendo saber los detalles. No me has contado nada —lo acusó.

Después de lograr encontrar un prestamista y ver cómo Wesley discutía el precio sin poder intervenir, fueron a comprar una capa de lana para cada uno que los mantenía calientes. Sentada en un rincón de la ruidosa taberna, a Noelle le hubiera gustado mantener una conversación relajada, pero él no parecía estar de buen humor para ello.

Wesley dejó la cuchara dentro del cuenco y se acercó a ella para subirle la capucha de la capa, ocultando así su frente y casi sus ojos.

—Maldita sea, cúbrete. —Miró a ambos lados de la mesa y después a ella—. Aquí hay demasiados hombres. Debemos evitar que se fijen en ti. Come callada.

—Pero... —La protesta murió en sus labios cuando Wesley le lanzó una mirada de advertencia.

Noelle suspiró y centró su atención en el caldo espeso mezclado con verduras. Al igual que la carne guisada con patatas, se trataba de una comida copiosa y grasienta. Los sabores eran fuertes y no tenía nada del refinamiento al que estaba acostumbrada.

«Por lo menos calienta el estómago», se dijo. Lo cual necesitaba con desesperación.

Wesley se levantó y estuvo hablando con el tabernero, hasta que finalmente una moza le entregó un saquito que él protegió con ambas manos. Mientras regresaba, Noelle observó la mesa que se encontraba a su derecha, donde cuatro marineros comían al mismo tiempo que reían. Mantuvo sus oídos bien abiertos, pensando que tal vez la historia de su huida por el puerto habría despertado interés pero, aunque su francés era muy bueno, algunas palabras se le escaparon.

Cuando uno de esos hombres la observó, ella bajó la mirada, volteó rápidamente el rostro y se concentró en la comida.

Lo hizo demasiado tarde.

—*Hey, belle. Tu veux venir?*

Noelle no contestó, rezando en silencio para que la ignoraran.

Su deseo no se cumplió, porque escuchó cómo el marinero movía su silla para acercarse a ella.

«Oh, Dios. No permitas que nos metamos en otro lío. Todavía estamos tratando de salir con vida del primero».

La intervención de Wesley fue rápida y efectiva. Se detuvo junto a ella y la reclamó para sí:

—*Cette femme est à moi.*

Con su cuerpo bloqueó la visión que pudieran tener los marineros de ella, pues todos se habían dado la vuelta para observarla con atención.

Tal vez fuera eso o la llegada de su comida lo que les hizo perder el interés. Sea como fuere, Wesley aprovechó para tomarla del brazo y levantarla.

Sin mediar palabra la sacó de la taberna y mantuvo su silencio hasta que se alejaron lo suficiente.

—Mira lo que has hecho. Te dije que te mantuvieras callada.

Noelle se sintió culpable, pero al mismo tiempo se defendió.

—Yo no dije nada. Ni siquiera les hablé.

—No fue necesario. ¿Acaso no te has mirado al espejo? A leguas se ve lo hermosa que eres,

con capucha incluida. Una joven como tú podría hacer enloquecer hasta al más cuerdo de los hombres.

No era una alabanza, puesto que su voz sonaba disgustada, mas el corazón de Noelle latió a un ritmo vertiginoso.

—¿Crees que soy hermosa? —No pudo evitar preguntar.

No era el momento ni el lugar. Noelle lo sabía. Sin embargo, tras meses tratando de conquistarlo sin ningún resultado aparente, que él hablara de ese modo era lo mejor que le había ocurrido nunca.

—¿Es tu vanidad lo que te preocupa en estos momentos? —La pregunta sonó un tanto agria—. Demos gracias porque esos tipos no tuvieran ganas de pelea.

Wesley la llevó de nuevo a la iglesia, si bien esta vez había dos mujeres y un hombre rezando de rodillas. Los observó durante un momento y, al darse cuenta de que no corrían peligro, la hizo sentarse lejos de la puerta, en el lugar más discreto.

—Haz lo mismo que ellos y no te muevas hasta que yo regrese. ¿Podrás hacerlo?

—No me hables como si fuera estúpida —le espetó ella. Podía estar muy enamorada de aquel hombre, pero no iba a permitir que la tratara de ese modo.

—Está bien, lo siento —se disculpó—. Debo ausentarme para buscar un modo de salir de la ciudad. Por favor, no te muevas ni hables con nadie.

Por un momento Noelle tuvo miedo. Quizá pensaba que ella era una carga demasiado pesada.

—No me abandonarás, ¿verdad?

Wesley tomó su rostro con las manos y depositó un beso en su frente.

—*Non, mademoiselle.*

—Rápido, nos vamos.

Cuando Noelle escuchó la voz de Wesley su corazón dio un salto y se incorporó de inmediato, como movida por un resorte.

Llevaba varias horas esperando en aquella iglesia, con una preocupación cada vez más creciente. En su mente se habían formado diversas ideas, ninguna de las cuales resultaba muy satisfactoria. ¿Y si al final se había marchado a París sin ella? ¿Y si se había visto envuelto en algún percance? ¿Estaría en apuros? ¿Necesitaría su ayuda? ¿Y si...?

Con tantas preguntas sin respuesta fue inevitable dejar translucir el desasosiego que sentía.

—¡Wesley! —exclamó—. ¿Te encuentras bien? ¿Dónde has estado?

Él no contestó a nada de lo que le había preguntado.

—He conseguido un caballo y una carreta —le explicó con prisas y la respiración acelerada—. Debemos marcharnos sin demora por nuestra seguridad, porque siguen buscándonos.

Noelle abrió bien las pestañas.

—¿Cómo lo sabes?

Asió a Wesley de la capa con ambas manos, esperando la respuesta.

—He visto a uno de los tipos del barco cerca de aquí. Por suerte he podido dar un rodeo y evitar que se diera cuenta. —De repente, detuvo su relato. Un bulto en el suelo, a los pies de Noelle, se movió. Se trataba de su capa—. ¿Qué diantres...? —La tela cayó al suelo y Wesley contempló atónito la cara de un niño, que había despertado tras un apacible sueño—. Oh, no. ¿Qué has hecho?

Aunque hablaba a Noelle, tenía la mirada puesta en aquella criatura.

—El pobre nos lleva siguiendo por todo Calais desde la primera vez que fuimos a la iglesia.

Él asintió.

—Lo sé. Pero no es asunto nuestro.

Ella se indignó.

—¿Cómo qué no? No parece tener familia.

—Por Dios, Noelle, no es de nuestra incumbencia. Con seguridad se trata de uno de esos ladronzuelos que corren sueltos por cualquier ciudad. Cuando te des la vuelta te habrá robado todo lo que tienes.

¡Menuda absurdidad!

—Llevo con él desde que me dejaste sola y en ningún momento me ha robado nada —le informó—. Cuando le di una manzana podría haber salido corriendo con el resto de la comida. Aun así, se quedó y me hizo compañía.

Entonces fue el turno de Wesley de indignarse.

—¿Qué?! ¿Le has dado comida? —Su voz resonó por todo el templo.

—Estaba famélico —se defendió ella—. ¿Debería haber dejado que se muriera de hambre?

—No seas tan dramática. Seguro que debe pertenecer a alguna pandilla que le da de comer. O quizá incluso tenga una familia que se preocupa por él. ¿Lo has pensado?

—¡Por supuesto que he pensado en esa posibilidad! Pero parece estar solo. ¿Por qué sino anda detrás de nosotros? Y no es para robarnos —matizó cuando él fue a protestar—. Creo que le han abandonado; o simplemente no tiene a nadie.

—Sigo diciendo que no es de nuestra incumbencia.

Noelle se iba sulfurando a cada palabra que salía de la boca de Wesley.

Con el dedo índice apuntó sobre su pecho.

—No tienes corazón. —Que fuera tan frío no significaba que ella tuviera que serlo también—. Pues te aseguro que yo no pienso dejarle.

Wesley resopló con fuerza, clavando los talones en el suelo.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué piensas hacer?

Noelle se encogió de hombros.

—Llevarlo con nosotros, por supuesto —dijo con toda la tranquilidad de la que fue capaz—. Cuando lleguemos a París me aseguraré de contactar con las autoridades de Calais y poner este caso en sus manos.

—No puedes llevarte a un niño así como así. Alguien lo echará de menos.

Sabía que Wesley pondría reticencias, mas no iba a permitir que la disuadiese. Así que usó un buen argumento.

—Si siguen buscándonos nos vendrá bien contar con él. No repararán en una familia de tres miembros, ¿no crees?

—No me importa. Ya me has oído: he dicho que no.

—Pues entonces estás solo. Si él no viene, yo tampoco. ¿Qué va a ser?

Capítulo 8

Minstrel Valley

Los condes de Beaufort llegaron pálidos y ojerosos.

En la Escuela de Señoritas de lady Acton los estaban esperando.

Contra todo pronóstico, y desde que recibieran la misiva de lady Eleanor Harper comunicándoles las malas noticias, habían realizado el trayecto desde Cornualles en poco más de dos días.

Si el carácter de Julian Montague se había contenido dentro del carruaje, tan pronto llegaron dejó de hacerlo.

—¡Quiero ver a lady Eleanor sin dilación!

El portero hizo una pequeña venia con cara de circunstancias. Sin embargo, trataba de ocultar la preocupación mostrando su lado más formal.

No le gustó que lo dejaran esperando en una sala junto al vestíbulo mientras avisaban a la directora.

Por su parte, Catherine Montague se esforzaba por mantener las formas y refrenar a su esposo, mientras intentaba no demostrar la congoja que sentía. Una y otra vez le venían imágenes de lo ocurrido a Julian hacía ya más de veinte años, pero que en esas circunstancias volvían para asolar su corazón, esta vez como madre. Solo les habían informado de que su adorada primogénita había desaparecido de Minstrel Valley y que, con toda probabilidad, había sido secuestrada. El viaje había sido un infierno para ambos y era comprensible que Julian estuviera en ese estado.

—Come algo, Julian. —Le señaló la bandeja de té y emparedados que les acababan de traer—. Apenas hemos ingerido nada desde el desayuno.

—¡No me interesa la comida! —bramó—. Lo único que me importa es saber dónde está mi hija, y no esperar sentado en una insípida sala mientras me tratan como si no existiera.

Ella fue a probar un bocado, mas tenía el estómago cerrado y le vinieron arcadas que finalizaron en un inesperado llanto cuando hasta entonces no había derramado ni una sola lágrima.

—Mi amor, mi amor. —Julian corrió hacia ella, la tomó en brazos y la acunó—. Lo solucionaré como sea. Te prometo que traeré a nuestra hija a casa.

Le dio besos cortos en el cabello y en el rostro y Catherine notó la humedad. Su fuerte marido sufría tanto como ella.

Unos golpes en la puerta consiguieron refrenar su pena.

—Pase —dijo cuando estuvieron presentables.

Entró la directora en persona.

Aunque parecía menos severa que en las anteriores ocasiones en las que habían coincidido, Catherine notó las arruguitas de preocupación en sus facciones.

—Siento muchísimo la espera, lord y lady Beaufort. Antes de hablar con ustedes quería reunir a ciertas personas para que dispongan de toda la información que hemos conseguido hasta ahora. Supuse que un poco de comida no les iría mal. Espero que no me juzguen con severidad.

—¿Eso cree? —Julian no cedió—. Mi hija, que estaba a su cargo, ha desaparecido. No esperará un ramo de flores, supongo.

La mujer pareció muy afligida y Catherine también se compadeció de ella.

—Julian, por favor, estamos todos muy nerviosos. No es necesario incidir en los errores que se hayan podido cometer. —Se giró hacia lady Eleanor—. Perdona a mi esposo. Comprenda lo que estamos pasando.

—Lo entiendo perfectamente; y no crean que pretendo rehuir mis responsabilidades. Lady Noelle es un miembro más de esta gran familia que es el colegio de lady Acton y no hay nadie, ni profesores, alumnas o miembros del servicio, que no esté muy afectado por la situación. Si quieren acompañarme a mi despacho, los demás ya deben haber llegado.

Julian fue a hablar de nuevo, si bien Catherine se lo impidió con un ademán.

Abandonaron la salita decorada en tonos rosa y se alejaron del vestíbulo, siguiendo el pasillo hasta el fondo. En el despacho de dirección, lady Eleanor abrió la puerta y les cedió la entrada. En el interior aguardaban un joven elegante que se levantó en cuanto entraron y otro de mucha más edad con un poblado bigote anaranjado.

—Milores —empezó la directora—, les presento a su excelencia, el duque de Manford. El señor Peterson es el magistrado encargado del caso —les señaló—. Ellos son lord y lady Beaufort, los padres de lady Noelle.

—Entiendo la presencia del magistrado, aquí presente, pero no la del duque.

Julian Montague no ofreció ni un mísero saludo. Solo quería la información que tuvieran para salir en busca de su adorada hija.

—Pronto lo entenderán. —Les ofreció asiento con la mano—. Permítanme que sea yo quien empiece con la explicación, puesto que fui la primera en dar la voz de alarma. El miércoles, justo a la hora de la cena, lady Constance Catesby vino a verme muy preocupada. Su amiga lady Noelle había salido unas horas antes y no había vuelto todavía. Sospechaba que algo malo le había pasado.

—¿Y a dónde había ido?

—Ahora llegaremos a eso, lord Beaufort. —Tras una breve pausa continuó con su relato—. Nadie, salvo Constance, sabía nada de lo que su hija planeaba. En esa ocasión, en lugar de hacer partícipes al resto de sus compañeras, solo la joven sabía de sus intenciones por lo delicado del

asunto.

—No lo entiendo. —A Catherine empezó a dolerle la cabeza—. ¿Qué asunto? ¿Y por qué tanto misterio?

—Porque, milady, la joven salió a escondidas del colegio por la puerta trasera con la intención de visitar la casa de un vecino.

Las implicaciones no dejaron lugar a dudas.

—¿Mi-mi hija tenía un aman...? —De repente se interrumpió. No pudo terminar.

—Eso que insinúa es falso —rugió el conde—. Nada de lo que dice es propio de mi hija. Exijo hablar con esa alumna que calumnia a Noelle. Dudo mucho que diga la verdad.

El duque se levantó y se impuso a todos con su poderoso cuerpo y su estatura, que superaba con creces la media habitual.

—Mi hermana no es una mentirosa. Puede estar seguro de que, si debe buscarse una culpable, no es en ella en quien debe fijarse.

—¿Está acusando a mi hija de algo? Por muy duque que sea no me da miedo. A mi edad todavía puedo merendarme a jóvenes imberbes como usted.

—Excelencia, milord, les ruego que mantengan la calma; así no hacemos bien a nadie. —Se volvió hacia el conde—. Me temo que nadie conocía a lady Noelle tan bien como presumíamos, pero no nos adelantemos, no es exactamente lo que parece.

»Su hija parecía estar encaprichada de cierto caballero, detalle que ha sido corroborado por todas las alumnas de la escuela. Hasta el momento se había limitado a encuentros casuales a la vista de sus compañeras y del pueblo entero. Sin embargo, ese día, en su afán porque le prestara atención, se extralimitó.

—¿Y ese hombre? ¿Puede aportar alguna pista? ¿Acaso le han interrogado? —preguntó la angustiada madre.

—Quiero su nombre —exigió Julian Montague—. Tenga por seguro que responderá ante mí.

—Por desgracia, ese hombre, el señor Catesby, perdón, lord Wesley Catesby, también se encuentra en paradero desconocido.

—¿Él ha secuestrado a mi hija?

—¿Catesby como la jovencita, mmm...?

—Constance —respondió por ella lady Eleanor.

—Sí, la hermana del duque. ¿Cómo es posible que tengan el mismo apellido?

—Porque el hombre al que se refieren —intervino el duque con voz de barítono— también es mi hermano.

—¿Señor! —oró lady Catherine.

—¿Su hermano? ¿Pero qué clase de broma pesada es esta?

—No es ninguna broma. Mi hermano vive en Minstrel Valley. Constance vino aquí precisamente porque él también lo estaba.

—Le juro que no comprendo nada.

—No es complicado —continuó la directora—. Aquí en el pueblo nadie, salvo lady Constance y yo, sabía que el señor Catesby, que es como lo conocen, es pariente directo de lady Constance y, por ende, del duque de Manford aquí presente. Su hija intentaba llamar la atención del señor Catesby y después...

—Wesley Catesby. Catesby... —repitió Catherine—. Ese nombre y apellidos me resultan familiares.

—El ducado de Manford es uno de los más antiguos del reino. Los Catesby se remontan al rey Enrique I.

—No, no; no es por eso. Lo he oído antes y no logro recordar dónde... ¡El viaje! Julian, ¿no te acuerdas? Hace dos años, cuando fuimos a Madrás. Nos presentaron a un joven...

—¡Sí, lo recuerdo! Los condes de Raven hicieron asociación con el apellido. ¡Y tenían razón!

—Un momento —interrumpió el duque—. ¿Están seguros de que hablamos del mismo?

—Oh, no lo sé; podría haber cambiado. —La condesa hizo memoria—. Era rubio, pero tenía el cabello muy corto.

—Y no dijo en ningún momento qué hacía allí —añadió el conde—. Solo era el acompañante de un soldado que nos presentaron.

—Mi hermano estuvo en el ejército. Lo abandonó antes de ser ascendido a Capitán.

—¡Y fue uno de los invitados de la fiesta que se celebró en el fuerte St. George!

—Allí no lo recuerdo.

—Yo sí, perfectamente. ¡Noelle quería bailar con él y yo les ayudé!

—De ahí se conocen, entonces —intervino la directora.

—¿Es posible que se enamoraran y se fugaran a Gretna Green?

—Lo dudo mucho, milady.

Fue el magistrado quien interrumpió, tomando la palabra.

—¿Está seguro? —Sería un escándalo, pero si volvía casada significaba que nada malo le había sucedido.

—Lamentablemente, sí. En la casa de lord Wesley se evidenciaron signos de lucha y sangre en el patio trasero. Eso de por sí ya es preocupante, pero en otra parte del pueblo encontraron al condestable del pueblo muy malherido. Lo habían acuchillado y perdía sangre por momentos.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Y cómo se relacionan los dos hechos? Porque supongo que esa información me la da por algún motivo.

—En efecto. Por suerte, el médico del pueblo fue llamado con rapidez y ya se encuentra fuera de peligro. La herida, casi por puro milagro, no tocó ningún órgano vital. Tardará en sanar, pero no morirá. Solo cuando el señor Worth recuperó el conocimiento pudimos establecer las conexiones.

»Fue él quien nos dijo que tanto lord Wesley como su hija se presentaron en la Casa de la Vieja Guardia. El caballero mostraba signos de agresión en su rostro y ambos parecían muy

preocupados. Le pidieron ayuda y le dijeron que los perseguían ciertas personas. Lord Wesley no especificó el motivo.

»Antes de que lo atacaran y lo dieran por muerto, el condestable dijo que se habían resguardado en la parte trasera. Suponemos que, o bien los cogieron, o bien pudieron escapar o...

—Los mataron. —El duque terminó por él.

El gemido de Catherine Montague erizó al conde.

—¡Ya está bien! ¿Acaso quiere provocar otra desgracia? Recuerde que es de nuestra hija de quien estamos hablando.

—Y también de mi hermano, no lo olvide.

—Pues se refiere a él de un modo tan desapasionado que casi siento lástima por él.

—Milores, les pido que no se alteren y traten de escuchar con objetividad —soltó el magistrado.

El hombre recibió sendas miradas que estuvieron a punto de achantarle. Mantuvo las formas por pura voluntad.

—Siga —presionó el duque de Manford.

—Ejem. —Este carraspeó y ordenó sus ideas—. Como iba diciendo, el condestable fue de gran ayuda. Al parecer, los que los perseguían buscaban información, eso es lo que ambos le dijeron.

—¿Y mi hija? Sigo sin entender por qué se vio envuelta en esa persecución.

—Por lo que hemos podido comprobar, debían tener retenido a lord Wesley. No sabemos cómo hizo para escapar...

—Obvio —interrumpió el conde—. Mi hija lo rescató.

—¿Cómo dice? —El hombre parpadeó, como si tratara de asimilar la información sobre una dama salvando a un caballero a manos de unos villanos. Inconcebible.

—Puede que haya cosas que no sepa de mi hija, pero en otras la conozco muy bien. Le he enseñado a defenderse y a valerse por sí misma; a todos mis hijos por igual. Noelle sabe disparar y utilizar un puñal o espada con suma facilidad. Tenga por seguro que lord Wesley no se rescató solo.

—Bien, bien, no lo descartemos, pero esa no es la cuestión. Hay pruebas de que hirieron a alguien en el exterior de la casa con suficiente contundencia para sangrar en abundancia. Sabemos, no obstante, que no podían ser ellos, puesto que no parece lógico que los llevaran de vuelta a la casa una vez los tuvieran en su poder. Por lo tanto, estamos ante un grupo considerable si tenemos en cuenta que los persiguieron hasta el pueblo y que había uno caído. Eso nos indica que ese herido no murió, pues lo hubieran dejado, ya que otra acción lo convertiría en un lastre. Uno o más se ocuparon de él y otros tantos fueron tras ellos.

»Lo que ahora nos preocupa es saber si, de estar secuestrados, pedirán un rescate —lo cual dudamos o ya se hubieran puesto en contacto con alguno de ustedes—. La otra opción implica que, de querer información y tenerlos en su poder pueden acabar por...

—Siga... —ordenó Julian Montague con los dientes apretados aun sabiendo qué trataba de

explicar.

—... torturarlos o matarlos. Sería conveniente saber qué información podían tratar de obtener. ¿Estaba endeudado lord Wesley? ¿Había presenciado algo que no debía ver? ¿Alguno de ustedes tiene una idea?

—No puedo ayudarlo en eso —dijo el duque—. Con total sinceridad, no sé en qué podía estar metido mi hermano. Como he dicho, abandonó el ejército. Las escasas ocasiones en que he preguntado ha eludido la pregunta.

—O sea, que no sabemos en qué ocupa el tiempo, cuán peligroso puede ser ni a quién acudir para preguntar, lo buscan por una información que desconocemos y que debe negarse a dar, mi hija está en medio del fuego cruzado y no tenemos ni la más ligera idea de dónde pueden estar.

—En resumidas cuentas: eso es, milord.

Julian Montague apretó el hombro de su esposa para tratar de reconfortarla. Nunca se había sentido tan impotente; ni siquiera cuando tenía la certeza de que habían tratado de asesinarlo y buscaba al responsable entre sus más allegados.

Su hija era uno de sus bienes más apreciados y ahora no era capaz de hacer nada para ayudarla.

—¿Por qué vino su hermano a Minstrel Valley?

—La muerte de mi padre le afectó mucho.

—Sí, pero ¿por qué este pueblo y no otro? ¿Fue cosa del azar o conocía a alguien?

—No estoy seguro. Quizá dijo algún nombre, pero no lo recuerdo.

—Lady Eleanor, ¿sus alumnas tal vez...?

—Voy a preguntar.

—Quiero hablar de nuevo con el condestable y visitar la casa de lord Wesley.

—Lord Beaufort, entiendo su congoja, pero ya he...

—No continúe, magistrado. Se trata de mi primogénita. No voy a quedarme de brazos cruzados. Aunque tenga que levantar cada piedra pienso dar con ella.

La directora volvió a entrar.

—Dicen que frecuentaba la compañía del coronel Grenfell, un miembro respetado de la comunidad que está muy preocupado por el paradero de lord Wesley.

—Un coronel. No puede ser casualidad. —Recitando una plegaria tomó una decisión—. Vayamos a hacerle una visita.

—¡Maldición!

El agua del río Slack estaba fría como el demonio. Tras poner las manos en ella para lavarse el rostro, Wesley soltó diversas y contundentes imprecaciones seguido de algún que otro grito. Tras ello, inspiró y expiró un par de veces para tomar el valor de volver a meterlas. Bebió unos cuantos sorbos bajo el trino mañanero de las aves formando un cuenco con las palmas. Después regresó a la carreta, donde Noelle y el niño dormían profundamente.

La observó en silencio durante un largo momento.

Se la veía apacible incluso bajo sus actuales circunstancias. Wesley conocía su perseverancia gracias a sus encuentros en Minstrel Valley, un rasgo que admiraba en ella, pero a medida que su aventura iba pasando estaba descubriendo a una mujer fuerte y con coraje. En ningún momento había protestado o había perdido los nervios. Por el contrario, había aceptado las circunstancias sin ningún tipo de queja. Tal vez se había mostrado demasiado obstinada en algún momento, mas él trataba de lidiar con ello como podía.

¡Cuando ella se empeñaba en algo resultaba difícil hacerla cambiar de opinión!

Suspiró, admitiendo que no conocía a ninguna otra mujer ella.

«Tampoco es que quiera conocer a ninguna otra», musitó para sí.

Debía estar loco al ponerse a pensar todo eso cuando debería estar centrado en ponerla a salvo, pero a veces su mente le jugaba malas pasadas; como en esos mismos momentos.

Meditó sobre si convenía despertarles —ya que permanecían ajenos a los problemas que tenían encima— o dejarles dormir un poco más. En cierto modo los envidió. Por suerte habían escapado con vida de Calais, aunque dudaba que dejaran de buscarlos y perseguirlos. Si habían sido capaces de rastrear su paradero hasta hallarle en Minstrel Valley —donde vivía de forma bastante anónima y discreta— y además habían elaborado un plan para capturarlo y llevarlo hasta Francia, dudaba que se hubieran tomado tantas molestias como para renunciar con facilidad.

Estaba convencido de que volvería a saber de ellos.

Antes de partir la tarde anterior, Wesley había escrito a su amigo para advertirle que estaban de camino con pocos recursos y siendo perseguidos. No había dado ningún detalle por si pudiera ser interceptado. Con suerte, la misiva llegaría antes que ellos y Pascal organizaría a sus hombres para escoltarles hasta un lugar seguro. Sus cálculos le hacían creer que necesitarían más de dos días para alcanzar París. El camino era largo y no se encontraban en las mejores condiciones, aunque si tenían el suficiente cuidado podrían zafarse de sus perseguidores.

No fue la única carta que escribió. Envío otra a la Escuela de Señoritas de lady Acton para advertirles de los fatídicos acontecimientos. Trató de ser sutil y comedido en sus palabras, aunque dudaba que por ello dejaran de preocuparse. Cuando llegaran a París se encargaría personalmente de que Noelle les enviara una, firmada de su puño y letra, mientras meditaba sobre qué debía hacer con la joven.

Aquel capítulo de su vida tendría unas repercusiones sobre las que todavía no había meditado.

Sobre lo que sí pensaba con frecuencia, tras abandonar Calais, era en el destino de Noelle a corto plazo. ¿Sería sensato mandarla de vuelta a casa, aunque fuera protegida por hombres de confianza de Pascal? ¿Y si los interceptaban en el camino? ¿Y si los esperaban en Minstrel Valley y la raptaban de nuevo? Wesley sentía que ella estaría mejor a su lado, aunque una insidiosa voz interior le recordaba que no debía arrastrarla a aquella peligrosa locura.

¡No podía dejar que nada malo le ocurriese o jamás se lo perdonaría!

Aquel pensamiento, que se repetía constantemente, era lo único que tenía sentido. Solo ante la posibilidad de verla lastimada se le revolvían las tripas. Era un miedo aterrador y constante que

permanecía muy dentro de él. Así que debía protegerla a como diera lugar, anteponiendo su vida a la de ella, si era necesario.

Sacudió la cabeza para alejar, por el momento, esos raciocinios sobre ella. Subió al carro y se inclinó sobre la joven.

—Noelle, despierta.

Trató de ser lo más suave posible para no asustarla.

Llevándose por la precaución, durmieron lejos del camino. Al atardecer, Wesley condujo la carreta hacia un lugar apartado, al lado del río Slack, con la intención de no ser ni vistos ni molestados. Comieron en silencio las viandas que compraron en la taberna de Calais y descansaron durante toda la noche.

A Noelle le costó dejar atrás los sueños. Abrió los párpados con lentitud y pereza, mas volvió a cerrarlos, lanzando unos dulces ruiditos de placer.

Wesley no pudo evitar la tentación. Aprovechó la excusa. Se inclinó todavía más y acercó los labios a su oído.

Su piel se erizó.

—*Mademoiselle*, despierta —susurró.

Los ojos volvieron a abrirse, pero esta vez se perdió en esa mirada.

Pasó un segundo, luego dos, tres, cuatro... Ninguno de los dos se movió un ápice, centrados como estaban en el otro; solo se escuchaba la tenue respiración, mientras que la cercanía hacía estragos en él. ¡Era inaudito, si bien podía afirmar que su corazón se había detenido durante aquel instante!

El niño comenzó a revolverse bajo el abrazo de Noelle y ella rompió el contacto ocular, prestándole toda su atención.

El interior de Wesley gruñó. Casi parecía que estaba celoso del chiquillo, algo totalmente ridículo.

—*Bonjour, mon petit* —la escuchó decir mientras acariciaba con delicadeza el cabello infantil y le dedicaba una amplia sonrisa.

Wesley se indignó. ¡A él no le había ofrecido ninguna!

—Puede tener pulgas —le advirtió, siendo un tanto insufrible. En realidad, estaba tan molesto con Noelle como lo estaba consigo mismo por tal comportamiento.

Noelle le lanzó una mirada de advertencia.

—Ten cuidado, puede oírte.

Wesley dudó que hubiera herido su sensibilidad.

—No tenemos ninguna prueba de que entienda el inglés —le explicó—. A decir verdad, tampoco reacciona demasiado al francés y ni siquiera habla, cuando debe tener edad más que suficiente para hacerlo. Y aunque lo hiciera, eso no significa que lo que he dicho no sea cierto. Si este niño estaba viviendo en las calles, lo más seguro es que tenga pulgas.

—He conocido a muchos caballeros que también las tienen. Mi abuelo me contó la historia de

un amigo suyo. ¡Cuando se quitaba la peluca blanca, esta era capaz de andar sola!

La expresión de asombro de Wesley, mezclada con la repulsión, hizo que Noelle lanzara una carcajada.

En el futuro recordaría ese momento preciso porque se quedó absorto en ella. Fue una sensación más íntima y profunda; como recibir un latigazo paralizador que le dejó el cuerpo y los sentidos aturcidos. No se trató de admirar su belleza, como otras tantas veces, sino de beber de todo su ser, al mismo tiempo que era consciente de ella como nunca lo había sido. Fue como admirar un cuadro de Rembrandt sintiendo el embriagador vacío bajo los pies, al mismo tiempo que absorbía el poder de los dioses mitológicos y comía de su ambrosía. Fue una sensación confusa, pavorosa y agradable a la vez, más fuerte que la constatación del amor.

Quizá no tenía sentido aquella explicación causada por una sonrisa, pero era como Wesley lo percibió.

«Tonto bobalicón, estás a punto de caer rendido a sus pies. Si consigo sobrevivir, cuando regresemos a Minstrel Valley haré las cosas de un modo distinto».

Recordándose —de nuevo— la posición en la que estaban, se obligó a olvidar —por el momento— todo aquello para centrarse en lo importante.

—Noelle, no debemos dilatarlo más. Hay que continuar con nuestro camino.

Ella se incorporó, quedando sentada sobre las mantas.

—Tienes razón, aunque desearía poder adecentarme.

Wesley la ayudó a bajar, cargando con el niño en brazos, que no protestó en absoluto por la protección masculina.

—Ve al río, pero ten cuidado con el agua. Está muy fría.

Ella alzó el rostro, asintió despacio y a continuación lo observó con atención.

—¿No vienes?

—He preferido darte un poco de intimidad. Yo me quedaré con el niño.

—No le llames «niño», sino Étienne —le pidió—. Anoche, antes de dormirme, pensé que sería mejor que le pusiéramos un nombre, ya que no sabemos el suyo. —Ni él parecía saberlo—. Será más fácil para nosotros y despertará menos sospechas si nos encontramos con alguien.

Wesley admiró su lógica.

—Étienne —musitó complacido—. Piensas en todo.

Ella se encogió de hombros con modestia.

—Si tú supieras...

Dejó la frase a medias, picando su curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

Soltó una risita que flotó en el aire.

—De momento, lo guardaré para mí.

Wesley gruñó insatisfecho.

—Me debes muchas explicaciones. Una de ellas sobre mi vida en el ejército. No creas que lo

he olvidado. Y ahora, dime: ¿cómo lo supiste? ¿Fue Constance?

Noelle parpadeó un par de veces.

—¿Te refieres a Constance Catesby, mi amiga? ¿Por qué debería saberlo ella? Tal vez seas tú quien tenga que confesarse.

Wesley entornó los ojos al tiempo que buscaba una buena respuesta. Noelle ignoraba el vínculo que lo unía con Constance y él había estado a punto de meter la pata. Así que optó por eludir el asunto hasta que estuvieran a salvo. Entonces se sentaría con ella y ambos se sincerarían.

—No hay tiempo para ello —sentenció—. Vamos, te acompañaré al río y me alejaré solo cuando sea necesario.

Wesley trajo consigo la comida, de ese modo podrían repartirla entre todos antes de partir. Eso significaba, pensó, que deberían detenerse en la próxima posada que encontraran en el camino para abastecerse de nuevo.

Se tocó el saquito de monedas que guardaba en el bolsillo, que les permitiría llegar a París sin padecer hambre. ¡Quién iba a decir que por el puñal del conde de Beaufort sacaría lo suficiente como para comprar un carro, un caballo y mantas! Todos juntos y apretujados habían podido dormir gracias al calor que emanaban los cuerpos bajo las mantas, protegiéndose de las frías temperaturas de las noches de diciembre.

Acababan de llegar al río cuando escuchó el relincho de un caballo. Un caballo no; «su» caballo. Actuando por instinto soltó la comida y corrió hacia el lugar en donde habían pasado la noche, para descubrir que les estaban robando.

¡Un malnacido pretendía llevarse el carro y el caballo!

—¡¡Agrrrrr!!

Hecho una furia se dirigió hacia él para impedir que este desligara las riendas en el árbol donde Wesley las había atado. Pero el hombre fue más veloz. Terminó aprisa y subió al carro de un salto, azuzando el caballo para que corriera en dirección al camino principal.

Wesley no se rindió. Con un sentimiento de desesperación corrió con todas sus fuerzas para agarrarse a la parte trasera de la carreta y subirse, aunque antes estuvo arrastrándose un buen tramo con los pies sobre la tierra y la gravilla mientras sus brazos eran puestos a prueba. Con ellos se agarraba a los listones de madera como si su vida dependiera de ello. Con la pierna derecha flexionada comenzó a trepar al tiempo que la carreta tomaba una curva cerrada a demasiada velocidad.

Wesley salió despedido por los aires. Cayó al suelo dando tres volteretas en la que ninguna de ellas resultó elegante, pues a punto estuvo de romperse la crisma.

El impacto lo dejó tendido boca arriba y con los ojos cerrados. Su respiración era entrecortada. Le dolía el pecho y necesitó de un buen momento para recuperar la lucidez. Tras ello, se palpó el cuerpo, moviendo brazos y piernas. Solo así estuvo seguro de que todo estaba en su sitio.

—Santo Cielo —se dijo para sí—, la muerte me ronda con demasiada frecuencia.

Aquello no era nada bueno.

—¡Wesley! ¡Wesley!

Escuchó su nombre y no supo de dónde venía.

—¿Acaso he celebrado demasiado pronto mi permanencia en el mundo terrenal?

Ni siquiera pudo mover la cabeza hacia el lugar de donde provenía la voz, pero tras unos minutos de descanso Noelle se le acercó. Se arrodilló a su lado, se inclinó hacia él y tocó su mejilla magullada.

En otro momento hubiera sido capaz de apreciar más el contacto. Era una pena que estuviera tan dolorido que no pudiera hacerlo.

—Wesley... —murmuró ella con voz trémula—. Wesley... —Parecía no creer que siguiera con vida. Él tampoco se lo creía—. Me has asustado.

—¡Auch! —se quejó cuando ella palpó sus costillas.

—¿Te duele? Pobrecito mío.

—Qué pregunta más... ¡Por supuesto que me duele!

Noelle pasó por alto su mal humor.

—¿Puedes levantarte?

Cerró los ojos. ¿Levantarse? Era una mala idea.

—Creo que voy a quedarme un ratito a descansar —contestó.

—Oh, Dios. Pensé que te perdía. —Y mientras lo decía iba tocando partes de su cuerpo para que Wesley le indicara qué le dolía y qué no.

—En un santiamén estaré como nuevo. —Hizo un intento por esbozar una sonrisa tranquilizadora, si bien sus labios solo dibujaron una mueca grotesca.

—¿A quién tratas de convencer? Estás hecho un desastre.

—Gracias —murmuró con ironía—. Me encanta que me admiren de ese modo tan encantador.

—No seas tonto. Hace tres días recibiste una paliza. Y ahora esto. Tu ropa tiene más agujeros que tela. Además... —Se detuvo al ver todos los rasguños de sus brazos y rodillas, alguno de ellos ensangrentados—. Wesley, debo llevarte al río y limpiarte.

Lanzó un suspiro.

—Estoy mejor aquí.

Noelle no le hizo el menor caso y le instó a incorporarse. Sabiendo que no ganaría esa batalla, dejó que lo ayudase. Una mano la apoyó en el suelo tratando de ignorar las punzadas que sentía la carne al tocar la gravilla. Eso le sirvió de impulso, mientras que con la otra se sujetaba al brazo femenino, que tiraba hacia arriba.

Al levantarse del todo se tambaleó y sintió un cierto mareo, aunque Noelle fue su ancla. Se apretó a él y pasó un brazo alrededor de su cintura. Con la mano que tenía libre acarició su mejilla de un modo que resultó conmovedor.

¡Qué sensación tan maravillosa! Las caricias dirigidas a él resultaron un privilegio que inflamaron su orgullo y le dieron fuerza.

—No vuelvas a hacer algo así, por favor —le pidió Noelle en voz baja y afectada—. Yo...

Si bien no continuó, sus ojos húmedos dijeron el resto. Wesley se sintió mal por hacerla sufrir y aprovechó la coyuntura para abrazarla como hacía tiempo que deseaba: de un modo cálido y protector. Ambos se dejaron llevar por la gloriosa y reconfortante sensación de placer que experimentaron por igual. ¡Quién iba a decir que un solo abrazo significara tanto!

—Lo siento —se disculpó—. No suelo actuar de un modo imprudente, pero no podía permitir que nos robaran; era todo lo que teníamos —razonó—. No te preocupes por mí, ¿de acuerdo? Sobreviviré a la caída. Soy fuerte como un roble —bromeó al final.

Noelle se separó de él y lo contempló durante un instante.

—¿Puedes andar? —Él asintió—. Vamos, yo te sostengo. —Wesley arqueó las cejas, si bien no dijo nada. ¿Cómo iba a poder con él, si pesaba mucho más que la joven?—. Tardaremos siglos en llegar a este paso, pero no te preocupes; tenemos todo el tiempo del mundo.

—¿Ese es tu modo de darme ánimos? Menuda cuidadora has resultado ser.

Noelle le lanzó una mirada divertida.

—¿Te das cuenta de que nos hemos quedado sin transporte? Tal vez tus ironías no sean del todo apreciadas.

—Mis ironías son lo único que me queda, me temo —declaró—. Además, he visto cómo escondías una sonrisa. Si puedo hacerte reír, me doy por satisfecho. Porque últimamente parece que hemos sido maldecidos. ¿Ese malnacido no tenía otro lugar dónde robar?

—Al parecer, no. —De repente se detuvo—. ¡Oh, Dios! —exclamó—. Con todo lo sucedido me he olvidado de Étienne. Lo dejé junto al río para correr tras de ti.

—¡Maldición! —A Wesley también se le había olvidado, tal vez por la falta de costumbre—. Ve. Yo estaré bien.

Noelle vaciló. Parecía dividida entre ayudarle o comprobar el bienestar del chiquillo. Wesley no se lo tuvo en cuenta, al verla regresar, puesto que él también estaba preocupado.

A paso vacilante llegó como pudo. Sentía cierto dolor al doblar las piernas y, además, tardó un poco, si bien lo importante era conseguirlo. Cuanto más avanzaba menos oxidado se sentía. Mientras tanto había ido barajando sus posibilidades al tiempo que estudiaba el terreno. Así que cuando llegó al claro donde Noelle sostenía al niño llorando, tuvo una visión más clara de lo que harían.

—No podemos seguir viajando en estas condiciones. —Ella tenía razón sobre su ropa, ya que la capa también estaba sesgada. Eso sin contar con que habían perdido todas las mantas—. Hay que buscar refugio.

—Podría ir yo hasta el siguiente pueblo —sugirió—. Quédate con Étienne hasta que regrese con noticias.

—¡Si crees que voy a dejarte sola estás muy equivocada! Sé que no te he puesto a salvo como debería, pero puedo seguir adelante. —El orgullo y el instinto de protección que sentía por la joven vencieron al penoso estado físico en el que se encontraba—. ¿Ves aquellos campos de allá?

Noelle se fijó en el punto que le indicaba, ignorando qué quería decirle.

—Sí, tierra labrada —dijo al tiempo que cobijaba al niño bajo un abrazo y lo tapaba con parte de la tela de su capa.

—No solo labrada. También hay sembrada —le explicó—. Creo que ahí hay una granja.

No se trataba más que de una mera conjetura. Además, de ser una granja no tenían ninguna garantía de que las personas que vivieran en ella les prestaran ayuda. Sin embargo, Wesley necesitaba creer en algo, así que depositó su fe en esas escasas esperanzas, la ilusión de encontrar un lugar donde poder recobrar fuerzas.

«Señor, nos lo debes. Concédenos un milagro», rezó para sí.

Capítulo 9

El aspecto que los tres presentaban no era nada halagüeño: Wesley, con la ropa rota y ensangrentada, además de estar todo magullado; Étienne lucía desaliñado y hambriento; y finalmente Noelle, vestida con prendas que no eran suyas, sino de un marinero, y con el cabello enmarañado, pues no había tenido tiempo de peinarse. Ella no se había sentido tan sucia y cansada en su vida; ni siquiera tras regresar a casa después de un largo viaje. Sin embargo, no era el momento de ponerse a llorar o desesperarse. Debía ser fuerte.

Eso no significaba que no odiara aquella situación. Oh, Señor, cuánto la odiaba. Ser secuestrada y emprender una huía del modo en que lo habían hecho no era el modo que ella eligió para conquistar a Wesley. Habían pasado de abordarle en bailes y caminos a parecer harapientos mendigos. Sus hermosos vestidos, su sedoso cabello, una apetitosa cena... Cuán lejos quedaba todo aquello; tanto, que Noelle se preguntaba si alguna vez volvería a disfrutar de tales privilegios.

Habían salido de Calais con la esperanza de encontrar muy pronto la solución a sus problemas, mas las cosas volvían a torcerse, dejándoles en una situación precaria.

Inspiró para sí, tragándose las repentinas ganas de llorar.

¡Por Dios, cuánta calamidad! Si pudiera encontrarse con aquel malhechor que había robado la carreta le daría una buena paliza, porque sentía enormes deseos de que recibiera un escarmiento.

Lo único bueno de todo aquello era estar con Wesley, pensó con positivismo. Y Étienne, por supuesto. Sí, su imaginación había volado miles de veces a un futuro con Wesley y los hijos que tendrían juntos. Había pensado en el color de sus cabellos y de sus ojos, pero en realidad no era más que un sueño cargado de inocencia. La realidad era más intensa y sorprendente. El niño había despertado en ella instintos maternos que ni siquiera sabía que poseía. Quería alimentarle, asearle, enseñarle a hablar —puesto que no parecía saber hacerlo—, protegerle y ofrecerle una educación. No había tenido mucho tiempo de pensar en ello, sin embargo, la madre naturaleza le indicaba el camino.

Se acomodó al niño —pues comenzaba a cansar llevarle en brazos— y miró al hombre de sus sueños de soslayo. A pesar de las circunstancias, tenía mucha confianza en él. Si le decía que encontrarían una granja, que llegarían a París o que todo se resolvería, no tenía duda alguna de que lo lograrían, a pesar de las dificultades que se iban encontrando.

Esa fe depositada en él fue reforzándose cuando a lo lejos comenzaron a divisar el tejado de una casa, aunque necesitaron acercarse más para comprobar que las sospechas masculinas tenían fundamento: era una granja. El edificio que habían divisado se trataba de una vivienda de piedra de tonos castaños con cuatro ventanas, un techo inclinado y con una gran chimenea sobresaliendo de él en el lateral. A su lado, un pequeño cobertizo cubierto de enredaderas.

Una decena de gallinas correteaban sobre la hierba, frente a la casa, y una vaca lechera pastaba tranquila entre ellas.

Noelle no tuvo tiempo de acostumbrarse al sentimiento de euforia que comenzaba a invadirla porque Wesley exclamó de repente:

—*Merde!*

Pestañeó confusa y lo miró.

—¿Qué sucede?

Él señaló hacia el cobertizo, donde delante de la puerta había una carreta sin caballo.

—Es la nuestra.

Noelle tardó un momento en comprender lo que le decía.

—Eso no puede ser cierto. Nos la han robado —expuso—. Te habrás confundido con otra.

Por lo que a ella respectaba, todas eran iguales o muy similares.

—Sé lo que compré —contestó apretando la mandíbula.

Un tanto contrariada, Noelle dejó a Étienne en el suelo y se acercó junto a Wesley a inspeccionar la carreta. Ella no podía decir que su afirmación fuera cierta, y de serlo, tal vez se estuvieran poniendo en peligro. El hombre que la había robado podía estar cerca... y de muy mal humor, tras ser descubierto.

La joven sentía la duda abriéndose paso en su interior. Sin embargo, al mirar dentro se percató de que ahí estaban las mantas que los habían cobijado durante la noche.

Sintió asombro y admiración a partes iguales.

—Tenías razón. ¿Y ahora qué? Si nos descubren no creo que seamos bienvenidos. Deberíamos ir al pueblo más cercano para buscar a las autoridades.

No hubo respuesta, ya que tras la puerta salió un desconocido, alto y grande.

La joven engulló saliva, si bien Wesley no se acobardó. Dio un paso adelante y dijo en francés:

—Esta carreta es nuestra. Nos la han robado hace poco. ¿Dónde está el caballo? Dígame —le exigió.

El hombre, de cabello blanco y bigote, compuso una expresión de genuina sorpresa. ¿Sería porque desconocía aquel hecho o porque había sido descubierto? Sea como fuere, ella no podía afirmar si se trataba del ladrón, pues en ningún momento le había visto el rostro.

—Eso no puede ser —dijo moviendo la cabeza de izquierda a derecha y de forma constante.

Una mujer con un delantal manchado y una niña pegada a su falda salió entonces al exterior por la puerta principal de la casa. Contempló a los presentes y se puso a hablar, gesticulando de forma desmesurada con los brazos. Hablaba a tal velocidad y con un acento tan cerrado que Noelle era

incapaz de entenderla. Desde su lugar, el hombre le replicaba, mientras su rostro se iba volviendo de color bermellón.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó en voz baja a Wesley.

—Se pelean —le contestó él sin mirarla. Tenía la atención puesta en la pareja—. Algo sobre un tal Daniel.

Aunque ambos parecían enfrascados en una discusión, escucharon el nombre que pronunció Wesley y eso los hizo reaccionar, si bien de maneras distintas. El hombre bajó el rostro, avergonzado. La mujer, hasta entonces con los brazos en jarras, hizo un gesto de disculpa con las manos y se acercó a ellos.

—Daniel, Daniel, Daniel...—repitió—. Ese chico no da más que dolores de cabeza. Pero no ha actuado de mala fe. Le doy mi palabra. —Ni Wesley ni Noelle tuvieron tiempo de responder. Ella prosiguió—. Por cierto, soy la señora Bouthillier. Y él es mi esposo, Gervais Bouthillier. —Mientras iba explicando aquello tomó a Noelle del brazo con familiaridad para conducirla hacia la casa. Étienne, al igual que hacía la niña, también se escondió tras una mujer, si bien escogió a Noelle—. Vengan a comer un poco. ¿Han desayunado? Acabo de hornear pan y tengo mantequilla recién batida. Seguro que su hijo querrá acompañarla con un poco de leche.

Antes de ser llevada al interior de la casa, Noelle echó la mirada hacia atrás buscando a Wesley, en espera de su aprobación, aunque también de su ayuda. Este, al ver la duda bailando en sus ojos, asintió con la cabeza para transmitirle confianza.

Él la siguió de cerca, haciendo que se sintiera protegida.

«Es extraño cómo su sola presencia es capaz de calmar mis temores».

Tras ello, se concentró en el corazón de la vivienda: una gran cocina de techo bajo con vigas de madera en donde una chimenea encendida y una mesa alargada destacaban sobre todo lo demás. En un lateral, una encimera de piedra repleta de ollas y botijos; en el otro, una vitrina de madera llena de cacharros.

El calor de la estancia, en contraste con la temperatura exterior, hizo que Noelle temblara hasta acostumbrarse. Sin embargo, se sintió optimista. Era la primera vez, desde que salió del colegio, que podía sentirse a gusto.

La mujer se percató de inmediato.

—¿Por qué no se sientan junto al fuego?

Noelle le dio la mano a Étienne para esquivar las hierbas aromáticas que colgaban del techo en pequeños manojos y el barreño de cobre del suelo. Se sentó en un banco con el niño sobre su regazo. En la chimenea, una olla de comida colgaba cerca de las llamas. Wesley, en cambio, se quedó de pie bajo el quicio de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

La señora Bouthillier comenzó a preparar el desayuno prometido, organizando la mesa, cortando, pelando y sirviendo. Wesley observaba el ajetreo sin realizar ningún movimiento.

—¿Va a explicarnos quién es Daniel y por qué tiene nuestra carreta? —preguntó sin ningún tipo de sutileza.

Su rostro era como una máscara de granito: no reflejaba ninguna emoción. Noelle sabía que estaba hambriento y helado, igual que lo estaba ella. Sin embargo, no lo dejaba traslucir. Wesley permanecía en tensión, alerta ante cualquier circunstancia que no hubiera tomado en cuenta, porque no podía permitirse un contratiempo más.

La mujer alzó los ojos y flaqueó. Fue durante poco tiempo, pero transmitieron miedo.

—Es el hijo mayor de mi esposo. —Antes de proseguir sacó tres cuencos de barro del armario, los llenó del caldo que hervía en el fuego y los depositó en la mesa. Después cascó un huevo de gallina por cada cuenco y dejó que se cocieran por sí solos, dentro—. En realidad, no es suyo, sino de su primera mujer. Ella era viuda cuando se casaron. Dos años después llegó Benoît. Cuando Mariette murió, Gervais se hizo cargo de los chicos por igual. Nosotros llevamos ocho años casados. —Sacó cucharas viejas y se puso a cortar la hogaza de pan—. Todavía no conocen a mi hija Brigid, porque ha ido a alimentar a los cerdos. Ella —señaló a la niña— es Seraphine, la más pequeña de la familia. Tiene tres años.

—No quiero ser grosero con usted, señora Bouthillier, pero todavía no me ha explicado nada de lo que deseo saber.

—¿Por qué no se sientan y comen? —sugirió—. Hay tiempo para las explicaciones. —Wesley siguió en la misma posición y ella suspiró, dándose por vencida—. Está bien —aceptó asintiendo con la cabeza—. Daniel es el mayor. Tiene trece años y ayuda a su padre con la granja, sin embargo, de vez en cuando hace cosas que no son correctas. Cuando esta mañana ha llegado con la carreta, diciendo que se la había encontrado abandonada, su padre y yo sabíamos que eso nos causaría problemas. ¿Quién se desharía de semejante caballo? —preguntó a nadie en particular—. No tenía ninguna lógica. Por eso lo hemos enviado al campo. Mientras tanto, Gervais quería ir al pueblo para enterarse de lo sucedido. Ustedes han llegado antes de poder hacerlo —se lamentó, al tiempo que se limpiaba las manos en el delantal.

—Íbamos a continuar nuestro camino tras una noche de reposo cuando nos han sorprendido llevándose las pocas pertenencias que poseemos. —Wesley se rascó la barbilla, pensativo—. Yo no he visto ningún chico, sino un hombre —declaró.

Ella comprendió la duda y trató de resolverla.

—Daniel tiene cuerpo de gigante y rostro de niño. Muchos lo confunden con un hombre, aunque me temo que no es más que un simple muchacho tontorrón.

A Wesley no le satisfizo la explicación, si bien preguntó con serenidad:

—¿Lo ha visitado algún doctor? ¿Se aqueja de alguna dolencia?

La mujer suspiró, pero lo defendió como si se tratara de su propio hijo.

—¿Está diciendo que actúa de ese modo porque está enfermo? —La idea le parecía sumamente inconcebible—. No ha hecho ningún daño a nadie.

—A daño físico, se referirá.

—Así es —respondió—. Puedo poner en tela de juicio alguno de sus actos, mas yo creo que solo necesita mano dura. Por favor, no digan nada —les pidió, en especial a Wesley, ya que era a

quien estaba mirando.

—Nosotros nos ocuparemos de que reciba un justo castigo por lo que ha hecho. —La entrada del señor Bouthillier les había pasado desapercibida, pero cuando él habló, lanzando una súplica, todos los rostros voltearon hacia él—. Somos buenas personas.

Noelle percibió la duda en Wesley.

—No estoy diciendo que no lo sea. Pero su hijo ha robado.

Ponerle voz al delito hizo que el matrimonio empalideciera.

Noelle sintió pena por ellos. Bajo su punto de vista, ninguno de los dos tenía culpa de lo sucedido. Por lo que podía percibir, Daniel había recibido una buena educación dentro de un ambiente amoroso. No obstante, con trece años tenía voz propia y actuaba según sus propios estándares. Lo sucedido era un hecho prácticamente inevitable para la familia. Aunque no sabía si Daniel había decidido robarles por maldad o por oportunismo. Así que Noelle decidió actuar del único modo que supo: relajando el ambiente. No tenía caso enfrentarse nadie.

—Wesley, ¿por qué no te acercas? La señora Bouthillier nos ha preparado un almuerzo que huele delicioso. Detestaría que se enfriara.

Mientras lo decía se levantó y ocupó un lugar en la mesa, sentando a Étienne a su lado. Levantó la cuchara, dejándola suspendida en el aire hasta que al final él cedió.

«Gracias», dijo con sus labios, aunque sin hablar. Él inclinó la cabeza en señal de conformidad.

«Formamos una hermosa pareja», pensó para sí, tomando un sorbo del caldo y ocultando una sonrisa de satisfacción. A pesar de tanta calamidad ambos habían establecido una asociación no pactada, algunas veces con más acierto que otras. Él era más duro y curtido; ella, más amable y de buen hacer. O eso deseaba pensar. Y ahora en sus vidas había una personita que los unía más, un regalo inesperado que expandía su corazón: Étienne. Aquello hacía que amara más al hombre que tenía cerca. Solo debía fijarse en cómo Wesley vigilaba que el niño no se quemara al comer, inclinado sobre él, hablándole con suavidad, acariciando su cabecita.

¿No era él quien había hablado de pulgas? Pues las estaba pasando por alto.

No podía estar más satisfecha consigo misma.

«Refrena tus pensamientos y tu corazón. ¿Recuerdas que os persiguen unos desalmados? Además, hasta hace un momento, no teníais ni carruaje».

Era su conciencia quien le estaba hablando. Por eso la escuchó. Debía concentrarse en la comida; después ya verían. La euforia no podía dominarla o terminaría cometiendo errores que pagaría caros.

El supuesto ladrón entró en la casa tiempo después. Ya habían tratado con los otros dos niños, que también habían ido regresando poco a poco.

Cuando el tal Daniel lo reconoció, Wesley estaba preparado para salir corriendo detrás de él, pero su padre, que sabía de su naturaleza cobarde, le puso una mano en el hombro.

El joven se mostró resignado.

Pronto quedó claro que de verdad era un niño, incluso puede que más que sus hermanos menores.

—Lo lamento —dijo en una vocecita infantil que no casaba con la envergadura de su cuerpo—. Solo quería ayudar a mis padres. La carreta nos hubiera venido bien para trasportar la mercancía al pueblo —confesó.

—Ya tenemos una —le dijo su padre.

—Pero cuando está cargada solo hay sitio para mamá y Seraphine. Pensé que con otra, los demás no tendríamos que ir al pueblo andando.

El señor Bouthillier pareció un tanto avergonzado por la confesión de su hijo; incluso su esposa enrojeció.

Wesley suspiró y se dijo que ser pobre creaba unas dificultades a las que él no debía enfrentarse cada día.

—Entiendo tus motivos, pero lo que hiciste sigue estando mal. Nos dejaste sin nada. —Y de ser así su vida, hubiera resultado una catástrofe.

Supo que no podía hacer nada más que regañarlo. El joven no parecía darse cuenta de la gravedad de la situación. Tenía noción del bien y del mal, aunque sesgada, por decirlo de alguna manera. Algo no iba bien en ese chico y sintió lástima porque tuvieran que lidiar con eso a diario.

Noelle intervino y le hizo prometer que no volvería a hacerlo, si bien un cruce de miradas entre ambos les dejó claro que no serviría de mucho.

Se acercó al fuego y se acuclilló junto a Noelle y Étienne, que jugaba con una piedrecita con Seraphine.

—Deberíamos irnos antes de que anochezca. Queda un buen trozo de camino y mejor que lo hagamos con luz diurna.

—¿Es necesario? —preguntó bajito.

A Wesley le supo mal tener que asentir. El calor los envolvía y costaba decidir salir.

—Debemos llegar a París cuanto antes.

Noelle soltó un tenue suspiro y deseó poder concederle su deseo. Cuando mostró su conformidad y se levantó, sintió que, esa admiración que había ido fraguándose desde que ella sacara el puñal de su bota en Minstrel Valley, aumentaba.

—Debemos marcharnos, Étienne.

—¿Marcharse? —intervino la señora de la granja—. Todavía no hemos podido compensarlos por el ro... lo de la carreta.

—Ya han hecho bastante. Nos han alimentado y permitido calentarnos —señaló Noelle con simpatía.

—Pero eso es lo que haríamos por cualquiera en sus mismas circunstancias. Debemos resarcir el daño. Gervais, di algo.

—Mi esposa tiene razón. Somos pobres. Sin embargo, aunque pueda parecer lo contrario, honrados.

—No lo dudo. —Wesley estaba seguro de ello—. Pero hemos recuperado la carreta intacta. Ya no nos deben nada.

—Señor...

—Catesby.

—Catesby, permítannos hacer eso por ustedes. Están cayendo los primeros copos de nieve del invierno. No es muy frecuente y no creo que sea mucho, pero no son las mejores condiciones para viajar con su mujer y su hijo. No podemos ofrecerles gran lujo, aunque tenemos el granero que, junto con la paja y las mantas, les ofrecerá mayor cobijo que la carreta a la intemperie.

—Gervais tiene razón. Calentaremos un poco de agua para su aseo y tendrán comida caliente para cenar. Por favor.

Wesley contempló, primero, a ese matrimonio, pobre y orgulloso, que les ofrecía todo cuanto tenían para mitigar el daño que su hijo mayor había causado. Contempló, después, a Noelle con Étienne en brazos y supo también que, de decidir marcharse, ninguno de los dos protestaría.

Por unos escasos segundos se imaginó solo y lo fácil que resultaría todo sin tener que preocuparse de nadie más, pero al instante supo que trataba de engañarse. Sin Noelle, quizá ya hubieran conseguido hacerle hablar e incluso ya no estaría entre los vivos. Debía ser práctico, pero también agradecido, así que asintió, lo que provocó sonrisas de satisfacción.

El clima se recrudeció a medida que la luz solar disminuía. Los copos de nieve se hicieron más grandes y frecuentes, por lo que Wesley preparó un espacio en el altillo del granero con la paja y las mantas que llevaban en la carreta. En la casa se habían quedado las mujeres con los niños calentando agua para adecentarse.

Noelle lo encontró sentado en la cama improvisada casi cuando ya había oscurecido.

—¿Hola? —Llevaba un cubo grande de agua en una mano, un bulto bajo el brazo y un candelabro con una vela encendida en otra.

—Aquí arriba. Espera, que bajo a ayudarte.

El aspecto del granero era viejo, aunque se conservaba en buen estado.

—Dios, ahí fuera hace frío. —Dejó el cubo al lado de la carreta y el candelabro y el fardo encima de ella—. Cuánto me alegra que decidieras aceptar el ofrecimiento.

Ella estaba de espaldas y la capa con la capucha la ocultaban, si bien cuando se giró y se descubrió, Wesley sintió un golpe en el pecho casi físico.

—¿Qué? —preguntó ella cuando lo vio detenerse y mirarla como un idiota.

—Estas... —Y la señaló para evidenciar a qué se refería.

Ella se abrió la prenda de abrigo que le había comprado en Calais y el impacto fue mayor todavía.

—¿Te refieres a la ropa? No he sido capaz de rechazarla. Está vieja, gastada, y no es de mi talla, pero me siento más a gusto así que con la ropa maloliente de ese energúmeno. Además, está

limpia, que es un detalle muy importante.

El vestido le iba corto y estrecho, sobre todo en la cintura y en el pecho. La exuberante visión de un busto lleno y apretado hizo que su cuerpo reaccionara de un modo fulminante, indiscutible y alegre. Tosió un poco y se apartó de su línea de visión para que no advirtiera la evidencia de su propio cuerpo.

—Está bien. ¿Qué traes aquí?

Lo que fuera con tal de distraerla y ocultar su turbación.

No necesitaba verla más porque ya llevaba su imagen grabada en la retina. Parecía increíble que estuviera tan bonita vestida con ropa humilde.

—Es lo mismo para ti. El señor Bouthillier te ha prestado ciertas prendas que no se pone. Creo que, dado su tamaño, te quedarán un poco grandes, justo lo contrario que conmigo. También tienes agua caliente con jabón para asearte. No sabes lo bien que me ha sentado.

El gemido de placer de Noelle al recordarlo no ayudó a su imaginación, que se desbocó un tanto. Necesitaba estar a solas, pero cometió el error de mirarla de nuevo y esa trenza dorada retuvo su atención. Era larga y descansaba sobre uno de sus pechos. Reaccionando por instinto alargó la mano y tocó la trenza entre sus dedos, lo que los paralizó a los dos un instante.

«No la mires a los ojos. No la mires a los ojos», recitó.

Y no lo hizo. No estaba preparado para ver en sus pupilas un reflejo de lo que él sentía. Volvió a dejarla con cuidado, evitando que sus dedos la rozaran siquiera.

Carraspeó, pero no sirvió de nada. Le habló mientras prestaba atención a la ropa que le había traído.

—No te había visto con otra cosa que no fueran recogidos.

No hizo caso a que ella tardara en responder. Al final, lo hizo con la voz un tanto inestable.

—Porque antes tenía doncella y amigas que sabían hacer peinados sofisticados. —Conforme no la miraba, la voz femenina pareció volver a ganar seguridad—. Yo solo soy capaz de recogérmelo en una cinta. La señora Bouthillier, o Marie (como me ha pedido que la llame), me ha peinado como a sus hijas.

—Te queda bien.

—Oh, gracias.

El silencio se instaló entre ambos. Wesley sabía que, de darse la vuelta, podía cometer una estupidez. Lo que ella pensara o sintiera no era tan importante como mantener las distancias.

—Yo...

—Yo...

Ambos hablaron a la vez y callaron al instante.

—Voy a dejarte a solas para que puedas cambiarte y todo eso. Ayudaré a Marie con la cena, si soy capaz.

El intento de humor le arrancó una sonrisa, aunque no se giró y siguió toqueteando la ropa que ella le había traído.

—Bien.

—Pues me voy.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Wesley se permitió soltar el aire entre los dientes a medio camino entre el gemido y el suspiro.

—Estoy muerto.

Capítulo 10

Wesley sonrió cuando Étienne soltó la primera carcajada.

El niño giraba, maravillado, el tosco muñeco de madera que le había hecho. Quizá quisiera memorizarlo desde todos los ángulos. Cualquiera hubiera dicho que jamás había tenido un simple juguete, lo cual sería, con toda certeza, la realidad.

Sentado en el suelo junto al calor del hogar, se descubría disfrutando de la fascinación del niño y se preguntó, no por primera vez, dónde estaban sus padres, qué clase de vida había tenido hasta ahora y si alguien lo echaría de menos.

Él había disfrutado, no solo de una infancia privilegiada, sino que también llena de amor. Su padre fue de moral recta y férrea, aunque también sabio, justo y piadoso cuando era necesario. Wesley lo extrañaba cada día.

Su madre vivía todavía y era un claro ejemplo de la contradicción. De puertas para afuera hacía honor al título que ostentaba, primero de duquesa y ahora como viuda. Solía mostrarse reservada e inaccesible. Sin embargo, en el calor de su hogar, Jolene Catesby había sido una madre amorosa, risueña y tolerante con sus nueve hijos.

Incluso estando lejos de la mayor parte de su familia, había un vínculo fuerte entre todos ellos y el afecto se daba por descontado.

Incluso los Bouthillier, con su pobreza, tenían ese mismo lazo. Lo mismo debía pasarle a Noelle con su familia, dado lo apegada que se sentía al puñal.

A ese niño que no decía nada solo ella lo quería. Noelle lo había defendido frente a él, le decía palabras cariñosas, lo acunaba y le sonreía como una auténtica madre.

Ocultó un bostezo y lanzó una ojeada disimulada a Noelle, que sonreía frustrada mientras practicaba con Seraphine y Brigid modos de hacer recogidos, lo cual resultaba una tarea infructuosa, dadas las risas de las niñas.

La planta principal de la casa estaba llena con los Bouthillier al completo y ellos tres.

Fuera, los incesantes copos blancos y el gris plomizo del cielo habían imposibilitado su partida. Apenas había una capa considerable de nieve, que había ido cayendo durante la noche, pero incluso él sabía cuándo claudicar. Dudaba que sus perseguidores se aventuraran tras su busca, si bien de hacerlo no encontraba probable que diesen con ellos.

Étienne se levantó del suelo con sus pequeñas manitas y se fue hasta Noelle para enseñarle su

tanpreciado objeto.

Ella se arrodilló para ponerse a su altura y aprovechó para darle un beso en la cabeza.

—Oh, corazón, qué juguete tan bonito. —La oyó decir—. ¿Le has dado un beso para agradecersele?

Y dicho eso levantó la cabeza para mirarlo directamente.

Wesley no tuvo tiempo de apartar la vista.

«Tramposa».

Como si ella hubiera escuchado su pensamiento, ladeó los labios en una media sonrisa socarrona y retadora, por lo que no tuvo ninguna duda de que se estaba vengando por lo de la noche pasada.

Ay, la noche pasada. Ojalá hubiera muerto de verdad. Lástima que se hubiera sentido más vivo que nunca.

Cuando hizo la cama para pasar la noche, Wesley no podía evidenciar que no eran lo que parecían ser. Por lo tanto, imperaba dormir juntos. Era consciente del esfuerzo que supondría, pero lo hizo de todos modos.

Cuando cenaron y, poco después, los Bouthillier se retiraron a descansar, ellos debieron hacer lo mismo, por lo que corrieron al granero.

Ella subió primera al altillo y Wesley lo hizo después con el niño en brazos para que ella pudiera cogerlo. Acto seguido volvió a bajar para darles espacio. La oyó arrullar al pequeño como si fuera un bebé y sintió un pinchazo en el vientre que no supo identificar.

Se la había imaginado dándole besos y acariciando su pelo y su cara, en ese momento, limpios. Cuando creyó haberles dejado suficiente tiempo para que se durmieran ambos —«ojalá sea así», recordó pensar— y una vez se decidió —porque no podía quedarse abajo por si acaso—, subió tratando de no hacer ruido, pero cuando la luz de las velas los iluminó, deseó haber sido ciego para no ser testigo de tanta perfección.

Noelle estaba inclinada hacia su lado derecho, con la espalda de Étienne apoyada en su estómago. Llevaba el cabello suelto y parecía que una cascada de oro la inundaba. Estaba tapada con las mantas y no sugería nada indecente, pero Wesley sintió hervir la sangre de todos modos.

Y para su desgracia, estaba despierta.

Trató de no mirarla mientras se quitaba las botas y las dejaba junto a las de ella, una imagen que lo intranquilizó de nuevo. Tampoco mientras se deslizaba entre las mantas y oía el frufú del roce de la ropa en comparación con la quietud de Noelle. Quiso darle la espalda, pero tragó saliva cuando hizo lo contrario e, incorporado, cruzó sus ojos con los suyos mientras apagaba la llama...

...Pero la suya estaba encendida, igual que la de Noelle, si no se había equivocado, lo cual dudaba.

Durante un tenso momento a oscuras solo se oyó la respiración del pequeño. Imaginó que ella aguantaba la respiración como hacía él.

¡Vaya par de tontos!

Se hubiera echado a reír si no hubiera tenido que refrenarse para no hacer lo que deseaba con todas sus fuerzas. Su disciplina militar sirvió para algo más que para el combate, y cuando ella se revolvió y su respiración se hizo oír, Wesley le dio la espalda en lugar de ponerse encima de ella para darles lo que ambos, bendito fuera, deseaban.

Y mientras Étienne se acercaba a él para darle el abrazo que Noelle le había pedido que le diera como escarmiento, Wesley solo pensaba en la noche de perros que había pasado sin pegar ojo, controlando sus impulsos y pensando en un bien mayor que, a esas alturas, ya casi le importaba un carajo.

No obstante, el torpe apretón que le dio el niño en su cuello le hizo olvidar sus miserias por un momento. Los cálidos bracitos lo reconfortaron y los suyos, por instinto, hicieron lo propio.

—De nada —dijo bajito, en la pequeña oreja; y le dio un beso en la coronilla para revolverle el cabello poco después.

La sensación fue muy satisfactoria; y de nuevo su mirada voló hacia Noelle, pero ella se dio la vuelta de prisa, mas no lo suficiente como para dejar de percibir la emoción en su rostro.

Y se asustó. Porque, en cierta forma, le gustaba la familia postiza que habían creado.

Las dos noches siguientes —con sus respectivos días— supusieron una lección más de coraje para Wesley. Estaba en un punto que, o dejaba de caer esa maldita aguanieve, o se marchaban por las buenas sin importar cómo estuviera el camino.

Cada día leía en los ojos de Noelle lo que él tanto trataba de negar y disimular. Por suerte, y gracias a la cabezonería inicial de ella, el niño había terminado por ser su salvación a modo de muralla casi perfecta. Lo acostaban entre ambos y le recordaba, hora tras hora, lo que no podía ser. Dormía poco o casi nada debido a la excitación de sentirla tan cerca. Su calor, la respiración femenina y los suspiros eran nuevos para él. En su imaginación, el pequeño desaparecía y el subconsciente hacía el resto. Hubo varios momentos, como la noche anterior, en los que se despertó tan tieso que tuvo que levantarse, bajar y salir para aliviarse. Por suerte, el frío invernal se ocupó de la complicación.

El sol, sin embargo, volvió a salir.

Wesley acababa de hablar con Gervais y le había agradecido su extensa hospitalidad. Le comunicó que, tan pronto pudieran, les harían llegar las ropas que les habían prestado. Como ya había hablado de eso con Noelle, quisiera o no el matrimonio, les gratificarían tan pronto volvieran a sus vidas.

La poca nieve que había ya estaba desapareciendo con el calor de la mañana. Seguía haciendo frío, pero eso no parecía importar a Seraphine y Étienne, que hacían rodar una piedra para ver quién la llevaba más lejos.

Wesley había doblado las mantas y las tenía cargadas en la carreta. Tenía intención de marcharse en cuanto el sol estuviera en lo más alto. Ahora solo debía hablar con Noelle y

comunicárselo. Lo había retrasado para el último momento porque sospechaba que no se sentiría complacida. Para su absoluta sorpresa, Noelle era quien mejor se había adaptado a esa familia. Había jugado con las niñas, remendado o ayudado a preparar la comida, entre otras cosas. En esos momentos se había ofrecido a tender la ropa que su anfitriona había estado lavando, por lo que Wesley se dirigió hasta allí.

La contempló unos segundos aprovechando que estaba de espaldas a él. La trenza —que ejercía una poderosa fascinación sobre él— caía por su espalda esa vez. Tendía moviendo los pies, como si danzara, y vio que eso mismo hacía cuando la escuchó tararear una melodía que le recordó a la que bailaron en Madrás.

Durante su estancia allí, nada resultó tan apetecible y exótico como ella. Noelle era como un soplo de aire fresco en el cálido desierto, una amapola en un campo de margaritas, una mujer excepcional que él había tenido el privilegio de conocer.

Había estado muy equivocado respecto a ella, pero por mucho que se adaptara a circunstancias menos favorables con sorprendente aplomo y rapidez no significaba nada. Wesley no podía permitirse enredar tanto las cosas. No podía. Si no detenía el encaprichamiento femenino, ambos se verían abocados a una situación que, a la larga, los haría infelices.

—Noelle —la llamó, acercándosele.

Ella se dio la vuelta y le dedicó una de esas sonrisas que lo hacían tambalear.

—Ya casi estoy. Ahora entiendo a muchas de las sirvientas de Coth Castle.

—Es hora de marcharnos. Debemos llegar a París.

Las manos femeninas se detuvieron en alto unas décimas de segundo. Después, siguió colocando el delantal en la cuerda.

—Bien.

—¿Has comprendido lo que he dicho? —preguntó después de tan parca palabra. Esperaba otra reacción, aunque tampoco debería sorprenderle lo contrario.

—Por supuesto. Nos vamos. A París, nuestro destino. ¿Qué crees que no he entendido?

Wesley estaba un poco aturdido y no supo muy bien cómo seguir.

—Eh... Parecías muy a gusto aquí.

—Y no te equivocas. Me he sentido muy bien acogida y me he adaptado a las circunstancias que nos ha tocado vivir. «Adáptate o muere». ¿No es lo que dicen? Pero seamos realistas, nuestro lugar está en otro sitio.

—Entonces, bien, supongo.

—Sí, bien.

No sabía si marcharse y dejarla terminar o alargar innecesariamente una conversación no demasiado brillante.

Rebuscó en su cerebro cualquier cosa que decir y recordó que tenían pendiente una charla.

—¿Sabes? Ahora que lo pienso, creo que me apetece saber de una vez cómo supiste que estuve en el ejército.

Oyó su bufido alto y claro.

—¿Es necesario? Lo sé y punto. ¿No te han dicho nunca que indagar demasiado puede remover el avispero?

—Por supuesto —murmuró—. Eso es algo que se me da muy bien.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada. Quiero la verdad, Noelle.

Ella detuvo lo que estaba haciendo y le lanzó una mirada muy directa.

—¿Incluso siendo posible que no te guste lo que oigas?

—Cuento con ello.

—¿Y si no quiero?

—Lo averiguaré de un modo u otro. Y no te gustarán mis métodos, te lo aseguro. Adelante. — Pareció considerar los pros y los contras de hacerlo. Wesley casi pudo ver los engranajes de su cerebro funcionando a toda velocidad, decidiendo si era mejor inventarse una historia absurda o contarle la verdad—. Y más vale que no me mientas.

—Ni siquiera me lo había planteado. —Ambos sabían que mentía—. Bien, el caso es que sé todo de ti —confesó—. Todo.

Wesley se sobresaltó. ¿Qué intentaba decirle? ¿No esperaba que creyera que había indagado en su vida? ¿También sabía lo de Lamb?

—¿Has estado espiándome? ¿Eso es lo que tratas de decir?

—El resumen es ese, en efecto. Más o menos hasta que te instalaste en Minstrel Valley. Por eso sé lo del ejército.

La miró un poco dubitativo.

—¿Y ya está? ¿Esa es tu explicación?

—¿Esperabas otra?

—Detalles, Noelle, detalles.

—No necesitas más, Wesley. Acabo de confesar que he estado espiándote. ¿Qué más necesitas?

—Motivos, fechas... —contó con los dedos—. No quiero que te dejes ni una coma. —Hizo una pausa—. Ahora.

—Bien, supongo que no importa si pongo las cartas bocarriba, ¿verdad? ¿Qué puedo perder?

La acidez y el sarcasmo parecían ir dirigidos hacia ella misma y Wesley no acabó de entenderlo, pero no se arriesgó a preguntar por miedo a que cambiara de opinión. Había multitud de técnicas para hacerla hablar, pero ninguna que quisiera utilizar con Noelle.

—Te escucho.

—Todo lo que he hecho, Wesley, lo he hecho por amor —soltó a bocajarro. Después cruzó los brazos y lo miró desafiante.

Ante la confesión, Wesley estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva. Esperaba cualquier cosa menos eso.

—Si pretendes desdecirte con esta treta...

—No es una treta, sino la verdad.

Intentó tomar aire, aunque parecía que los pulmones no cooperaban. Le pesaba la culpa por no haber detenido una situación que se había descontrolado por completo. Debería haber hablado antes.

—Mira, Noelle, te agradezco tus palabras, pero creo que estás confundida.

—Confundida. —Ahora parecía enfadada y no sabía por qué.

—Exacto. Este encaprichamiento tuyo se nos ha ido de las manos. Quizá sí...

—¡Alto, alto, alto! Mejor que no sigas. Porque como me sueltes un alegato parecido al de Amanda, te juro que no respondo.

—¿Perdón? ¿Quién es Amanda? ¿De qué estás hablando?

—De nadie ni de nada. ¿Sabes qué? Mejor dejamos esta conversación o acabaré por hacer o decir algo de lo que después me arrepentiré.

Fue a marcharse y la detuvo del brazo cuando pasó ofendida por su lado.

—¡Espera, espera! Por favor, no trato de ofenderte. Es lo que he estado evitando desde que volvimos a vernos en Minstrel Valley. Creo sinceramente que la reclusión de estos días casi conviviendo como una... —le costó decirlo— familia, te han confundido. No puedo negar que hay algo entre nosotros, Noelle. —Acarició su mejilla como tantas veces había evitado hacer—. Aun así, hablar de amor es dejarnos llevar por el deseo insatisfecho.

—O sea, que según tú lo ves, estoy equivocada. —Parecía aceptarlo con tranquilidad y Wesley asintió—. ¿Sabes? —Se apartó de él, rechazando su contacto—. Después de dos años estoy ya un poco harta de mantener esta conversación, tratando de convencer a los demás de lo que siento, como si fuera tan estúpida como para no reconocer lo que ocurre aquí. —Se tocó el lugar donde tenía el corazón con fiereza—. Tengo muchos defectos, sin embargo, me conozco muy bien. Tan bien que diré esto por última vez: te amo. ¿Me oyes? Estoy enamorada de ti. Como una mujer ama a un hombre cuando no quiere tenerlo lejos, cuando quiere compartirlo todo con él, tener hijos y criarlos juntos, ser su sostén en los momentos difíciles o su motivo para permanecer en un sitio determinado.

»Me enamoré de ti en Madrás. Y sí, al principio fue atracción, lo contrario sería absurdo, pero me gustó tu nobleza, la forma que tenías de dar explicaciones, tu sonrisa, bailar contigo, ese misterio que parecía envolverte, el modo en el que me mirabas quisieras o no...

»Me juré que volveríamos a encontrarnos y lo hice posible porque, de otro modo, había muy pocas posibilidades de que el azar volviera a juntarnos. Por lo tanto, contraté a cierto hombre que algunas veces había trabajado para mi padre. Era discreto y eficaz y yo quería respuestas, por lo que me agarré a la mínima pista que tenía. Por suerte, tu apellido nos condujo a ti, aunque no fue fácil. No tuve ninguna duda de que pertenecías a la familia que ostentaba el ducado de Manford; no podía haber tanta coincidencia. Después solo hubo que empezar a tirar del hilo.

»Descubrí que estudiaste en el East India Company College y que permaneciste allí dos años para abandonarlo por la Guardia Coldstream, donde tú mismo te compraste una comisión de

alférez. Dos años más tarde te trasladaron al Primer Regimiento de los Dragones a petición tuya donde, un año más tarde, fuiste ascendido a capitán.

»¿De momento voy bien? —preguntó con ceño. Ya no parecía muy contenta.

Wesley intentaba escuchar impasible, aunque estaba sorprendido.

—Parece que mandaste hacer un trabajo concienzudo.

—Y no sabes ni la mitad.

—Creo que me hago una idea. Lo que no sé es cómo me encontraste en Minstrel Valley, porque supongo, a estas alturas, que no fue una casualidad que ambos acabáramos allí, como siempre he pensado.

—Las casualidades no existen, Wesley. Quizá alguna, si bien no tantas. Reconozco que durante un tiempo, cuando abandonaste el ejército antes de ser nombrado capitán poco después de la muerte de tu padre... Por cierto, lo lamento. Me hubiera gustado decírtelo en ese momento.

—Gracias. No importa. Hace ya mucho tiempo. Continúa, por favor.

—Como decía, mi hombre y sus informadores no supieron dar contigo una vez dejaste el ejército atrás. No encontraron ningún documento que diese esa información y no pasabas por la casa de tu familia muy a menudo como para seguirte después.

»En esta ocasión, sin embargo, y debido al azar, volvimos a vernos en Londres. ¿Te acuerdas? No te haces una idea de lo que sentí al verte. Creí que eras fruto de mi imaginación.

Wesley no lo había olvidado. Estaba en Londres y en esa fiesta por uno de los encargos que le habían hecho. Una tarea fácil. La presencia de Noelle transformó una velada gris en una luminosa y llena de vida. Cuando ella se hizo la encontradiza, Wesley supo que no podía marcharse de allí sin bailar con ella.

—Estabas preciosa esa noche.

—No, no lo estaba. Iba de blanco, un color que no me sienta bien. Es lo que pasa cuando eres debutante; debes llevar ese color específico lo quiera o no. ¡Por Dios, si era mi segunda temporada! Deberían limitarlo solo a la primera.

»En fin, como decía, esa noche reafirmó mi decisión. Fue una prueba de fuego. Seguía sintiendo ese sentimiento en el pecho y esas cosquillitas en el estómago, por lo que tomé la acertada decisión de enviar un mensaje. Como no podía perderte la pista, mientras tanto, decidí seguirte. Por suerte, fue tan breve que nadie se dio cuenta, porque te dirigiste a la casa que tu familia tiene en la ciudad, la cual ya conocía. Por ello pagué un buen puñado de monedas al sirviente que acompañaba a mi cochero y a mi doncella para que fuesen tu sombra si salías. Después llegaron los profesionales que te siguieron en tu ronda de visitas hasta que saliste rumbo a Minstrel Valley.

»Allí fue un poco complicado recabar información porque apenas te relacionabas. Descubrí tus ocasionales visitas a cierto coronel Grenfell y lo relacioné con el ejército. Supe de tu afición por la escritura gracias a la inestimable ayuda de la señora Gibbs y averigüé lo de Constance.

»Reconozco que la Escuela de Señoritas de lady Acton me inspiró. No podía acercarme a ti de una forma natural porque no estaría bien visto, así que ideé un plan: solicitar mi ingreso en la

escuela. Convencí a todos de que, a pesar de mi excelente educación y mi edad, una estancia en Minstrel Valley no me haría daño. Si a esas alturas no tenía esposo no era por falta de opciones y sí por decisión propia. Quería casarme enamorada y mis padres lo aceptaban. Eso sí, tuve que contarles unas mentirijillas sobre cómo descubrí el colegio y por qué estaba tan recomendado.

»Me emocioné cuando aceptaron mi ingreso y conocí el lugar. Es una de las mejores decisiones de mi vida. Me encanta el pueblo y adoro el colegio, así como también a los profesores y a mis compañeras, que son más amigas que otra cosa.

»Sobre Constance, nos hemos hecho amigas de verdad. Es un cielo y la quiero mucho. Ha fingido no conocerte de un modo admirable; hasta que, hace poco, le confesé lo de Madrás. Ella y las demás han sido testigos directos de todo lo que he hecho para acercarme a ti y conquistarte, pero parece que mis esfuerzos han sido en vano, dado que solo se trata de pasión. ¿No es eso lo que has dicho?

Wesley no supo qué contestar. Estaba abrumado y su cabeza daba vueltas tratando de asimilar lo que ella le había explicado. El concepto que tenía de Noelle y de los sentimientos que pudiera albergar hacia él eran erróneos. Lo que ella había hecho era una auténtica locura. Esa mujer había tomado las riendas de su vida para crear una estrategia que la acercara a su objetivo. No había dudado ni vacilado. Le amaba y había actuado en consecuencia.

«Cristo, es extraordinaria. Sería un general excepcional».

Locura o no, Wesley no podía evitar sentirse impresionado... y halagado. Ni siquiera él podía quedar indiferente.

Aun así, no debía corresponder a todos los esfuerzos que ella había hecho por él.

—No sé cómo llegar a explicarte lo honrado que me siento, Noelle. Eres tan asombrosa como sorprendente... —aseguró con tiento.

—¿Sin embargo...? —interrumpió ella, con los brazos cruzados—. Después de las palabras bonitas siempre viene una traba.

—Quieras o no eres una dama, hija de un conde.

—Y tú el hijo de un duque —replicó veloz.

—El cuarto —matizó—. No tengo nada que ofrecerte. Tú te mereces un príncipe.

—Por supuesto, un príncipe. —Hizo un gesto de exasperación con la mano—. Aquí solo hay una cosa que es importante para mí, y es si me correspondes. ¿Me quieres sí o no?

Wesley no esperaba una pregunta tan directa, no obstante, siendo ella quien era debería haberla previsto. Iba a herirla dijera lo que dijera y no sabía qué hacer.

—Noelle, yo...

—Vaya, eso es un no. Qué sorpresa. Bien, pues, ya no hay más que hablar, supongo.

Fue a marcharse.

—Espera, no te vayas así.

—No te preocupes, Wesley, yo también estoy un poco cansada de todo esto. Soy capaz de darme por vencida cuando es necesario, y ahora es el momento. Enterraré mis sentimientos aquí,

en tierra francesa, lo cual parece muy apropiado. Cuando volvamos a Minstrel Valley, no volverás a saber de mí, puesto que ya no tiene sentido seguir en el colegio. Ahora, recojamos a Étienne y despedámonos. Vayamos a París.

Y lo dejó en la parte trasera de la casa con un vacío en el pecho que le supo a derrota.

Capítulo 11

Noelle emitió un suspiro de felicidad mientras contemplaba a la gente pasar: pastores con rebaños de ovejas, campesinos con burros cargados, sirvientes que venían del mercado, carruajes elegantes, grupos de soldados a caballo... Todos ellos se mezclaban en Le Blanc-Mensil, porque en aquella aldea se encontraba uno de los caminos que conducían a París.

No le importaban las circunstancias en las que se encontraban ni que unas pequeñas gotas de lluvia resbalaran por su capa. Y no la afectaba nada de eso porque esa misma mañana llegarían a la casa del amigo de Wesley. Él le había explicado que el hogar de Pascal Bellerose era una hermosa mansión en la que se sentiría cómoda. Así que Noelle ya soñaba con darse un largo y caliente baño para después dormir en sábanas de seda. Lo que ocurriría a continuación de aquello era toda una incógnita para ella.

—¿Va a París?

Ladeó el rostro y se fijó en quien le hablaba: una mujer de constitución delgada que se calentaba las manos frotándose las palmas. No vestía indumentaria de campesina, tal como lo hacía Noelle, sino de forma estafalaria: llevaba pantalones de hombre, botas altas, una capa de color bermellón y un sombrero de copa. Sus ropas eran masculinas; su rostro, genuinamente femenino.

Ambas se encontraban a la intemperie, frente a la posada donde habían desayunado. La había visto en el salón donde se servían las comidas, pero no recordaba que fuera acompañada.

«Debe de estar esperando a alguien, como yo». Wesley y Étienne llegarían en cualquier momento de las cuadras con el carruaje, listos para partir.

—Sí —contestó con una sonrisa.

La mujer no correspondió a su gesto. Seguía observando el tránsito del camino mientras sacaba unos guantes de color grisáceo y se los ponía con parsimonia.

Por alguna razón, a partir de entonces, a Noelle le incomodó su presencia. No tenía mucho sentido, pero empezó a notar un frío interior que no sabía de dónde venía. Miró a derecha e izquierda, esperando la repentina aparición de Wesley.

—¿Está de visita?

Durante un instante permaneció en silencio, dudando sobre lo que debería decir. Evidentemente, no iba a explicarle su historia a una completa desconocida, si bien debía buscar un modo de

satisfacer su curiosidad.

—No es el viaje que hubiera planeado para ciudad tan maravillosa como esta.

En respuesta, la mujer dejó de mirar el camino para concentrarse en Noelle. Sus ojos, de un color azul grisáceo, eran penetrantes como los de un gato.

—Ah, ¿no ha estado nunca en París? —Noelle negó con la cabeza—. Yo soy del norte, pero hace años que vivo en allí.

—¿Con su esposo?

La mujer rio alegremente, como si ella hubiera dicho una tontería.

—¿Podría guardarme un secreto? No soy de las que se casan.

Aquella confesión dejó a Noelle atónita, aunque no por algún exagerado sentido de la moral, sino porque lo dijo con regocijo y sin ningún tipo de pudor.

«Creo que se trata de una fulana», pensó. Sus mejillas eran redondeadas y suaves; sus labios, voluptuosos, y su nariz, respingona. En conjunto, su rostro poseía un halo de sensualidad. No era necesario ser un hombre para advertirlo.

—Una vez la conoces, París es tan aburrida como cualquier otra ciudad —prosiguió—. Aunque a usted, siendo inglesa, le encantará.

Noelle parpadeó un par de veces.

—¿Cómo sabe que soy inglesa?

Entonces se dio cuenta de que había cometido una equivocación, ya que con su pregunta estaba admitiendo que lo era.

A aquella mujer no se le pasó por alto.

Sonrió de forma ladina.

—Mis felicitaciones, ha aprendido a hablar muy bien francés. Sin embargo, su acento es bastante revelador. Puedo ayudarla, si lo desea. ¿A dónde se dirige usted, concretamente? París es una ciudad enorme y bulliciosa. Uno puede perderse con facilidad, si no la conoce.

—No lo sé muy bien —dijo de forma evasiva, sin deseos de ofrecer una explicación más prolongada. Wesley le había informado minuciosamente de ello en la granja, aunque eso no significaba que fuera a contárselo a una extraña.

Cuanto más hablaba la mujer, menos le gustaba a Noelle.

—No irá sola, ¿verdad? —preguntó como si fuera impensable—. Antes me ha parecido verla con un hombre. ¿Él también es inglés? —se interesó.

A Noelle no le gustaba en absoluto el rumbo de la conversación.

—Francés —mintió de forma flagrante—. Igual que mi hijo. —Mejor que pensara que Étienne era suyo—. ¿Por qué me está haciendo tantas preguntas?

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez sea muy curiosa.

—Entonces eso va a ser un problema. No me gusta charlar con desconocidos chismosos.

—El problema lo tiene usted, *chérie*. —La mujer abrió parte de su capa y del bolsillo interior

mostró una pistola que al momento guardó. Fue tiempo suficiente para que Noelle comprendiera que se encontraba en un apuro. Tragó saliva—. ¿Ve como yo tenía razón?

Su primer instinto fue correr para alejarse del peligro. No obstante, la amenaza se impuso. Miró alrededor mientras su cabeza buscaba un modo de entender la situación para escapar de ella. Para su desesperación, nadie se percató de lo que estaba sucediendo, pues solo parecía que se trataba de dos mujeres hablando.

—¿Qué es lo que pretende? —Tuvo que aclararse la garganta para poder continuar—. No tengo dinero ni nada de valor —dijo con voz temblorosa. En ese momento solo pensaba en Wesley y Étienne, que podían aparecer en cualquier momento.

«Debes evitar ponerlos en peligro», se repetía una y otra vez.

La mujer sonrió de nuevo, pero a continuación su rostro adquirió una expresión de amenaza, consiguiendo que Noelle le tuviera miedo.

—No es eso lo que me interesa —le aseguró—. Verá, usted va a venir conmigo sin armar ningún alboroto. ¿Comprende?

No, no lo hacía.

—¿Por qué?

Su pregunta la exasperó. Se acercó a ella e inclinó la cabeza —puesto que era más alta— para clavar sus ojos en los de Noelle.

—No quiero hacerle daño, pero si me lo pone difícil se lo haré. Solo me pagan para llevarla con vida. Nadie especificó en qué estado.

Sus palabras consiguieron hacerla temblar de pies a cabeza, si bien hizo todo lo posible por mantener la calma y tratar de convencerla.

—Creo... creo que esto debe tratarse de un error.

La mujer chasqueó la lengua.

—Lo siento, pero no. —Aunque se trataba de una disculpa, no parecía estar sintiéndolo en absoluto. A decir verdad, Noelle percibió que lo disfrutaba, lo cual era mucho peor para ella, por supuesto—. Es usted inglesa —explicó, como si con aquel argumento fuera suficiente.

—Eso no es un delito —replicó al mismo tiempo que daba un paso hacia atrás—. Sus amenazas sí lo son.

—Tal vez no sea muy buena idea provocarme, *chérie*. Se me está agotando la paciencia. —Y para darle una prueba de ello volvió a enseñarle la pistola—. Ahora vamos a hacer un trato, usted y yo: va a acompañarme hasta un granero que he encontrado sin montar ningún escándalo. ¿Entendido?

Noelle hizo lo posible para ganar tiempo.

—Eso no es ningún trato —señaló—. Para ello debería haberme ofrecido una contrapartida.

La mujer bufó, cada vez menos interesada en lo que tenía que decirle.

—No estamos negociando nada. Usted obedece y a cambio yo no la mato.

—Usted ha dicho que no me quieren muerta. ¿Quién la ha contratado? ¿Y por qué? No tengo

nada que ofrecer.

Ella se encogió de hombros.

—Un desgraciado accidente puede ocurrir. Y ahora, basta de cháchara. No me gusta que me hagan perder la paciencia. Empiece a andar, despacito. Yo voy detrás de usted.

A Noelle no le quedó más opción que obedecer. Mientras, trató de hallar un modo de salir airosa de aquel nuevo enredo.

«Debo de haber sufrido alguna especie de maldición», pensó de un modo lúgubre.

Emprendieron una caminata por un sendero que cada vez se alejaba más de la posada. Y con ello, de Wesley, al que no había podido avisar. ¿Qué pensaría cuando no la encontrara en el punto de reunión?, se preguntó. ¿La buscaría o la esperaría? Aunque si hacía lo segundo, ¿por cuánto tiempo? No podía quedarse en Le Blanc-Mensil eternamente, ya que su vida también corría peligro.

No había sabido apreciar la tranquilidad que ofrecía Minstrel Valley hasta ese momento.

«Merde, justo sucede cuando ya saboreaba una buena comilona y unas sábanas limpias —se dijo—. ¿Por qué Dios se ensaña conmigo?»

—¿No va a decirme para quién trabaja? —Como no ganaba nada con lamentarse, trató de sobreponerse obteniendo información. La mujer tardaba en contestar, así que Noelle la espoleó—. ¿Se le ha comido la lengua el gato? ¿O tal vez ya no recuerda el inglés? Puedo hablar en francés, si lo prefiere.

Tal vez provocarla no fuera la mejor estrategia que pudiera utilizar, si bien tampoco conseguiría nada portándose bien. Optó por ser imprudente.

—Con sinceridad, preferiría que cerrara el pico. O tiene muchas agallas o es más tonta de lo que pensaba —la escuchó decir—. ¿Qué cree que ocurrirá si sigue haciendo lo que está haciendo ahora?

Noelle resopló.

—Que me matará o me lastimará —adivinó—. Ninguna de las opciones me resulta agradable, ¿sabe? He pasado unos días horribles.

—¿Acaso piensa que voy a compadecerme de usted? Es muy ingenua.

El camino comenzó a desnivelarse y, aunque era de un modo suave, Noelle miraba por dónde pisaba para no tropezar.

—Pues debería. He descubierto que el hombre del que estoy enamorada no siente nada por mí.

—Pobrecita —se burló—. Los hombres son hombres, *chérie*. Una no debe esperar nada de ellos.

Pues ella lo había hecho.

—¿También le han roto el corazón? —preguntó, como si en realidad estuviera interesada. Noelle no esperaba que se apiadara de ella; solo era una estratagema para mantenerla entretenida. Cuanto más lo estuviera, más fácil sería escapar.

—Siento desilusionarla. Nunca he permitido que el tonto romanticismo me alcanzara. Me va

mejor así.

—¿Porque no tiene corazón?

—Así es —afirmó con orgullo—. El amor es una solemne ridiculez.

—No lo creo. Los sentimientos nos alcanzan cuando menos lo esperas. No hay modo de prepararse para su llegada: es una fuerza invisible a la vez que poderosa. Te sacude y te impregna sin que puedas escapar.

—¿Por qué se detiene? —La mujer se alarmó cuando Noelle se paró en medio del camino.

La joven se dio la vuelta despacio y sonrió con nostalgia, haciendo caso omiso a la pregunta.

—Así me sucedió con Wesley. Tan apuesto y misterioso... —Seguía recordando el primer encuentro con todo tipo de detalles—. No pude evitarlo: me enamoré.

—Fue una idiotez.

—Tal vez. —Sacudió la cabeza con gracia—. He hecho tantas cosas para estar con él que ni siquiera las creería. Pero no logré conquistarlo. Todos mis esfuerzos han resultado en vano. —Era una evidencia que no podía negarse—. Y si eso no fuera suficiente, he sido secuestrada y arrastrada hasta un país que no es el mío, padeciendo un sinfín de calamidades.

La mujer abrió sus largas pestañas y dirigió la mirada al rostro de Noelle.

—Todo su sufrimiento acabará muy pronto, inglesita.

Aquello provocó que Noelle enderezara la espalda de forma súbita, tratando de buscar el significado de sus palabras.

—¿Qué quieres decir? ¿Va a matarme ahora mismo?

—No, si se porta bien. Es su querido Wesley quien va a sufrir... cierto contratiempo cuando me cuente lo que necesito saber. Cuando obtenga lo que he venido a buscar, la dejaré libre. Así va a obtener la justicia que debería. ¿No se alegra?

El regocijo de la voz de la mujer hizo que su piel se erizada. Además, no podía confiar en su palabra, puesto que antes había dicho que debía entregarla.

—Nos habéis encontrado —susurró, comprendiendo para quién trabajaba.

Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Qué puedo decir? Soy muy buena en lo mío. ¿No se lo había dicho?

Noelle sintió que el mundo se detenía bajo sus pies. Notó pinchazos en los oídos y un velo en los ojos que la mantuvieron en un estado parecido al trance por un largo momento. Oh, no. Por mucho esfuerzo que hubieran hecho por despistarles, sus perseguidores habían conseguido dar con ellos, por lo que huir carecía de valor. ¿Para qué, si terminarían de nuevo en sus garras? Torturarían a Wesley hasta sonsacarle información y después lo matarían. Y Noelle tendría un final similar al de él, dijera lo que dijera la mujer. Si morían, ¿qué ocurriría con Étienne? ¿Quién se encargaría de él?

Su corazón comenzó a desgarrarse, por lo que se obligó a inspirar y exhalar despacio, en un intento por recobrar el control de sí misma.

«No puedes permitir dejarte vencer —le dijo una voz interior—. Lucha».

Si había escapado con anterioridad, bien podía volver a hacerlo. Correr bien lejos era su única salida. Si alejaba a la mujer de la posada, Wesley y Étienne tendrían una oportunidad, aunque fuera ella la que estuviera en peligro.

París quedaba cerca. Solo esperaba que su amado tuviera la suficiente cordura como para proseguir el camino, aunque fuera sin ella.

Rezaba para que así fuera.

Amparándose en la misericordia del Señor, Noelle echó a correr de pronto, tomando a su captora desprevenida. No fue un acto ni de lejos meditado; solo había pensado en ello de un modo superficial, dejándose llevar por las ganas de vivir y para salvar a dos personas que quería, aun en las circunstancias en las que se encontraba.

«Cualquier cosa por ellos».

Se levantó y se sujetó el borde de la falda, negándose a mirar hacia atrás. Corrió con todas sus fuerzas, veloz, galopando como un potro salvaje. Mientras tanto, sus pulmones buscaban aire con desesperación para mantener el ritmo frenético. Saltó matorrales y esquivó árboles hasta que finalmente estableció un rumbo fijo: un grupo de edificaciones en las que faltaban algunos tejados.

Se escuchó un disparo muy cerca de ella. Fue lo suficientemente ruidoso para asustarla, no obstante, Noelle estaba tan concentrada en escapar que apenas fue consciente de ello. No fue valentía, sino puro instinto. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar en que era un blanco móvil y que si un proyectil impactaba en su cuerpo caería de bruces al suelo. Solo procuró llegar hasta el lugar donde se había fijado y sin tiempo de recuperar el aliento, buscó dónde esconderse.

Solo entonces miró con premura a sus espaldas para comprobar, con cierto alivio, que la mujer que la perseguía no se encontraba pegada a sus talones.

Flexionó las rodillas y, apoyando las palmas de sus manos en ellas, inspiró profundamente. A continuación, se internó entre un grupo de casas abandonadas engullidas por la vegetación —la mayoría de ellas con las puertas de madera abiertas y rotas—. Noelle no supo distinguir si se trataba de una aldea despoblada o si habían formado parte de una misma propiedad.

Quizá en otro momento hubiera sentido cierto desasosiego adentrándose en aquel fantasmagórico lugar cubierto por un silencio sepulcral. Aquel día ni siquiera lo pensó, puesto que no tenía otra opción.

Giró a la derecha y se metió en la primera edificación que encontró, tratando de no hacer ruido. Dentro estaba bastante oscuro comparado con el exterior, pero había una mínima claridad que la ayudaba a moverse sin chocar. Pasó por dos estancias pequeñas apenas amuebladas —solo alguna silla tirada en el suelo, una mesa en un rincón con la vajilla de barro rota y poco más—. Subió unas escaleras de piedra, apoyándose en la pared a causa de los empinados peldaños. Después miró a su alrededor. A diferencia del piso inferior, los antiguos habitantes de aquella casa no habían dejado nada.

Noelle notó un escalofrío cuando se dio cuenta de que estaba atrapada. Su perseguidora debía de estar cerca, así que volver a bajar suponía un sinfín de posibilidades de encontrarse con ella.

Su única oportunidad era permanecer escondida y rezar. Fue entonces cuando se percató de la portezuela que se encontraba en el rincón, a una altura de dos pies del suelo. Pero su suerte volvió a hacerse patente cuando comprobó que una llave oxidada permanecía en el cerrojo.

Noelle no tenía ni idea de a dónde conducía, aunque no le importaba. Tiró hacia delante — rezando en silencio para que la puerta no chirriara al abrirla—, se encaramó para subir el peldaño y cerró con la llave por dentro. Después se apoyó en la fría pared y lanzó un largo suspiro, sintiéndose mucho más segura que antes. Podía permanecer escondida en aquel lugar hasta que pasara un tiempo prudencial y la mujer desistiera.

Se trataba de un pasillo estrecho y húmedo, aunque en el tramo final se observaba claridad. Noelle avanzó con cuidado por él. No debía olvidar que aquella casa era vieja y que debía asegurar sus pasos. Dobló la esquina —donde unas ventanas sin cristales dejaban pasar la luz de la mañana— y bajó unas escaleras hasta llegar a un patio enlosado que se encontraba a un piso de altura de la calle. Iba a seguir explorando el lugar cuando por el hueco que anteriormente ocupaba una puerta, al lado opuesto del patio, Noelle distinguió una figura.

—*Merde*— musitó.

Se descompuso, sintiendo una repentina flojera por todo el cuerpo y dolor de estómago. Se trataba ni más ni menos que de su perseguidora, que parecía tan sorprendida como ella. Erróneamente, Noelle se había sentido a salvo, sin pensar en la posibilidad de que aquella casa tuviera otra entrada.

En aquella ocasión la pura casualidad no jugó a su favor. La mujer sonrió, tal vez porque la suerte había pasado a beneficiarla a ella.

—*Ma chérie*, ¿iba a alguna parte?

Inspiró, tomando aire por sus fosas nasales, antes de medir sus posibilidades. ¿Estaba acorralada o podía darse la vuelta y huir? ¿Tendría el tiempo suficiente para meter la llave y cerrar la puerta tras de sí? Porque la distancia era muy corta para tomar ventaja. Pero ¿qué otra opción le quedaba?

Todo pasó muy rápido. Ni siquiera había encontrado la respuesta a sus preguntas cuando la mujer cubrió el tramo que las separaba. Noelle reaccionó tarde. Se dio la vuelta para escapar, pero ya la tenía encima. Tiró de su capa y, colocándose a su espalda, le rodeó el cuello con su brazo.

—Esta vez va a obtener su merecido. Ha conseguido enojarme, mujer estúpida. —De la presión, Noelle sintió que se ahogaba. Abrió la boca buscando aire mientras emitía un par de murmullos—. Calma, calma. De momento la quiero viva. Pero va a sufrir un poco.

Eso no fue nada tranquilizador, aunque no dejó que el pánico la invadiese. En medio de la dificultad para respirar recordó todas las lecciones de defensa a las que su padre la había sometido; todas esas horas invertidas para que nunca se viera sometida ante nadie. Flexionó la pierna y, a tientas, buscó el puñal que siempre llevaba escondido en la bota. Entonces recordó que Wesley lo había empeñado en Calais.

«Está bien, Noelle, sabes hacerlo de igual modo. Es la hora de demostrarlo», se dijo para sí.

Comenzó a revolverse, dejando el espacio suficiente para propinarle un codazo a su atacante. La mujer, que no lo esperaba, perdió durante unos segundos el equilibrio, aunque sin llegar a soltarla. Ambas comenzaron a luchar, en una especie de baile en la que una trataba de liberarse, y la otra, tomar el control. Comenzaron a avanzar y retroceder por el patio sin mirar dónde pisaban ni a dónde se dirigían. Noelle levantaba los brazos para rasguñarle la cara, el cuello o las orejas, mientras que la mujer la estrujaba cuanto podía.

Ninguna de las dos fue consciente —hasta el último segundo en el que peleaban apoyadas en el bajo muro— del inminente peligro: podían precipitarse a la calle.

En un momento dado, la francesa se echó hacia atrás en un intento por evitar uno de los arañazos de Noelle. Incapaz de afianzar los pies, perdió el equilibrio con el vacío a sus espaldas y, sintiéndose caer, abrió los brazos para buscar una sujeción. Con eso liberó a Noelle, que a punto estuvo de seguirla. Por suerte, consiguió aferrarse a uno de los pilares de piedra que se encontraban a cada tramo del muro. La otra no lo logró y soltó un grito de terror al caer de espaldas.

Noelle apartó la mirada.

Sintiendo el corazón latiendo en sus oídos, notó cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Su cuerpo temblaba. Miró al horizonte sin ver nada en concreto. No tenía estómago para mirar a la calle.

Todavía sujeta a la columna, pensó que había sido un combate por la supervivencia, si bien eso no significaba que se alegrara de lo que acaba de ocurrir. Tuvo que parpadear unas cuantas veces y secarse las lágrimas con la manga antes de serenarse lo suficiente. Después de eso, todavía temblando, se marchó por el lugar por donde había venido.

No fue fácil encontrar la posada. A decir verdad, nunca la encontró. Todo el paisaje campestre y los caminos le resultaban iguales, con lo que Noelle ya no sabía si se dirigía al norte o al sur.

Eso era lo más exasperante de todo: saberse perdida. No fue hasta pasado mediodía que encontró un pastor que le indicó el camino adecuado.

—Si sigue las indicaciones llegará a París en tres horas.

La esperanza resurgió de nuevo. Por fin sintió que todo marchaba bien. Encontraría la casa de Pascal y en ella la estarían esperando. A pesar de su decepción con Wesley tenía ganas de verle. Quizá ahora todo fuera distinto y ella debiera tomar un rumbo nuevo, pero eso no significaba que hubiera dejado de amarle, por mucho que le hubiera dicho lo contrario. Y, por supuesto, también se moría de ganas de ver a Étienne. El pequeño era un rayo de sol en medio de la turbulenta aventura que le había tocado vivir.

Su confianza se fue haciendo añicos a medida que transcurría el día. Ya había oscurecido y Noelle seguía avanzando por las calles parisinas sin ningún rumbo concreto, cada vez más agotada y sedienta. No había comido nada desde la mañana y aun así debía sacar fuerzas de donde fuera.

Se pasó las manos por el rostro y por el cabello, cansada de su andadura. Entonces, se percató

de los dos soldados franceses que se encontraban al otro lado de la calle, uno de ellos montando a caballo. Ambos iban ataviados con sus uniformes: casaca azul, pantalones rojos y un casco con plumas.

Corrió hacia ellos, agitando los brazos.

—Por favor, por favor. ¿Es la Rue Saint-Martin? —preguntó en un impecable francés.

Los dos la miraron con cierta sospecha, pues Noelle no ofrecía su mejor aspecto. No podía culparles, pues atrás habían quedado sus gloriosos vestidos y sus impecables peinados. Parecía más bien una pordiosera.

—No, es la Rue du Temple —contestaron de forma rápida, prosiguiendo con su conversación.

Noelle se mordió el labio, pero no les dejó en paz.

—Necesito llegar a la Rue Saint-Martin.

Por alguna razón entendió que no iban a ayudarla, así que no sintió ningún remordimiento ante lo que iba a hacer.

—Por favor, ayúdenme —pidió con su mejor voz de dama en apuros.

Y con toda la teatralidad del mundo, se desmayó.

El infierno tenía un nombre: la desesperación. Jamás en su vida, en ninguna circunstancia, había sufrido tanta impaciencia y angustia como había experimentado en las últimas dos horas, justo cuando llegó a casa de Pascal. A decir verdad, la había sentido incluso antes. Solo que durante el día había mantenido la absurda esperanza de encontrar a Noelle en casa de su amigo, sana y salva.

Lastimosamente, sus ruegos no habían sido tenidos en cuenta, porque no había ninguna noticia de ella.

—No te preocupes —le pidió su amigo—. La encontraremos.

Wesley se dio la vuelta y clavó en él su mirada más mortífera.

—¿Que no me preocupe? ¿Que no me preocupe? —repitió, intentando no dejarse dominar por las emociones—. No entiendo cómo te atreves siquiera a insinuarlo.

Le consumía no saber dónde estaba Noelle y qué le había sucedido. Había pasado horas recorriendo el terreno próximo a la posada en un intento de dar con ella.

—Sé que es duro... —Pascal intentaba contener al león enjaulado que recorría su despacho de arriba a abajo. Nunca lo había visto en ese estado.

—¿No sabes nada! —Lo interrumpió, incapaz de aceptar las palabras de consuelo—. Es culpa mía. No debí dejarla sola. Hay tantos peligros ahí fuera que me estremezco solo de pensarlo. Una mujer como ella resulta un blanco fácil para cualquiera.

Sus instintos asesinos afloraban ante la posibilidad de que alguien quisiera causarle el más mínimo daño. Si la habían tocado, cometería asesinato sin ningún pestaño.

—Me has contado lo inteligente que es. Seguro que encuentra el modo de llegar hasta aquí. —Hizo un gesto con la mano y se acercó a la copa de licor que descansaba sobre una mesilla, igual de llena que media hora antes, ya que ninguno de los dos había conseguido tomar un trago—.

Además, tengo a más de una docena de hombres buscándola. Sabes de sobra que no se detendrán hasta dar con ella.

Aquella promesa no fue suficiente para él. Sabía con certeza que la inteligencia no tenía ninguna posibilidad frente al mal.

—Si tan solo me dejaras salir a buscarla...

—No puedo hacerlo mientras tu vida corra peligro. Te prometí protección y eso mismo pienso hacer. —Para ello se había valido de hombres que, apostados en el vestíbulo, impedían que abandonara la casa como si se tratara de un prisionero. Era una medida de precaución para Wesley, que no se lo había tomado muy bien. Incluso forcejeó con un par de ellos hasta que finalmente se calmó lo suficiente para no volver a intentarlo—. ¿Qué ocurrirá si llega Noelle y te pierdo a ti?

¿Qué importancia tenía eso si ella no estaba a salvo? ¿Dónde diantres se encontraba? ¿Por qué no lo había esperado frente a la posada, tal como acordaron? ¿Qué le había sucedido?

«Es imposible que me haya abandonado».

Ella no haría tal cosa, acordó consigo mismo. Ni siquiera después de no haber obtenido las palabras que deseaba de Wesley. No. Podía estar todo lo desilusionada que quisiera, pero ella no tenía más remedio que permanecer unida a él.

«Además, es imposible que se olvide de Étienne. —Sacudió la cabeza—. Algo malo le ha ocurrido».

Wesley se dirigió a la puerta, cansado de esperar con los brazos cruzados mientras mil ideas terribles cruzaban por su mente. Se sentía un inútil en la comodidad del hogar de Pascal, en donde le habían servido comida y en donde diversas chimeneas encendidas calentaban las estancias.

No era justo.

—¡A la mierda la prudencia! Prefiero que sea ella la que esté a salvo. —Fue a salir del salón cuando Pascal le interceptó, interponiéndose entre él y la salida—. Aparta.

—Sé juicioso —le aconsejó su amigo.

—Voy a regresar a la posada. Tal vez alguien sepa algo o haya vuelto para refugiarse allí. A lo mejor no recuerda tu nombre o dirección y espera que acuda a por ella. Puedo ir y recorrer sus alrededores trazando círculos más amplios.

—Wesley, eso ya lo has hecho. Y mis hombres también —añadió.

—Tal vez si...

Pascal detuvo sus palabras poniendo las manos en sus hombros.

—Wesley...

—No me pidas que me conforme. Ella es mi responsabilidad. —También era muchas cosas más, aunque se abstuvo de manifestarlo. Dicho aquello apartó los brazos de su amigo con brusquedad—. Me voy. No trates de impedirlo —le advirtió.

Entonces Pascal siguió comportándose de forma imprudente, porque se empeñaba en bloquear la puerta.

—No seas obtuso y espera. Deja que, al menos, amanezca.

Wesley apretó los dientes.

—Odiaría tener que darte un puñetazo, pero sin lugar a dudas lo haré, de ser necesario. Ya he esperado demasiado. El próximo día no va a verme sentado, esperando.

—¿Qué clase de amigo sería si dejara que te marcharas? —le preguntó, aunque no esperó su respuesta—. Sabes tan bien como yo que ahí fuera no estás a salvo. No sabemos hasta dónde alcanza el poder de Marcioux.

—Me arriesgaré.

—No seas necio.

—Y tú no te busques un moratón cuando no es necesario. ¡Sé inteligente, por Dios! Hazte a un lado.

Con un suspiro de desesperación, Pascal obedeció y le siguió mientras se dirigía al vestíbulo.

Conforme se acercaban, llamaron a la puerta y un revuelo de voces llamó la atención de ambos.

Cuando alcanzó el vestíbulo, se detuvo de golpe. La mujer que temía no volver a ver acababa de personificarse frente a sus ojos, pálida como la misma muerte. Se hallaba justo en la entrada de la vivienda y hablaba con el mayordomo de su amigo.

«Está aquí. ¡Está sana y salva!»

Su mirada se cruzó con la de ella, consiguiendo que le diera un vuelco el corazón. Los demás dejaron de existir. Lo único en lo que podía pensar era en que Noelle estaba viva, junto a él. Entonces, movido por una fuerza interior e instintiva, dio tres grandes zancadas, la tomó de la cintura y la besó.

Capítulo 12

Noelle besó la cabecita de Étienne y salió de la habitación sin hacer ruido. Bajó por las escaleras y deslizó la mano por el lustrado y brillante pasamanos. En la casa imperaba el silencio.

No sabía dónde estaba Wesley, pero imaginaba que encerrado en el despacho de su amigo Pascal, en la planta inferior. Ella se dirigió al dormitorio que le habían asignado. Tenía una carta que enviar.

Cerró la puerta con cuidado y se apoyó en ella unos instantes, paseando la mirada por la impecable e impersonal estancia. Se le ocurrió de repente que no sabía muy bien qué tipo de relación unía a Wesley y a Pascal. Sí, eran amigos, pero ¿del ejército? Pascal no lo parecía. Había cosas que se le escapaban. Esa casa, por ejemplo, era una versión de esa habitación. Aunque era grande y hermosa, Noelle había estado en hogares doce veces más grandes y todas las estancias tenían alma, lo cual no sucedía en esa. Parecía que, en lugar de vivir en ella, era usada para «estar», lo cual no tenía sentido y ni ella misma era capaz de explicarlo mejor.

—¿Acaso importa? —se dijo a sí misma.

Tenía la importante tarea de escribir una carta a Minstrel Valley. La que envió Wesley desde Calais resultaba demasiado escueta para tranquilizar a nadie. En la escuela debían estar frenéticas y el pueblo conmocionado con... No, no quería pensar en Nerian. Estarían de luto también y se imaginaba el dolor de Lori y las demás. Asimismo, sus padres debían haber viajado hasta el pueblo, de eso no tenía la menor duda. No era capaz de imaginar lo que ambos sentirían al no obtener respuestas.

Se sentó en el escritorio y preparó la tinta con el papel que había hecho traer. Redactó dos cartas: una a sus padres y otra muy parecida a lady Eleanor. En ambas misivas decía que estaba sana y salva y daba la dirección de Pascal. Les explicaba, también, qué había ocurrido pidiendo, además, que no vinieran tras ella porque estaban todavía en peligro. Aun así, tenía la certeza de que su padre prepararía el viaje tan pronto terminara de leer y besara a su madre. No explicó nada de Étienne —no era el momento propicio para hacerlo—. Ya habría tiempo después.

Al final, se decidió por garabatear unas palabras a Lori manifestando su congoja y sufrimiento por Nerian y suplicando su perdón. Sabía que no era culpable, pero sí responsable, y dudaba que su amiga la perdonase.

Con el corazón encogido desvió la cabeza hacia la ventana, donde solo se veía oscuridad.

Se levantó y fue hacia ella despacio. Estaba a salvo, limpia y lucía un vestido decente que Pascal se había apresurado a hacerle llegar —no sabía cómo ni lo había preguntado siquiera—. La chimenea de la habitación estaba encendida y no tenía frío, mas no se sentía reconfortada. Apenas unos días antes había recibido la confirmación de que había perdido dos años de su vida en pos de una quimera; que Wesley no iba a enamorarse de ella y que tampoco quería. Se había hecho la fuerte cuando lo que en realidad deseaba era llorar su pena hasta que no quedara en ella ni un resquicio de ese amor que la había consumido entera, aunque también le había dado vida.

De camino hacia París había intentado esbozar un nuevo plan que le permitiera empezar de nuevo, el cual había salido volando por los aires —junto a su corazón— cuando Wesley la besó.

Había sido el primero y se sentía marcada para siempre; no por la posición que ocupaba, sino por el sentimiento que encerraba. Noelle había saboreado furia, angustia, frustración y deseo. Sí, eso último también. Debía de ser deseo, porque se parecía mucho a lo que ella misma había experimentado; el apremio de fundirse con él mientras sus labios unidos les consumía.

Ahora entendía mucho mejor a Rosemary, a Lori o a Becca. El poder que un simple beso confería resultaba abrumador. Por eso se arriesgaban mujeres y hombres. Ellas sobre todo, incluso ante la posibilidad de dañar su reputación.

Si se tocaba los labios podía volver a rememorar los alientos entremezclados, el penetrante olor masculino o la necesidad pecaminosa de abrir los labios y ofrecerse entera.

Sea como fuere, el beso lo había vuelto todo del revés y, por primera vez, no sabía cómo proceder.

Después de lo que le había parecido el acto más glorioso entre un hombre y una mujer, él se había apartado. No había sido brusco; en absoluto. Después del carraspeo que los trajo de vuelta a la realidad, él bajó la intensidad sin dejar de besarla. Noelle abrió los ojos justo cuando él hacía lo mismo. Sus ojos verdes le hablaron en un idioma que no supo comprender y sus labios le dieron el último beso mientras se despegaban con lentitud. Mantuvo su mano derecha en su nuca y la otra en su espalda, y la observó como si quisiera memorizarla. Después, Pascal intervino y la magia fue evaporándose.

Ya no habían vuelto a tener tiempo para hablar. Las explicaciones, videos las presentaciones, el abrazo de su adorado Étienne, comer, bañarse, descansar...

Noelle lo echaba de menos. Ojalá hubiera podido capturar el instante y encerrarlo en una cajita de palisandro para que solo ella pudiera abrirlo.

Multitud de preguntas la asediaban y no obtenían respuesta porque sentía que era un mar de dudas. La más importante era, ¿algo había cambiado?

Giró la cabeza y se observó a través del espejo situado a su derecha. Parecía la misma, mas no lo era. La Noelle de antaño se estaba diluyendo o convirtiendo en un ser que no parecía encajar. ¿Era eso lo que llamaban madurar? Su madre se lo había dicho cientos de veces: «un día, te levantarás, te mirarás al espejo y te preguntarás quién es esa desconocida que te devuelve la mirada. Descubrirás que ya no eres una niña y que algunas cosas no son como las habías

imaginado. Es decisión tuya cómo te enfrentarás a ello: dejándote arrastrar por la corriente o plantando los pies con firmeza y decidiendo por tu cuenta, ya sea para bien o para mal».

Palabras muy sabias que resultaban fáciles de decir y complicadas de llevar a la práctica. De sus padres solo había recibido buenos consejos. Sabía también que ninguno de los dos había tenido una vida fácil. Ambos habían luchado mucho por estar donde estaban. Noelle siempre lo había tenido muy presente y por eso estaba justo en ese mismo lugar. La cuestión era si quería seguir, retroceder o escoger un camino bien distinto.

—Debo hablar con él de nuevo.

No sabía muy bien qué decirle, pero la incertidumbre que notaba en su pecho no le gustaba.

Sin prisa, salió al pasillo en penumbra y bajó las escaleras yendo en su busca. Noelle se orientaba con facilidad y no precisaba de mucha luz para desplazarse. Una vez en la planta baja torció por el pasillo del fondo, que conducía al despacho de su anfitrión. Solo en una puerta se percibía cierta luz y alzó la mano para llamar.

—¿...Noelle?

Su nombre detuvo el movimiento y dudó. No le gustaba escuchar a escondidas, sin embargo, consideró que esa era una ocasión excepcional, así que acercó la oreja a la puerta y prestó atención.

—No quiero hablar de ella, Pascal.

Wesley estaba sentado tras el escritorio de su amigo mientras este descansaba en una butaca junto al fuego. Terminaba de redactar la carta dirigida a sus superiores y que enviarían al día siguiente bien temprano.

—Sí, lo he notado. Sin embargo, teniendo en cuenta tu estado hasta que ella no llegó, tu reticencia me parece muy curiosa... y significativa.

Fingiendo una calma que no sentía, Wesley levanto la cabeza y miró al francés.

—Esto no es un juicio ni yo un delincuente, por lo que guárdate tus aires interrogatorios, señor abogado.

La relación entre ambos se remontaba a su primera misión; justo en la ciudad parisina. Había necesitado los servicios de un abogado y había escogido uno al azar. La buena ventura lo llevó a Pascal, formando entre ellos un sólido vínculo que incluía la amistad y el trabajo.

—Quien hablaba no era el letrado Bellerose, sino tu amigo. Me preocupa vuestra situación.

Sí, a él también.

—Ya he terminado —dijo, ignorando deliberadamente su insistencia—. Confío en que, cuando llegue la respuesta, lo hayamos podido solucionar por nuestra cuenta. ¿Has enviado tu propio mensaje?

Pascal no solo era un buen abogado, sino que también provenía de una acaudalada familia que tenía relaciones con las altas esferas del gobierno.

—Sabes que sí. Lo hice poco después de tu llegada con el niño. Mañana recibiremos respuesta;

a más tardar, al mediodía. —Se reclinó de lado y se rascó el mentón—. Sabes que ignorarlo no lo hará menos real, ¿verdad? —insistió.

—¡Maldita sea, ya lo sé! —explotó. No quiso ver el alzamiento de cejas de Pascal. No era habitual verlo perder los nervios.

—Alguien tiene que decírtelo, amigo. No solo está tu problema con Marcioux y la implicación de ella en el asunto, sino lo que supone el secuestro para vuestro futuro a largo plazo. ¿Lo has pensado?

Como el francés no parecía inclinado a dejar el tema a un lado, Wesley se preparó para hablarlo con él. Más pronto o más tarde debería hacerlo.

—Si quieres la verdad, solo de forma superficial.

—Eso es extraño en ti. Te gusta tenerlo todo planificado, con diversas opciones a tu alcance.

—Eso lo dices porque no la conoces ni sabes lo que ha sido viajar con ella.

—No, es cierto. Sin embargo, por el recibimiento que le has dado puedo hacerme una ligera idea.

—El sarcasmo no me ayuda.

—A mí sí. Me has dejado de piedra. Y no, no busques excusas ni trates de explicármelo. Por mucho que digas tengo mi propia teoría al respecto.

—Esto te divierte, ¿verdad?

—Solo un poco, Wesley. Las consecuencias me preocupan de verdad.

—¿Por ella o por mí?

—Por los dos. A lady Noelle no la conozco y no sé qué piensa o quiere. En cambio, a ti...

—Lo dices como si vieras una sola salida.

Su amigo se levantó y se acercó al escritorio. No le gustó lo que veía en sus ojos porque parecía un reflejo de lo que temía.

—Voy a hacer de abogado... del diablo, y te diré lo que no quieres oír. Nadie duda, por cómo han ido los acontecimientos, de que el secuestro no es culpa vuestra, pero los hechos son los hechos. Ella es una dama perteneciente a la nobleza. Es, además, casadera. Habéis pasado unos días juntos casi como marido y mujer. Mi profesor siempre decía que, por mucho que se insistiera en lo contrario, uno más uno resultan dos.

—Dios. —Apoyó los codos en la mesa y se tiró el pelo para atrás—. Es la eterna respuesta para todo: matrimonio.

La palabra pareció flotar en el aire como una sentencia.

—¿Tan malo sería?

Wesley lo pensó un momento. Dijo lo único sensato, pero también una gran verdad.

—No.

—En ese caso, ¿por qué pareces un reo dispuesto a morir?

—Porque no es lo que quiero.

—¿Y ella?

A eso podía responder con total certeza.

—Noelle sería feliz.

—Ah.

—¿Y eso qué significa?

Su amigo se encogió de hombros, haciéndose pasar por un inocente que él sabía que no era.

—Solo era eso. Un «ah».

—Contigo nada es tan sencillo.

—Ni contigo, al parecer. Si ella se muestra receptiva y, vista tu respuesta, tú no te alejas demasiado, ¿no crees que podría funcionar?

—No tengo nada que ofrecerle, Pascal. Es hija de un conde, por el amor de Dios.

—Y tú de un duque.

Wesley estaba un poco harto de tener que repetir que solo era el cuarto hijo y que, por mucho que tuviera una renta, no podía conseguir nada de lo que Noelle estaba acostumbrada.

—Tengo que ganarme la vida. Mi trabajo no encaja demasiado bien con matrimonio y familia.

—¿Se lo has preguntado a ella? De hecho, ¿sabe a qué te dedicas?

Wesley también se levantó, un poco harto de sentirse cuestionado.

—No ha surgido la conversación, como imaginarás.

—Pues te aconsejo que lo hagas; y pronto.

—¿Por qué?

Su amigo lo miró y cabeceó, como si no lo comprendiera.

—No sé si te haces el tonto a propósito o solo es una pose. Mañana enviaré también una carta que recibirá su familia. Si su padre es como debe, lo tendrás aquí en un par de días. Te aseguro que no tardarás en subir al altar del brazo de esa mujer.

—No es necesario que lo jures. —El tono resentido lo sorprendió incluso a él.

—¿Estás pensando en negarte?

Oyó la censura en su voz, aunque ni él era capaz de actuar de modo tan deshonroso.

—No. Sin embargo, mi trabajo me ha enseñado una lección muy valiosa: no precipitarse. Tal vez las circunstancias no les haga considerar la boda como única opción.

—Pero su reputación quedará igualmente dañada.

—Lo sé.

Era injusto, incluso para él, que una mujer quedara marcada de ese modo. Si los acontecimientos eran provocados, debía ser la pareja quien cargara con los daños, no solo la mujer. En su caso en particular, ninguno de los dos era culpable de nada, aunque a los ojos de la sociedad no importara.

—¿Y el niño?

—Otra complicación de la que deberé ocuparme a su tiempo. Al menos, esta es fácil de solucionar.

Se acercó al fuego y extendió las manos. Pascal lo imitó y bajó la voz; casi como en una

confidencia.

—Me disgustaría ver que das un paso en falso solo por una noción equivocada respecto a lo que lady Noelle pueda o no pueda desear o necesitar. Ambos sabemos que una boda entre ambos, aparte de ser necesaria, no resulta tan descabellada como quieres darme a entender. Puedes engañarte tanto como quieras y odiarme por tratar de abrirte los ojos, pero ambos sabemos que ha quedado claro que no solo es esa mujer quien alberga sentimientos. La cuestión es cuánto tardarás en aceptarlo y actuar en consecuencia.

Pascal tenía razón en una cosa: no quería oír sus sandeces.

—No voy a hablar más de eso ni contigo ni con nadie. Ya he dejado clara mi postura.

Esa postura de la que habló con Pascal la noche anterior volvió a alterarse a la mañana siguiente.

Su amigo tenía trabajo que no podía aplazar y ya se había marchado. Cuando terminó de desayunar subió para despertar a Noelle y lo recibió una sirvienta que limpiaba. Noelle no estaba allí.

Supuso, entonces, que estaba en el piso de arriba con Étienne, así que, tras un suspiro, ascendió por las escaleras y caminó hasta la habitación del fondo, donde su amigo había instalado al niño. La puerta estaba entornada y pudo oír la voz bajita de Noelle hablando con el pequeño.

—... ¿En primavera, en verano? No, claro que no lo sabes —decía ella en francés—. Eso resulta inconcebible, ¿sabes? Todo el mundo tendría que poder celebrarlo. —Hubo una pausa—. Estoy pensando que podríamos buscar una fecha para ti. ¿Te gustaría, pequeñín? Interpretaré esa mirada como un sí. Vamos a ver... Seguro que las flores te gustan mucho; y los prados verdes. ¿Te imaginas poder mojarte los pies? Creo que sería maravilloso que tu cumpleaños fuera en pleno verano; digamos a principios de agosto. Podríamos organizar una fiesta en el exterior, con mesas, tentempiés fríos y mucha limonada. ¿La has probado? Te aseguro que te encantará. Prometo hacerte una jarra solo para ti. ¿Qué te parece la idea? A mí me encanta mi cumpleaños. Siempre es una fecha muy especial para mí. Este año iba a celebrarlo con mis compañeras y tenía pensada una fiesta preciosa en Minstrel House, pero ya ves cómo ocurren las cosas. Sin embargo, no me quejo, el miércoles lo celebraré contigo. ¿Me darás muchos besos? ¿No?

Se oyó el inconfundible sonido de ella dándole besos al pequeño y Wesley se retiró poco a poco para evitar ser escuchado. Una vez en su habitación, tuvo que inhalar hondo tratando de aquietar su corazón. Por un instante había envidiado a Étienne. Volvió al momento exacto en que la vio entrar en la casa y no pudo controlar sus impulsos.

No podía mentirse. Sí, un gran alivio lo embargó, pero también era otra cosa: un sentimiento más poderoso que hizo querer abrazarla para no soltarla. Mientras la besaba, Wesley sintió que los labios femeninos lo quemaban por dentro hasta casi convertirlo en cenizas y, aunque había intentado extinguir esa sensación, el fuego por ella no hacía más que incrementarse, por mucho que le dijera lo contrario a Pascal o al mundo.

Noelle se le estaba metiendo por cada poro de su piel, iluminando cada rincón oscuro que

podiera tener su alma. Sin pretenderlo, se convertía poco a poco en el modelo de mujer que, de quererlo, habría imaginado a su lado: inteligente, fuerte, valiente, tenaz y compasiva. La había visto expuesta a una situación difícil y ella salía airosa. ¿Qué hombre rechazaría su amor?

«Yo, al parecer».

Pero eso no era un cuento de hadas. Él luchaba cada día con el fantasma de su padre y la decepción que le causaría su modo de vida. El no haber podido aclarar ciertas cuestiones con él lo hacía sentir como si le faltara algo. En cierto modo, había imaginado que tendría tiempo para mantener una charla entre padre e hijo como adultos. Bajo esa premisa, sus posturas se acercarían. No poder hacerlo había supuesto un duro golpe que, a día de hoy, no había superado. Era como el resto de mortales y no podía evitar verse dominado por sus inseguridades.

Sus hermanos mayores siempre habían sido el orgullo de Percy Catesby. Al hacer lo que se esperaba de ellos, resultaban dignos sucesores del apellido.

Wesley nunca lo había admitido ante nadie, si bien no se consideraba merecedor de ser hijo del anterior duque de Manford. Por ello, alejado completamente de lo que la figura de su padre representaba, nunca se había visto como un reflejo suyo. Era por eso por lo que temía una boda acordada con Noelle. Él jamás se había planteado el matrimonio porque consideraba que no era su destino. Familia, respetabilidad y notoriedad eran sinónimo de su padre. Wesley estaba hecho para la discreción, la soledad y velar por la seguridad del país.

Con esas palabras resonando en su mente notó que recuperaba cierta estabilidad. Eran las circunstancias, se dijo, además de la férrea voluntad de una mujer.

Se preguntó qué opinaría su padre de Noelle de haberla conocido. Al menos sabía que, de verse obligado a casarse con ella, Jolene Catesby adoraría su arrojo, la frescura y la fiereza que mostraba.

Al final decidió concederse un poco de espacio. Dejaría a Noelle disfrutar de Étienne y él esperaría la llegada de Pascal en su despacho.

Capítulo 13

—*Bonjour, ami* —saludó el francés. Llevaba un papel en la mano—. Traigo noticias.

Wesley se levantó de un salto.

—¿Buenas noticias? Dios sabe que las necesito.

—Mmm, digamos que no es lo que esperabas.

—¡Maldición, se desentienden!

—Algo así. Lo siento. La respuesta oficial es que intentéis una solución amistosa entre las partes implicadas

—¿Y eso qué significa? —preguntó, cada vez más irritado.

—Que seáis civilizados —respondió Pascal—. Es gente de poder y no quieren enemistar a dos países por un asunto personal entre aristócratas. Al fin y al cabo, Hortense es esposa de Marcioux y, de un modo mezquino, su propiedad para tratarla como quiera.

—¿Eso han dicho?

—Más o menos con esas palabras, sí.

De haber estado en su presencia, Wesley les hubiera hecho cambiar de opinión de un modo nada diplomático. No recurría con frecuencia a la violencia, sin embargo, ese modo de pensar lo enervaba.

—A veces dudo si somos personas civilizadas o monstruos.

—Creo que no responderé a eso. No quedaríamos muy bien retratados. ¿Vas a decírselo a lady Noelle?

—No me queda más remedio. Ahora debemos pensar cómo solucionar este problema de forma pacífica y sin que nadie sufra las consecuencias. ¿Tienes alguna idea?

—Un par sobre las que he ido meditando mientras volvía a casa.

—Magnífico. Centrémonos en eso. Después te explicaré el otro favor que debes hacerme.

Media hora después, Wesley subía las escaleras.

Sabía, por el ama de llaves de Pascal, que Noelle se había hecho subir un refrigerio para ella y el niño. Era como si, deliberadamente, se negara a hablar con él, lo cual parecía una estupidez.

«O no tanto. Quizá ha decidido que no valgo la pena».

Eso, de por sí, ya resultaba doloroso. Y alarmante. Admitía que no la había creído del todo

cuando le dijo que lo daba por perdido. El amor no desaparecía de un día para el otro, y menos después de lo que ella había hecho para estar con Wesley.

«Puede que el beso que le di no fuera lo que esperaba», caviló mientras ascendía. Pero al acto sonrió. Ella le respondió; no al principio debido a la sorpresa de su arrebató, pero sí después. Fue esa respuesta la que casi lo rindió a sus pies.

—No pienses en eso, Wesley; no seas mentecato —refunfuñó para sí mientras llamaba a la puerta.

—Pase.

La escena resultaba totalmente inapropiada... y muy hogareña; casi maternal.

Ambos estaban en el suelo, sobre una gran alfombra. Noelle, estirada boca abajo con el mentón apoyado en sus manos y Étienne imitándola.

—¿Interrumpo?

—En absoluto. ¿Verdad, pequeño?

Fue a levantarse.

—No te molestes por mí —dijo, impidiéndoselo—. Me sentaré yo. —Mas él lo hizo con la espalda apoyada en la pared—. ¿Te la has hecho tú? —Le tocó la trenza torcida y mal hecha y no la soltó con la celeridad que debería.

—He contado con la inestimable ayuda de Étienne. ¿No es hermosa? —Le guiñó un ojo.

—Exquisita.

Pero él no hablaba de la trenza, precisamente. Wesley no pudo evitar encontrar adorable el súbito sonrojo de Noelle. No era tan tonta como para no saber interpretarle.

Ella se apartó un tanto y dejó de sujetar el cabello rubio trenzado, lo cual le hizo sentir que le faltaba algo. Sin embargo, le gustó el coraje femenino cuando se sentó a su lado.

El niño aplaudió su respuesta y esbozó una pequeña y tímida sonrisa. Sorprendido por el avance que Noelle había conseguido, le sonrió.

—Eres un magnífico trenzador de cabellos —lo alabó—. Creo que deberíamos nombrarte el trenzador oficial del reino. ¿Qué opinas?

Por supuesto, el niño no respondió, pero se acercó a él, le tomó el rostro con sus pequeñas manos y lo miró tan fijamente que le provocó un nudo en el pecho. Al instante siguiente, se inclinó para coger el juguete que le hizo en la granja —y del cual no se separaba—, se sentó en su regazo apoyando todo el cuerpo en su pecho y siguió jugando.

Miró hacia Noelle, que giró la cabeza de prisa, no sin que antes él viera la emoción en su rostro y lágrimas contenidas en sus ojos.

«Otra complicación más».

Noelle se había encariñado muy rápido con el pequeño. Tal vez lo quisiera de ese modo firme que solo las mujeres eran capaces de sentir.

Buscó un tema que aliviara la carga emocional del momento y lo que venía a decirle le servía a la perfección.

—He encontrado el modo de terminar esta persecución.

Gracias al cielo, funcionó. Noelle volteó todo el cuerpo hacia él. Ahora contaba con toda su atención y todo el sentimentalismo había desaparecido.

—¿Has dado con ese malnacido?

—¿Qué vocabulario es ese?

—¿Ahora vas a regañarme y a decirme que no debería saber según qué palabras?

—Solo era curiosidad, Noelle. «Malnacido» no es una palabra que una dama utilice.

—Pues ¡sorpresa! Yo no soy una dama al uso. ¿Y bien? —soltó con impaciencia.

—La verdad es que he necesitado la ayuda de Pascal. Gracias a sus contactos me puse en contacto con el gobierno francés para que intercedieran...

—Un momento, un momento... ¿Por qué el gobierno? Pensaba que era un asunto personal.

—Y lo es... en cierto modo.

—No lo entiendo.

—Hay cosas que no puedo revelarte...

—¡Oh, Señor, dame fuerzas!

—... Pero si tienes paciencia te explicaré ciertos detalles que te ayudarán a entender.

—No confío demasiado en tu capacidad para hacerme ver la luz. Y la paciencia contigo se me terminó.

—¿Puedo seguir?

Ella hizo un gesto con el brazo que indicaba «adelante».

—A ver, déjame retroceder. Quería la ayuda de las altas esferas del gobierno porque los nobles suelen pertenecer a ellas. De contar con su colaboración, hubiéramos resuelto todo esto de un modo sencillo, créeme.

—Deduzco, entonces, que tratamos con un noble francés de cierta influencia que tiene algo en tu contra hasta el punto de mandar gente para darte una paliza. Como no ha conseguido sacarte la información que precisaba mediante golpes, se ha permitido el secuestro y la persecución hasta el punto de que temías por nuestra vida. Debe ser muy influyente si el gobierno interviene.

—De hecho, no van a hacerlo. —Y le hizo un pequeño resumen.

—Me pregunto qué hiciste para enfadar tanto a ese hombre —reflexionó ella.

—Nada por lo que debas preocuparte. Cuanto menos sepas...

—Mejor para mi seguridad... —lo cortó—. Sí, sí, por supuesto. Pero es una completa estupidez. Tenga conocimiento de ello o no, van a creer que lo sé. Así que, al menos, no me tengas a oscuras.

Noelle tenía razón. Quizá debía saber por encima por qué los perseguían.

—El conde no es una buena persona. Ayudé a su mujer Hortense a dejarle y quiere que le diga dónde está.

Noelle intuía una historia más larga, como también las implicaciones de lo que decía y de lo que callaba.

—Entonces, bien hecho —dijo después de unos segundos—. Me alegra que contara contigo para ayudarla.

Una parte de Wesley se distendió al oírla. No sabía los detalles y tampoco conocía a la condesa, pero apoyaba sus actos en lugar de condenarlos. Era, como sabía, una mujer extraordinaria.

—Gracias. No obstante, a Pascal se le ocurrió una idea para terminar con esto.

—Alabado sea el Señor —acotó ella, impertinente.

Wesley prefirió ignorar su sarcasmo.

—Debo mantener con él una conversación para terminar con este despropósito. Por ello, hemos buscado un lugar neutral para reunirnos. Pascal le enviará una nota a través de un amigo. De ese modo, evitamos que sepa dónde estamos.

—¿Y dónde va a ser? ¡No me tengas en ascuas!

Si no fuera tan importante, sonreiría a la impaciencia de esa mujer.

—Pronto se celebrará un baile. Asistiremos junto a Pascal y quedaremos en vernos allí, en un lugar discreto.

—¿Un baile? ¿Y qué le impedirá secuestrarnos de nuevo si nos alejamos mucho del gentío?

—Demasiado concurrido para que haga un movimiento arriesgado. De todas formas, estaremos preparados.

—Un baile... —Se llevó las manos a las mejillas, espantada—. ¡Y no tengo nada que ponerme!

Ante el comportamiento enteramente femenino, se permitió sonreír y se sorprendió. Le parecía un dato descorazonador que le divirtiera el lado más frívolo de Noelle.

—Pascal ya se está ocupando de ello.

—¿Y puedo preguntar cuándo debemos asistir? ¿O también es secreto de estado?

La vio acariciar la mejilla de Étienne, que Wesley había notado más tranquilo en su regazo, como si estuviera interesado en su conversación.

—No. Será el miércoles.

Ella se quedó inmóvil, reacción que ya imaginaba.

—Oh, el miércoles.

—¿Ocurre algo?

—No, no, nada.

Pero Wesley sabía qué pensaba ella. Por su parte, se había ocupado de un pequeño detalle; o Pascal, más bien, como había venido haciendo hasta ese día. A ese ritmo quedaría en deuda con él para toda la vida.

Captó el momento en que Noelle quiso preguntarle algo, pero se retrajo al instante. Wesley imaginaba que la información que le había dado bullía en su cabeza. También que era muy capaz de captar en ella lo que otros no percibirían.

—¿Qué querías preguntar? A estas alturas no te reprimas.

—Solo trataba de establecer una línea temporal con lo que me has explicado y veo lagunas en tu

historia.

—¿Y te interesa?

No fue necesario que ella respondiera. La leía como un libro abierto si Noelle se lo permitía. En ese momento supo que la respuesta era «todo en ti me importa». Lejos de fastidiarle, el corazón empezó a bombearle con más rapidez.

—¿Puedo preguntar con libertad sobre tu vida?

A Wesley le divirtió en cierto modo que hubiera esquivado responder y para ello utilizara otra pregunta.

—Hazlo. Veamos si puedo responder.

—Bien. Has afirmado que esta situación no es enteramente personal. Deduzco que pedir ayuda al gobierno tampoco es algo casual, por muchas relaciones que tenga Pascal. Nos busca un noble francés y tú eres hijo de un duque que abandonó el ejército y que ahora se dedica a escribir... salvo periodos en los que te marchas de Minstrel Valley.

Wesley aplaudía sus pesquisas. Esa mujer era sagaz como ninguna.

—¿Se te ha ocurrido que voy a visitar a mi familia?

—Sí, pero no es eso.

—¿Y cómo puedes estar segura?

—¿Olvidas a tu hermana? Si fueras de visita a ver a tu madre y hermanos, ella lo sabría y no ha sido el caso. No, es otra cosa.

—Buena deducción.

—Esta es fácil —afirmó sin vanagloriarse—. ¿Sabes? A veces incluso he pensado que la escritura solo es un subterfugio para encubrir la verdadera naturaleza de lo que haces, pero no tiene sentido. ¿Para qué tanto ardid?

Wesley le dedicó una larga mirada, mitad sorpresa y mitad admiración. Solo por tanta perspicacia merecía saber la verdad.

—En cuanto a eso...

Ahora fue ella la sorprendida.

—¿He acertado? Santo Cielo, me da vueltas la cabeza de tanta emoción. Necesito saber la verdad.

—Y si te la digo, ¿mantendrás el secreto?

Su expresión corporal lo decía todo. Era una maestra del artificio. Entendía a la perfección la necesidad de mantener ocultos algunos secretos.

—Seré una tumba.

—Ni a Constance tampoco —realcó.

—He dicho...

—Está bien, está bien. No sé ni por dónde empezar. Quizá la muerte de mi padre. Sí, fue eso. No llegué a su entierro, ¿sabes? El ejército nos distanció del todo e impidió que pudiera despedirme. Él no quería esa vida para mí y yo quise imponer mi voluntad sin saber que tenía

razón.

—Lo siento.

La mano sobre la suya lo reconfortó. Parecía que Noelle era capaz de ver su dolor a través de las palabras.

—Yo también. No hay día que no me arrepienta.

—Me imagino que debe de ser duro. Cuando no se sienten orgullosos es un golpe difícil de digerir.

—¿Hablas por experiencia propia?

—No. Yo he disfrutado del amor incondicional de mis padres, pero sé que eso cambiará cuando descubran la verdad acerca de Minstrel Valley. Voy a decepcionarlos tanto que ya siento un dolor en el pecho solo de imaginarlo.

—Te perdonarán.

—Lo sé. Como también tengo la absoluta certeza de que, con el tiempo, tu padre entendió tu voluntad de desafiarlo a la hora de escoger tu propio camino, estuvieras o no equivocado. Lo único que debes entender es que las circunstancias se volvieron en vuestra contra y no pudisteis decir lo que ya sabíais tanto el uno como el otro.

Wesley la observó con detenimiento, impresionado. Noelle había cambiado su forma de ver un suceso de su vida que lo mortificaba. Nunca podría arreglarlo, pero ya no lo vería del mismo modo.

—¿Desde cuándo eres tan sabia?

Con modestia, ella se encogió de hombros.

—No creo que sea sabiduría, sino cierta perspectiva. El dolor y el resentimiento nos nublan el juicio. Tú eres el vivo ejemplo de ello.

—Supongo que tienes razón. ¿Por dónde iba?

—Llegaste a Minstrel Valley.

—Ah, sí. Estaba confuso y fui a visitar al coronel Grenfell. Aunque a la gente no se lo parezca, con él encontré un alma afín. Hizo de consejero y de padre cuando lo necesité. Era lógico que acudiera a él. Por ello le comenté mis inquietudes y él tiró de algunos hilos y habló con personas de cierta influencia que le debían favores. Una cosa llevó a la otra y terminé por conseguir una entrevista con el primer ministro en persona.

Hizo una pausa a propósito.

—¿Te refieres a William Lamb? —preguntó ella. Wesley asintió—. ¿El segundo vizconde de Melbourne?

—No sabía que hubiera otro primer ministro de Gran Bretaña.

—Solo quería asegurarme. ¿Qué deseaba de ti?

Había esperado una reacción desmedida, pero Noelle solo preguntaba con curiosidad, como si cualquiera pudiera conseguir una audiencia con uno de los hombres más poderosos del reino.

—Gracias al coronel Grenfell, al primer ministro le había llegado un informe sobre mí. Al

parecer, tenía las aptitudes necesarias para un cargo especial.

—¿Puedo saber cuáles eran?

—Ser hijo de quien era, haber estado en el ejército y tener una hoja de servicio impecable, mi discreción, mis conocimientos de otros idiomas y la facilidad para aprenderlos...

—Supongo que pretendía que viajases, ¿verdad? —Wesley sonrió, sin admitir nada todavía. Era demasiado perspicaz para su propio bien—. ¿En calidad de diplomático, espía...?

—Ni lo uno ni lo otro. Si te soy franco, no tengo una denominación específica. Tampoco soy del dominio público. Sigo órdenes muy concretas y solo mantengo contacto con el primer ministro. De vez en cuando surgen problemas difíciles que no pueden solucionarse por las vías, digamos, legales. La reina Victoria y el gobierno de su Majestad están atados de pies y manos en ciertos aspectos y situaciones. Es así donde yo aparezco. Me informan del problema y trato de solucionarlo. Un hombre solo sin ningún vínculo evidente suele pasar más desapercibido.

—¿Te piden cualquier cosa?

—Colaboraciones, corrupción, fraude. Cosas de ese estilo.

—¿Alguna vez te han encomendado un asesinato?

De nuevo, Wesley se sorprendió de las elucubraciones de esa cabeza.

—No, Noelle; no soy un asesino y nunca he matado a nadie una vez alejado del ejército.

—Es un alivio saberlo.

Wesley no quiso indagar por qué la reconfortaba ese detalle. De hacerlo entrarían en un terreno demasiado personal que prefería evitar.

—Y eso es todo. Como ves, aparte de que mantener el anonimato sobre lo que hago, mi vida es igual que la de cualquier otro.

—No estoy de acuerdo. Entiendo perfectamente que finjas ser un escritor para evitar a los curiosos, pero lo que haces no es tan anodino como aparentas. Entiendo incluso que trates de desvincularte del apellido familiar. —Hizo un alto, como si se le acabara de ocurrir un detalle importante—. Ahora que lo pienso: en Madrás, ¿estabas trabajando?

—Sí.

—¿También en Londres?

Asintió.

—Cuando me hacen llamar suelo tener que viajar. Si me alejo demasiado de mi hogar es por trabajo. El resto del tiempo lo paso en Minstrel Valley. —Calló por un momento. Al fin preguntó:

—¿Está saciada ahora tu curiosidad?

—Más o menos. —Pareció reflexionar—. Me preguntaba el interés que podía tener un escritor en aprender el chino con lord Mersett con tanto ahínco. Supongo que ahora tengo mi respuesta, ¿no es así? ¿Cuántos idiomas hablas?

Nunca los había contado. Se encogió de hombros.

—¿Con fluidez? Si no contamos el inglés, domino el francés, el árabe, el urdu, el bengalí, el sánscrito o el persa, entre otros. Los hay que solo soy capaz de enlazar un par de frases o

comprendo la forma escrita, pero me pierdo en los dialectos. El lenguaje es un mundo fascinante y complejo.

«Como tú», se le ocurrió de repente. No sabía de dónde había salido el pensamiento, pero no podía estar más de acuerdo. Noelle podía ser como un nuevo idioma: fascinante, complicado y satisfactorio cuando se aprendía navegar por él.

—Oh, se ha dormido.

Desconcertado, Wesley la miró intentando comprender qué decía. Ella le señaló y Wesley miró hacia abajo.

Ya no recordaba que tenía a Étienne en su regazo. Inmerso en la historia, lo había olvidado por completo. Mientras hablaba, el pequeño se había quedado dormido apoyado en él.

Tenía la boquita abierta y una de sus manos con la palma abierta, durmiendo tranquilo alejado de las preocupaciones. La imagen y el sentimiento que le sobrevino lo pillaron por sorpresa. Tuvo que parpadear para tratar de alejar la emoción que suponía un niño confiado durmiendo sobre él.

Volvió la mirada sobre Noelle y vio reflejado en sus ojos un deseo que lo abrumó por completo y que nada tenía que ver con un hombre y una mujer y sí con una familia. Muy a su pesar, la calidez no deseada se expandía como si tuviera vida propia. Sintióse un náufrago a punto de ser engullido por una gigantesca ola, se rindió una décima de segundo al momento, completamente seguro de que podría retomar el control cuando quisiera.

Despacio, alargó la mano y la posó en la nuca de Noelle. Vio agrandarse sus ojos marrones y la dilatación de sus pupilas, pero sabía que, en esa ocasión, ambos estaban en igualdad de condiciones. Sin siquiera moverse, y con el niño dormido en su regazo, la acercó a él dispuesto a disfrutarla con calma.

Sus labios se tocaron. Estaban fríos.

Con paciencia, los acarició con los suyos dando pequeños toques que fueron alargándose y humedeciéndose cuando la instó a abrir la boca para acceder mejor a ella.

Ninguno de los dos se movía. Solo las cabezas, que empezaron a inclinarse para tener un mejor ángulo y acceso.

Wesley lamió, saboreó y tentó, pero en cierto momento, el entusiasmo y pasión de Noelle lo hicieron gemir de expectativa e imaginó yendo más allá mientras intentaba demostrarle a ella la magia que podrían hacer juntos.

Cuando su lengua accedió por fin y tocó a su alma gemela, un nuevo gemido reverberó en la estancia y Wesley tensó los dedos sobre la nuca caliente al tiempo que los músculos de las piernas y el estómago hacían lo propio.

Tenía los ojos cerrados y notaba una marea por dentro expandiéndose. Cuando su mente recreó la continuación natural del beso y notó la suave mano femenina tocando su rostro, Wesley apartó sus labios y boqueó en busca de aire, aferrándose con desesperación a la sensatez para no dejarse vencer por sus deseos.

—¿Qué...?

—Debemos parar. —Su voz le sonó extraña e irreconocible.

Abrió los ojos y el rostro de Noelle y sus labios hinchados lo hicieron tragar saliva.

—Wesley...

Dios, deseaba tanto seguir. Todo su cuerpo se lo pedía a gritos.

Si seguía un minuto más en la habitación, explotaría.

—No podemos. Ten.

Y depositó al infante dormido en los brazos femeninos. Le dio un beso en la frente, se levantó y se alejó de la tentación, que lo llamaba a gritos.

Capítulo 14

El miércoles por la mañana, Noelle tarareaba una canción infantil de cumpleaños mientras bailaba con Étienne por su habitación. El niño reía o la imitaba ajeno a cualquier mal presagio. Estaba tan excitado como ella por la celebración de un momento de su vida que el niño no sabía que existía hasta unos días antes.

Ese día cumplía veintiún años y se había prometido vivirlo tan intensamente como pudiera.

El pequeño palmeó las manos y Noelle sintió un intenso amor por él. No podía evitar considerarse su madre como tampoco podía evitar que la mañana llegara cada día.

Tampoco lo deseaba.

Pascal le había dicho que haría averiguaciones discretas en Calais por si se había extraviado un niño —ese hombre valía su peso en oro—, pero que tenía serias dudas sobre la procedencia de Étienne. A Noelle no le importaba. No pensaba separarse de él y sabía que podría contar con la ayuda de sus padres.

Abrió las cortinas y dejó que el sol invernal inundara cada rincón.

Le apetecía muchísimo salir, pero le habían negado la petición visto el incidente de la posada. Nadie quería correr riesgos.

Tratando de ser optimista, se concentró en imaginar el baile de esa noche. Si obviaba el delicado asunto que tenían entre manos, sería un modo maravilloso de finalizar el día de su aniversario. En esa ocasión no pensaba permitir que ni el mismo Wesley le impidiera bailar con él. Y como nadie los conocía repetiría una segunda vez. No le importaba si creaba un pequeño escándalo.

Atizó las brasas y se volvió hacia Étienne.

—¿Desayunamos?

Habían traído una bandeja poco antes. Como el chocolate estaba demasiado caliente, había preferido esperar. Lo habían acompañado con mantequilla, panecillos y *croissants* recién hechos.

—Recuerda lo que te dije: un caballero siempre espera a que la dama se siente antes de hacerlo él.

Le gustaba que Étienne la imitara en todo lo que hacía. Ya había notado esa predisposición en la granja, por lo que Noelle aprovechaba cada momento que podía para enseñarle.

Él hizo lo que le había dicho y ella le sonrió en respuesta.

Se ajustó más la bata al sentarse. Todavía no se había vestido porque esperaba que le trajeran un vestido para esa noche. Estaba deseando verlo.

—¿Está bueno?

Noelle alternaba el inglés y el francés para hablarle. Quería acostumbrarlo pronto a su idioma porque no tardarían en volver a su país —o al menos eso esperaba—. Allí ya se encargaría ella de enseñarle con la ayuda de un tutor.

Cuando el niño estaba a punto de terminar llamaron a la puerta. Excitada, corrió a abrir, para dejar entrar a un par de doncellas cargadas de cajas y ropa.

—*De monsieur Catesby, mademoiselle* —anunció una de ellas, dejando un precioso vestido azul.

Noelle no pudo evitar tocarlo. Era de seda crepé con el cuello bajo estriado y pliegues en la falda. Le parecía que fuera en otra vida cuando vistió algo así por última vez. La capa era gruesa en un tono idéntico, pero más intenso. Tenía preciosos detalles bordados en los bordes y en la capucha.

La complació que fuera Wesley quien se hubiera tomado la molestia de hacerle traer eso. Aunque no podía salir tampoco de la casa, debía de haber pedido la ayuda de su amigo.

Las doncellas se ofrecieron a llevarse a Étienne mientras la otra la ayudaba a probárselo y después experimentaba con peinados para la noche. Sin embargo, el niño se aferró a ella tan pronto lo sugirieron y Noelle lo dejó quedarse.

Pasó casi el resto del día en su habitación con el pequeño y nadie los molestó. Cuando subieron a prepararla para la velada, tuvo el primer contratiempo cuando le explicó al niño que él no iba a ir y este se echó a llorar.

—Étienne, mi vida, los niños no pueden ir a los bailes, pero regresaré lo antes posible.

Desconsolado, el pequeño no dejaba de llorar y Noelle sentía que se le encogía el corazón. Estuvo a punto de desistir e informar que no iba a acompañarlos cuando llamaron a la puerta.

Sin saber por qué, sintió un alivio inmenso cuando descubrió que era Wesley, vestido igual que en la fiesta celebrada en el fuerte St. George, en Madrás.

Consideró que Dios no era justo con ella tentándola con semejante espectáculo.

—¿Qué sucede?

—Es su primera rabieta. No quiere que me marche. No sé qué hacer.

Wesley alzó la vista por encima de su hombro hacia donde estaba Étienne, que lloriqueaba encima de la cama. Después volvió su vista a ella.

—No estás arreglada.

—Estaba pensando en no ir —declaró, frustrada.

—Es solo un niño, Noelle. Si no vienes porque realmente no lo deseas, por mí no hay problema. Sabes que tu presencia no es indispensable.

Ella fue a protestar, pero ninguna palabra salió de su boca cuando Wesley alzó la mano.

—No estoy diciendo que no quiera que vayas, solo estoy exponiendo un hecho. Si quieres ir,

nadie debería detenerte; ni siquiera un niño manipulador.

—¿Étienne no es eso! —lo defendió en voz baja.

Ambos estaban bajo el quicio de la puerta sin alzar la voz.

—Ah, ¿no? —Y levantó una ceja en un gesto de superioridad que la molestó mucho.

—¿Y qué sugieres que haga? No soy capaz de marcharme y dejarlo tan desconsolado.

Con un sonoro suspiro, Wesley se pasó la mano por la frente.

—¿Me permites? —preguntó, intentando pasar.

Sin saber qué pretendía, Noelle se hizo a un lado.

Wesley se dirigió al niño y se sentó a su lado en la cama.

—¿Por qué lloras? —Evidentemente, el niño no respondió, sin embargo, escuchaba con atención, lagrimeando—. Sabes que debemos marcharnos, pero volveremos. Ahora te acompañaré a tu habitación para que Noelle pueda ponerse un vestido bonito. Te contaré una historia y te dormirás. Cuando te levantes mañana, ella ya habrá regresado. Tienes permiso para bajar y buscarla tú mismo. —Lo dijo mirándola, pues en realidad le estaba pidiendo permiso. Ella asintió—. Después, podéis esperar juntos a que yo me despierte. Si te has portado como un niño bueno, puede que busquemos algo bonito para ti. ¿Qué te parece?

Para su más absoluta sorpresa, Étienne dejó de llorar y alzó los brazos para que lo cogiera, en una tácita aceptación.

Sin inmutarse, Wesley lo hizo.

—Cómo pesas.

Salió de la habitación y se volvió antes de desaparecer por el pasillo.

—Te enviaré a la doncella y regresaré a por ti. No te retrases.

Noelle cerró la puerta, desconcertada. Había sido testigo de un momento importante que no olvidaría, como tampoco la valiosa lección que había aprendido respecto a Étienne.

Solo por cómo se había comportado Wesley, el amor que sentía Noelle se había afianzado un poco más. Sería un buen padre. Ambos se complementarían tan bien que le parecía inaudito que él no lo percibiera.

Quizá ese era el problema. Wesley lo debía ver tan claro que ese hecho lo asustaba hasta el punto de rechazarlo todo, incluso lo que sentía por ella. No la besaría como lo hacía si no había más que pasión.

La doncella fue tan diligente como esa mañana. En menos tiempo de lo que tardaría en casa, Noelle ya estaba lista. Solo le faltaban colocarse los guantes y la capa que esperaba estirada sobre la cama.

Cuando se miró al espejo se sintió hermosa. El peinado era muy favorecedor y el vestido parecía hecho para ella.

Sonrió a su reflejo.

—*La dame est-elle satisfaite?* —preguntó la doncella.

Sí, Noelle estaba muy satisfecha con el resultado.

—*Oui, Elise. Merci.*

Justo entonces resonaron unos golpes en la puerta. Debía ser Wesley.

La doncella abrió y, efectivamente, era él.

La admiró en silencio tanto tiempo que se puso nerviosa.

—¿Bien? —preguntó. En su interior sintió tal amasijo de nervios que parecía una auténtica debutante ante su presentación.

—Perfecta.

Señor, la voz ronca de Wesley se le estaba subiendo a la cabeza.

La doncella pareció percatarse del ambiente, hizo una reverencia y salió con discreción. Wesley cerró tras ella.

—¿No nos vamos? —preguntó tocándose el cabello. Nunca se había sentido así de atolondrada junto a él. ¿Qué le ocurría? Era Wesley, por el amor de Dios.

—En un momento. Antes quiero darte algo.

—Oh. —Eso no lo esperaba. Sintió una imperiosa necesidad de rellenar el silencio que Wesley creaba cuando no apartaba la vista de ella—. ¿Étienne está bien?

—Dormido como un angelito. —Se sacó un estuche alargado del interior de la chaqueta y se lo entregó.

Noelle se quedó sin palabras, incapaz de reaccionar.

—¿Para mí?

—Por supuesto. Feliz cumpleaños.

Con la boca abierta, no sabía dónde posar los ojos. El estuche la llamaba, pero el brillo de satisfacción que atisbaba en los ojos masculinos era un canto más poderoso.

—¿Cómo...?

—Chist. No preguntes. Lo que importa es que lo sé. Ya lo abro yo. —Parecía impaciente por mostrarle qué había dentro.

La finísima pulsera de oro brilló en toda su opulencia. La cadena trenzada era simple y sencilla, pero Noelle sintió que no había nada más bonito en la faz de la tierra.

—Oh, es preciosa, Wesley. —Casi tenía miedo de tocarla, de lo delicada que parecía.

—Necesité la ayuda de Pascal. Trajo al joyero consigo para que me mostrara algo similar a lo que quería. Cuando la vi supe que era justo lo que buscaba: una trenza de oro frágil en apariencia, pero fuerte y resistente.

Noelle estaba conmovida. No sabía si Wesley se había dado cuenta del revelador detalle. Había buscado un objeto que la identificara y la trenza era prueba de ello.

Quiso besarlo en ese mismo instante, mas se contuvo.

—Me encanta, de verdad. Es el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho nunca. ¿Puedo ponérmela ahora?

—Será un placer hacerlo yo mismo. ¿Puedo?

En respuesta, Noelle alargó el brazo. El estremecimiento que notó al sentir el metal en su piel

no era nada comparado con lo que los dedos masculinos le produjeron.

Cuando estuvo en su sitio la admiró. Wesley no tenía por qué saber que nunca se la quitaría.

Tampoco dijo nada cuando el contacto entre ambos se prolongó y se le erizó la piel. Wesley no parecía darse cuenta de lo inapropiado del gesto y ella no iba a hacer hincapié en ello.

El sonido del carruaje deteniéndose en la calle rompió el hechizo. Noelle estaba acostumbrándose a la sensación de abandono que sentía cada vez que él se acercaba mucho a ella, la tocaba o la besaba.

—Debemos irnos —anunció Wesley, dando un paso atrás y parpadeando.

«Por supuesto».

—Ve bajando. Me pongo los guantes y enseguida estoy con vosotros.

«Y así tengo unos minutos para fingir que no has desestabilizado mi mundo de nuevo».

Necesitaba serenarse y aquietar los latidos de su corazón, lo cual trató de conseguir cuando se quedó sola. Se miró en el espejo y no percibió nada fuera de su lugar. Tampoco ninguna emoción que la delatase.

«¿Y qué importancia tendría? Sabe que lo amo».

Los hombres la esperaban en el vestíbulo. Eran ambos muy apuestos. Seguro que Pascal había roto más de un corazón francés.

—Está preciosa, *ma chère*.

—Es usted un adulator. —Le dedicó una amistosa sonrisa—. Pero le agradezco el cumplido.

—No he dicho más que la verdad. ¿No opinas igual, *mon ami*?

Ante la deliberada provocación, Noelle tuvo que esconder una sonrisa. Wesley no parecía complacido.

—No necesito halagos forzados, señor Bellerose. Soy muy consciente de mi propia valía.

Aun queriendo salvar a Wesley de responder a su amigo, este no agradeció que lo hiciera

—Cuando quiera que hablen por mí o que me fuercen a soltar alabanzas, seréis los primeros en saberlo —soltó con acritud.

Pascal no escondió la hilaridad que sentía. Se volvió hacia ella y le dijo:

—Carece de sentido del humor.

Aun sabiendo que no era propio de una dama, chasqueó la lengua.

—Lo sé —respondió acto seguido.

—Si ya habéis terminado vuestra particular obra de teatro... —Wesley parecía impaciente y todos recuperaron la seriedad—. Bien, entonces; hagamos un resumen. Llegaremos al baile por separado. Pascal unos pocos minutos antes que nosotros.

—¿Me puedes explicar por qué?

—Necesitamos mantener oculto nuestro vínculo con Pascal lo máximo que podamos. Estoy casi seguro de que el conde tendrá espías esperando nuestra llegada. Cuanto menos contacto, más seguros todos.

—¿E iré contigo?

—Elise os acompañará —intervino Pascal.

—¿Por qué? ¿Piensa también seguirme toda la fiesta?

—Es cuestión de decoro, Noelle.

—Oh, a lady Valery Bissop le encantarías.

—¿Lady Valery Bissop? —preguntó Pascal.

—Mi profesora de etiqueta. Tiene unas reglas de decoro muy interesantes.

—Es incorrecto que viajemos solos sin la debida carabina —insistió Wesley.

—¿Como hemos hecho hasta ahora, quieres decir? A estas alturas carece de sentido que nos llevemos a Elise. ¿O acaso tienes intenciones deshonestas conmigo en el carruaje?

La carcajada de Pascal resonó por el amplio vestíbulo.

—Eso, Wesley, ¿las tienes? —preguntó este cuando se calmó.

Noelle le vio apretar los dientes, pero no dijo nada.

—Sigamos. Llegaremos al baile y no te separarás de mí en ningún momento. —La miró desafiante—. ¿Algo que añadir?

Noelle estaba encantada. Ni en sueños discutiría ese razonamiento.

—No, no. Seré tu sombra.

—Permaneceremos en el baile como si fuera uno más —continuó—. En él habrá hombres de confianza para que no ocurra nada, ¿verdad? —Esperó la confirmación de cabeza de Pascal—. Es poco probable, pero no lo descartaremos. Según la nota que nos envió el secretario del conde de Marcioux, tengo una cita con él en la balconada oriental a las tres de la madrugada, cuando la fiesta estará en su punto más álgido. Noelle, tú te quedarás esperando junto a Pascal. No quiero arriesgarme a que se fije demasiado en ti. Si todo va según lo previsto y se muestra razonable, todo habrá terminado poco después. ¿Alguna pregunta?

Noelle y Pascal negaron, antes de que el anfitrión se marchara primero.

Wesley mandó al ama de llaves para avisar a la doncella de que sus servicios no serían necesarios, ayudó a Noelle a ponerse la capa y salieron en dirección al carruaje, donde esperaron en su interior unos minutos, tal y como habían acordado.

Una vez dentro del carruaje, Noelle repiqueteaba con el pie derecho sobre el suelo, emocionada.

—No debes estar nerviosa —dijo Wesley en respuesta—. Esta vez no permitiré que nadie te toque.

Noelle se detuvo unos segundos.

—No estoy nerviosa; más bien excitada. Sé que me protegerás. Solo es que me parece emocionante asistir a un baile en París, con este vestido, el día de mi cumpleaños. Estoy feliz.

Percibió su ceño fruncido.

—Esto no es una aventura, Noelle. Siento desilusionarte, pero el objetivo de esta noche es claro: encontrarnos con el conde y establecer una tregua. No vamos a divertirnos.

—Lo sé muy bien. No es necesario que me trates como a una niña, Wesley. No es culpa mía que

no seas capaz de encontrar el lado positivo de la situación y disfrutar de ella.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has entendido. Pretendo pasarlo lo mejor posible. Y te informo desde ya que bailaremos dos veces. Me debes un baile.

—¿Qué majadería es esa?

—No es ninguna estupidez. En el baile de invierno quisiste pedirme uno. Lo sé. Hoy no permitiré que te zafes.

—Confundes las cosas. —Golpeó el techo y el carruaje emprendió la marcha—. Si crees que porque te he regalado...

—¡Detente! ¡No sigas! —amenazó con el dedo. Noelle se estaba enfadando. Una cosa era que Wesley no admitiera lo que sentía por ella, fuera lo que fuera, y otra muy distinta que pretendiera hacerle creer que era fruto de su imaginación—. No vas a conseguir ensuciar ni un solo momento de los que hemos pasado juntos. Tampoco lograrás que crea que esta pulsera me la has comprado solo por ser el día que es.

—Es así, Noelle. Merecías recibir algo de mi parte. Jamás olvidaré que acudiste en mi ayuda y que estás metida en esta situación sin merecerlo. No busques un significado oculto.

Noelle se reclinó, tratando de serenarse. Se preguntó cuál era el modo de llegar a Wesley; de hacerle entender que se había convencido de cada palabra que salía de su boca.

Y no, ella tampoco se engañaba. Las acciones de ese hombre hablaban por él, aunque dijera lo contrario.

—Eres libre de inventarte tantas excusas como quieras. Querías complacerme y darme algo bonito. Te gusto. —Enrojeció al decirlo y agradeció la penumbra. No era tan valiente como aparentaba ser y le resultaba violento hablar de ciertos temas, pero él necesitaba oírlo—. Ambos sabemos que, si no lo deseas, no puedo conseguir que me ames. Aun así, una y otra vez te dejas dominar por la pasión. Me abrazas y besas como si no quisieras soltarme nunca. —Hizo una pausa para tomar aire y porque se sentía sofocada—. No tengo experiencia previa en estas lides, sin embargo, soy capaz de apreciar que no puedes apartar tus manos de mí. Ahora, te pido que dejemos esto a un lado. Es mi cumpleaños y me apetece disfrutar de esta noche. Como tan bien has dicho, me lo merezco.

Capítulo 15

El silencio que le siguió no resultó incómodo. Ella parecía tener muchas cosas en las que pensar, y él muchos frentes que considerar.

Wesley se había sentido incapaz de replicar al alegato de Noelle y por eso la dejó salirse con la suya. Le resultaba imposible fingir que solo eran una pareja a punto de disfrutar de una noche de baile; había mucho en juego. No obstante, se esforzó por complacerla.

Se puso en tensión tan pronto el carruaje disminuyó la velocidad. Se asomó por la ventana y comprobó la multitud que acudía. Todavía tardarían casi quince minutos en poder entrar a la mansión. Durante ese intervalo de tiempo podía suceder cualquier cosa.

Tal como había prometido, no se despegó de ella. Se acercó todo lo que la decencia permitía y fingió que su calidez no lo afectaba. Debía centrarse en lo importante.

Solo cuando estuvieron dentro, entregando la ropa de abrigo, pudo respirar mejor.

Fue un lapso minúsculo.

Al dirigir la mirada a Noelle y volver a contemplarla con ese vestido, sintió que su sangre se concentraba en lugares demasiado incómodos como para prestarles la debida atención.

Ella no sabía el peligro que había corrido en su habitación, cuando fue a entregarle la pulsera. Su piel blanca era demasiado tentadora, y su cuello y escote desnudos, pura seducción. Había tenido que apelar a todo su autocontrol para limitarse a acariciar la parte más vulnerable de su muñeca. Y en el carruaje... si no fuera por la conversación que habían mantenido, con toda probabilidad la hubiera subido a su regazo para acariciar mucho más que una porción del brazo femenino.

—Oh, Dios. ¡Es magnífico!

Noelle resplandecía a su lado mientras accedían al gran salón.

Con ojo crítico escudriñó a la multitud congregada. Para él era un baile más. Ella no parecía opinar lo mismo.

—Recuerda: no te alejes. Hay más gente de la que esperaba.

En respuesta, Noelle se cogió de su brazo, se apretó a él y le dedicó una sonrisa que le produjo un salto inesperado en su estómago.

—No hay nada que me apetezca más que estar justo a tu lado.

Su franqueza le resultó descorazonadora porque era evidente que no hacía esfuerzos para

salvaguardar su corazón. Aun así, su parte más mezquina brincó de felicidad al oírlo. No había nada que su cuerpo deseara más que tenerla pegada junto a él, a ser posible sin nada que la cubriera salvo él mismo.

Parpadeó para tratar de alejar esa línea de pensamientos. Si continuaba así, una zona concreta de sus pantalones no tardaría en llamar la atención.

«Céntrate. Céntrate», se ordenó. Parecía que de repente se precipitaba colina abajo sin posibilidad de sujeción. «¿Por qué ahora, maldición?»

Con cierta dificultad llegaron hasta un lateral de la sala. Habían dado un rodeo. Desde allí pudo visualizar a Pascal, que negó con la cabeza. Le informaba que el conde de Marcioux todavía no había llegado.

—¡Un vals! —exclamó Noelle de repente. Estaba tan cerca que notó su perfume—. Bailemos este. Rápido.

Con verdadero entusiasmo lo arrastró hasta la pista de baile, justo en el mismo corazón de la fiesta.

Wesley apenas recordaba su último vals. De hecho, si lo pensaba con detenimiento, podía afirmar sin equivocarse que nunca lo había bailado en público. No se había presentado ni la ocasión propicia ni la mujer adecuada.

Una excusa quiso salir de sus labios, aunque su brazo derecho ya reposaba en el talle y el otro sujetaba la mano femenina.

Como si lo hubiesen hecho desde siempre, se incorporaron al movimiento imparable de los bailarines y sus ojos no pudieron despegarse de los de Noelle. Ella era feliz a su lado, y en ese momento era suya. Se recreó en el contacto y se volvió osado al presionar más de lo debido. Ella lo notó y la sonrisa se desdibujó, siendo reemplazada por una expresión de expectación que dilató sus ojos.

Wesley se permitió dejar los fingimientos por un instante y se mostró tal cual era; porque ella lo merecía y porque él mismo lo deseaba, aunque fuera una única vez. Noelle sería capaz de apreciar la diferencia.

Los giros y más giros hacían que el ruedo del vestido le rozase. Sabía que era su propia imaginación, no obstante, le parecía una provocación que le hacía hervir la sangre.

—¿No te sientes atrevido? —le preguntó ella con una sonrisa que se le antojó seductoramente desafiante.

Wesley contuvo la réplica que tenía en la punta de la lengua o le diría cómo se sentía con todo lujo de detalles.

Su parte más perversa no pudo reprimirse:

—No te imaginas lo audaz que puedo llegar a ser en una esquina, contigo.

Lo satisfizo verla tragar saliva de forma muy visible. Cuando a continuación se lamió los labios sin ser consciente de ello, Wesley estuvo a punto de arrastrarla hasta el rincón más oscuro que pudiera encontrar.

«No voy a soportar mucho más».

Pero había de hacerlo, por el bien de todos.

Cuando los últimos acordes se deslizaban por el aire, Wesley no quiso meditar el curso de sus acciones y no permitió que ella se soltara. Apretando más el agarre, giró en dirección contraria al resto de bailarines y le echó un último vistazo a Pascal, que no se había movido de la columna del fondo.

Supo también que entendía sus intenciones.

—Wesley, ¿qué haces?

—Sígueme —le dijo muy cerca de su oreja y sin perder el paso.

Andaban ligeros cuando traspasaron las abiertas puertas del salón y tomaron un amplio y concurrido pasillo. Tratando de orientarse, entró en la primera estancia que vio.

Tuvo suerte. Estaba vacía.

Cerró con llave y la apoyó en la puerta, con él pegado a ella.

—Por eso el vals es un baile escandaloso y muy vigilado. Vuelve temerarias a las personas que lo bailan.

Y la besó con todas las ganas que había ido acumulando esa noche.

Esa vez le abrió los labios con menos delicadeza que las anteriores. Estaba sediento de ella.

Se apretó lo máximo que sus ropas permitían y la frustración se impuso. Ladeó la cabeza y profundizó con la lengua. Jadeó cuando la impetuosa lengua femenina le salió al paso, osada. Wesley le apretó la cintura con su cuerpo lleno de excitación clamando por más. Quería tocarla por todas partes y sabía que no podía.

—Noelle. Noelle —recitó cuando pudo respirar. Atacó de nuevo.

Sus manos apretaban su falda con fuerza conteniendo las ganas de alzarlas y contemplar esas piernas vestidas con medias de seda que subían y subían hasta el punto máspreciado y húmedo de esa mujer. Sabía que estaría mojada y temblaba solo de pensarlo. La sentía excitada y tan ansiosa como él. Su inexperiencia no la dejaría saber qué necesitaba, sin embargo, Wesley no era tan inocente.

Buscando un camino menos peligroso, fue separándose de su boca para deslizar sus labios y su lengua por el mentón y la clavícula. Sabía a pastel de chocolate. Era una imbecilidad pensar eso, pero adoraba tanto su sabor como si ella fuera su postre preferido.

—A... eso me re... fería —dijo ella con una voz ronca que le puso más duro aún.

—Mmm. —No quería interrumpir el trayecto de su boca hacia zonas sensibles.

—Cuan-do dije que necesitas ah... —jadeó cuando su lengua se paseó cerca del borde de su escote— tocarme. No le e... ches la culpa al vals. Esto es en... tre tú y yo.

—Tienes razón. —Se separó a regañadientes y la miró. Quería que viese la verdad en sus ojos —. Me cuesta la vida misma mantenerme alejado y no arrinconarte como estoy haciendo. Tu olor, tu risa, tu franqueza... Todo tú me vuelves loco.

Debió decir lo correcto, porque entonces fue ella quien lo cogió de la nuca con las dos manos y

pegó sus bocas.

Wesley no iba a quejarse por ello.

Unos suaves golpes en la puerta detuvieron todo movimiento. Ninguno de los dos se atrevía a respirar. Hasta que oyeron a Pascal.

—¡Terminad! —La orden era la más seca que Wesley le había oído fuera de su trabajo.

Oyó que charlaba con alguien en voz alta en un intento de disimular. Bien por él. Era el propio Wesley quien tenía serias dificultades para mantener una imagen respetable.

—Cuánta oportunidad —se quejó Noelle.

Estuvo a punto de reír, puesto que compartían el mismo sentimiento. Sin embargo, eso no les beneficiaría.

Salvo cierta parte de su anatomía, para él fue más fácil recuperar la normalidad. En Noelle eran visibles los signos de su encuentro. Gracias al cielo que no había ido más allá.

—Utiliza tu abanico para disimular cualquier detalle de tu rostro que podría delatarte —le recomendó—. Pascal te acompañará al tocador.

—¿Y tú?

—Debe ser la hora.

Abrió la puerta y Pascal entró y cerró tras de sí.

—Ha llegado hace más de diez minutos —anunció, confirmando las suposiciones de Wesley—. En poco más de tres será la hora. Debes dirigirte al punto de encuentro.

—Bien. Acompaña la y no te separe de ella.

Ambos asintieron y Wesley le dedicó una fugaz mirada a Noelle antes de marcharse. La seriedad del asunto ya había hecho desaparecer todo rastro de pasión.

Cuando salió del balcón lo halló vacío. El frío de la noche era pronunciado y tembló un tanto bajo la ligera chaqueta.

Poco después hizo lo propio un hombre que reconoció.

No había envejecido demasiado y lucía un aspecto muy similar a Felipe I de Francia, con su cabello poblado con ondas y patillas hasta casi el mentón.

—*Monsieur* —saludó un hombre—. Me gustaría poder añadir: «qué placer» —dijo en perfecto inglés.

—Milord. No dude que yo comparto el mismo sentimiento.

Ambos se enfrentaron cara a cara. Wesley era mucho más joven, mientras que el conde tenía escritas en su rostro señales fruto de la experiencia.

—¿Y bien? ¿Va a decirme dónde se esconde la ingrata de mi esposa?

«Directo y claro; justo como pensaba».

—Lamentablemente, no puedo complacerlo. Su esposa estará mucho mejor lejos de usted.

—¡Qué se ha creído, insolente petimetre! Puedo aplastarle con un simple parpadeo. Solo he accedido a este encuentro porque parece que tiene amigos con cierta influencia. Aun así, no se equivoque. Yo tengo más poder en mi meñique de lo que usted tendrá en dos vidas juntas, por muy

duque que sea su hermano.

Por si lo dudaba, Wesley ya tenía la confirmación de hasta qué punto alcanzaba el poder de ese hombre. Había escogido mal a su contrincante, sin embargo, en su día actuó como le dictó la conciencia. Debía protegerse y con él, a Noelle.

Jugó su mejor baza

—Entonces sabrá que no puede extralimitarse. Demasiadas personas son conocedoras de nuestro... desacuerdo. Eliminar me ahora supondría muchos problemas para usted. Sería mejor para ambos que llegáramos a un acuerdo.

—Y ese consiste en que me olvide de mi esposa, supongo.

Pasó por alto el sarcasmo subyacente y asintió.

—Eso es. Ya ha pasado tiempo. Declárela muerta y cátese de nuevo. De hacerlo, me marcharé de Francia y usted podrá rehacer su vida sin un rasguño.

—¿Me está amenazando? ¿A mí? No me haga reír. No tiene nada sólido a lo que aferrarse. Diga lo que diga es su palabra contra la mía.

Y ahí estaba el quid de la cuestión. No le gustaba haber llegado a ese punto y por eso no se lo había explicado a Noelle. Imaginaba su reacción.

—No lo acusaría, no; me limitaría a retarlo a duelo por el honor de su mujer. —Supo que había captado su total atención cuando su sonrisa se evaporó por completo—. Ya no serviría valerse de otros para acabar conmigo. Sería un enfrentamiento cara a cara. Su capacidad contra la mía. Si está al corriente de la vida que llevaba ya sabe a lo que se enfrenta. ¿Cómo está su puntería últimamente, milord?

—Eso es ilegal —farfulló al poco.

—Una minucia que no me detendría. De rechazar el encuentro conseguiría que lo supiera, no toda persona importante de Francia, sino también de Inglaterra. Nadie quiere tener relaciones con un cobarde. Su reputación quedaría tan dañada que no descartaría que tuviera que emigrar a otro país. ¿Le gusta Italia? ¿Qué tal España?

«Ya lo tengo». Casi estuvo a punto de suspirar de alivio cuando vio el pánico en sus ojos.

Se hizo un silencio tan pesado que parecía incrementar la algarabía del interior.

—Creo que no voy a aceptar ese trato.

Atónito, Wesley vio cómo el conde recuperaba la entereza y mostraba una sonrisita que no le gustaba.

—No muestre esa expresión de sorpresa, mi buen amigo. No es usted un buen jugador de cartas.

—No le entiendo.

—Por supuesto que no, señor Catesby. Por supuesto que no. ¿Qué tal su compañera de fatigas? Sé de buena tinta lo valerosa que puede llegar a ser. Muy resistente. Sería una lástima quebrar ese espíritu.

No reaccionó de buenas a primeras ante la obvia amenaza. Necesitó de unos segundos para refrenarse, no saltar sobre él y matarlo allí mismo.

—Si le preocupa en algo su vida ni siquiera vuelva a nombrarla. Déjela fuera de esto o lo lamentará.

—Oh, ahora nos estamos entendiendo, ¿verdad? Yo quiero algo que usted tiene y puedo arrebatárselo su bien más preciado. No intente fingir lo contrario. Por lo tanto, no habrá acuerdo mientras no me facilite el paradero de Hortense. El destino de esa belleza rubia —le guiñó un ojo que Wesley quiso arrancar con sus propias manos— está en sus manos. Ya sabe dónde encontrarme cuando se decida.

Al quedarse solo, Wesley se permitió boquear de rabia. El plan que había ideado y que tan inteligente les había parecido a Pascal y a él se había hecho trizas por la presencia de Noelle. No quería tener que escoger entre ella o la vida de la esposa de ese malnacido. La sola idea de que le hicieran daño conseguía sacar unos instintos asesinos que desconocía que tenía. Debía serenarse y tratar de pensar, pero sentía el peso de la amenaza en su corazón. No podía volver a esa sala en el estado en que se encontraba sin tener que proporcionar unas explicaciones que no quería dar. Noelle se asustaría y al minuto siguiente querría ayudarlo aun a riesgo de su propia vida. Ella era así. Y no iba a permitirlo.

Estaba llegando a un punto en que no sabía hacia dónde dirigirse. Mantenerla a salvo era su prioridad número uno. No sabía si llevarla de vuelta a Inglaterra resultaría seguro. Temía que la raptara o algo peor en el caso de querer trasladarla, puesto que los tentáculos del conde de Marcioux eran largos. Tal vez, pensó, había nombrado a Noelle para comprobar qué grado de relación los unía. De ser así, Wesley se lo había servido en bandeja.

«¿Por qué no he sido capaz de mantenerme indiferente y frío?», se preguntó, con las manos en la cabeza. Su valía como agente oculto del gobierno había quedado demostrada de forma sobrada cuando realizaba las misiones que le encomendaban. Tenía reputación de saber permanecer imperturbable ante los ruegos, chantajes o amenazas. Sin embargo, en Noelle, el conde había sabido encontrar su talón de Aquiles.

Se puso en tensión cuando las puertas se abrieron, no obstante, se trataba de una pareja en busca de un lugar alejado de las miradas indiscretas.

—Está ocupado —soltó con mala gana.

—Venga, amigo —le rogó el francés en su lengua nativa—, está aquí solo y yo necesito un rincón, aunque haga frío. ¿Comprende?

Le guiñó un ojo y la mujer colgada de su brazo soltó una risita desagradable.

Supuso que tanto Noelle como Pascal ya habían visto salir del balcón al conde y se estarían preguntando qué había pasado, por lo que no tenía sentido seguir a la intemperie. Si permanecía un poco más se preocuparían.

—Que lo disfruten. —Les hizo una reverencia burlona y volvió al agradable calor sofocante del interior.

Echó un vistazo alrededor y no los vio por ninguna parte. Su corazón se aceleró y la preocupación se instaló de nuevo. ¿Habría sido capaz de hacerle algo a Noelle? ¿Acaso había

aprovechado para materializar su amenaza? Tal vez Pascal no había supuesto impedimento alguno para el conde y sus hombres, aunque este tuviera vigilantes.

Desesperado, empezó a apartar a la gente. ¿Dónde demonios se habían puesto? ¿La pista de baile? ¿El buffet? ¿La mesa de refrigerios? Dudaba que Noelle estuviera todavía en el tocador.

Un grupo de mujeres se hizo a un lado y Wesley casi chocó con ambos. El alivio que sintió al verlos casi lo hizo jadear.

—¡Eh, *mon ami*! ¿Acaso nos buscabas? —El tono de Pascal era jocoso, pero sus ojos buscaban la menor señal de problemas.

—¿Estás bien, Wesley?

—Sí, sí, perfecto.

—Hemos visto salir al conde hace un buen rato —informó el francés—. Se ha marchado de la fiesta después de hablar contigo.

«Gracias a Dios».

Noelle le tocó el brazo con tiento.

—Estábamos preocupados por si te había causado daño. Por eso hemos venido en tu busca. —Hizo una pausa y lo miró a los ojos con detenimiento—. ¿Seguro que estás bien?

La siempre observadora Noelle estaba atenta a cualquier signo delator por su parte.

Se limitó a asentir.

—¿Cómo ha ido? —Se limitó a preguntar su amigo.

—Como cabría esperar. —No había modo de informarle hasta que surgiera la oportunidad. Mientras Noelle estuviera delante resultaba imposible. Se dirigió a ella—. ¿Bailamos?

Ella lo miró desconcertada.

—¿Ahora?

—Te debo un baile —Le recordó—. Si mi memoria no me falla, dijiste dos. No quisiera decepcionarte.

—No lo he olvidado, mas no nos has explicado qué ha dicho el conde. Parece como si no quisieras hacerlo.

—Bobadas. Quizá fui un poco optimista al pensar que se avendría a dejarnos en paz de buenas a primeras, pero una vez ha visto que no pensaba abrir la boca ha prometido pensarlo.

—¿Así de fácil?

Podía ver que se debatía entre creerle o no. Pascal permanecía en silencio y Wesley sabía que había leído entre líneas. Solo le faltaban los detalles, aunque por desgracia, no tardaría en dárselos.

Mientras tanto, en un intento por evitar que Noelle le diera vueltas al asunto y siguiera indagando, tiró de ella hacia el centro de la pista. Iba a disfrutar de ese baile, aunque fuera la última cosa que hiciera.

Capítulo 16

Noelle se retiró tan pronto llegaron a la casa, hecho que Wesley agradeció. De ese modo pudo encerrarse en el despacho de Pascal para explicarle los pormenores de la conversación con Marcioux. La amenaza hacia Noelle estaba clara y solo un necio la pasaría por alto. Por eso, ambos amigos pusieron en marcha unas cuantas medidas con la finalidad de asegurar más protección para la joven.

Comenzó a subir las escaleras con parsimonia mientras se desataba el pañuelo blanco del cuello. En su cabeza estudiaba todo lo sucedido en el baile; tanto lo bueno —la compañía de Noelle, los bailes con ella y el pequeño *affaire*—, como lo malo —su abierta enemistad con el conde, que le había dejado una rabia e inquietud difícil de digerir—. Odiaba encontrarse tan limitado, atado de pies y manos. No veía ninguna solución factible para resolver el asunto, porque matar a ese hombre, por muy enemigo suyo que fuese, no era para nada el modo de actuar de Wesley. No a sangre fría.

Estaba a punto de entrar a su habitación, barajando mil posibilidades distintas, cuando pensó en Étienne y recordó su berrinche. Sabiendo que descansaría mejor si comprobaba que todo andaba bien, retrocedió hasta las escaleras y subió al piso superior.

Se introdujo en la habitación con sigilo, temeroso de despertarlo, pero tan pronto traspasó el umbral se dio cuenta de que alguien más velaba el sueño de Étienne.

Noelle parecía a punto de quedarse dormida y tardó unos segundos en reparar en su presencia, lo que le dio tiempo de repasar el íntimo atuendo, un camisón que nadie, salvo ella, debería estar contemplando. A decir verdad, llevaba una bata sobre él, si bien la mantenía abierta y eso dejaba vislumbrar las suaves curvas de su cuerpo, consiguiendo que Wesley tuviera que tragar saliva un par de veces.

Parecía un ángel. Su cabello suelto y brillante se deslizaba por su espalda como si de una cascada de oro se tratara; sus labios se veían tan dulces como tentadores; su cuello, despejado y grácil, mientras que sus pechos sobresalían bajo el camisón en una exquisita sinuosidad que despertaba los sentidos adormecidos.

«Santo Cielo», susurró para sí cuando la pasión lo asaltó, recordando lo que había sucedido horas antes entre ellos. Ahora el ambiente resultaba más propicio para dar rienda suelta a sus instintos más básicos y su cuerpo parecía saberlo perfectamente.

Su propia excitación fue tan rápida y fulminante que evidenció un estado que no podía ocultarse a la vista. Ella podía darse cuenta con solo bajar un poco la mirada, lo cual resultaría del todo embarazoso. Lo mejor era excusarse y retirarse con elegancia.

—No podía irme a dormir sin asegurarme de que Étienne estuviera bien. ¿Te ocurre lo mismo? —preguntó de repente ella. Su tono de voz era suave y melódico. Wesley asintió sin decir nada. No se atrevía más que a tragar saliva—. Sé que ha estado bien cuidado durante nuestra ausencia, pero no lo he podido evitar. —Sonrió con dulzura y contempló cómo el pequeño dormía, arropado bajo las mantas. A continuación, lo miró a él—. ¿Qué te ocurre?

«Mejor que no lo sepas».

Entornó los ojos y se inclinó una pulgada hacia delante. Prefirió disimular y hacer ver que no sabía a lo que se refería.

—¿Cómo dices?

—Estás muy callado —advirtió ella—. ¿Es por Marcioux?

Wesley lo negó.

—El cansancio, más bien —señaló—. Lo que me recuerda: debes estar agotada. ¿Por qué no vas a acostarte?

Ella inspiró con pesadez.

—Enseguida. Solo necesito un momento.

—¿Para qué?

—Para sentir la suficiente calma para dejarlo solo. Sé que dijiste que era solo una rabieta, pero me he sentido muy culpable por haber ido al baile. Es una tontería, no es necesario que lo digas, pero habrá sufrido tantas necesidades que siento que debo estar a su lado para compensarlo de algún modo —le explicó—. Ve tú. Te seguiré después.

Wesley sonrió para sí. Noelle era una mujer extraordinaria, como bien había descubierto en aquella aventura.

—Eres su ángel de la guarda.

Lo decía de verdad, puesto que la joven había velado por el niño de un modo admirable. Cuando regresaran a Inglaterra sabía que ella lo echaría de menos. ¡Qué demonios! Incluso él lo haría. Solo esperaba que la preocupación se evaporara rápido, puesto que no deseaba verla sufrir.

—Deja que te haga compañía un momento. Después nos iremos los dos —añadió, aun sabiendo que era una pésima idea.

Escuchó cómo emitía un tenue suspiro. Wesley se acercó a ella con la cautela de un gato y se preguntó qué estaba haciendo. Una parte de él no tenía ninguna intención oculta cuando pasó un brazo por detrás de su espalda. Buscaba su cercanía además de ofrecerle consuelo y ser su sostén. Cuando volvió a ser consciente de la escasez de ropa de Noelle y notó su estremecimiento, se preguntó por qué no se había quedado donde estaba.

Con la mano libre levantó su mentón, perdiéndose en la profundidad de sus ojos templados durante unos segundos.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó con más suavidad de la que acostumbraba.

—Solo ha sido frío debido a la corriente de aire —contestó ella sin apartar la mirada.

Ninguno de los dos puso de manifiesto que la puerta de la habitación estaba prácticamente cerrada, por lo que no había tal corriente. Wesley tenía la atención puesta en otras cosas.

—No deberías haber venido con la ropa de dormir. Es demasiado fina. —Y dejaba poco a la imaginación. ¿Era cosa suya o se le pegaba demasiado al cuerpo?—. Agradezco a Pascal lo que ha hecho por nosotros, aunque opino que debería haberte proporcionado una bata de lana. —A poder ser, una fea, grande y gruesa, para que su cuerpo no reaccionara del modo en que lo estaba haciendo—. Es lo más conveniente, dadas las circunstancias.

Ella sonrió.

—Las circunstancias, no. El invierno, querrás decir.

—Así es —convino él. Su voz sonaba seca y profunda—. Porque pueden pasar cosas malas.

Noelle alzó las pestañas, divertida. Parecía que la duermevela del principio había desaparecido.

—¿Cómo cuáles? ¿Un resfriado?

—No —musitó—. Esta.

Wesley seguía pegado a Noelle, por lo que no tuvo que hacer ningún movimiento, salvo inclinarse sobre su boca. Debía de estar sediento de ella, puesto que dejó la contención a un lado y la besó con ardor. Jugó con sus labios, humedeciéndolos y capturándolos con los dientes y su propia boca. Se detenía, los acariciaba con los dedos y volvía a empezar. Mientras tanto, ella participaba de ese modo tan delicioso que había demostrado en el baile.

Eso lo encendió de nuevo, si bien esa vez con un fuego distinto, más voraz.

Aguardó durante diez largos segundos en los que esperó a que Noelle se diera cuenta de lo que estaba sucediendo y lo detuviese —aunque careciera de toda lógica por la inexperiencia de ella—. Cuando eso no sucedió, dejó de pensar y se dejó guiar por el instinto.

Antes de profundizar más los besos tomó su cintura con las manos y la giró hacia él, haciendo que Noelle quedara frente a frente, puesto que así tenía mejor acceso a toda ella. Después la empujó con suavidad hasta que la pared tocó la espalda femenina y la contempló con un sentimiento parecido a la fascinación.

Su lengua comenzó el rápido camino de la conquista, a la vez que sus manos se movían por su cuerpo en una danza sincronizada. Le daba besos largos y profundos que saturaban sus sentidos, seguidos de cortos y superficiales, esperando que Noelle fuera adaptándose a su ritmo. Ella, a su vez, le devolvía los besos, acariciaba su cabello y enredaba las piernas al cuerpo de Wesley.

En la habitación solo se escuchaban roces y exhalaciones de placer, tanto femeninos como masculinos.

Durante un instante abandonó su boca para concentrarse en su cuello y en su clavícula, donde besaba su suave piel, que en esa ocasión sabía tan dulce como la fruta madura. Con la palma de la mano abierta tentó su cuerpo, buscando el cálido lugar que representaban sus pechos.

Wesley ansiaba llevarla a un sitio que les ofreciera más intimidad y saborearla entera antes de hacerla suya. Sabía que estaba prohibido, pero no por saberlo dejaba de desearlo.

Nunca una tos fue tan inoportuna.

El pequeño Étienne tosió en sueños, haciendo que Noelle tomara el control de la situación. En un abrir y cerrar de ojos se deshizo de su abrazo y corrió hacia la cama. Sin embargo, el niño no llegó a abrir los ojos; se dio la vuelta bajo las sábanas y continuó con su plácido sueño.

Cuando Noelle se dio la vuelta, Wesley ya había desaparecido.

Noelle llegó a la salita de desayunos sintiéndose más descansada de lo que debería, ya que aquella noche le había sido casi imposible conciliar el sueño. Recordaba haber dado tantas vueltas en la cama que sus sábanas estaban más arrugadas que si hubieran sido pisadas por un pelotón de soldados. No obstante, se lavó bien el rostro y una doncella la ayudó a peinarse, por lo que su aspecto resultaba fresco y lozano. Además, llevaba un nuevo vestido de color nácar de lana con un fino dibujo de flores que le confería un aspecto muy favorecedor.

—Buenos días —saludó de forma alegre, pensando que también encontraría a Pascal. Sin embargo, Wesley estaba solo, sentado en la mesa y leyendo el periódico.

No pudo evitar sofocarse.

«Dios Santo, ¿por qué te ruborizas? No eres una niña tonta. Lo que sucedió anoche fue algo normal entre un hombre y una mujer».

Aquello era muy fácil de decir y no de cumplir. Tuvo que darse la vuelta y hacer ver que inspeccionaba la comida del aparador de desayuno.

—Buenos días, Noelle. ¿Cómo has dormido?

Se le erizó el vello de la nuca, solo con escuchar su voz. Tomó un plato y se sirvió un poco de esto y un poco de aquello sin fijarse demasiado. Prefería estar ocupada que pensar en la sensación que producían las manos de Wesley sobre su cuerpo.

Carraspeó levemente antes de contestar.

—Bien, bien. ¿Por qué no debería? —preguntó con aire distraído.

—Me dijiste que no podías dormir —contestó.

¡Ah! Él se refería a cuando se encontraron en la habitación de Étienne después del baile, sin hacer alusión a lo que ocurrió después. Se sintió ridícula y decepcionada a partes iguales. ¿Acaso a Wesley se le habían olvidado tan rápido los besos y las caricias que compartieron?

«Ahora no te comportes como una malcriada. No es el lugar adecuado para hablar de ello. Pascal o el servicio pueden entrar en cualquier momento».

¡Por supuesto! Su voz interior estaba en lo cierto. No podía esperar que Wesley se lanzara sin más sobre ella y la besara con pasión. No era tan insensato. Debían cuidar las buenas formas.

«Pero no sería la primera vez», se recordó.

Lo que ocurría era que ella se moría de ganas por continuar donde lo habían dejado, ya fuera en el baile o en la habitación. Disfrutar del contacto masculino sobre su cuerpo, explorar nuevas

sensaciones, ser consumida por la pasión... Por eso se lamentaba. Solo esperaba que no se hubiera arrepentido —a buen seguro sí, dada la forma en la que se marchó—. Eso sí, como le dijera algo semejante, juraba por Dios que lo estrangularía con sus propias manos.

—Dime, ¿no vas a contestar? —Al parecer, Wesley había estado hablando solo.

La pregunta la sacó de sus ensoñaciones. Pestañeó y enderezó la espalda. Lo que menos deseaba era que él descubriera en lo que estaba pensando.

—¿Cómo dices?

—Creo que todavía sigues dormida —opinó—. ¿Por qué te has levantado tan temprano?

Ella se encogió de hombros.

—No me apetecía holgazanear. Ya he descansado lo suficiente de nuestra pequeña aventura. Supongo que he recuperado el horario habitual del colegio. Aunque, a decir verdad, envidio el sueño dulce de Étienne.

Wesley asintió.

—Lo sé. Ni siquiera se ha movido.

Noelle alzó los ojos.

—¿Has ido a verle?

Él alzó las manos en señal de rendición.

—Culpable —declaró.

—Yo también. Es tan adorable que no oso despertarle.

—No lo hagas —le aconsejó. Contempló a Noelle, que se había sentado en la mesa, pero todavía no había probado la comida—. Pensaba que no te gustaban los riñones —dijo señalando su plato.

Noelle lo miró a él y a continuación al punto que le indicaba. Se dio cuenta de que en verdad se los había servido. Y ella los aborrecía.

—*Merde* —murmuró por lo bajo, pronunciando aquella expresión que tanto estaba usando en Francia—. No me di cuenta.

Wesley sonrió con benevolencia y se levantó.

—Espera. —Tomó un plato vacío y con la ayuda de un tenedor puso toda la comida de nuevo, menos los riñones—. ¿Así mejor?

Noelle le devolvió la sonrisa, mientras deseaba con todo su ser que la tomara en brazos.

Lo envidiaba.

¿Cómo podía estar tan tranquilo?

—Gracias —musitó satisfecha por lo que acaba de hacer.

Sin embargo, quería más; mucho más. Y aquello era endiabladamente complicado, puesto que el comportamiento de Wesley la confundía más que nunca. Poder entenderle resultaba complicado. Le decía que no, después actuaba de un modo contrario al que hablaba, volvía a encerrarse en sí mismo... ¿Cuál de ellos era el verdadero Wesley?

Cuando Pascal llegó, encontró a ambos zambullidos en una corriente invisible de deseo, si bien

resultaba palpable para los demás. Ambos permanecían inmóviles, mirándose con los ojos cargados de emoción contenida. Se sintió incómodo por interrumpir y tuvo que carraspear varias veces para llamar la atención de ambos.

—Buenos días, Noelle. Buenos días, Wesley. —Trató de actuar de un modo despreocupado. Esperó un tiempo prudencial para que la pareja recobrarla la compostura y, mientras tanto, ocupó un lugar en la mesa.

Wesley fue el primero en hablar. Inclino la cabeza y saludó a su amigo.

—Pascal... ¿Un café?

Si estaba avergonzado por haber sido pillado en un momento tan íntimo, lo disimuló.

Él negó con la cabeza.

—He desayunado temprano.

—Entonces supongo que deseas hablar con nosotros.

—Así es —contestó—. Ha llegado una carta de Inglaterra.

Wesley arqueó una ceja.

—¿Del ministerio?

Pascal se sacó un sobre de la chaqueta y la blandió al aire.

—Del primer ministro en persona —silbó alegre y con sorna—. Tienes buenas influencias, amigo.

—No más que tú —replicó Wesley, rodeando la mesa y tomando la carta.

Se sentó en el sitio en el que había desayunado para leer lo que había escrito en ella, aunque para ello se tomó unos largos minutos. Durante ese rato, Noelle y Pascal no hicieron otra cosa que observarle.

—¿Y bien? ¿Vas a informarnos de lo que dice o continuarás torturándonos con tus largos silencios? Hacerte el interesante no te hará mejor ante nuestros ojos.

Wesley levantó la cabeza y lanzó una mirada ceñuda a su amigo. Al parecer, no supo apreciar su broma.

—Lamb pide que regresemos.

Pascal se mostró visiblemente decepcionado.

—¿Y ya está? Pensé que los tuyos te ayudarían.

Noelle no dijo nada mientras veía cómo Wesley doblaba la carta con esmero. Después, se reclinó sobre la silla, meditativo.

—El ministro me advierte que no podemos acusar al conde de Marcioux sin pruebas contundentes.

Al escuchar sus palabras, Noelle se indignó. Irguió la espalda y comenzó a gesticular.

—¿Sin pruebas? ¿Sin pruebas? —repitió incrédula—. Nos secuestraron de Minstrel Valley, nos llevaron a Francia y han estado a punto de matarnos. ¿Acaso cree que ha sido un entretenimiento?

—No debemos olvidar que el conde es miembro de la nobleza.

—¡Y nosotros!

—No quieren empezar una guerra diplomática.

—Bla, bla, bla. Sandeces.

Se levantó y comenzó a andar por la salita, rodeando la mesa y maldiciendo al mismo tiempo

—Noelle, siéntate, por favor —le pidió—. Me estás poniendo nervioso. Sé que estás enojada y no te culpo, pero lo que dice es cierto: carecemos de pruebas sólidas. Y tampoco tenemos ningún testigo, dado que el condestable está muerto.

Bien podrían alegar que lo mató un delincuente cualquiera. Era altamente improbable que pudieran vincularlo directamente con Marcioux. Además, ninguno de sus hombres testificaría en contra suya, así que toda alegación carecía de fortaleza.

—El primer ministro me ha decepcionado —soltó Noelle, que hizo un encantador mohín con los labios.

O eso le pareció a Wesley desde la distancia. Él la comprendía, si bien no había mucho que pudiera hacer.

—Vamos a regresar a Inglaterra. El ministro me ha prometido protección. Pascal —se dirigió a su amigo—, si no es mucha molestia, ¿te importaría que nos lleváramos alguno de tus hombres? Me sentiré más seguro con una escolta mayor.

—Por supuesto. Ni siquiera es necesario pedirlo —le aseguró—. Y mientras los esperamos podemos trazar la ruta que consideres más segura. ¿Ambos regresareis a Minstrel Valley?

Miró a uno y a otro en busca de una respuesta, inseguro sobre la relación que mantenía la pareja. Wesley fue a contestar, si bien Noelle seguía indignada con aquella resolución del asunto y no le dejó hacerlo.

—Entonces nos vamos. —Sacudió la cabeza con impotencia—. ¿Y ya está? ¿Qué ocurrirá si tratan de secuestrarnos de nuevo? O, mejor dicho, a ti, que es a quien quieren.

Wesley no lo sabía con certeza.

—El ministro Lamb me pide que me reúna con él para tratar de buscar una solución amigable.

—«Amigable». —Noelle masticó la palabra con desprecio—. Odio que los temas políticos importen más que las personas. —A continuación, levantó el rostro con una pizca de altanería—. Está bien, lo acepto: nos marcharemos. Pero en cuanto lleguemos a Inglaterra pienso hacer que mi padre exija una propuesta menos diplomática y más eficaz para nuestros intereses. No voy a quedarme de brazos cruzados esperando que en cualquier momento algún malhechor salte por la ventana. El pobre Étienne necesita un entorno tranquilo y amistoso.

Wesley detuvo lo que iba a decir cuando escuchó sus palabras. Se removió en su asiento.

—¿Qué has dicho?

Ella lo miró con estupefacción.

—Espero que no me pidas que calle mi opinión sobre el asunto. El gobierno inglés debe ayudarnos.

Los habían secuestrado y tratado de matar, por Dios.

—No me refería a eso, sino a Étienne. Hablas como si pretendieras llevártelo.

La expresión de Noelle se tonó más aguda.

—Por supuesto que sí —murmuró, de repente incómoda, aunque en realidad contestaba una obviedad.

—Eso no va a suceder. Él se queda.

Aquellas palabras la hirieron, sobre todo porque provenían del hombre que amaba y que, en cierta medida, idolatraba. ¿Cómo podía pensar semejante despropósito? Ella era incapaz de abandonar a un niño desamparado. Pero no solo se trataba de eso: ella lo quería.

Se sublevó. Clavó las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Si crees que voy a dejarle con Pascal es que no has aprendido nada de mí durante estos días.

—Dirigió la mirada hacia el francés—. Disculpa, no es nada personal.

Él asintió vehementemente, incómodo con el ambiente que se estaba creando.

—Eh... —Asintió— Sí, lo sé. Ahora, si me permitís, me retiro. Prefiero no estar en medio de la guerra que se avecina —dijo de forma sabia—. Avisadme cuando tengáis tomada la decisión.

Se quedaron a solas, Wesley con una expresión de tensión dibujada en su rostro, y Noelle, de cólera. Mientras tanto, ella había cruzado los brazos sobre su pecho, dispuesta a presentar batalla.

—Voy a dejarlo bien claro: Étienne viene con nosotros. No hay discusión que valga.

Wesley se levantó y se acercó a ella, pero se detuvo solo a unas pulgadas, apoyando la parte baja de la espalda en la mesa.

—Noelle, piensa con claridad. Étienne es francés. ¿De verdad vas a sacarlo de su entorno para llevártelo a un lugar desconocido?

Ella frunció el entrecejo de forma clara.

—¿Qué entorno? No es más que un niño de la calle que ni siquiera habla cuando debería hacerlo. O nadie le ha enseñado o tiene algún problema que un doctor debería revisar. ¿De verdad crees que no puedo ofrecerle un hogar?

—En cuanto a lo segundo, no tengo más que añadir, puesto que estás en lo cierto. Respecto a lo primero... no estamos seguros —le advirtió—. Ya hablamos sobre ello. Bien podría tener una familia en Calais, tan pobre que pareciera abandonado. ¿Has pensado en lo que estarán pasando, tras su desaparición? ¿Te imaginas lo que sentirías si te arrebataran un hijo?

Noelle frunció el entrecejo.

—Eso es jugar sucio.

—Solo estoy advirtiéndote.

Podía concederle cierta consideración a ese razonamiento, sin embargo, sus argumentos no eran del todo válidos.

—¡No te has preocupado realmente de ese detalle hasta ahora! —le recriminó. Justo cuando ella había decidido llevárselo a Inglaterra. Era entonces cuando mostraba la duda. ¿Por qué? Pues porque deseaba disuadirla; algo que no iba a permitir—. Pascal está ocupándose del asunto. No ha tenido noticias de que exista ninguna familia. Lo estoy protegiendo mientras llegan las averiguaciones.

—¿Y qué ocurrirá si en unos meses aparecen sus padres?

Notó un agudo dolor en el estómago. Tenía tanto cariño a aquel niño que de forma sentimental ya lo consideraba suyo. Quizá fuera una locura permitirse querer de aquel modo, pero ante todo pensaba en lo mejor para él.

—Sin lugar a dudas haré lo mejor para Étienne, aunque sea en detrimento mío.

Si eso significaba sufrir su ausencia, que así fuera.

—Sería mejor dejarlo con una familia francesa —recomendó—. Ellos lo cuidarán.

¡Qué estupidez!, se dijo. Ella podía proporcionarle los mismos cuidados que unos franceses, puede que incluso más. Su padre era conde, Cielo Santo; poseían tierras y propiedades; además, vivían en un hermoso castillo con sirvientes a su servicio. ¿Quién, en su sano juicio, rechazaría aquello?

—He dicho que no —declaró con convicción—. Y lo haré mil veces, si es necesario. De todas formas, me parece inaudito que hables así. ¿Cómo puedes sugerir que lo dejemos? Quieres a ese niño tanto como yo.

—Estás exagerando. No niego que me pueda enternecer, pero de eso a desarrollar sentimientos...

—Pues eso mismo afirmo —dijo, tozuda—. Entre vosotros ya hay establecido un lazo afectivo del que no puedes deshacerte.

—Mira, Noelle...

—Déjalo, no insistas. Haz como gustes. Si no quieres participar en esto, no lo hagas. Tú regresarás a Inglaterra por una parte, y nosotros, por otra.

Le daba una solución perfecta: no implicarse en absoluto. Eso, por supuesto, la decepcionaba. Esperaba mucho más del hombre que amaba.

Wesley la siguió presionando.

—¿Has pensado en tu reputación? ¿Qué dirán en Minstrel Valley, tus amigas o tus profesoras? Una dama soltera apareciendo con un niño...

—¡Oh, por supuesto! —se burló ella—. Estoy convencida de que solo hablarán de eso. De mi desaparición y periplos por Francia en la compañía de cierto caballero, no. —Ella sabía que a la vuelta tenía mucho que afrontar—. Fui a Minstrel Valley por un motivo. —No era necesario recordarse cuál, puesto que Wesley lo sabía bien—. Ahora todo ello carece de sentido, así que regresaré a Cornualles. Y ahora —le aconsejó—, será mejor que dejes de hablar o mi opinión sobre ti puede cambiar de forma que no tenga remedio.

Noelle giró sobre sus talones y se marchó, convencida de que el abismo que existía entre ambos era insalvable.

Unas horas después seguía con el mismo humor, o más bien, mal humor. Ni siquiera se le pasó cuando a primera hora de la tarde Pascal apareció con su puñal, que uno de sus hombres había recuperado de Calais. Por supuesto, se alegró de tenerlo consigo. Aquel objeto era máspreciado

que cualquier joya de valor que poseyera. Sin embargo, pesaba más la agria sensación que le produjo el comportamiento de Wesley.

Le dio las gracias y le prometió que le devolvería todo el dinero una vez regresara a Inglaterra. Pascal no lo necesitaba y así se lo dijo, aunque Noelle se empeñó, puesto que ya había hecho suficiente por ellos. Siempre sentiría que estaba en deuda con él.

Respecto a Wesley, lo eludió todo lo posible durante el día con la firme intención de no volver a discutir —siempre que él se mostrara racional, por supuesto. Porque no iba a permitir que controlara su futuro—. Durante mucho tiempo Noelle había empleado sus mejores esfuerzos en conquistarlo. Pero eso no significaba que se plegara a todos sus deseos. No la quería, pues bien: iba a volcar su amor en otras personas.

Ella tenía su orgullo.

Después de jugar con Étienne y no sabiéndose buena compañía, se retiró a su habitación y se sentó en el alfeizar interior de la ventana, mirando sin ver realmente por el cristal.

Se sacó el puñal de la bota y, mientras pensaba en su futuro, con la punta hizo una minúscula muesca en la madera. Como le había dicho a Wesley aquella mañana, ya no tenía sentido regresar a Minstrel Valley para proseguir con las clases. El tiempo transcurrido desde que se marchó no era mucho, pero ella sentía como si en realidad hubiera sido una vida entera. Noelle había cambiado, dejando atrás esa tonta inocencia con la que pretendía convertirse en la esposa del hombre que quería.

Aquel último hecho, referente al amor, seguía tan vigente como las normas de sociedad inglesas, por lo que debería hacer un esfuerzo hercúleo para desembarazarse de tal sentimiento.

Dejó de lamentarse cuando una de las sirvientas de la casa llamó a la puerta para anunciarle que la esperaban en la biblioteca. Guardó el puñal en el lugar donde siempre había estado y se detuvo un instante a contemplarse en el ovalado espejo, antes de bajar.

Con las yemas de los dedos acarició sus mejillas y sus voluptuosos labios.

«Ojalá Wesley me amara», deseó. «Ojalá deseara lo mismo que yo».

Llegó a la biblioteca sin imaginar para qué era requerida su presencia, así que cuando se percató de que no solo Wesley y Pascal se encontraban allí, sino también otro hombre de gran relevancia en su vida, Noelle no pudo hacer otra cosa que permanecer de pie, mirarlo y ponerse a llorar como una tonta sentimental.

—¡Papá! —chilló ella. A duras penas era capaz de contener la agitación, pues su corazón acababa de recibir una explosión de alegría.

No fue hasta que él le abrió los brazos con una enorme sonrisa en el rostro, que Noelle se lanzó a ellos, fundiéndose en un eterno abrazo del que ninguno de los dos quiso desprenderse. Acurrucó la cabeza sobre su pecho y dejó que su padre acariciara su cabello, como si se tratara de una niña pequeña que necesitara consuelo.

¡Qué feliz era de tenerlo junto a ella! Ahora se daba cuenta de lo mucho que lo había echado de menos.

—Noelle, querida. Me alegra tanto saberte a salvo —murmuró él, igual de emocionado que su hija—. Aunque eso no significa que vayas a librarte de un buen sermón.

Ella echó el rostro hacia atrás y le lanzó una mirada suplicante.

—Lo sé, pero que sea después. Te he echado tanto de menos...

Julian Montague, conde de Beaufort, movió la cabeza de un lado a otro. Entonces, pareció un tanto avergonzado por haber dejado atrás la rigidez con la que llegó para mostrar su lado más tierno. Se separó de su hija, carraspeó y se recompuso, recuperando el temple.

—Estás tratando de engatusarme —señaló con un tono de advertencia—. Y debo advertirte que no lo vas a conseguir. He venido hasta París con un firme propósito; en realidad, dos. Ante todo, ahora que he comprobado que te encuentras sana y salva, puedo respirar mejor. No sabes cuánto hemos sufrido tu madre y yo. Sin embargo, te has metido en un buen lío, jovencita. ¿Acaso has olvidado todas y cada una de las normas del decoro que tu madre y yo te hemos inculcado? Después de docenas de institutrices, tutores, colegios y lecciones, te has comportado justo como una dama no debería.

—Pero papá... —protestó ella, haciendo una mueca—. No es justo. Nos secuestraron. Te lo expliqué todo en la carta.

El conde asintió.

—En efecto, lo hiciste. Solo que te olvidaste de un pequeño detalle. ¿Qué diantres hacías en casa del señor Catesby? —Mientras lo preguntaba señalaba al susodicho, que había permanecido inmóvil desde la aparición de la joven—. ¿Saliste del colegio con algún permiso o con la compañía adecuada?

Noelle sabía que su padre tenía derecho a reprocharle aquella falta, así que no pudo justificarse.

—No. —Bajó la cabeza, avergonzada.

El conde la observó con detenimiento.

—¿Estás admitiendo que actuaste de un modo censurable?

—Bueno, yo... —comenzó a alegar, sin embargo, su padre la cortó de inmediato.

—¡Noelle! Nada de mentiras ni de excusas. Eso es impropio de ti. Además, el señor Catesby me contó los acontecimientos. Bueno, en realidad es lord Catesby —dijo más bien para sí, recordándose cómo debía referirse a él. No obstante, cuando vio el asombro en los ojos de su hija tuvo que explicarse—. Antes de venir tuve una larga conversación con su hermano. Todos estamos de acuerdo en que una boda entre ambos va a ser un hecho indiscutible. Y ahora, hija, puedes retirarte. Tengo asuntos que tratar con Catesby.

—Papá, por favor, no te apresures. Medita muy bien lo que vas a hacer.

Su amado progenitor tensó la espalda y le lanzó su mirada más autoritaria.

—Espero que no estés insinuando que podrías no desear este enlace, porque tengo una noticia para ti: lo habrá. La próxima vez que trates de acercarte a un hombre a escondidas medita bien las consecuencias.

Noelle miró a su padre. Sabía que no iba a ceder; lo conocía demasiado bien. Después giró hacia Pascal y, a continuación, hacia Wesley. Era este último quien más le importaba. No parecía sorprendido ni enfadado, aunque era normal, puesto que ya los oyó noches antes hablar sobre eso, precisamente.

¿Y ella? ¿Cómo se suponía que debía sentirse? ¿Debía alegrarse porque al final se convertirían en marido y mujer o, por el contrario, debería estar abatida? Al fin y al cabo, iba a unirse en matrimonio con un hombre que afirmaba no amarla.

Decidió que les dejaría creer que serían los que decidirían su destino. Antes de dar su conformidad, tanto Wesley como ella debían mantener una conversación importante. Aun a riesgo de quedar marcada de por vida, nadie la obligaría a nada que no deseara de verdad; su padre lo sabía y ella también. Por el momento, sin embargo, hizo lo que su padre le pidió. Debía meditar bien qué iba a decir y cómo.

Se despidió de los tres mientras luchaba contra el remolino de sentimientos que se había instalado en su estómago. Iba a ser una noche muy larga.

Capítulo 17

Un golpe seco la despertó.

Noelle parpadeó desorientada y oyó unos pasos apresurados. ¿Se había dormido por fin y estaba soñando? No veía luz por ninguna parte y, cuando levantó la cabeza, tampoco ninguna brasa en la chimenea.

Dio un bostezo que se tapó con la mano y volvió a reclinar la cabeza, pero los insistentes golpes en la puerta de al lado no la dejaron volver a dejarse vencer por el sueño.

Después, oyó a su padre hablando con alguien, otra puerta que se abría, unos pasos subiendo hasta el piso superior...

«¿Qué ocurre?»

Fue a levantarse cuando los golpes se produjeron en su propia puerta.

—¿Noelle? ¿Noelle? —llamó su padre desde fuera.

—Estoy despierta.

Se levantó a tientas y dejó que la luz del candelabro que llevaba su padre iluminara la estancia.

—¿Qué sucede, papá? —preguntó nada más abrir. No le gustó el rictus de preocupación que lucía.

—Se ha producido un pequeño incendio en la casa y están tratando de apagarlo. Ha avisado un sirviente y ha despertado a toda la casa. Cúbrete y bajemos.

Noelle le puso la mano el brazo.

—Étienne.

—Ha ido Catesby. No tardes.

Respirando mejor, asintió y cerró la puerta.

Por mucha ropa de abrigo que llevara encima fuera hacía demasiado frío como para salir solo con un camisón, así que buscó de prisa el vestido que todavía no había devuelto a los Bouthillier. A nadie le importaría si no llevaba el corsé. Cuando estuvo lista, salió. Se oían gritos a lo lejos y se veía movimiento en toda la casa. Su padre la esperaba a los pies de la escalera que ascendía al piso superior.

—¿Han bajado?

—Todavía no. Sal de la casa, ya espero yo.

Justo en ese instante, Wesley apareció con el niño en brazos, completamente despierto y alerta.

—No he encontrado su ropa, por lo que he cogido una manta para cubrirlo —informó. Él también estaba a medio vestir.

Étienne estiró los brazos hacia Noelle y esta lo cogió, envolviéndolo bien.

—Bajemos.

A medida que descendieron, aunque no podían ver el fuego, sí pudieron notar el calor en el ambiente.

—¿Y Pascal?

—No lo sé —respondió Wesley—. Voy a buscarlo. Salid y poneos a salvo al otro lado de la calle.

En el vestíbulo había un verdadero alboroto. La puerta de la casa estaba abierta de par en par y salían y entraban personas que se dirigían a la parte posterior.

—Ten cuidado —le dijo a Wesley, que le apretó la mano en respuesta.

—Vamos. —Su padre la apremió a salir.

Fuera, al contraste con el excesivo calor del edificio, la fría noche la golpeó de un modo que la hizo boquear. Apretó al niño por instinto. Su padre la arrastró hasta un grupo de mujeres, todas sirvientas. Miraban hacia la casa y Noelle las imitó. Si observaba al cielo oscurecido se podía ver un tono anaranjado, un reflejo del fuego que debía arrasarse la parte trasera de la vivienda y que podía alcanzar cualquiera de los domicilios vecinos.

—Quédate aquí. Voy a ver si puedo echar una mano.

—¡No! —Se aferró a él—. Deja que lo hagan los demás. Hay mucha gente.

—Sabes que no puedo, Noelle. Cuiden de ellos —ordenó a las mujeres. Le dio un beso y regresó, dejándola perpleja.

«Protégelos, Señor».

Durante unos minutos contempló la calle y cómo miembros de familias vecinas iban saliendo. Se los veía confusos y alterados. De la casa iban saliendo hombres con la cara ennegrecida y tosiendo, lo que le indicaba que el fuego era considerable.

Con Étienne en brazos se sintió inútil.

—*¡Sapeurs-Pompiers! ¡Sapeurs-Pompiers!* —gritó con excitación una mujer.

Noelle vio llegar con alivio a los encargados de sofocar el fuego. La brigada llegó con un carruaje, vestidos con su uniforme y trayendo consigo una bomba de agua remolcada.

Durante los siguientes minutos la calle se transformó en un verdadero caos. Noelle trataba de ver si su padre, Wesley o Pascal salían, si bien no lo hacían. Étienne se revolvió en sus brazos y lo puso en el suelo. Ella, al igual que los demás, quería ayudar, pero sin saber cómo, por lo que se acercó al tumulto.

Se cruzó con una mujer con una expresión de angustia pintada en el rostro. Le aferró la mano.

—*Madam, madam, aide moi, s'il vous plaît.* —Señaló a un hombre tirado en el suelo, un poco apartado.

Dudando, pero cediendo un poco al asedio femenino, Noelle la siguió.

—Espera aquí —le dijo al niño.

Se acercó al hombre con el rostro ennegrecido y temió que el fuego hubiera quemado sus pulmones. Se inclinó tratando de ver si respiraba, no obstante, se sobresaltó al verle abrir los ojos de repente, levantándose de un salto y atrapándola.

«Oh, no. ¡No!». Era una trampa.

Se revolvió procurando gritar, aunque la mujer ya le ataba la boca con un trapo y el hombre le impedía casi respirar de lo fuerte que era su agarre. Se rebeló pataleando, pero apareció otro sujeto que se la cargó a hombros y salió corriendo con ella encima. Mientras la dejaba de un modo desconsiderado en un carruaje, solo pudo alcanzar a ver a Étienne tratando de llegar a ella mientras gritaba:

—¡Maman! ¡Maman!

La puerta se cerró y un paño con un olor muy fuerte entró por su nariz, casi ahogándola.

Poco después, ya había perdido el conocimiento.

Wesley pasó la mano por el hombro a Pascal en señal de consuelo. Los desperfectos que el fuego había ocasionado eran importantes y afectaban a las dependencias de las cocinas, el despacho y la parte de atrás. Con el conde de Beaufort a un lado, los tres agotados hombres salieron.

El espectáculo no era el que esperaba.

A un lado de la calle, un grupo de criadas estaban arrodilladas en el suelo intentando calmar a un inconsolable Étienne, que gritaba «maman» con voz lastimera.

Paralizado, lo primero que pensó en contra de toda lógica —en lugar de alegrarse por el milagro de oír una palabra del pequeño— era dónde estaba Noelle. Movié la cabeza en todas direcciones tratando de dar con ella, sin embargo, el peso en el estómago ya le indicaba lo que era tan evidente: ella no estaba; de otro modo se encontraría con el pequeño, consolándolo.

Fue entonces cuando supo que el grito de «madre» se refería a ella.

En cuanto este lo vio, se soltó del agarre de una de las doncellas y corrió hacia sus brazos. Oprimió su cuello con las manitas y en un francés poco lucido intentó explicar, a través de las lágrimas, qué había ocurrido. No parecía el mismo niño.

—Calma, Étienne, calma. Ve más despacio.

—¿Dónde está mi hija? —bramó el que sería su futuro suegro. Su postura indicaba que no tardaría en explotar.

—No lo sé. Deje que nos lo explique.

Al pequeño le entró una especie de timidez que hizo esconder su cabecita y pegarse más a él. Wesley le acarició la cabeza tratando de reconfortarlo mientras sentía que sus músculos se agarrataban por momentos. Haciendo un esfuerzo por conservar la calma, prestó mucha atención a lo que le decía Étienne. Conforme hablaba, no le cupo la menor duda de cómo había sucedido todo y quién era el responsable.

—¿Marcioux? —preguntó Pascal con voz queda y un poco seca debido al humo respirado.

Wesley asintió. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por no evidenciar lo que sentía y no gritar como un loco. No quería asustar al pequeño y no ayudaría en nada. Sin embargo, sentía un frío por dentro que reconoció como miedo.

—¿Quién es Marcioux? ¿De qué hablan?

—El conde de Marcioux es el responsable de todo. De no ser por él, no estaríamos en esta situación.

El hombre hizo una breve pausa y Wesley lo vio tragar saliva. Comprendía muy bien lo que se gestaba dentro de él.

—¿Se la ha llevado? ¿Eso dice?

Wesley lo miró al rostro y lo enfrentó. Asintió.

—Lo siento. También por ti, Pascal. Imagino, demasiado tarde, que el fuego fue provocado para crear una distracción oportuna.

—Solo es una casa. La vida de lady Noelle es mucho más importante.

Sí, lo era. Noelle era tan valiosa para él como el oro para otros. Al amenazarla, el francés lo había convertido en algo personal. Secuestrarla suponía una declaración de guerra que convertía a Wesley en su verdugo. A ese hombre apenas le quedaban unas horas de vida; las justas para encontrarlo y acabar con él. En el baile se había comportado de un modo demasiado indulgente. Hubiera debido matarlo allí mismo para evitar que esa alimaña se creciese. Había cometido un gran error y había sido Noelle quien lo pagara, mas era el último que cometía. El último.

—Dadme la dirección de ese malnacido —exigió el conde de Beaufort—. Voy ahora mismo a matarlo.

—¿Con qué? —preguntó Pascal, siempre práctico.

—Con mis propias manos, si es necesario —rugió.

—Muy noble, pero suicida.

—¡Es mi hija!

—Lo sé; no pretendía minimizarlo. Solo que me parece absurdo ir a buscarlo a su residencia. Dudo que esté allí. Por cómo ha llevado todo el asunto, es mucho más inteligente que todo eso.

Eso mismo pensaba Wesley. Mientras ambos hombres habían estado hablando, él había meditado el asunto al tiempo que seguía acariciando al niño, que se había relajado en su hombro, aunque aún lloriqueaba. Casi podía oír la voz de Noelle regocijándose por ello. Tenía razón cuando había asegurado que el lazo entre ellos ya se había formado. El niño lo quería y el sentimiento era recíproco. Se alegró, al menos, de que Marcioux no hubiera sabido de él o, de estar enterado, no lo hubiera valorado como un peón más con el que vencerlo. Wesley daba las gracias por ello. No necesitaba tener su atención dividida o verse obligado a decidir entre ambos.

—¿Y qué puedo hacer? ¿Esperar una invitación de su parte?

—Pascal tiene razón —dijo al fin—. Ambos la tienen. Marcioux no va a quedarse esperando en el cómodo salón de su casa. Solo hay que ver cómo se ha esmerado para poner en escena este gran espectáculo. Podría haber sido más discreto, pero quiere restregarme que su poder es mucho

mayor que el mío y que puede vencerme donde y cuando sea.

»Sabe también que voy a seguir negándome a su petición y que solo hay un final para esto: uno de los dos va a morir. Que vaya usted no tiene sentido, milord. Podría mantener a Noelle oculta porque usted no tiene lo que él quiere. O podría matarlo por simple divertimento; incluso para que pese sobre mi conciencia. Si le causan daño, Noelle no me lo perdonaría. No voy a vivir con esa carga.

—¿Y qué sugiere?

—Esta vez haremos las cosas mejor. Seremos más firmes y utilizaremos la vía diplomática de un modo más efectivo.

Pascal entendió lo que quería decir.

—¿Crees que esta vez me harán caso?

—No tendrán más remedio si vais los dos. Es un noble, aunque sea inglés. Además, es el padre. Si se comporta de un modo, digamos, más contundente, no se atreverán a obviarnos como ya lo hicieron. —Miró al conde—. ¿Cree que podrá hacerlo?

—La vida de mi hija está en juego y se me da muy bien hacer presión. —Apretó los puños e hizo crujir los nudillos. Con su aspecto sucio y ennegrecido y los ojos brillantes, el conde parecía más un loco que un aristócrata—. ¿Y qué piensas hacer tú?

—Marcieux ha apostado fuerte. Apenas han pasado un par de días desde el baile y ha sido capaz de todo esto. —Abrió un brazo y lo movió, señalando la casa y la calle—. Lo primero es saber dónde está.

—¿Y cómo lo descubriremos? —preguntó Pascal.

—Fácil. Buscaremos al responsable del incendio. Seguro que no sabe que su amo lo ha entregado en sacrificio.

—Estás muy seguro de que él o ella pueda decirte dónde está.

—Créame, lord Beaufort, podrá. De otro modo hubiera dejado indicios, miguitas de pan visibles. Quiere hacerme sufrir —«y lo está consiguiendo»—. Necesitamos encontrarlo. Ya.

Reunieron a todo el personal de Pascal en el vestíbulo. La calle se había ido vaciando una vez sofocado el fuego, y todos habían vuelto al confortable calor de sus camas. Comprobaron uno a uno si estaban los habituales, dónde se hallaban cuando el fuego se originó y quién podía corroborarlo.

Pascal inspeccionó a cada hombre que se había incorporado a su servicio desde que Noelle, Étienne y él habían llegado a París.

Una hora y media más tarde, solo tres hombres no gozaban de la confianza de nadie.

Wesley los miraba buscando en ellos signos de nerviosismo o algún detalle que los delatara. Intentaba ser paciente, aunque resultaba duro. Era consciente de que Marcieux jugaba con él al hacerle perder tanto tiempo y que no le haría nada a Noelle mientras tanto, pero ya no estaba seguro de nada. Se planteó estar equivocado, si bien se negó a dejarse vencer por las dudas.

Tenía el rostro de Noelle impreso en su mente. La recordaba en cada una de las situaciones que

habían vivido. Hacerlo le provocaba un nudo en la garganta que no podía eliminar. Eso estaba bien; lo mantenía en guardia y siendo consciente de lo que se jugaba si fallaba.

Étienne se removió en sueños en su brazo. Lo notaba dolorido de sostenerlo tanto tiempo, no obstante, el calor que emanaba lo reconfortaba de un modo absurdo. Había intentado ponerlo en manos del ama de llaves de Pascal para que lo acostara en una de las habitaciones de la parte delantera, pero este se negó a apartarse. Wesley sintió cierta satisfacción posesiva parecida a la que experimentó cuando Noelle le confesó todo lo que había hecho para estar con él.

«Me quiere», pensó.

Resultaba curioso que se sintiera de aquel modo cuando había rechazado establecer algún tipo de vínculo. Con Noelle había procedido de un modo parecido y se arrepentía de su discusión y de las últimas palabras que habían intercambiado. No se había mostrado comprensivo ni abierto a dialogar, negándose a dejarles entrar, cuando ahora comprendía que ya estaban dentro.

Abrazó el sentimiento con cierta humildad y se prometió dejar de comportarse como un estúpido. Tan pronto la tuviera entre sus brazos le diría todo lo que guardaba su corazón.

—¿Qué opinas?

La pregunta del conde lo trajo al presente con brusquedad.

—Matemos a los tres.

Los aludidos mudaron sus posturas alertas hacia otras de miedo perplejo. Solo uno mantuvo cierta compostura —con el semblante blanco como el papel—. Los otros dos empezaron a llorar sin saber por qué los condenaban. Esa misma reacción sentenció al tercero.

Le hizo una señal a Pascal para que procediera con los demás y se acercó a ese desconocido, que lo miraba con creciente alarma.

—O tal vez deba deshacerme solo de usted. Al fin y al cabo, sigue las órdenes del conde de Marcioux y es el responsable del fuego originado. ¿Me equivoco?

Atento a las señales, comprobó que sus suposiciones eran ciertas. Verificó de reojo que su amigo situaba al resto de hombres de confianza de forma estratégica para evitar una huida. El padre de Noelle se mantenía a su lado con una expresión funesta. Esta vez, sí, entregó al niño al ama de llaves, que se alejó con rapidez con Étienne dormido en brazos.

—¿Acaso es mudo? —preguntó impaciente Julian Montague.

—No-no sé de lo que está hablando.

—Claro que lo sabe. —Wesley tomó la palabra—. ¿Cómo lo convencieron para que se quedara? —No esperó respuesta—. Lo lógico sería que, una vez provocado el incendio desapareciera entre el caos. ¿Quién podría relacionarlo? Y de hacerlo, nadie podría dar con usted. Sin embargo, hizo todo lo contrario y se quedó a extinguirlo. ¿No le parece irónico? Me pregunto por qué no se ha planteado el sentido de las órdenes recibidas. —Por su expresión supo que había dado en la diana y que iba bien encaminado—. Creo que ahora empieza a verlo claro. Lo han utilizado a sabiendas.

El rostro del individuo se puso rojo por momentos al comprender que estaba atrapado.

Wesley aprovechó esa furia en contra del conde para sacarle la información que ansiaba. Aun así, no se sentía victorioso, ya que tenía la seguridad de que ese era el objetivo final de Marcioux. Le informó que sería entregado a las autoridades, pero que estas serían más benevolentes con él si sabían que había colaborado, lo cual era una absoluta falsedad. No tenía ni idea de lo que harían con él, confesase o no.

Al final les reveló el paradero del conde francés sin demasiadas presiones: se hallaba en una granja a las afueras de París.

Una vez obtenido los detalles se lo llevaron. Los tres hombres se quedaron solos.

—Es una trampa. Lo sabes, ¿verdad? —Pascal lo miraba con cara circunspecta.

—Por supuesto. —No dijo nada más.

—Espero que no quieras echarme para atrás. —El conde de Beaufort no cesaba de presionarlo—. De todas formas, si no tienes el coraje suficiente, iré yo en tu lugar.

Tuvo que reprimir las ganas de darle un buen puñetazo. Se contuvo por ser el padre de Noelle —ella no lo vería con buenos ojos— y porque sabía que todas sus palabras eran provocadas por la angustia.

—He dicho que iré. Noelle no merece otra cosa. El conde morirá solo por haberse atrevido a secuestrarla. Si le ha provocado, aunque sea un mínimo rasguño, sufrirá. Necesitaré a tus hombres —le dijo a Pascal.

—Están a tus órdenes. Nosotros vamos a despertar a ciertos franceses eminentes.

Después de hablar con aquellos que le acompañarían y buscar en un mapa las indicaciones que le habían dado, Wesley subió las escaleras. Le pesaba el cuerpo y la culpa. Se recriminaba no haber estado más atento, no haber sabido aprovechar las oportunidades con Noelle. Ahora más que nunca necesitaba motivarse para no deprimirse planteándose un desenlace fatal. Iba a salvarla y a solucionar ese asunto de una vez por todas. Después, si ella lo quería, le daría el mundo mientras permaneciera a su lado.

Abrió con cuidado la puerta de una habitación. El ama de llaves dormitaba en un sillón. Una solitaria vela encendida y el fuego en la chimenea provocaban las luces y sombras de la estancia. Un bulto ocupaba el centro de la enorme cama. Se acercó a él y la mujer se despertó.

—Siga descansando.

Se sentó en la cama y observó a Étienne. Acarició su cabello, que había crecido desde que lo encontraron en Calais. El niño abrió los ojos de golpe y se relajó de nuevo cuando le reconoció.

Wesley se inclinó sobre él.

—Debo irme —dijo en francés. Todavía le parecía increíble el torrente de palabras que habían salido de su boca un par de horas antes—. Voy a buscar a mamá. Cuando estemos de vuelta nos marcharemos a casa —prometió.

Esperaba que captara la certeza de sus palabras.

Cuando se incorporó y lo abrazó, Wesley le correspondió. Se juró, entonces, que nadie ni nada impedirían que los tres formaran una familia; ni siquiera un conde francés.

Capítulo 18

Noelle empezaba a desesperarse.

El sol había salido ya hacía un buen rato —no tenía forma de medir el tiempo— y la cabeza había dejado de dolerle. No obstante, seguía teniendo la boca pastosa y mucha sed. Aun así, ninguno de los cuatro hombres que la custodiaban en esa habitación había tenido la delicadeza de traerle agua. De hecho, ni siquiera le dirigían la mirada ni respondían a sus intentos por establecer una conversación.

Sabía, también, que no estaba en la ciudad. La había despertado el gallo y oía a lo lejos los inconfundibles sonidos de animales de granja. Y, además, tampoco dudaba del culpable.

«Si al menos me dieran la oportunidad de usar mi puñal...».

Se alegraba de haberlo escondido en su bota. Ahora solo necesitaba que alguien se confiara para tratar de escapar. No estaba muy segura de lograrlo, pero no iba a quedarse ahí sentada tratando de averiguar cómo pensaba utilizarla para atrapar a Wesley.

Cerró los ojos en un intento de reprimir las imágenes de su amado y de su padre afectados por el fuego. Prefería pensar que estaban bien después de lograr apagarlo. Ahora casi tenía la certeza de que había sido provocado para lograr atraparla.

«Bien, pues lo ha conseguido. Pero que no se confíe; no voy a ponérselo fácil».

También pensó en Étienne. Se debatía entre la preocupación y la dicha cuando pensaba en su angustia. Por fin había oído su voz. La había llamado «*maman*». Y sí, Wesley podía decir lo que quisiera, sin embargo, ambos eran sus padres. Noelle lo sentía en el mismo centro de su corazón.

Había llegado a pensar que solo tenía capacidad para un amor romántico y profundo, si bien se había equivocado en eso. Podía amarle a él y a Étienne. También a muchos más niños fruto de su unión.

«Cabezota».

Era el calificativo más suave que se le ocurría para describirlo. Una parte de ella no deseaba imponerle el matrimonio. Temía que, de hacerlo así, no llegara nunca a darse la oportunidad de amarla.

«No, él ya me ama; solo es demasiado obstinado para reconocerlo».

Perdió el hilo de sus pensamientos cuando percibió cierto movimiento bajo sus pies. Que sus custodios enderezaran las espaldas le indicaba que las cosas empezaban a moverse. Mejor eso

que esa inactividad tan frustrante.

Poco después, la puerta se abrió y el conde de Marcioux traspasaba el umbral con aire de gato relamido.

Noelle odió al instante su presumida sonrisa.

—*Bon jour, ma chérie.*

—¿Cómo dice? No entiendo su idioma. —Si creía que mostrando un mínimo de buena educación iba a facilitarle las cosas, no la conocía en absoluto.

El hombre se detuvo un segundo y la examinó abiertamente, la sonrisa casi convertida en mueca.

Se recuperó al momento y volvió a saludarla de la misma forma, palabra por palabra. Noelle respondió del mismo modo también. Se imaginaba su perplejidad y percibió el esfuerzo que hacía por ocultarlo. No era necesario ser muy perspicaz para saber que el hombre estaba muy bien informado y que se jactaba de ello. No iba a darle el gusto de corroborar lo que creía saber. Era un juego tonto que no servía para mucho, pero una mujer debía usar cualquier arma a su alcance, aunque fuera para desestabilizarlo.

—Veo que tiene agallas, tal como me informaron —siguió hablando en francés—; una virtud mal entendida para una mujer en su posición, me temo.

Desvió la vista a la puerta por la que había aparecido y por ella entró la mujer que la había secuestrado en la posada y a la que creía muerta. Esta le echó un insolente vistazo y se colocó en un rincón.

Al conde no le pasó desapercibido el intercambio de miradas.

—Ahora ya sabe que ese jueguito tonto que se traía entre manos resulta inservible. No creo que sea necesario añadir quién me dijo que usted hablaba bien el francés. ¿Sorprendida?

—Bastante, sí —respondió, pero en inglés. No iba a ceder. Intuía que, para ese hombre, el idioma era una de esas cosas a las que le concedía suma importancia. Se giró hacia la mujer—. Aunque no lo crea, me alegro de verla con vida. No es fácil cargar sobre la conciencia la muerte de otro, por mucho que estuviera luchando para mantenerme con vida. Ahora podré dormir mejor.

—No por mucho tiempo, señorita —interrumpió. La mujer permaneció en silencio—. Porque supongo que lo es. No veo anillo alguno en su dedo anular.

—Quizá me lo quitó —dijo, con la barbilla erguida.

—Conservaría la marca. Además. Me consta que el hombre al que acompaña no está casado, por lo que me hace preguntarme qué la llevó a esa casa y por qué lo salvó. ¿Tal vez se cree una heroína?

—Eso es asunto mío y de él. ¿Alguna pregunta más?

Un rictus de rabia cruzó sus ojos y perdió un poco ese aire de caballero elegante que pretendía ser. Había demostrado ser un hombre peligroso, pero entonces comprobó que, de quererlo, podía hacérselo pasar muy mal.

—Querida, querida. —Volvió a recuperar esa fingida cordialidad y Noelle lanzó un suspiro

interior—. ¿Qué modales son esos? Pensaba que sería más sensata y que mostraría más agradecimiento.

—¿Agradecimiento? Me ha perseguido, ha quemado la casa de un buen hombre, me ha secuestrado, he perdido el conocimiento, llevo atada a esta silla desde Dios sabe cuándo y no ha sido capaz de ofrecerme algo para beber. Quizá esperara una reverencia también.

—Oh, ¿tan desconsiderado he sido? Le ruego me disculpe, milady; ahora mismo le haré traer una bebida. ¿Tal vez una limonada? ¿Un jerez? ¿Una copita de nuestro mejor *champagne*?

Noelle supo que no bebería nada. La amabilidad del hombre era fingida. Suponía que pretendía infringirle parte del dolor que no había podido provocarle a Wesley.

Lo intentó una vez más.

—Supongo que nada de líquidos para mí. Aunque espero que no me niegue un momento de privacidad. Tengo ciertas... necesidades. —Si podía conseguir que la llevaran al excusado, tenía una posibilidad de escaparse.

—Temo no poder complacerla tampoco en eso. —Parecía sentirlo de verdad, aunque Noelle no se dejaba engañar—. Me han explicado que es una mujer de cierta inteligencia y recursos. Sería una tragedia que por tratar de hacerse la valiente acabara lastimada. Debería aprender de sus congéneres y ser menos intrépida. Esas ideas tan liberales solo traen problemas a quienes aspiran a ser como los hombres. Su deber es dejarse guiar por nuestra sabiduría. Sabemos lo que les conviene.

«Oh, señor, dame la oportunidad de poder pegarle un tiro en el trasero». Si oía un alegato más de ese estilo terminaría vomitando; preferiblemente, encima del conde.

—¿Oh, de verdad?

—Noto su sarcasmo, no crea que no. Solo trato de que se dé cuenta. Lo hago por usted. Su situación es un ejemplo perfecto de ello. De haberse quedado en el lugar que le corresponde por elección divina, estaría a salvo en su casa sin otra cosa de la que preocuparse que no fuera mantenerse bonita, de sus bordados, la confección de menús y, cuando se convirtiera en esposa, de facilitar la vida de su esposo sin molestarlo demasiado con pequeñeces.

«Que alguien lo mate, por favor. O que le caiga el tejado encima».

—No es que no aprecie sus magnánimos consejos. Sin embargo, agradezco más que existan mujeres con capacidad de pensar por sí solas (¡sí, vaya sorpresa!), que se dediquen a organizar ligas de mujeres y que enseñen a otras a no dejarse arrastrar por el yugo de ese hombre que usted tanto defiende. Por suerte para mí, ni mi padre ni mis hermanos se acercan a ese modelo tan escalofriante que dibuja.

Se hizo el silencio y el conde mostró un rostro compungido.

—Es una verdadera pena oírla hablar. Hombres como los que describe son los culpables. Wesley Catesby es uno de ellos también. Lo que le ha ocurrido es su culpa. Puede que no haya podido evitar lo que la llevó a París, pero sí esto —la señaló—. En el baile ya le advertí lo que pasaría si no me decía lo que deseaba saber.

—¿Y qué es eso tan importante? —Ahí estaba la información que necesitaba. Si le azuzaba, le daría los detalles que Wesley se había dejado en el tintero. Además, no le haría daño fingirse ignorante.

—Oh, *chérie*, ¿acaso no lo sabe? —Se llevó la mano al pecho fingiéndose afectado—. Qué hombre más travieso; haberla arrastrado hasta Francia por algo de lo que ni siquiera es consciente.

—Ilumineme —ordenó, un poco harta de tanto teatro. Le dolían los brazos de tenerlos cruzados a su espalda, tenía sed, estaba cansada y poco dada a escuchar las sandeces de ese perturbado.

—Será un placer. Quizá así pueda abrirle los ojos.

»Lo recuerdo como si fuera ayer, aunque sucedió hace siete años, cinco meses y dos... no, tres semanas. Estábamos en Italia complaciendo el capricho de mi mujer, que llevaba casi un año suplicando visitar el país. En Florencia tuvimos cierta discrepancia y tuve que ejercer mi autoridad; es lo que tiene ser tan generoso, que incluso la propia esposa piensa que es la que manda y uno tiene la obligación de llevarla de vuelta al redil.

»Un grupo de soldados ingleses cruzó la plaza y uno de ellos se acercó hasta nosotros. ¿Imagina quién fue? Me dijo... No. Me ordenó que me detuviera. A mí, conde de Marcioux.

—¿Qué detuviera el qué? —preguntó Noelle, aunque tenía una ligera sospecha.

—La diferencia de opiniones que estábamos intercambiando. Verá, prefería quedarse en el hotel que acompañarme a la cena que el archiduque Bonassera había tenido la amabilidad de invitarnos. Hubiera sido una absoluta grosería.

—¿Le pegó?

—La hice entrar en razón, como así comprobó el capitán. Cuando le preguntó si necesitaba su ayuda, Hortense se negó. Todo había sido una confusión. Mi esposa sabe cuánto la aprecio. Ese bofetón solo era una llamada de atención. No fue culpa mía que cayera al suelo. Se desequilibró.

Noelle se imaginaba la escena. El aprecio que ese hombre tenía por las mujeres era insignificante, como tantos otros. Se alegraba de que Wesley se hubiera preocupado de verdad por la mujer. Eso hablaba de su calidad como ser humano.

—¿Por eso lo persigue? ¿Por interferir? ¿No es un tanto excesivo? —preguntó, indagando más.

—Oh, no. Quise hacerle daño por no meterse en sus asuntos, pero lo dejé correr.

«O porque iba acompañado de otros miembros del ejército, más bien», pensó con malicia. Si Wesley hubiera estado solo puede que la escena hubiera terminado de otro modo.

—Por supuesto.

—La tragedia me sobrevino cuando, dos días después, mi esposa murió en un incendio que se había producido en una mercería de la capital mientras ella estaba comprando cintas. Encontraron su cuerpo completamente calcinado.

—Lo siento. —Eso la desorientó. ¿No le dijo Wesley que la ayudó a desaparecer? ¿O estaba muerta?

—Yo también. Llevé luto por ella un año y los meses pasaron. Pero justo cuando había decidido

rehacer mi vida con una dama que habría sido muy conveniente como mi segunda esposa, me encontré con la que fuera la nana de Hortense en el parque; una mujer vieja y senil que se alegró de verme. Empezó a hablarme de ella y confieso que no presté demasiada atención porque supuse que se trataban de recuerdos de cuando era más joven. No obstante, hubo un detalle que captó todo mi interés: que la había encontrado muy guapa y con unos quilos de más cuando la vio por última vez... hacía poco más de un año.

»La mujer no supo decirme nada más cuando la presioné. Solo que la había visitado en su casa, que sabía su apodo y que le trajo sus dulces preferidos. Imagine el golpe que supuso para mí. ¿Debía creerla? Y entonces hice algo que no me planteé en su momento: dudar de todo. Volví a Italia, indagué y conseguí encontrar al propietario de la tienda bien lejos de Florencia, trabajando en otro negocio parecido. Ya imaginaré que tuve que usar métodos un tanto extremos para que confesara. Supe que le habían pagado con generosidad para que dejara quemar su lugar de trabajo y para que atestiguara la presencia de mi esposa que, dicho sea de paso, nunca conoció. Confesó que unos desconocidos dejaron un cadáver y supuse que era el que habían hecho pasar por Hortense.

»Me vi burlado, no lo voy a negar. Y nadie engaña así al conde de Marcioux sin pagar las consecuencias. Empecé a buscarla. Alcé toda piedra y vigilé a los pocos conocidos con una mínima posibilidad de ayudarla, pero no conseguía nada sin un referente al que aferrarme. Fue pura casualidad que, durante una breve visita a su país, recordara la escena del capitán que pretendió ayudar a mi esposa. «Si necesita ayuda, solo tiene que pedirla», le dijo él. Y entonces vino la inspiración. Sabía quién la había ayudado.

»Por supuesto, no sabía su nombre, aunque sí el rango. Solo era necesario entrevistar a ciertas personas con conocimientos del ejército inglés y después buscar en sus archivos. Tardé casi un par de años en descubrir que había abandonado el ejército, a qué familia podía pertenecer y su localización. Una vez supe dónde vivía, solo tuve que idear un plan para atraparlo y confesar dónde está mi esposa.

Noelle estaba impresionada, si bien no en el buen sentido. La búsqueda de ese hombre era un trabajo mucho más profundo e intenso que el de ella. Estaba obsesionado por encontrar a su esposa, a la que consideraba un mero objeto de su pertenencia.

—¿Con qué finalidad? Si lo que dice es cierto, su esposa lo abandonó. —«Y por un buen motivo».

—¡No! Hortense es y será siempre mi esposa. Juró ante Dios obedecerme y estar a mi lado y la obligaré a cumplir sus votos. La encontraré, aunque sea lo último que haga. Y entonces...

—¿Entonces? —preguntó, aunque supo que no debería. La respuesta no iba a gustarle.

—Le daré una lección que no olvidará. —Sonrió de un modo escalofriante—. No obstante, reconozco que ha sido lista. Se ha escondido tan bien que no puedo dar con ella. Y como el señor Catesby fue quien la ayudó a desaparecer, será él quien me diga dónde puedo encontrarla.

—Lo dudo. Wesley no traicionaría así a nadie, y menos a una mujer vulnerable.

—Lo hará, créame, lo hará. —Parecía demasiado complacido consigo mismo—. ¿O acaso está intentando hacerme creer que no vendrá a por usted?

—Hacer algo así resultaría absurdo. No tengo la menor duda de que vendrá a por mí. Si defiende a las desconocidas inocentes, no me dejará a su merced. Pero tampoco quiere decir que obtenga lo que anhela.

—Oh, *chérie*, creo que se ha formado una falsa impresión sobre mí si imagina que saldrá de este lugar indemne. Voy a obtener lo que quiero y a recuperar lo que es mío, se lo aseguro. Pero antes de eso, su tan admirado señor Catesby recibirá su merecido; y lo conseguiré a través de usted. Al principio me pareció una pena tener que lastimarla, aunque viendo la clase de mujer que es, no tendré el menor inconveniente en modificar su conducta.

La amenaza estaba clara y Noelle tembló un poco. Era mejor mantenerse callada y no provocarlo, porque estaba claro que el hombre no estaba bien de la cabeza. Sin embargo, parte de su temeridad salió a la luz.

—Espero que recuerde sus palabras cuando Wesley lo encuentre. Cuando termine con usted deseará haber olvidado toda pretensión de buscar a su esposa. ¡Y deje de llamarme *chérie*! ¡Soy lady Noelle Montague, primogénita del conde de Beaufort! —pronunció alto, claro y con orgullo.

El rostro del conde abandonó todo rastro de frivolidad y Noelle sintió miedo real por primera vez al verlo acercarse a grandes zancadas.

No pudo contener el quejido que le provocó al cogerle ambas mejillas con la mano y apretarlas hasta provocarle un intenso ramalazo de dolor.

—¡No me importa de quién sea hija! Sigue siendo una mujer con la lengua demasiado larga para su propio bien. Las mujeres como usted deberían estar encerradas para enseñarles del modo que fuera necesario que son simple escoria; un mal que el hombre debe aguantar. Son tan débiles, sentimentales, volubles, frágiles, ignorantes, promiscuas e imperfectas, que tenemos el deber sagrado de hacerles entender quién manda.

»Son tan inútiles que no comprenden que les hacemos un favor al mantenerlas a nuestro lado. Incluso los perros merecen más consideración que ustedes, simples cucarachas que no tienen la sabiduría de procrear y morir después. Su cometido en el mundo solo es uno y apenas son capaces de cumplirlo en condiciones, ¡malditas embaucadoras estériles!

La soltó con la misma rapidez que la había aferrado.

Noelle trataba de mantener cierta dignidad intentando no llorar de rabia y dolor. Por primera vez, el puñal le quemaba en la bota. Deseaba poder sacarlo y clavárselo en el corazón. Cerró los ojos y pensó en Wesley, rezando para que llegara pronto y la rescatara de esa cosa que no merecía el apelativo de «hombre».

Wesley observaba la granja sin dejar de pensar en Noelle. Ya habían neutralizado a media docena de hombres del conde que vigilaban los alrededores, pero había muchos. Marcioux se había fortificado tras una muralla humana impresionante. Él contaba solo con veinte. No obstante,

estaban preparados para cualquier contingencia.

Había tratado de descubrir dónde la tenían, aunque no había tenido suerte. Deseaba que Noelle solo estuviera encerrada en una habitación; que solo hubiera sido un cebo para atraerlo. Sabía demasiado bien cómo le gustaba al conde maltratar a las mujeres. Recordaba perfectamente la espalda de la condesa. No quiso ver otras partes de su cuerpo. Con eso tuvo suficiente.

Por eso, de saberlo, jamás revelaría su paradero. La mujer estaba mejor lejos de ese animal. Se alegraba de haber intervenido hacía ya algunos años, cuando vio a un hombre pegando tan fuerte a una mujer que la tiró al suelo. Nadie con un mínimo de decencia podía permitir eso. Sus compañeros se mantuvieron al margen porque él lo pidió. De haberlo necesitado hubieran intervenido.

Supo que a ese conde —como averiguó más tarde— no le gustó que le dijera que un hombre no lo era más por pegar a las mujeres. También que se había ganado un enemigo de por vida. Fue una pena que ella se negara a aceptar su ayuda. Se alejó de allí con una sensación de frustración que nunca había sentido. Por suerte, casi veinticuatro horas después, en el campamento donde estaba instalado el Primer Regimiento de los Dragones, recibió la visita de la misma mujer. Le dijo que lo había meditado y que sí deseaba su auxilio; lo necesitaba con auténtica desesperación. Su esposo la maltrataba desde el inicio del matrimonio. Había intentado abandonarlo en numerosas ocasiones, si bien él siempre la encontraba antes de llegar a su destino. Tenía dinero y una casita que compró con la dote de su madre y que su marido no pudo tocar. Nadie sabía de su existencia, pero no conseguía alejarse sin hacer desaparecer su rastro.

Después de meditarlo, supo que lo mejor era fingir su muerte para que pudiera ser una mujer libre.

No la conocía de nada, sin embargo, él tenía contactos y medios como para ayudar a una mujer que vivía ese calvario cada día de su vida. De poder hacerlo, socorrería a cada una con la misma situación.

Los años habían pasado sin apenas el recuerdo de ese buen acto, hasta que unos extraños se colaron en su casa y le propinaron una paliza tratando de averiguar una información que desconocía. Wesley le había dado a la condesa los medios para esfumarse, pero ignoraba su destino final. De decirles eso, no lo hubieran creído.

Y ahora estaba allí, en la última etapa de esa historia que debía concluir.

No era muy dado a rezar, mas lo había hecho en su viaje hasta la granja. Deseaba que Noelle estuviera bien y le pidió a Dios o a quien fuera que la protegiera. No quería ni imaginarse que Marcioux desatara su rabia y frustración sobre ella. Solo de pensarlo le provocaba unos pinchazos en el estómago que casi lo doblaban en dos. Sufría por ella y deseaba tener la oportunidad de decirle muchas cosas; que ese fuera el inicio o la continuación de su historia, juntos, con ella a su lado.

«Hay que ver cómo aclaran la mente la desesperación y el miedo. Juro que si salimos indemnes, no pasará un día sin que sepa lo importante que es para mí».

Se habían acabado las dudas, los miedos o las vacilaciones. Iba a demostrarle que estaba a la altura de las esperanzas y esfuerzo que había depositado en él.

Cerró los ojos un instante para prepararse y suspiró.

Era la hora.

—¡Ya están aquí! —La excitación del conde le puso la piel de gallina—. Desatadla y abrid la ventana. Quiero que la oiga llamarlo y que vea cómo la lanzo. No se hará daño y cuento con ello. La apuntaré desde arriba y lo obligaré a que no se acerque y que me diga, por fin, dónde está Hortense.

En la habitación solo estaban el conde, la francesa que no había abierto la boca y uno de sus secuaces, que se acercó a cumplir las órdenes.

Asustada, Noelle se debatió con todas sus fuerzas sabiendo que el hombre la mataría de una forma u otra, pero el hombre le dio un bofetón que la dejó aturdida por un momento, el suficiente como para desatarla y cargarla hasta la ventana, que había abierto la mujer.

«El puñal, necesito el puñal».

Quiso poner en práctica lo que sabía de defensa, sin embargo, le tiraban del cabello y le apretaban el estómago. No iba a gritar ni a llamar a Wesley. No iba a hacerlo.

La asomaron, sin que ella emitiera ningún sonido. Seguía revolviéndose cuanto podía e intentó girarse para morder.

Dio en el blanco.

—¡Merde! —bramó el hombre.

Soltó el agarre lo suficiente para poder agacharse y esquivar al conde. Se sacó el puñal justo cuando el otro se lanzaba de nuevo a por ella y lo clavó en el primer sitio que encontró. Fue en uno de los costados.

El grito fue considerable, pero Noelle no le hizo caso. Quería llegar a la puerta.

—¿Qué cree que está haciendo? —le preguntó el conde, furioso.

—Tratar de escaparme.

El inesperado disparo casi la tocó y se clavó en la madera cerca de su ojo, donde una astilla saltó hasta su pómulo, hiriéndola apenas.

Se detuvo protegiéndose el rostro y respirando con dificultad. El conde la apuntaba con una pistola humeante.

—¡Tú! —bramó a la francesa—. Coge mi arma y apúntala. Finge al menos que sirves para algo.

La mujer se acercó con parsimonia aun cuando el ambiente era un poco tenso. Parecía no tener prisa. El conde se la dio casi de un manotazo y se acercó al hombre herido apoyado en la pared, que trataba de arrancarse el puñal en su costado —casi en la espalda—. Se lo arrancó sin apenas miramientos y se lo clavó en el corazón, provocándole una muerte instantánea.

—Ahora, acércala a la ventana de nuevo. ¡Y esta vez haz bien lo que te mando!

Noelle tembló cuando la mujer se acercó. Ambos habían hablado en francés y ella había sido

capaz de seguir el hilo de la conversación. Pensó en su familia, en Étienne, en Wesley y en todos sus seres queridos. Si debía morir sería con la imagen de todos ellos en su mente y en su corazón.

Su sorpresa fue total cuando su adversaria se giró de espaldas a ella y apuntó al conde, que la miró perplejo y le soltó en francés:

—¿Qué haces, majadera? ¡A mí no, a ella!

—Las mujeres somos más que meros objetos. Yo valgo mucho más que un cerdo asqueroso como usted.

Y sin parpadear, le disparó en el vientre.

En el rostro de Marcioux se dibujó una mueca incrédula y cayó para atrás justo cuando la puerta de la habitación se venía abajo.

Noelle apartó la vista del muerto y sintió que la presencia de Wesley iluminaba la estancia. No había visto nada más hermoso en su vida.

—¡Quieta!

Wesley apuntó a la mujer y esta hizo lo mismo, con el puñal de ella listo para salir despedido.

—¡No, Wesley, no! ¡Me ha salvado! ¡Ha matado al conde!

—¿Tú estás bien?

Noelle se levantó.

—Sí. Estoy bien. Ella no me ha hecho nada. Debes dejarla ir.

—¿Qué? Ni en sueños. Está con ellos. Además, su pistola no sirve. Ya la ha disparado.

Noelle se acercó a él sin apartar la vista de las armas.

—Lo sé, pero se negó a dispararme, Wesley. Déjala marcharse.

Le tocó el brazo para reconfortarlo. Veía que se debatía entre comprobar su estado o no apartar la mirada de la otra.

—Júrame que no te han hecho nada.

—Su hermosa palomita está intacta, *monsieur* —respondió por ella la francesa—. Debe estar orgulloso.

Wesley valoró la conveniencia de responder, mas al final lo hizo:

—Lo estoy. No hay nadie como ella.

Decidió haberle caso a Noelle y empezó a alejarse de la puerta para que ella se acercara. Ninguno de los dos apartó la vista. Cuando ya estaba bajo el dintel de la puerta, la francesa se dirigió a Noelle.

—Déjeme decirle lo mucho que se equivocaba cuando un día me habló de sus vanos esfuerzos.

Noelle recordó a qué se refería. Cuando la alejó de la posada, para entretenerla, ella se quejó de que nada servía para enamorar a Wesley.

—Lo sé. Ahora lo sé.

—Bien. Ya sabe lo que opino, pero este es un buen hombre; de los que valen la pena. Consérvelo bien.

—No tenga duda de ello. Y gracias.

La mujer se marchó y los dejó solos en la habitación.

Ambos se dieron la vuelta hasta quedar uno en frente del otro.

Wesley acarició su rostro con un alivio patente y una expresión en su rostro que dio alas al corazón de Noelle.

—Se lleva tu puñal —le dijo.

—Lo sé, pero mi padre estaría de acuerdo conmigo en que su gesto bien vale la pérdida.

—¿De qué hablabais?

—Oh, de nada importante. —No era el momento para explicarle que había sido quien la alejó de la posada antes de llegar a París—. Me alegro mucho de verte. —Ahora que ya había pasado todo, sentía una imperiosa necesidad de llorar y dejarse consolar.

Wesley la abrazó y le acarició el pelo con ternura. Noelle sonrió entre lágrimas mientras se reconfortaba con el latido del corazón masculino. Se estaba muy bien así.

—Llevas el cabello suelto —observó Wesley. Y pasó sus dedos por las hebras doradas. Era la primera vez que se permitía hacerlo. Era el paraíso. La sujetó un poco más fuerte—. ¿Te hago daño?

Noelle levantó la cabeza y negó con ella.

—Podría estar así horas y horas. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. —Pensó unos segundos cómo continuar ahora que la tenía a salvo entre sus brazos—. ¿Qué se siente al saber que lo has conseguido?

Noelle esbozó su sonrisa más amplia y dichosa. Lo entendía perfectamente.

—Que has tardado demasiado. Se supone que te conquistaría en un par de meses, como mucho.

—Siento ser un cabezota.

—Y yo ser tan mezquina. —Wesley alzó la ceja en una pregunta muda—. Voy a ser incapaz de no regodearme de este momento por el resto de nuestras vidas.

El placer que sintió Wesley solo de pensar en los años que ella tendría para torturarlo por eso le indicaron el grado de sus sentimientos.

—¿Tanto tiempo? He estado en el ejército y soy un hombre duro. Supongo que podré soportarlo.

Bajó la cabeza y la besó despacio, recreándose en su tacto y en su presencia. Disfrutó con total plenitud de la entusiasmada respuesta femenina y se permitió profundizar el beso.

Y quizá no era el momento y el lugar más idóneo, pero no pudo contener las palabras por más tiempo. Además, ella merecía oírlas.

—Te amo, Noelle, con todo mi corazón.

Epílogo

31 de diciembre, Minstrel House.

Mil ochocientos treinta y siete finalizaba por fin siendo un gran año. El ciclo se cerraba y terminaba su historia en solitario para empezar otra acompañada.

Con una alegría que no podía borrar ni intentándolo, observaba al grupo de mujeres que la rodeaban: jóvenes, mayores, valientes, aventureras, inteligentes, mesuradas y una gran cantidad de apelativos que las definían. Sin embargo, Noelle también veía a su madre, hermanas, las que pasarían a serlo en breve, profesoras, compañeras y amigas. Mujeres que compartían un trocito de su corazón.

Justo lo que había deseado.

Entre tanta presencia femenina, cuando su padre entró a buscarla destacó como un pez fuera del agua.

—El padre Ellis ha llegado —anunció.

Y como si fuera la señal que esperaba, la algarabía cesó.

—Entonces es hora de que vayamos saliendo —dijo Catherine Montague al resto. Después le dio un beso que ella correspondió.

Una a una la imitaron para después ir saliendo a los jardines de la escuela. Fuera estaba completamente nevado y el frío era considerable. La ceremonia no había podido celebrarse en la iglesia porque la nevada de dos días atrás provocó el derrumbe del tejado. A regañadientes, el padre Ellis había accedido a officiar la boda en Minstrel House. Y hubiera sido igual de bonito hacerlo en el interior; incluso casarse en Coth Castle, su hogar natal. Sin embargo, le gustaba el paisaje blanco y un pasillo con sus personas favoritas hasta llegar a las puertas del invernadero, donde su futuro la esperaba.

—Estoy muy orgulloso de ti —le dijo su progenitor—. Quizá no me guste que nos hayas ocultado cosas ni los métodos que has utilizado, pero estoy feliz de tu valentía. Eres justo lo que imaginé cuando tu madre me notificó que esperábamos nuestro primer retoño.

—Oh, papá, vas a conseguir que me eche a llorar.

—Pero debía decírtelo. Si casarte con Catesby es lo que más deseas (y no me cabe duda de lo contrario, dado lo que has hecho para conseguirlo), yo no puedo sentirme más satisfecho. Sé que eres consciente de que tu madre y yo te apoyaríamos de igual modo si hubieras decidido quedarte

soltera, querer dedicarte a viajar por el peligroso mundo que habitamos u otra extravagancia parecida.

—Lo sé. Pero Wesley es lo que quiero. También Étienne.

El pequeño había viajado con ellos hasta Inglaterra. Nadie lo había reclamado y solo cabía suponer cuál había sido su vida hasta que lo encontraron. Con toda probabilidad, otro niño de la calle más. Las autoridades no podían hacer él otra cosa más que enviarlo a una casa para niños, pero ni él parecía dispuesto a que lo alejaran de ellos ni Noelle pensaba permitirlo. Además, Wesley había aceptado que los tres formaban ya una familia y tuvo el detalle de preguntarle al pequeño de cinco años si quería que fueran sus padres. El abrazo que recibió fue suficiente respuesta. A ojos de la sociedad quizá no fuera nunca un Catesby, aunque sí en sus corazones. Ambas familias lo habían aceptado con ciertas reservas al principio, si bien Étienne había tardado muy poco en conquistarles. Era un niño adorable y sería su hijo. El de ambos.

—¿Preparada?

Noelle soltó una pequeña risita y supo que estaba más nerviosa de lo que preveía. Se había imaginado caminando hacia él bajo un manto de serenidad y ahora se notaba temblorosa.

Bajó la mirada hacia su vestido y se pasó una mano por la tela. Era precioso. Hecho solo para ella y en la mismísima París.

Cuando regresaron a la ciudad después de abandonar la granja, tanto Pascal como su padre les dijeron que deberían quedarse una semana al menos para poder aclarar lo sucedido con el conde Marcioux y su posterior muerte. Les concedió ese lapso para que Wesley la cortejara bajo su atenta mirada y envió cartas a Minstrel Valley —para pedir que prepararan una boda— y a Coth Castle para instar a sus hijos a realizar el viaje hasta el pueblo.

Habían sido unos días mágicos, llenos de dicha, que le hicieron ver lo maravillosa que sería su vida de ahora en adelante.

Cuando decidieron que ya era hora de regresar, se desviaron hasta la granja de los Bouthillier. Encontró muy divertido las expresiones de pasmo que percibió en todos ellos cuando se percataron de que habían acogido a ilustres personas. Ambos les dieron las gracias por su hospitalidad y les entregaron regalos de todo tipo: desde ropa, utensilios, dinero y comida. El invierno podía resultar muy duro para una familia campesina.

Por supuesto, el viaje de vuelta en barco no se pareció en nada al de ida. Étienne disfrutó como solo un niño podía hacerlo y fue un motivo de risas para todos.

—Sí —le respondió—, ya estoy preparada.

Su padre cogió el espectacular abrigo de hilo de oro bordado y la cubrió por entero, ocultando el precioso vestido de manga larga.

No se cubrió la cabeza con la capucha. Ese día el sol brillaba con fuerza sobre la dura nieve y se reflejaba en ella. Quería que Wesley apreciase el detalle que había mandado hacer en su cabello: un magnífico recogido de trenzas en el que solo él repararía por el significado que encerraba. El que iba a ser su esposo adoraba su pelo trenzado, ya estuviera mal o bien hecho.

Salió con cuidado y caminó por la senda limpia del brazo de su padre. Se acercaron poco a poco a los radiantes invitados que esperaban su llegada a derecha e izquierda. Al final, estaría su destino, esperándola.

Lady Acton encabezaba la fila, sentada en su silla de ruedas. Noelle se detuvo y besó la mejilla de la anciana, que había cedido su hogar tan amablemente.

—Gracias.

—No tienes que darlas, jovencita. Esta será siempre tu casa. Además, me gustan las bodas.

Se irguió de nuevo y sonrió también a la señorita Chatham que, como siempre, acompañaba a la anciana. Fruncía el ceño y Noelle imaginó su desconcierto cuando siempre la había tratado con cierto desdén. En París había hablado de eso con Wesley. Tenía la certeza de que la señorita Chatham tenía interés en él y eso despertaba sus celos. Los había visto tres o cuatro veces juntos, en el camino y en el pueblo. Tal vez estuvieran excesivamente cerca para su gusto o quizá charlaban de un modo que le pareció demasiado amigable. Wesley, sorprendido por sus conclusiones, la sacó de su error explicándole que había encontrado una limosnera en el suelo — justo en el desvío que llevaba a su casa— y que ese primer acercamiento se había producido cuando él se lo devolvía. El resto habían sido meras aproximaciones de cortesía.

Noelle comprendió que había sido muy injusta con ella y que debía darle explicaciones. No obstante, eso sería otro día.

Saludó a lady Eleanor y al resto de sus profesores, y devolvió el guiño que lady Valery Bissop le lanzó, aunque se alejara del protocolo que tanto se afanaba por enseñarles.

Recibió también la enhorabuena de lord y lady Mersett que, junto con el señor Turner, no habían faltado al enlace.

También lo hicieron el coronel Grenfell, erguido de forma muy solemne, y su hija Edith, quien se había encargado de hacerle una tarta especial para ese día.

Después sus compañeras le sonrieron emocionadas —seguro que algunas ya se imaginaban también el día de su boda—. Jane, Amanda, Hester, Tiberia y Margaret estaban cogidas del brazo, mientras que Rosemary, Becca y Lori tenían al lado a sus respectivos prometidos.

Noelle se alegró de ver que Nerian Worth había podido asistir pese a su convalecencia. Cuando supo que no estaba muerto sintió tal alivio que se puso a llorar de la emoción.

Y por último estaba Constance junto a los numerosos Catesby, su amiga y confidente que en nada sería parte de su familia. Todos ellos habían sido muy amables y Noelle estaba deseando conocerlos mucho mejor. Los Montague estaban frente a ellos y sintió su satisfacción al verla tan radiante. Miró hacia delante y vislumbró a Wesley y a Étienne, que esperaban junto al padre Ellis bajo el dintel de la puerta del invernadero.

Si no estuviera ya enamorada de ambos lo haría en ese mismo momento, tan perfectos y apuestos como un día de verano.

Wesley la vio acercarse y sintió que podía morir de amor allí mismo.

Apretó la mano de su hijo y Étienne levantó la mirada con el brillo que todo niño debería tener.

La mujer que ambos querían se acercaba hermosa y resplandeciente para unirse a ellos. Esposa y madre. Quién lo iba a decir.

El conde de Beaufort parecía satisfecho de llevarla hasta sus brazos y sintió que todo estaba justo en el lugar que le correspondía. Le había concedido una dote muy generosa a su hija. Por su parte, su hermano Trenton se había empeñado en aumentar lo que le había legado su padre. Sintió que entre el conde y su hermano se había establecido una batalla muda que desconocía, pero ambos eran tan formales que no supo qué pensar. El primer ministro le había felicitado por sus inminentes nupcias —resultaba inaudito cómo se había enterado tan rápido— y le instaba a presentarse en su despacho en cuanto dispusiera de un momento, puesto que, al ser un hombre casado, debía modificarse la dirección de su trabajo. Además, tanto Noelle como él habían decidido que Minstrel Valley era un magnífico lugar para establecerse como familia. Harían de su casa actual el hogar de ambos y contaban con terreno suficiente como para ir ampliando conforme lo fueran necesitando.

De hecho, Wesley no podía estar más complacido.

Cuando Noelle llegó a su altura y le fue entregada, la emoción que sintió en el pecho le resultó indescriptible. Se situó entre él y Étienne y les dedicó la sonrisa más resplandeciente que nadie viera jamás. Se fijó también en el intrincado peinado hecho con trenzas.

—¿Te gusta? —preguntó ella cuando vio hacia dónde se dirigía su mirada.

Le encantaba. Sin embargo, tenían demasiados testigos como para decirle que hubiera podido ir despeinada y con solo una falda y un blusón, que él seguiría encontrándola exquisita.

—Me parece perfecta.

Cuando las palabras «marido y mujer» salieron de los labios del padre Ellis, Wesley se giró hacia Noelle para darle su primer beso como casados y esta le dijo en voz muy baja y complacida:

—Ahora ya eres mío.

—Antes, ahora y siempre, mi amor.

Y la besó.

FIN

Agradecimientos

La historia de Noelle y Wesley ha terminado, pero no queremos despedirnos sin antes decir unas palabras.

Quien nos conoce ya sabe que estamos acostumbradas a escribir entre dos. Somos un gran equipo bien coordinado y engrasado que no conoce la expresión «escribir en solitario». Por ello, imaginábamos que colaborar con otras autoras no sería tan diferente. Y nos equivocamos. Por completo. Trabajar junto a ellas ha sido una experiencia tan formidable y única que nos faltan las palabras para expresarlo.

Por ello, gracias. Gracias por permitirnos ser parte de Minstrel Valley, algo más que un proyecto o una serie. Minstrel Valley marcará un antes y un después en nuestras vidas como autoras de novela romántica, pero también a nivel personal. Y lo que lo hace tan único ha sido ELLAS (sí, en mayúsculas): Bethany, Eleanor, Mariam, Marta, Nuria, Diane, Ana, Alexandra, Sandra, Begoña, Ruth, Marcia y Brenna. Os lo merecéis todo: por vuestra entrega, generosidad sin límites, ese sentido del humor tan ácido, fresco y sincero, vuestra inteligencia y la sabiduría que os acompaña. Creemos que esto ha sido más que un idilio. Es un enamoramiento en toda regla.

Todos deberían conoceros porque sois lo MÁS (sí, de nuevo en letras bien grandes), porque todos estos meses junto a vosotras han sido y serán una gran mayúscula.

No obstante, no queremos olvidar a aquellas personas entregadas que están entre bambalinas dando a este maravilloso proyecto lo mejor de ellos mismos. Sin vosotros no sería lo mismo.

A todos los lectores que le han dado una oportunidad a esta serie, y a todos sus personajes, también, mil gracias.

Si te ha gustado

Conquistando a lord Wesley

te recomendamos comenzar a leer

La última oportunidad de la señorita Grenfell

de *Sandra Bree*



Las damas no juran ni maldicen.

Prólogo

*E*nero de 1838

Edith estaba sumergida en su lectura, pero no tanto como para no escuchar la puerta principal abriéndose y cerrándose. Alzó sus ojos verdes como las olivas hacía el reloj de pared. Una pieza lujosa y original que su padre, Simon Grenfell, había traído de Oriente. Había otros muchos objetos de decoración tan peculiares como el reloj. Espejos con marcos de nácar y oro, utensilios de diseños exclusivos, confecciones de cortinas y ropas de cama elaboradas con sedas finas y bien trabajadas. Sobre todo, varios preciosos jarrones de la dinastía Ming, cuyo fondo era blanco con motivos pintados a mano en azul cobalto.

Cada una de todas aquellas cosas habían sido regalos del coronel para su difunta esposa, y por eso Edith les tenía un cariño muy especial. Y daba gracias al cielo de que, a pesar de estar pasando un mal trago económico, su padre se negase a venderlas.

Suspiró. Todavía era pronto para cenar. Dobló una esquina superior de la página que había estado leyendo y dejó el libro sobre la mesa.

En el exterior el viento rugía furioso arrastrando tierra y hojas secas por todos lados. Se incorporó del sillón y caminó hacía la ventana. Observó un tumulto de nubes oscuras agitándose sobre el tejado del cobertizo donde se guardaba los útiles de jardinería. Sus ojos recorrieron los muros que limitaban el jardín trasero. El musgo los cubría y les daba un aspecto antiguo y viejo.

—Señorita Grenfell —Aggie, la criada, abrió la puerta sobresaltándola—. Dottie está aquí, dice que necesita verla con urgencia.

Edith clavó la mirada, con el ceño fruncido, sobre ella.

—¿La hija de Tom Smith? —La doncella asintió—. ¿No te ha dicho qué desea?

La mujer agitó la cabeza.

—No, señorita. Solo quiere decírselo a usted.

Edith se rascó el cuello, donde un mechón de pelo oscuro que había escapado de su moño le hacía cosquillas. Dio la espalda a la ventana y anduvo hacia la puerta. Le intrigaba saber qué hacía Dorothy Smith allí. Todos en el condado la llamaban Dottie. Era la hija del posadero. Una muchacha muy agradable y simpática que siempre tenía buenas palabras para con todos.

—Tiene que ser algo importante, de otro modo no hubiera salido con este frío —murmuró pensativa.

Aggie se encogió de hombros con una mueca ladeada. Un gesto que a ojos de Edith era mezquino, pero que estaba tan acostumbrada a verle que, una vez más, lo pasó por alto. No comprendía por qué su padre, Simon Grenfell, coronel retirado, no la había despedido todavía. Edith se lo había pedido muchas veces. No le gustaba cómo la criada la trataba en algunas ocasiones. Pero la respuesta del coronel siempre era la misma: «Aggie lleva tantos años con nosotros que es una más de la familia». Y era cierto que les servía desde antes de nacer ella y su hermana. Sin embargo, por mucho que la joven hubiese intentado apreciarla, no lo había conseguido.

—¿La hago pasar, o le digo que no puede atenderla? —Aggie tenía un paño de cocina en la mano, lo que indicaba que la visita de Dorothy estaba interrumpiéndola.

—No hagas nada. Yo misma saldré a recibirla. —Recogió un grueso chal de lana y se lo echó por encima de los hombros—. Puedes continuar con lo que estabas haciendo.

La mujer asintió y se marchó con prisa.

La chimenea del salón estaba todo el día prendida y, si bien en esa estancia y la que estaba adosada se estaba con una temperatura muy agradable, en el resto de la casa hacía frío. Estaban en pleno invierno y ningún condado inglés se libraba de los paisajes nevados y las heladas constantes. Incluso el lago se había convertido en su mayor parte en una enorme pista de patinaje.

Apretándose el chal, recibió a Dottie, que esperaba en el vestíbulo. La muchacha lucía las mejillas tan coloradas como la nariz. Era una joven algo rolliza con un par de años más que ella y un rostro cubierto de pecas.

—Debe perdonar que venga a estas horas a molestarla, señorita Grenfell, pero me urge lo que tengo que decirle.

A través de unas oscuras y tupidas pestañas, Edith observó que la joven llevaba las botas embarradas de la nieve y los charcos del camino. Un abrigo largo y grueso le cubría el cuerpo.

—¿De qué se trata Dottie? ¿Es mi padre?

—Humm... sí, verá... —asintió turbada—. Ha habido un pequeño problema con el coronel.

—¿Él se encuentra bien?

—Bien, bien, del todo... —Al principio meció la cabeza como si escuchase una melodía y le siguiese el ritmo, pero después terminó cabeceando—, no. Hubo una pequeña trifulca en la posada y le dieron... humm... le dieron.

—¿Qué le dieron? —insistió al borde de un ataque.

Podía esperarse cualquier cosa de su padre. Era un hombre recto y respetable, quizá un tanto estricto. Pero le perdía la bebida. Se pasaba más tiempo en una de las mesas de la posada que en su propio hogar. Incluso más de una vez, el condestable Nerian Worth le había traído a casa, borracho como una cuba.

—Le han dado un buen mamporro, señorita. Ha caído inconsciente, y entre el golpe y lo que ha

tomado, no recupera la conciencia. Mi padre dice que se puede quedar allí a pasar la noche. Pero yo he venido a decírselo para que no se inquiete.

Edith soltó un fuerte suspiro entre enojado y aliviado. Miró a la joven agitando la cabeza.

—Voy a buscarle yo misma. —No quería arriesgarse a que la gente de Minstrel Valley se enterase de ello, a pesar de que era del dominio de la mayoría la afición que tenía el coronel por el alcohol—. Es seguro que ya ha dicho algo poco conveniente. ¿Había mucha gente a estas horas en la posada?

—No mucha —sacudió la cabeza.

—¿Crees que si le pido a tu padre la carreta me la prestará? —También podía preparar el viejo coche, o incluso llevar solo el caballo, pero iba a tardar más de lo previsto si hacía eso.

—Claro que sí. Además, creo que Johnny está en la taberna de la posada y puede ayudarla. Él llegaba cuando yo venía hacia aquí.

Edith asintió. El jovencito le caía muy bien, además era bastante discreto. A Johnny River lo conocía todo el mundo en el pueblo. El difunto padre Robert lo había encontrado en un cesto cuando no era más que un bebé y se había hecho cargo de él. Hasta hacía pocos meses había trabajado en el establo de la escuela de señoritas y en las caballerizas Bissop. Ahora había sido acogido por los condes de Mersett, que querían proporcionarle una buena educación. También porque se habían encariñado mucho con él. Lo habían enviado a Londres para completar sus estudios. Si estaba en el valle, seguro sería por algo excepcional.

—Qué pena me da que hayas tenido que salir a la calle un día tan frío como hoy, Dottie.

—No importa, señorita. De vez en cuando me apetece mucho poder distraerme de la posada. En esta estación acostumbra a venir menos gente y las jornadas se me hacen interminables.

—El invierno es duro, aunque a mí me gusta. Pero tienes razón, al menos en verano se puede salir a navegar en barca por el lago, o caminar entre las ruinas.

—Y vienen más forasteros, no lo olvide.

—Sí, cierto. —Edith sonrió. Era fantástico ver cómo el pueblo despertaba y bullía con el florido colorido de las macetas, y cómo las calles se llenaban de vida—. ¡Aggie! —llamó con premura. La doncella asomó la cabeza desde la puerta de la cocina.

—¿Qué se le ofrece?

—Voy a salir a buscar a mi padre. Ha tenido un pequeño percance. Por favor, ve preparando su cama y la calientas un poco. —Edith dejó el chal sobre una silla de estilo Luis XIV y descolgó su capote del perchero que había junto a la puerta del despacho. Se sentó en la silla y se puso las botas—. Es seguro que mande llamar al doctor Ian Aldrich. Asegúrate de tener bebida caliente y prendida su chimenea.

Aggie asintió.

—No creo que sea tan grave, señorita —animó Dottie.

—Eso espero. Vayámonos; cuanto antes salgamos antes podré traerle. No me gustaría que mañana todo el mundo hablase de él.

Edith se cubrió la cabeza con el chal y se abrió paso al exterior. Respiró hondo y exhaló el aire frío. Desde la puerta observó el sendero que serpenteaba hacia el centro del pueblo y también el embarrado que iba a la posada. Los árboles que flanqueaban la calle eran delgados, desnudos de hojas cual esqueletos oscuros movidos al son del viento.

No entendía cuál era el problema de su padre para haberse dado a la bebida de esa manera. Podía tratar de culpar a su hermana Marion. La insolente, malcriada y atrevida hija pequeña del coronel había llevado a la familia a ser el centro de muchas de las habladurías del pueblo. Pero el coronel ya bebía mucho antes de todo eso. Comenzó cuando varias inversiones en algunos negocios no dieron el fruto deseado y su fortuna se vio drásticamente reducida. Para salvar el buen nombre de la familia comprometió a Edith en matrimonio con el hijo de un buen camarada suyo, un rico terrateniente, sir Reag. Ella aceptó el acuerdo de muy buen grado aunque solo había visto al mozo un par de veces, y siendo chiquillos. Pero el padre de Banning, su futuro prometido, le había hecho llegar un retrato de su hijo, y hasta hacía unos meses, ella lo había tenido sobre la mesilla de su dormitorio —ahora lo guardaba bocabajo, dentro de un cajón—.

En primavera, el coronel mandó a Marion a pasar unos días con la hermana de su difunta esposa, la tía lady Kasey Manlay, en Londres, y por circunstancias de la vida, la pequeña Grenfell coincidió con Banning. Él quedó tan impresionado con ella que, a escondidas se estuvieron viendo durante toda la estancia de Marion, que regresó en julio. De un modo u otro, Banning logró convencer a su padre de que no deseaba enlazarse con Edith, sino que quería hacerlo con Marion. El coronel no puso ninguna clase de objeción. De modo que Marion y Banning anunciaron su compromiso en septiembre, y dos meses después ya se habían desposado.

Ni que decir tiene que a Edith se le había roto el corazón porque estaba enamorada de él. Había soñado con la vida de Londres y con todo lo que conllevaba ser la esposa de un terrateniente. Sin embargo ya se había hecho a la idea por mucho que le doliese, y durante ese tiempo se había dedicado en cuerpo y alma a su huerto y su jardín, y a su afición, la repostería. También tenía a sus fieles amigas: Marlene Mignon y Daphne Crown, recientemente condesa de Mersett, que escuchaban todos sus lamentos y le daban consuelo.

Dottie y ella apretaron el paso. Hasta la posada había un buen trecho. La calle estaba en unas condiciones pésimas. El terreno era tan blando y embarrado que costaba caminar. Pero era preferible si querían evitar que la gente se preguntase qué pudiera hacer la hija mayor del coronel paseando a esas horas.

Minstrel Valley había crecido mucho en los últimos tres años. Sobre todo después de que lady Acton abriese la academia de señoritas en 1835. Para las personas que habían crecido allí había sido un cambio brusco, pero a un tiempo, todo había ido a mejor. Ahora incluso ponían mercadillo el segundo fin de semana de cada mes.

Llegaron a la posada, The Old Flute, y sacudieron los pies en los primeros escalones que precedían la entrada. Era un edificio amplio, con paredes de piedra y techo de paja. Poseía un patio enorme. Las ventanas derramaban chorros de luz dorada que iluminaban débilmente el

exterior, y que a su vez formaban oscuros charcos de sombra.

Dubitativa, Edith miró la entrada. Solo había estado en su interior unas pocas veces, y siempre acompañada. No estaba bien visto que una señorita entrase sola allí, de no ser que fuese un huésped o hubiese un evento importante. Bastante bochornoso era que se rumorease que habían visto al coronel borracho en la posada en más de una ocasión, como para que también la acusaran a ella de visitarla de vez en cuando a extrañas horas. ¡Nada más lejos de la realidad! Edith se ceñía a las normas de sociedad como la que más. O al menos eso era lo que intentaba.

—No se preocupe, señorita Grenfell. Le diré a mi padre que saque al coronel hasta la carreta, así nadie sabrá que usted ha estado aquí.

Edith se sintió aliviada.

—Te lo agradezco enormemente.

—No tiene por qué. Ya sabe dónde está la mula. ¿La va enganchando?

—Claro que sí. —Cuando Dottie iba a entrar en la posada, Edith la cogió del brazo, deteniéndola—. Antes me dijiste que mi padre había tenido una discusión, pero ¿sabes con quién fue?

Puede que el coronel fuese muy fanfarrón, pero no era de los que iban buscando trifulca.

—Con el señor Faner.

Edith dio un pequeño respingo. Se atragantó con su propia saliva.

¿Cómo podían llamar a ese delincuente de poca monta *señor* cuando no era más que un golfo y un aprovechado?

Faner. Jack Faner. Repitió el nombre con antipatía en su mente. Solo lo había visto un par de veces. La primera había sido hacía mucho tiempo, cuando aún era niña y acudía a la escuela del pueblo. Durante uno de los descansos que concedía la profesora, todos salían a la plaza de Legend Square, la única zona empedrada del pueblo, y se comían los emparedados que traían de sus casas. Edith pocas veces tenía hambre y solía regalárselo a otros muchachos. Ese día se acercó a un niño mayor que ella que estaba sentado en el borde del pozo dando la espalda a todos. Le golpeó en el costado con suavidad llamando su atención y el jovencito se volvió con rostro ceñudo. Ella se dio cuenta de que no lo conocía y lo había confundido con otro. Aun así, abochornada, le entregó su almuerzo, y para su asombro el muy canalla lo lanzó al pozo y se marchó de allí con una mirada de puro desdén y odio. Era Jack Faner.

La segunda vez que volvió a verlo había sido el año anterior cuando le había sorprendido durante una noche saliendo del cobertizo de las herramientas de su propia casa. Ella había creído que les estaba robando, sin embargo, Marion le había confesado que se veían en secreto. Por supuesto, amenazó a su hermana con delatarla a su padre si continuaban esas visitas. ¡Menos mal que el coronel no les llegó a descubrir nunca!

Se santiguó. Si Jack estaba en el pueblo, no auguraba nada bueno. Había oído algunas de sus fechorías y podía decir que era mejor evitarlo que cruzarse en su camino.

Del interior de la posada fluyó una profunda carcajada que hizo que Edith volviese a la

realidad. Reconoció enseguida la voz de Angus McDonald, el dueño de la forja de Minstrel Valley. Un escocés muy atractivo de rojos cabellos empeñado en perseguir toda falda en movimiento que se le pusiese por delante.

—¿Puedo ir ya, señorita?

—Sí, Dottie, adelante.

Suspiró al quedarse sola. Su madre había muerto por una pulmonía cuando ella era muy pequeña y no tenía recuerdos de ella. Fue su tía Kasey, lady Manlay, quien se hacía cargo de las hermanas cuando el coronel se marchaba a alguna de sus instrucciones militares. Durante esas campañas se trasladaban a Londres y les procuraba una institutriz. A veces habían sido muy estrictas con ellas, pero habían aprendido todo lo necesario para saber llevar una casa y encontrar un buen marido. También el coronel había aportado su granito de arena, sobre todo con Edith, a la que había educado de una forma poco ortodoxa, aunque por supuesto aquello debía ser un secreto del cual ni la tía Kasey, ni Marion debían enterarse nunca. Simon le había enseñado a disparar armas de fuego y a cabalgar a horcajadas. Esto último, solo cuando supiese que no iba a ser descubierta en sus dilatadas carreras por el campo, y acompañada por él. Por norma solían hacerlo varias horas antes de ponerse el sol, en el camino que se dirigía a Essex. Aunque de eso habían pasado ya cinco o seis años. Porque cuando el coronel regresó para no marcharse nunca más, fue que comenzó a emprender negocios nuevos y la confortabilidad de la que siempre habían gozado fue desapareciendo progresivamente.

Se alejó de la puerta en dirección a donde guardaban la carreta. El ruido de unos suaves pasos haciendo crujir la nieve la hizo detenerse a medio camino. El aire empujaba los postigos de las ventanas y silbaba entre los barriles que había apilados contra una de las paredes. Escudriñó en la oscuridad. Presentía que había alguien cerca.

—¿Señor Smith? ¿Es usted? —preguntó nerviosa.

Inesperadamente se sintió atrapada por la espalda. Una mano fuerte cubrió su boca. Pudo sentir el calor de un cuerpo pegado al suyo. Incluso le llegó un ligero aroma de tabaco, alcohol y perfume de hombre.

Se agitó asustada. Habían pasado bastantes cosas en el pueblo como para no sentir miedo. En Minstrel Valley se hablaba de leyendas, de fantasmas que deambulaban entre las ruinas del castillo señorial en Scott Hill y en el lago, contaban de robos, y del cadáver que alguien había encontrado en la capilla de la mansión Clifford.

—¿Dónde está Marion? —susurró una voz áspera junto a su oído.

La joven se estremeció y agitó la cabeza. Aunque hubiese querido contestar, la mano de aquel sujeto presionaba su boca.

El hombre la apretó más contra su cuerpo y ella sintió que no podía respirar. Le estaba haciendo daño. Rogó para que apareciesen Johnny o el señor Smith. O incluso el escocés Angus. Sabía que ese siempre llevaba un puñal escondido.

—Si te suelto, contestarás mis preguntas y no gritarás —volvió a susurrar con aspereza la

misma voz.

Edith se mantuvo quieta e inmóvil. Ese hombre, quienquiera que fuese, había perdido el juicio si pensaba que iba a mencionarle dónde estaba su hermana. ¿Qué habría hecho esta vez esa atolondrada?

—¿Me has escuchado? —insistió el sujeto.

Ella asintió temblorosa. ¿De verdad ese malandrín pensaba que no iba a gritar en cuanto la soltase? ¡Iba hacerlo, y tan fuerte que todo el pueblo lo escucharía!

Con lentitud el tipo la hizo volverse y le apartó la mano de la boca. Edith logró lanzar un chillido antes de que volviese acallarla de nuevo. Entonces el hombre gruñó y el brillo acerado de sus ojos la dejó sin respiración.

—Probaré de nuevo —susurró con un matiz peligroso. Lentamente volvió a retirar su mano y esta vez ella guardó silencio.

Él era muy alto, de hombros anchos. A primera vista apreció una barba oscura y bien recortada; pelo moreno, ondulado y largo que le caía alborotado hasta por encima de los hombros. No podía decir que fuese apuesto o feo debido a las sombras. Pero sí veía sus ropas. Vestía un abrigo muy costoso y elegante, guantes de cuero y unas botas bastante lujosas.

Ella dio varios pasos hacia atrás.

—¿Quién es usted?

El hombre la observó ladeando ligeramente la cabeza.

—Me llamo John, pero aquí me conocen más por Jack. Puedes llamarme como quieras.

Edith se enojó y apretó los puños con fuerza. ¡El maldito Jack Faner!

—¿Cómo se atreve a tratarme así después de lo que le ha hecho a mi padre? ¡Debería denunciarlo! —increpó enfadada mientras miraba alrededor, cerciorándose de que nadie los estaba viendo juntos. Ese bandido era un inculto por atreverse a hablarle sin haber sido siquiera presentados. Y sobre todo, por tener la poca vergüenza de tutearla. ¡Pero claro! ¿Qué se podía esperar de un... bribón como él?

Jack Faner la miró de arriba abajo tratando de ver algo de ella. Estaba tan cubierta que solo el fulgor de sus ojos era perceptible en la oscuridad.

—Tu padre, el coronel, no anda más que diciendo sandeces.

—¿Por eso ha tenido que golpearlo? —le preguntó mordaz.

—No creo que tenga que darte ninguna explicación. Dime dónde está tu hermana y acabemos pronto con esto —insistió con impaciencia. —¿Es cierto que está con ese hombre, Banning Reag? Respirando con brusquedad, Edith asintió.

—Es cierto. Y no debería hablar de él de un modo tan despectivo. Banning es un caballero de la cabeza a los pies.

Durante unas décimas de segundo él pareció confuso. Como si hubiese esperado que ella le respondiese otra cosa.

—Marion me dijo que Banning y tú ibais a casaros. No lo entiendo. ¿Ella me mintió?

Edith se tensó, enfadada con su deslenguada hermana.

—¿Usted por qué quiere saber eso?

—Es importante para mí, puesto que voy a desposar a Marion —respondió con total certeza.

Ella pestañeó con sorpresa.

—¿Eso le dijo ella? —Jack Faner, otra vez, no contestó. Se limitó a mirarla—. Eso no va a ser posible. Mi hermana contrajo nupcias con el señor Reag. —No hacía falta decirle que todo había sido muy precipitado porque Marion estaba en estado de buena esperanza.

El hombre soltó un improperio tan fuerte que, ruborizada, ella se puso la mano sobre la boca. No era la primera vez que oía una maldición de esa envergadura. A ella incluso se le había escapado alguna. Pero escuchárselo a él asustaba.

La luz de una de las ventanas recortaba los anchos hombros del tipo y no le permitía contemplar su rostro. A veces creía distinguir formas irregulares ¿O serían cicatrices?

—¡Esto es de chiflados! No lo voy a consentir —murmuró él con un tono que entrañaba cierta alarma.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Edith.

—¿Cómo que no va a hacerlo? Es demasiado tarde para impedirlo. Le acabo de decir que mi hermana...

—¡Y yo te digo que eso no puede ser posible! —repitió ignorándola, como si hablase consigo mismo.

En un instante se dio la vuelta para marcharse. Sin saber cómo, Edith lo agarró de una manga deteniéndolo, pero lo soltó enseguida, asombrada con la firmeza de su brazo. El calor inundó sus mejillas.

—¿Qué piensa hacer, señor Faner? —le preguntó con un nudo en la garganta. Era posible que Marion se mereciese una lección por haber prometido a ese hombre... «¿que se iba a casar con él? ¡¿Había desvariado?!»—. ¡El señor Banning Reag no tiene nada que ver en esto! Tal vez debería recapacitar y...

—Si Banning ahora está con ella, no me va a quedar más remedio que retarlo a duelo.

Edith alzó el mentón con orgullo, aunque supuso que él solo veía que elevaba ligeramente la cabeza.

—Él no es tan majadero como para entrar en ese juego y menos con un... un... ser como usted. ¡Por favor, señor Faner, déjese de fantasías, regrese a donde sea que viva, y no vuelva!

Jack Faner, ofendido, ladeó la cabeza. La contempló con una mezcla de desprecio y diversión que hizo que ella se quedase rígida. Parecía tan peligroso...

—¿Un ser como yo? —preguntó.

Edith cerró los ojos mientras acallaba los alocados latidos de su corazón. Tragó con dificultad y lo miró.

—No ha sido mi intención insultarlo —susurró, dando otro paso atrás.

Él disfrutó con su miedo y avanzó hacia ella.

—No, pero lo has hecho. ¿Por qué? ¿Crees que eres superior a mí?

—¡No!

Acercándose más a ella soltó una débil carcajada.

—¡Señor Faner, por favor! —La joven pasó la lengua sobre el labio inferior con temor—. Mi hermana le mintió. Lo siento mucho pero ella jamás se habría casado con usted. Mi padre nunca hubiera consentido ese matrimonio.

La noche se acercaba deprisa. Él aspiró el frío aire y, por un breve espacio de tiempo, levantó los ojos al cielo, donde aparecieron las primeras estrellas. No podía disimular su exasperación.

—¿Por qué no? —Bajó la vista hasta ella—. A tu padre solo le interesa el dinero y la bebida. ¿No fue por ese motivo que te prometió a ti con ese Banning?

—¡A usted no le importa por qué fue! Pero si piensa eso, dígame —con una valentía que no sentía, se puso las manos en las delgadas caderas—: ¿tiene usted el suficiente dinero como para pensar que él lo habría aceptado?

Jack Faner asintió.

—Le prometí a Marion que volvería con una fortuna solo para ofrecerle matrimonio. Y estoy aquí —contestó señalándose a sí mismo.

El corazón de Edith saltó disparado. Las piernas le temblaron peligrosamente. Ese hombre hablaba en serio y, como había comprobado durante esa conversación, sus ropas eran elegantes y costosas. Se aclaró la garganta

—Me temo que ya no puede hacer nada señor.

—Yo creo que sí. Ya he dicho que no voy a dejar las cosas como están. Esa arpía va a tener que oírme.

—Escuche. —Edith se frotó las manos. No sabía si tenía más frío que nervios o al contrario, a pesar de tener guantes—. ¿Por qué no deja el asunto como está? Ellos son felices.

—Escúchame tú a ver si lo entiendes. Puede que a ti te importe un maldito ardite que ella te haya robado el enamorado...

—¡Ella no me ha...!

Una dura mirada por parte de Jack la hizo callar. No podía ver el color de sus ojos, pero su enojo era patente. ¿Él había dicho maldito? ¡Su lenguaje era del todo indignante! Aunque sí. Él tenía razón. Marion le había quitado el prometido, pero eso no era un motivo para ir a retar a duelo a nadie.

—Ansío conversar con tu hermana, de modo que la avisarás y le dirás que estoy aquí. ¿De acuerdo? —continuó diciendo él.

—¡No puedo hacer eso!

—Entonces no tendré más remedio que ir a hacer una visita al feliz matrimonio. Te aseguro que los términos no serán nada propicios para nadie.

Edith se llevó una mano a la frente con indecisión. ¿Ese hombre se había trastornado? Era capaz de herir a Banning, o incluso matarlo, solo por vengarse de Marion. Ella no podía permitirlo.

Seguía enamorada de Banning. Lo amaba con locura. Aunque también lo odiaba. Lo odiaba a muerte.

—Voy a hablar con ella —sentenció—. Predispondré un encuentro entre ambos para que puedan solventar sus diferencias. Mientras tanto, debe prometerme que dejará a mi padre y a mi... —carraspeó— al señor Reag, en paz.

Jack Faner alzó las cejas de un modo casi imperceptible. Sonrió con burla y tendió una mano a la joven.

—Trato hecho.

Ella observó la mano enguantada con el mismo temor con el que lo habría hecho a un lobo a punto de atacar.

Capítulo 1

Por suerte el coronel se encontraba bien. Con toda seguridad iba a despertar con un buen dolor de cabeza y puede que con un ojo morado, pero no tenía nada más que lamentar. Ni siquiera había hecho falta llamar al doctor. Y menos mal, Edith se abochornaba cuando Ian Aldrich atendía a su padre por culpa del alcohol. Él era un hombre atractivo y joven, y muy gentil con ella. Aunque también sabía que solía mirarla de un modo compasivo. Conocía, como el resto de los habitantes del pueblo, la forzada ruptura de su compromiso, y eso la avergonzaba.

Edith arrojó bien a su padre con los cobertores y salió del dormitorio cerrando la puerta sin hacer ruido. Suspiró hondo y apoyó la cabeza en el marco, con los ojos cerrados. Aún seguía pensando en Jack Faner y su amenaza de retar a duelo al esposo de Marion. No podía consentir que eso ocurriese.

El reloj de pared del despacho dio las diez de la noche. Bastante preocupada, descendió la lustrosa escalera de roble y caminó a la cocina. Aggie se había retirado a dormir y, a excepción de la lámpara del porche y el candelabro del vestíbulo, el resto de la planta baja se hallaba en penumbras. Todo en el exterior estaba a oscuras a través del vidrio y se oía el viento silbar con fuerza.

Encendió la lámpara que había en la repisa y se preparó una infusión. Tomó asiento frente a la ventana que daba al patio trasero con un profundo suspiro.

Banning y su hermana vivían en Londres, a unas pocas horas de distancia desde el condado. Lo más sensato era enviarle una nota a Marion, pero era posible que, dado su incipiente embarazo, no

accediese a acudir a Minstrel Valley. Entonces Jack, con seguridad, iría a buscarla.

Tratando de encontrar una solución fácil se pasó la mano por la cabeza de manera inconsciente, y comenzó a soltar todas las agujas que sujetaban su cabello moreno, el que siempre peinaba en un moño ahuecado. Una melena abundante y ondulada cayó sobre su espalda como un manto de armiño.

«Jesucristo, ¿qué voy a hacer?», se preguntó, rogando en silencio que Dios escuchase sus plegarias. Necesitaba disponer el encuentro a como diese lugar.

Agitó la cabeza con suavidad y se tomó la infusión. Al día siguiente lo pensaría.

Esa mañana seguía sin tener muy claro lo que debía hacer. Se le había pasado por la cabeza personarse en Londres con la excusa de ir a saludar a su tía Kasey. Quizá su padre deseara acompañarla y, para ser franca consigo misma, prefería tenerlo cerca que saberlo solo en el pueblo. Pero, por otro lado, no podían presentarse de ese modo sin haber sido invitados.

«Lo que pasa es que temes que tía Kasey sepa de la promesa que hizo Marion a Faner», se regañó mentalmente.

Si la mujer se enteraba de aquello era capaz de retirar la palabra a su hermana de por vida. Bastante mal y culpable se había sentido sabiendo que Banning y Marion se habían conocido bajo su techo y que ella misma les había dado permiso para poder verse. Nadie en su sano juicio habría imaginado jamás que todo iba a terminar como lo había hecho.

Edith levantó la cabeza cuando Aggie entró en el comedor portando una bandeja que dejó sobre la mesa. Observó con desgana la panceta, los huevos y el pan, advirtiendo que la criada seguía haciendo la misma cantidad de comida que cuando Marion vivía en casa.

—¿Se ha levantado mi padre? —preguntó cogiendo la servilleta y colocándola en su regazo.

Aggie asintió:

—Sí, ya no creo que se dilate más en bajar. —Se marchó de nuevo a la cocina. Regresó al minuto con la bandeja de la tetera, la leche y las tazas.

—Aggie, le agradecería que el próximo día haga menos comida, por favor. Se lo he dicho varias veces, las cosas no están para tirarlas.

—Lo recordaré —murmuró la mujer frunciendo los labios.

Edith suspiró. Al día siguiente tendría que volver a recordárselo, y al otro seguramente también. Desde luego, la que salía más favorecida de eso era Cornelia, la perrita de su amiga Marlene, que era quien siempre acababa comiéndose las sobras.

Pensó en Marlene. ¡Iba a dejarla sin habla cuando le contase lo ocurrido! Y eso que era una mujer difícil de sorprender ya que había viajado mucho y, por raro que sonase, se había independizado de todo hacía muchos años.

Cuando Marlene se había presentado en Minstrel Valley portando más que una maleta y una bolsa de mano, había parecido que era tan segura de sí misma y tan cautelosa al mismo tiempo, que había producido temor y curiosidad entre los pueblerinos. Por si fuese poco, Marlene era

francesa, y aunque hablaba el inglés a la perfección, no había podido dejar atrás la fuerte entonación que la delataba y que a algunos les hacía recelar.

Edith recordaba muy bien el día en el que llegó. Era primavera y el aroma de las flores de las praderas bañaba el pueblo. Ella se encontraba junto a Aggie, que frotaba unas sábanas en el lavadero, situado en Legend Square, y cuando alzó la mirada observó cómo Marlene dejaba el equipaje en el suelo y recorría con sus ojos ámbar la plaza. Edith jamás había visto a nadie como ella. Tan elegante y sofisticada, mantenía el mentón alzado y sonreía con orgullo, empero, sus ojos no tenían vida: eran fríos, sin expresión alguna. Vacíos.

Sacudió la cabeza borrando la imagen de su amiga y otra vez volvió a pensar en Jack Faner. Pobre infeliz. ¡Mira que creer que podía haber aspirado a Marion!

Se sirvió una taza de leche con una cucharadita de melaza y estaba removiéndolo cuando apareció su padre. Lo miró buscando su ojo dañado. Como había imaginado lo tenía más pequeño que el otro, y ligeramente rosado.

—¿Cómo estás, padre?

Él caminó hasta la cabecera de la mesa con porte regio, echó hacia atrás los faldones de su chaqueta oscura y se sentó. Su rostro describía a la perfección su mal humor.

—Supongo que estoy bien. —Miró en derredor buscando a Aggie. Al no encontrarla se dirigió a ella—. ¿Puedes servirme el té?

Edith se incorporó con rapidez y le vertió la humeante bebida en su taza.

—¿Recuerdas algo de lo ocurrido anoche, padre?

—¡Por supuesto!—contestó muy enfadado, levantando la voz—. Ese indeseable se atrevió a pedirme la mano de tu hermana. ¡Ja! ¿Puedes creerlo?

«Lo creo. Claro que lo creo». Sopló su leche y bebió un trago corto con la mirada fija en la lumbre que crepitaba en el hogar. El coronel la observó con fijeza:

—¿Lo sabías? —preguntó con severidad. El tono de su voz ya no conseguía intimidarla. Se había acostumbrado a que se dirigiese a ella como si estuviese bajo sus órdenes.

Negó con la cabeza.

—No sabía que había pedido su mano.

—Ese... maldito.

—¿Quién es Jack Faner, padre? Sé que lo han nombrado muchas veces en el pueblo, pero no tengo ni idea de quién es en realidad.

—¡Pues mira que es raro puesto que conoces a todo el mundo en este lugar!

—¡No a todos! —replicó frunciendo el ceño.

—¡Si no te pasaras tanto tiempo en las cocinas de Minstrel House o en casa de la señorita Mignon, sabrías bien quién es ese hombre!

Annie Randall, la que fuese guardesa de la escuela de lady Acton, era muy buena mentora para hacer unos postres deliciosos, y la señora Witt, la cocinera, no se quedaba atrás con sus exquisitos platos.

—Usted mismo me dijo que prefería que estuviese aprendiendo algo y también que debería salir y no quedarme encerrada como si fuese una viuda —se defendió.

—De acuerdo, tienes razón. Perdóname, Edith. Lo que pasa es que no puedo sacarme de la cabeza... —Cogió aire con fuerza y lo soltó lentamente por entre los dientes—. Ese tipo, Jack Faner, hace mucho que no se le ve por aquí. El conde Landon lo tenía acogido desde niño en su casa, en Chasster House, en el condado de Cambridge Shire. Al parecer acudía a la escuela cuando le daba la gana, eso cuando no estaba pescando en el lago. Tengo entendido que a veces vendía su mercancía a Bella Gibbs. La gente no dice muchas cosas buenas de él, incluso sé que ha utilizado alguna de las celdas de la casa de la Vieja Guardia. Ese hombre era un pequeño malhechor de niño, y después, imagino que siguió con sus vilezas en cualquier otro lado. Cuando desapareció de la zona la primavera pasada decían que se había echado a la mar.

«En busca de fortuna», pensó Edith.

—¿De qué puede conocer ese hombre a Marion? —preguntó ella con curiosidad.

—¡Eso mismo me gustaría saber a mí!

—No deben hacer caso de ese bandido —dijo Aggie entrando en el comedor. Había seguido toda la conversación desde la sala adyacente. Se paró delante de la mesa a mirarlos—. Hace tiempo importunaba a mi niña Marion en todos los sitios y ella estaba incomoda de tanta persecución. Más de una vez lo amenazó con acusarle. Pero al final, cuando él se marchó, sentimos un gran alivio.

El coronel frunció el ceño.

—¿Por qué no me dijo nadie nada? —Pasó la mirada sobre Edith—. ¿Tú ves bien que yo sea siempre el último en estar al corriente de todo?

—Supongo que no querría preocuparte, padre. —Le extrañaba mucho que Aggie tuviese esa información—. A mí tampoco me comentó nunca nada. —«A excepción de que se habían visto algunas veces por mutuo acuerdo».

—Esa muchacha... —El coronel suspiró hondo y acercó hasta él la bandeja de los alimentos, arrastrándola sobre la mesa. Se sirvió un poco de cada cosa—. Espero que ahora que va a ser madre piense en ser más responsable de una vez por todas.

—Debería —musitó Edith entre dientes.

—No seas rencorosa. Cada una de vosotras llegó a esta vida con una misión en concreto. La tuya es repartir el bien entre la comunidad y hacer que todas esas malas lenguas que quieren arrastrar a tu hermana sobre el fango se topen con un muro en las narices. Tu madre estaría muy orgullosa de ti.

La joven observó de reojo a Aggie. La doncella se había quedado junto a la chimenea, con los brazos cruzados sobre el pecho como si fuese la gran señora de la casa.

—Puedes retirarte, Aggie —le dijo ella limpiándose los labios con la servilleta.

La mujer alzó el mentón con orgullo y sus ojos se cruzaron con los del coronel. Este le hizo una señal para que se marchase. Entonces Edith volvió la cabeza hacia él, con rostro preocupado.

—Padre, yo no he podido detener ningún comentario, y espero que lo que sucedió ayer con el señor Faner no dé pie a otros.

Él frunció el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—Jack Faner. ¿Sabías que Marion prometió a ese hombre que se casaría con él?

El coronel se puso en pie con un movimiento brusco, tirando la servilleta sobre el plato.

—¡Infamias!

—No lo es. —Sacudió la cabeza—. Ese hombre... ha amenazado con retar a Banning a duelo.

—¿Cuándo has visto a ese indeseable?!

Edith tragó con dificultad.

—Anoche, cuando fui a recogerlo a la posada. Me dio un susto de muerte.

Le contó la conversación y sus amenazas. Él la escuchó, serio, pellizcándose el labio inferior, pensativo.

—¡No podemos dejar que ese hombre mancille el honor de tu hermana! ¡Ella ahora es feliz y está bien casada!

«Si, a mi costa», pensó Edith. Se encogió de hombros.

—Así se lo comuniqué a ese rufián, pero no se me ocurre cómo podemos solventar este problema. Quizá si le contamos a Marion y que ella hable...

—¡No! —exclamó contundente—. A ella debemos dejarla al margen de todo esto. No es necesario que sufra por la obsesión de un... canalla libertino.

—¿De veras lo dice por eso, padre? ¿O es que tiene miedo de que Marion abandone a Banning para irse con este hombre? A mí no me extrañaría nada.

Los ojos azules del coronel la miraron con cansancio.

—No sé, Edith. —Se frotó la frente—. No sé qué pensar de tu hermana, pero lo que es cierto es que no voy a permitir que forme tamaño escándalo. ¡Jamás!

—¿Qué haremos, entonces?

—Yo hablaré con él. Ese tipo solo busca negociar, estoy seguro.

Edith miró el plato de la panceta con pena. Se le había quitado el hambre. Murmuró:

—Dudo que consiga algo. Además, no tenemos nada que ofrecerle.

El coronel se encogió de hombros.

—Ya se me ocurrirá algo. Siempre puedo pedirle un préstamo a Banning. No creo que se niegue a ello.

—¿Y si ese hombre no quiere dinero? Me aseguró que ahora tiene una fortuna.

Con incredulidad, el coronel juntó las palmas de las manos entre sí y se llevó las puntas de los dedos a los labios como si estuviese rezando.

—Habrá alguna manera de conformarlo. —Agitó la cabeza—. ¡Todo ha ido de mal en peor desde que apareció ese chino por el pueblo!

Edith levantó la cabeza con sorpresa. ¿Por qué últimamente su padre culpaba de todo al esposo

de Daphne? Derek Lee era un hombre refinado, culto y bien integrado en Inglaterra a pesar de ser mestizo, de padre inglés y madre china.

—Lord Mersett es muy respetuoso. Es el hijo del marqués de Lavenfield —le recordó.

—¡El apellido no es lo que hace a un hombre! —El coronel se plantó frente a la ventana, dándole la espalda, al tiempo que observaba más allá del muro que delimitaba el jardín de la calle—. ¿Olvidas que ofendió al doctor?

Edith ocultó una sonrisa y asintió.

—Padre, el doctor Aldrich es un lisonjero y lord Mersett solo protegía a la mujer que amaba. Y, por otro lado, sabes que su esposa, Daphne, es mi amiga y se ha portado siempre conmigo de un modo maravilloso y educado. Te agradecería que no volviesses a hablar de lord Mersett de ese modo en mi presencia.

El hombre se volvió hacia Edith y buscó su mirada, arqueando una sola ceja.

—¡Eres capaz de defender lo indefendible, Edith!

Ella dejó con elegancia la servilleta sobre la mesa. No entendía cómo podían haber terminado hablando de aquello.

Conquistando a lord Wesley



Noelle Montague se enamoró en India de un apuesto Wesley Catesby. Cuando ve que, después de diversos encuentros, no consigue ser correspondida como desea, elabora un ambicioso plan para lograrlo. Es joven, astuta y luchadora, por lo que se instala en Minstrel Valley con una única misión: enamorarlo.

Wesley Catesby no es un hombre con un empleo corriente. Se instala en Minstrel Valley para pasar desapercibido. No contaba con la aparición de una joven ya conocida que se muestra muy insistente en su afán por cruzarse en su camino una

y otra vez.

No obstante, el pasado de Wesley hace acto de presencia de la peor manera.

¿Logrará Noelle su tan ansiado deseo?

Sandra Bree (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas... Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Sandra Bree

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-23-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Un pretendiente para la señorita Bowler

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Elizabeth Urian

Créditos